



ALEJANDRA RODRÍGUEZ

Aleja

LIBRES

ALEJANDRA RODRÍGUEZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Libres*

© *Alejandra Rodríguez*

Edición publicada en Mayo 2018

Maquetación: *Alexia Jorques*

Portada: *Roma García*

ALEJANDRA RODRÍGUEZ

libres

*Para ti, porque quiero que
seas libre siempre.*

~ Índice ~

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

Seis meses después

Agradecimientos

1



Nicole

No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve un día completo de descanso. Esto de hacerme autónoma y montar mi propia floristería no ha sido tan buena idea como pensaba.

Vale que es bonito vivir rodeada de flores de todas clases, de sus aromas y de sus infinitos colores, pero no es tan idílico pasarte el día con las uñas llenas de abono y sudando a mares. Porque eso de que estar rodeada de plantas te hace sentir como si estuvieras en un bosque y respirases el aire puro de la montaña es una vil mentira. Mentira que, por cierto, yo me creí a pies juntillas cuando planeaba en secreto abrir “*Ma petite forêt*” en medio de la ciudad.

Todo comenzó hace dos años, en una calurosa noche de verano mientras me fumaba un cigarrillo a las tres de la mañana en mi terraza. Hacía tanto calor que me importaba un pimiento la de vecinos que me estarían viendo en bragas mientras yo intentaba coger un poco de aire.

Soñaba con ser mi propia jefa y rodearme de un ambiente que me enfundara paz, armonía y en donde arrancar, trasplantar y usar una tijera de podar, no estuviese penado por la ley.

Las plantas siempre me han caído bien. Son las únicas con las que se puede hablar sin filtrar cada palabra por si molesta a alguien.

La gente no está preparada para tanta sinceridad. Eso es algo que aprendí a base de malas caras. A mí no se me da nada bien maquillar mis

pensamientos y mucho menos mis palabras. Yo soy más de soltarlo todo a bocajarro y que pase lo que tenga que pasar.

La idea de abrir una floristería me atravesó la mente tan fuerte que no pude evitar ponerme en pie y meterme en casa a idear cómo sería el local, las flores, plantas e incluso árboles de los que me rodearía. Tengo tanta debilidad por los bosques... Por el aire que se respira en ellos, por la sensación de plenitud que siento mientras mi cuerpo empequeñece al lado de esos inmensos árboles.

Muchas veces quise liarme la manta a la cabeza, comprar una tienda de campaña en el primer *Decathlon* que encontrase e irme a vivir allí. Sin móviles, sin internet, sin nadie más que yo misma y mi paz.

Teniendo en cuenta que eso era un sueño demasiado ambicioso y muy complicado de conseguir, puesto que no quería morir de hambre, que me gustaba asearme día sí y día también y que estaba casada con una hipoteca que amenazaba con matarme del disgusto, decidí que crearía mi pequeño bosque aquí, en la ciudad.

Claro que yo trabajaba de dependienta en un bazar, que no tenía ni idea de cómo abrir un negocio y no morir en el intento y que, y esto es lo más importante, no tenía ni idea de lo que iba a costarme que mi pequeño bosque funcionara como para que yo no acabase durmiendo debajo de un puente por las noches y de gorrilla aparcando coches por el día.

Así que, durante los meses siguientes, hice toda clase de cursos online y llené mi piso de toda clase de plantas.

No es de extrañar que mi pobre vecina, Matilde, llamase en repetidas ocasiones a la policía alegando que yo tenía una plantación de marihuana y que eso no podía ser bueno para su salud, que a ver si ella se iba a confundir con el tomillo e iba a intoxicar a su pobre Paco. Que, por otra parte, la señora policía debió flipar pensando en qué circunstancias iba a meterse ella en mi casa para confundir su tomillo con mi supuesta plantación ilegal.

Por suerte, aquí la única María Juana que había era la vecina del quinto y no tenía nada que ver con mis humildes plantas. Así que, después de desmentirlo varias veces con hasta tres parejas de policías distintas, me dejaron en paz. Ellos y Matilde.

Continúo, que yo soy mucho de irme por las ramas, nunca mejor dicho.

Cuando me vi más que preparada para aventurarme en esta maldita locura que más de una vez me ha llevado al límite, lo hice. Dejé mi trabajo y alquilé un pequeño local en ruinas que había a dos manzanas de mi casa.

Sobra decir que no estaba lista para todo lo que se me venía encima. Sobra decir, también, que más de una vez me tiré de los pelos y maldije a mi yo optimista por haberme metido en este marrón, pero alguna alegría que otra me ha dado.

Pago mi hipoteca religiosamente, no es que viva acomodadamente, pero sí que no tengo muchas preocupaciones en cuanto al dinero se refiere, porque no tengo gustos caros y no suelo darme más caprichos de la cuenta.

Lo malo es que vivir aquí, rodeada del humo de los coches, de la gente corriendo porque llega tarde, de los ruidos y del estrés diario a veces me supera.

Suerte que mi rinconcito verde está exento de ruidos, de mal karma y del mal humor que me saca esta ciudad, porque lo dejo aparcado fuera antes de entrar aquí.

La campanita que he colocado encima de la puerta suena y me saca de mis pensamientos.

Entre las manos tengo un cactus que estoy más que segura que ya he ahogado. Llevo pulverizando agua sobre él desde que empecé a divagar.

—Buenos días, señorita, busco una orquídea azul —me dice una voz dulce que pertenece a un cuerpo envejecido por el tiempo.

—Buenos días, señor. Así que una orquídea azul...

Me limpio las manos en el delantal cochambroso que llevo puesto y me dispongo a buscar lo que me pide.

—Sí, tiene que ser muy bonita y muy azul... —sonríe.

—¡Muy azul!

Genial. En su mundo estaba el azul, el muy azul y el poco azul.

Evito reírme y lo atiendo con la mayor de las sonrisas.

Después de que suene la campanita, vuelvo a quedarme más sola que la una y pienso en llamar a Ric, aunque desecho la idea enseguida.

Está de luna de miel con Valerio y, seguramente, tendrá las manos y la boca demasiado ocupadas como para entretenerse un rato en una llamada telefónica. Así que decido enviarle un mensaje para que me resuma cómo van las cosas por ese crucero por los Fiordos.

Después de diez minutos buscando mi móvil, descubro que está en la maceta de una begonia roja. No es de extrañar que haya intentado abonarla con mi teléfono, porque últimamente no estoy muy centrada que digamos.

Después de limpiarlo con un trapo que tengo debajo del mostrador, escribo.

¡Saca tus sucias manos de su bragueta y llama! 14:21

Te echo de menos... 14:21

Vuelve a sonar la campanita de la puerta y yo levanto la vista para encontrarme con un hombre ataviado con sus mejores galas. Como si fuese a ir a la ópera o a un funeral, aún no lo tengo demasiado claro.

Supongo que lo descubriré cuando me pida algún tipo de flor en concreto.

De momento no ha articulado palabra alguna conmigo. Está hablando por el móvil de lo que supongo serán negocios, así que me da tiempo de observarlo.

Es alto, como un metro ochenta, más o menos. Moreno, con el pelo más largo por la parte superior que por los lados. Perfectamente peinado hacia atrás, pero no apelmazado. Alcanzo a ver sus ojos y son lo más oscuro que he visto jamás. Atraen y asustan a la vez. Viste un traje chaqueta azul marino, camisa blanca y corbata roja. Todo, supongo, hecho a medida. Le queda como un guante de látex en ese cuerpo torneado que intuyo debe tener. Manos fuertes, mirada intensa, sonrisa deslumbrante y pinta de ser lo más estúpido y pedante que es capaz de albergar la raza humana.

Pasan quince minutos y el tipo del traje sigue a su rollo sin hacerme el más mínimo caso, ni a mí ni a ninguna planta de mi floristería, por lo que pienso que igual lo que busca es sombra, porque en la calle hay un calor que raja las piedras.

Estoy tentada en ofrecerle un vaso de agua con hielo, no se le vaya a secar la boca de tanto hablar por teléfono de la línea de joyería de tal y la nueva temporada de relojes de cual.

Como no tiene previsión de pedirme ni un triste clavel, sigo con mis tareas y me pongo a hacer un bonito ramo de rosas que me han encargado para esta tarde.

Cuando casi lo he terminado, justo después de pincharme con una espina traviesa, Don muy importante para decir buenos días, se pronuncia por fin.

—Necesito un ramo como el que tienes en las manos, pero más grande.

—Buenos días, caballero.

—Ah, sí, buenos días.

—Para cuándo necesita usted su ramo.

—Para hace una hora —sonríe y no alcanzo a recordar que una simple sonrisa me hubiese causado tanta repulsión como la suya.

—Pues cierro en diez minutos así que, como usted comprenderá, va a ser imposible.

—Pagaré el triple de lo que cueste el ramo.

«*Mucho has tardado en sacar a relucir tu cartera*».

—No es cuestión de dinero. Es que cierro a las tres y abro a las cinco. No me da tiempo físico para llegar a casa, preparar la comida, comer y volver aquí.

—Pues hágalo rápido, no puede ser tan complicado hacer un simple ramo de rosas, las tiene ahí en un cubo, cójalas y listo.

—Perdone la impertinencia, pero si usted hubiera venido antes o si no se hubiese pasado media hora hablando por teléfono sin pedirme nada, ya tendría el ramo hecho.

Odio tener que contestarle así de mal a un cliente, pero con el veneno que ha supurado de mi interior al escuchar semejante grosería soy capaz de morir envenenada si me lo trago.

—Sí que es una impertinencia.

—Bueno, usted tampoco ha venido con mucha amabilidad, las cosas como son.

—Lo siento ¿de acuerdo? Volvamos a empezar.

Sale de la tienda y vuelve a entrar con una sonrisa.

Yo estoy alucinando pepinillos de colores cuando, de repente, me mira como si fuera la primera vez que me ve. Como si no hubiese estado hablando con la misma persona hace unos segundos.

—¿Esto es necesario? —pregunto con una ceja arqueada.

Y, como si al pasar por debajo del marco de la puerta se hubiese transformado en todo un galán con sonrisa profidén y gomina en el pelo, se dirige a mí con un brillo extraño en los ojos.

—Sí —carraspea. —Buenos días señorita, si usted fuera tan amable, necesito un ramo bastante grande de rosas rojas, por favor.

—Si cuento esto nadie va a creerme... —pongo los ojos en blanco. — Deme un poco de tiempo a ver qué puedo hacer. Puede ir a tomarse un café mientras lo hago.

—Esperaré aquí, no se preocupe.

En lo más interno de mi mente se debaten dos personajillos, uno se parte de risa con la situación tan surrealista que estoy viviendo y el otro flipa en colores viendo el cambio tan brusco de personalidad que ha sufrido al salir y volver a entrar a mi tienda.

Muero por ver la cara de mi Ric cuando se lo cuente.

Me pongo los guantes y cojo todas las rosas que puedo con una mano y con la otra cojo un elástico ancho.

Me dispongo, en un total alarde de mi torpeza, a atar las rosas con el elástico cuando se me caen dos al suelo, junto a los pies del susodicho. Inmediatamente él se agacha a cogerlas y me ayuda a atar el ramo sin pincharse ni una sola vez.

—¿Es que no tienes sangre?

—Tengo la piel de las manos muy dura, ¿ves? —dice a la vez que me acaricia el brazo.

—Y la cara... la cara también la tienes bastante dura —digo muy seria.

Contra todo pronóstico, él comienza a reírse.

—Muy bueno.

—No pretendía ser graciosa —le ofrezco una sonrisa irónica.

Vuelvo al cubo de mis rosas y cojo más para seguir uniendo al ramo con otro elástico.

Él lo quiere grande. Tan grande como deja ver que tiene la cuenta bancaria, así que yo cumpliré sus deseos y saldrá de aquí con el ramo más grotesco jamás visto.

—Tienes una tienda muy bonita, debe ser agradable trabajar aquí.

«*Madre mía, vaya metamorfosis se ha marcado el amigo*».

—Gracias. Cuando veas el ramo a tu gusto, avísame.

Pasa un buen rato en silencio mientras yo sigo añadiendo rosas al ramo y solo cuando queda una en el cubo me dice que pare.

«*Anda que ya te podías llevar esta también, tacaño*».

—Puedes ir llamando a una grúa para que te lleve esto a casa, dudo que te quepa en el coche —digo mientras coloco un bonito celofán alrededor del ramo.

Ciertamente es gigantesco y, si lo lleva en el asiento del copiloto, de lo que deduzco es su carísimo cochazo, tendrá que ponerle el cinturón de seguridad como si fuese un pasajero más del vehículo.

—Creo que me he pasado un poquito, sí —ríe y se echa la mano a la frente.

—Bueno, eso de un poquito, será por decir algo...

—Si fuera para ti ¿te gustaría?

—Siento decir que no... Yo soy mucho más sencilla, no me van las ostentosas. Eso sí, como dueña de la caja que vas a llenar con lo que te va a costar este gigantesco ramo, me encanta.

Él se echa a reír de nuevo y yo también, para qué mentir.

Saca su cartera, cuenta con dos de sus dedos algunos billetes y luego los saca para cedérmelos.

—¿Será suficiente con esto?

Yo cuento los trescientos euros que me da en billetes naranjas y me quedo pálida.

—No, no. A ver...

—¿Es poco?

—¿Poco? Es demasiado... Ni siquiera el ramo es tan grande, estaba exagerando...

Él ríe y coge la rosa que queda en el cubo con la mano que le queda libre después de coger el ramo y se acerca a mí.

—Muchas gracias por el ramo, por las risas y perdona las molestias que te he podido causar —me cede la rosa.

Con una sonrisa más grande que el ramo, se va sin dejarme articular ni una palabra más.

Yo me quedo de pie detrás del mostrador, con una rosa en la mano y con trescientos euros en la otra, con la boca totalmente abierta y con la idea de que puedo tomarme la tarde libre sin problema rebotándome en la mente.

Sin duda, hay capullos que te alegran el día.

2



Héctor

No era mi intención entrar ahí hoy. Simplemente busqué un lugar pequeño donde mandar a tomar por saco, educadamente, a Joaquín sin que el Sol me reventara la cabeza.

Se ha puesto muy pesado con las malditas joyas y yo ya estoy hasta los mismísimos de todo lo que rodea a esa maldita joyería.

Me falta valor para huir y dejarle el marrón a mi hermano pequeño, la verdad. Seguro que él estaría encantado. Todo lo que rodea a la empresa, le encanta. Todo lo que yo aborrezco, le encanta.

Me habían puesto encima las obligaciones de mi padre. Yo no las pedí ni las quise nunca, pero al resto del mundo parece importarles una mierda lo que necesito yo.

Claro que me gusta el dinero, la casa que me he comprado, y la ropa cara, joder ¿a quién no? Pero todo el lastre que viene con eso me está hundiendo a mí.

Finjo. Todo el día, a todas horas. Con todo el mundo.

Luego llego a casa y me desarmo en el sofá. A veces bebo para evadirme. A veces me voy de fiesta y me llevo a lo que se me ponga por delante.

Cualquier cosa que implique unas horas de evasión me valen.

Pero hoy ha sido diferente.

Esa chica...

Tengo que estar divagando.

Sigo caminando de atrás adelante con un ramo gigantesco sin saber qué demonios hacer con él.

Lógicamente no es para nadie que se me pase por la cabeza.

La arpía de mi madre no se merece ni los buenos días, pero quizá puedo llevárselo a ver si, de casualidad, es alérgica a alguna flor y eso la mantiene con la boca cerrada unos días.

No para de presentarme a “*hijas de*” para que me case.

Joder, ni que estuviéramos en la edad de piedra.

No quiero casarme ¿tan difícil de entender es?

Claro. Ella solo busca ampliar la fortuna y su hijo el mayor ha de ser quien perpetúe el apellido y la fortuna familiar.

A la mierda todo. Ni que fuésemos reyes. Tampoco somos tan ricos.

Tenemos más dinero que la mayoría, pero como siga malgastándolo a la velocidad que lo hace, el año que viene no nos quedará ni para una maldita barra de pan.

Poco me importa a mí, claro.

A veces me supera tanto esta farsa que estoy tentado de coger gasolina, mi mechero y quemarlo todo.

Hasta los cimientos lo quemaría.

Veo a un hombre mirar el escaparate de la floristería de la que acabo de salir. Saca su cartera y la abre. Hace una mueca y vuelve a guardarla para presionarse las sienes.

Me acerco a él y le tiendo el ramo.

—Tome. Regáleselo a alguien que lo merezca —sonríó a medias.

Él sonríe, a medias también, y lo coge extrañado.

—Se lo agradezco muchísimo. Es usted un buen hombre.

«*Soy de todo menos un buen hombre*».

Asiento mientras él mira el ramo como si fuese de oro, me doy la vuelta y me largo lo más rápido que puedo.

Camino sin rumbo, sin querer tenerlo.

El móvil sigue sonando. Nunca tarda más de media hora en volver hacerlo y eso me saca de mis casillas.

Si vuelve a sonar será el tercero que estelle contra el suelo este mes.

Por suerte no lo hace y, por primera vez hoy, desde que salí de esa tienda, respiro.

Vaya pintas tenía ella. Sonrío recordándola.

Estaría mejor si se quitase ese delantal y lo tirase a la basura, sin embargo... quizá eso la hace más especial.

Río sin pensar en la gente que me mira. Meto las manos en los bolsillos y sigo caminando.

Vaya ojos más bonitos tenía.

Y esos rizos... joder.

¿Cómo es posible querer jugar con un tirabuzón suyo?

Sacudo la cabeza para sacarla de mi mente.

No lo consigo.

Me gusta que no me sonría porque sí. Por mi físico, por mi evidente posesión económica. Me gusta que no me sonría en general. Que me ataque de esa manera. Que no quiera agradarme. Que no se calle.

Vuelvo a reír y a cerrar los ojos un segundo.

Qué imbécil me he vuelto con el paso de los años y de las obligaciones que me han impuesto y qué gustazo que alguien tenga las narices de mirarme a los ojos sin pestañear y plantarme cara.

Ella...

Con ese desdén tan natural. Con esa mínima sonrisa que he conseguido sacarle. Con esa lengua tan afilada y esas muecas de desprecio que me han vuelto más consciente de la persona en la que me he convertido.

Me siento en un restaurante que me encuentro en el camino sin mirar siquiera cómo se llama.

Un camarero no tarda en acercarse a mi mesa.

—¿Qué le sirvo, señor? —pregunta.

«*Joder ¿en qué momento empecé a ser señor?*».

—Vino tinto. Gracias... —digo arrastrando esta última palabra.

El camarero, que no puede tener mucha menos edad que yo, asiente y se va por donde vino.

Me froto las sientes con una mano y cierro los ojos.

No es para tanto, me digo. Es otra crisis. Otra más.

Pasará, igual que las otras. Pasará pronto y podré volver a esta mierda de normalidad como si nada. Como si todo estuviese en su sitio.

Pero ¿cuánto tiempo duraría esta vez?

El camarero vuelve con una botella y una copa encima de una bandeja de metal.

Quiero decirle que deje la botella, que olvide la copa. Que quiero bebérmela a morro, pero es muy temprano para eso.

Asiento cuando él me sirve el vino y se va justo después.

Ella.

Sonrío antes de llevarme la copa a la boca.

Un soplo de aire fresco justo cuando yo amenazo con asfixiarme.

3



Nicole

Lo bueno que tienen los días soleados es que puedo sentarme en la terraza a comerme un helado mientras mi piel se alimenta de los rayos del Sol.

No me pongo morena ni a tiros. Supongo que mi piel blanca solo es capaz de mutar a rojo cangrejo cuando me paso demasiadas horas en la terraza.

Como muy bien me había planteado antes, me he tomado la tarde libre y ha sido todo un acierto.

He comprado algo de comer en el bar de Valerio, me he comido un camión de helado de fresa con sirope de chocolate y me he despatarrado en la terraza hasta que mi culo, ya cuadrado y con la forma de la silla, ha dicho basta.

Es casi de noche cuando entro a casa. Mejor dicho, a esa cosa que compré sin pensarlo, porque si lo hubiese pensado cinco minutos más no lo hubiese hecho. Desde luego, hubiese acertado, pero aquí está. Es mi casa y, de momento, es el techo que me cubre la cabeza y tiene que bastar. Aunque no lo haga, tiene que bastar.

Ni un triste novio me he echado desde que el capullo de Alberto me tiró a la basura como si yo fuera unos calzoncillos raídos e inservibles.

Ligues había habido muchos, a ver, muchos como sinónimo de cientos no, pero por ahí andaría la cosa.

Y es que dicen que cuando una historia comienza torcida, ni el más arduo

herrero es capaz de enderezarla.

No me preguntes quién lo dijo, yo no tengo la más mínima idea, pero mi santo abuelo siempre lo decía.

Tal vez tuviera algo de razón, porque todas mis historias, todas las que he vivido hasta este instante, hasta este preciso segundo, han empezado torcidas y no ha habido ser humano, ni extraterrestre, capaz de enderezarlas.

No estoy triste. Nunca fui frágil. Pero quizá sí algo decepcionada. Conmigo, no con ellos o con el amor como concepto existencial.

El último fue Rafael y pensé que la loca historia de amor veraniego con un romano que podría haber sido descendiente del mismísimo César duraría más de un invierno y, mírame, compuesta y sin novio.

Que repito, no me apena, pero, joder, ya podría haberme durado hasta el verano, que ya calentaría más el Sol y podría prescindir de su cuerpo estufa en mi cama.

Él decidió irse y, la verdad, yo no le puse demasiados impedimentos. Él no era para mí y estaba claro que yo no era para él. Así que nos dimos un beso por mejilla y, después de coger su maleta rígida tamaño cabina de avión, se fue por donde un día vino.

Recuerdo que me senté en el balcón a verlo marchar mientras me servía una copa de vino y me encendía un cigarrillo en honor a él y a lo que, durante unos meses, fuimos nosotros.

Fue divertido y tan extremadamente surrealista que, hacia el final, era como un sueño frenético del que no me despertaba. Pero desperté, claro. Y volví a mis cosas y a mis costumbres. A bañarme con sales de baño y con las velas encendidas, porque cuando él estaba la usábamos para todo, menos para relajarnos. Volví a mis cenas para uno y sueños para llevar. A mis plantas y mis arbustos. A mis moños en lo alto de la cabeza sin importar nada ni nadie y a mis camisetas de propaganda y calcetines hasta las rodillas.

Y volví a soñar. Con un amor salvaje, intenso y natural. Sin adheridos artificiales, sin maquillajes, sin mentiras decorativas de una vida que deja bastante que desear. Con el fuego de una hoguera y con las estrellas iluminándome la cara por las noches.

Pero claro, la abrumadora realidad me golpea en la cara cada mañana y,

aunque no me deja marcas visibles de ningún tipo, duele como si un camión me atropellase al cruzar la calle.

Haciendo caso a mi cuerpo, que me lo pide a gritos, lleno la bañera y enciendo una vela de flores exóticas que inunda con su olor mi alma maltrecha y mi cuarto de baño. Lanzo una bomba de baño de limón en el agua para que se vaya deshaciendo y tiro la ropa que llevo puesta a donde sea que quiera caer.

Me meto sin pensarlo mucho. La noche se ha vuelto fría y yo necesito con urgencia que el calor me envuelva.

Me siento bien. Por un rato me permito sentirme bien.

Y pienso en que ojalá no me atase este cuerpo a la Tierra. En que ojalá todo fuese diferente. Que no hubiera reglas, ni moldes, ni ideas preconcebidas. Pienso en qué pasaría si cada uno pudiese escribir su cuento como le viniese en gana y que no tuviésemos que ser princesas o príncipes. Que, mejor que eso, pudiéramos ser guerreras y soñadoras.

Qué bonito sería todo si cada uno pudiese ser y hacer lo que le diese la real gana sin que nadie lo juzgara por ello. Qué bonito sería si todos fuésemos valientes.

4



Héctor

Me despierto como si un tanque de guerra me hubiese pasado por encima. Agradezco la sensación, no puedo negarlo. Por lo menos es una distinta a esa de sentirme como un maldito pelele sin sentimientos. En realidad, agradezco cualquier tipo de sensación que genere mi cuerpo. Al menos eso significa que sigo siendo humano y que no he terminado de convertirme en una máquina. O en una caja expendedora de pasta, que es como me ve mi familia.

Me doy una ducha fría mientras el móvil recibe la primera llamada de la mañana.

Aún no son las ocho, pero el mundo, o al menos el mío, ya espera que me haya puesto en marcha.

Me niego a hacerlo. Me niego a responder.

Apoyo la frente en el azulejo mientras un río de agua helada me recorre la espalda.

Me despeja la mente y salgo más relajado que al entrar.

Recaliento el café, aún sin vestirme, y me lo tomo de un trago.

Hago una mueca de asco, ni siquiera sabe a café.

Me voy a mi habitación, en la que no he dormido, y cojo una camisa blanca, un traje gris oscuro, una corbata gris clara y unos zapatos.

Me visto sin ganas, para qué vamos a engañarnos.

Si por mi fuera me quedaría aquí en total y absoluto silencio. Nada me encantaría más que eso.

Después de abotonarme el último botón de la camisa voy a peinarme.

Quince minutos de secador después, cojo el móvil y salgo del piso.

El móvil vuelve a sonar y, al mirar la pantalla, veo que en el infierno han debido poner una antena de telefonía porque mi madre llama desde ahí abajo.

—Buenos días —digo serio.

«*Satanás*».

—Buenos días, querido. ¿Estás ya en la oficina? Tengo que hablarte de un asunto. Hay una cena y...

—No.

—No ¿qué?

—No estoy en la oficina y no voy a ir a ninguna cena, madre.

—Vamos, Héctor. Tienes que socializar. La hija de Cayetana es muy interesante y está deseando conocerte.

—Preséntale a Daniel. Él estará encantado de conocerla.

A mi hermano le encantan todo ese tipo de frivolidades. Codearse con la gente bien. Presumir de dinero. Conocer chicas deseosas de acostarse con él sobre un puñado de billetes...

—Es ideal para ti, no para Daniel.

—Dile de mi parte que Daniel también tiene acceso a la cuenta bancaria. Seguro que así le despierta el interés.

—¡Por Dios, Héctor! No seas tan...

—Mamá, me están llamando por la otra línea. Tengo que colgar.

«*Mentira*».

—No hemos terminado de hablar.

—Yo sí. Que tengas un buen día.

Cuelgo sin dejarla responder.

Me froto las sienes con una mano, respiro e intento calmar las ganas de darle un puñetazo a la pared.

Vuelvo a verme caminar sin un rumbo fijo. Lo único que tengo claro es que no puedo ir a la oficina o la ira que acumulo dentro la acabaré aplacando con algún insensato que ose darme los buenos días y no quiero eso.

Me veo, de repente, en frente de esta maldita puerta roja que esconde todo un bosque detrás.

Que la esconde a ella.

Me obligo a caminar lejos de aquí.

No voy a entrar otra vez ¿qué podría decirle?

Me llevo la mano a la nuca y me paro en seco. Doy la vuelta y me encamino hacia allí.

Miro a través de uno de los ventanales y la veo.

Lleva una camiseta larga que no marca para nada la figura perfecta que intuyo hay debajo.

Envuelve unas flores en papel marrón y se las da a una señora mientras sonrío.

Juro que es la sonrisa más... distinta que he visto jamás.

Tal vez la verdad sea que no me he fijado jamás en la sonrisa de nadie.

No sé por qué me fijo hoy. Por qué en ella.

Pienso en entrar, en saludarla, en disculparme por ser un soberano capullo ayer. En darle las gracias por aplacar mi furia, por desconcertarme.

Me quedo un rato más observándola.

Joder, debo parecer un perturbado, pero verla coger flores, unir las, sonreír... me calma.

Ya no queda nadie en la tienda. Y ella se deja caer en la silla.

Parece cansada, pero ríe y, no sé por qué demonios sonrío yo también.

5



Nicole

Me levanto muy lentamente del sofá mientras sonrío. Voy hasta el cuarto de baño y me alivio. Aguas menores, no vayamos a escandalizar a nadie. Me ducho con toda la parsimonia del mundo unidas en un solo cuerpo y, cuando salgo, miro el reloj de pulsera que tengo relingado por el baño y veo que son las once y media de la mañana. Suelo abrir a las diez.

El día no empieza bien, es más, empieza fatal. ¿Para qué vamos a engañarnos?

Ha empezado siendo una auténtica basura. Un caos en sí mismo. Era más feliz cuando no era consciente de que iba ir de culo y sin frenos el resto de la mañana.

Grito tan alto que hasta Matilde viene para ver si estoy bien.

No he llegado tarde a abrir la tienda ni una sola vez. Cosa lógica si pensamos que toda mi vida depende de las ventas que tenga y, eso de tener horario de marquesa, no me vale.

Salgo corriendo hacia el dormitorio, me pongo unos vaqueros, una camiseta básica holgada y una bota campera, porque no soy capaz de encontrar la otra.

Corro hacia el cuarto de baño a lavarme los dientes y salgo, con el cepillo aún en la boca, a buscar la otra bota, que encuentro debajo de la cama.

Cojo una manzana, un plátano, una naranja y un helecho, que he estado

recuperando de la sequedad más absoluta, y salgo de casa a toda prisa.

Me doy cuenta de que me he dejado el bolso y vuelvo a subir las escaleras para cogerlo. Tengo que hacer malabares escaleras abajo para no perder ni las cosas que llevo en las manos ni la vida.

Cinco minutos más tarde llego a la tienda aún con el cepillo de dientes en la boca.

Mis clientes habituales están esperándome en la puerta con cara de pocos amigos.

Que me pregunto yo si sus queridos difuntos tendrán algo que objetar porque sus flores lleguen más o menos tarde, pero bueno... Yo, como persona educada que me considero, me callo, me disculpo por mi tardanza y los atiendo lo mejor y más rápido que me permiten mis dos manos.

Por fin, tengo un poquito de tranquilidad. Por fin respiro y joder, no sabes lo bien que siento hasta que te falta el aire.

Me siento en mi taburete. Resoplo y me río por lo absurdo y caótico del asunto y empiezo a pelar la naranja. Con tanto ajetreo ni siquiera he tenido tiempo de llevarme algo a la boca. Algo más que el cepillo de dientes, claro.

Cuando termino, me dispongo a comerme un gajo y suena la campanilla de la puerta.

Odio a la persona que ha entrado, porque ha interrumpido mi momento de paz, y me reafirmo al levantar la vista y ver que es Don dinero.

—Buenos días... ohm... ¿Cómo era tu nombre? —me pregunta con su sonrisa de tres al cuarto.

Yo, ni corta ni perezosa, me meto el gajo de naranja en la boca y elevo mis hombros a la vez.

—No lo he dicho —sonríe dos segundos de reloj y sigo comiendo mi naranja. —¿Te has quedado corto con las rosas?

Me mira incrédulo y sonrío también.

No creo que piense que mi sonrisa es de simpatía, vamos, no será tan corto de miras, digo yo.

—¡Cierto! No creo que me olvide de tu nombre así, de un día para otro —

se echa la mano a la frente y ríe. —Y, si no es indiscreción, ¿cómo te llamas?

—Nicky. Nicole. Me llamo Nicole.

No sé por qué le he pillado tanta manía al chaval, si solo es un señorito bien. Probablemente no haya conocido la miseria humana en su vida, ni siquiera esa preocupación de no llegar a fin de mes que a la mayoría de los mundanos nos atormenta de enero a diciembre.

—Encantado Nic...Nicole —alarga el diminutivo y me llama por mi nombre completo, gracias a Dios. —Quería agradecerte lo de ayer.

—Oh, de nada. Es mi trabajo —sonrío y me limpio las manos con mi delantal lleno de agujeros.

«Tengo que comprarme uno nuevo cuanto antes».

—Pues vengo a por otro ramo, si es que aún te quedan rosas.

—Pues tengo que decirte que acabaste con mis existencias de la semana, así que no voy a poder complacerte esta vez.

—Lo que me prepares estará bien. Mi madre es una señora muy seria, antipática sería ser demasiado sincero para tratarse de la mujer que me dio la vida. Necesito algo que le alegre la cara.

Me río sin poder evitarlo y él me sigue.

—Vaya pues... a ver qué tengo por aquí...

Busco entre las flores cortadas y voy uniendo girasoles, crisantemos y gerberas de varios colores.

Al final, después de todo un despliegue de mi arte floral, queda un ramo de lo más colorido que alegraría hasta la cara limón más agria jamás vista.

Le pongo celofán alrededor y un lazo rojo hacia mitad del tallo.

Él me mira asombrado, no pronuncia palabra hasta el final, pero no me ha quitado ojo en todo el proceso.

—¿Cómo puedes hacer algo tan bonito con algo tan simple?

—Oh, no. Las flores son de todo menos simples, créeme.

—Creo que voy a conseguir que mi madre sonría y si lo consigo es que... ¡es que te invito a cenar!

Me carcajeo sin freno, pero él no se ríe.

—Oh, ¿era en serio? —pregunto arqueando una ceja.

—Bueno... sí. Supongo que sí. ¿Por qué no?

—No me van los tíos así... —lo señalo.

—Así ¿cómo?

—No sé... tienes pinta de que todo lo solucionas a golpe de talonario. A mí con un *gracias* me vale.

—Con qué poco te conformas.

—No necesito más de lo que tengo, si es lo que quieres saber. Tampoco hace falta que me invites a cenar. Compra un ramo una vez por semana, alegra a tu madre, a tu prima y a la Virgen de los Dolores si te apetece. Con eso es más que suficiente.

—¿Eres siempre tan graciosa? —se ríe.

Yo no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Supongo.

—Hay un restaurante muy bueno donde...

—¡Déjame adivinar! Sirven comida en miniatura en platos de oro estratosféricamente gigantes y te cobran el equivalente a mi hipoteca por cubierto.

Él se echa a reír, yo me siento en el taburete mientras sonrío.

—No vas mal encaminada... ¿no te gustan los sitios así?

—Oh ¡Por favor! Prefiero comerme una sopa de sobre antes que eso.

—Ajá... ya lo entiendo —se cruza de brazos y sonrío a medio lado.

—¿El qué?

—Eres una hippie —sonríe.

—Bueno, si eso significa que me gustan las cosas sencillas, sí. Soy una hippie.

—Hippie con hipoteca y negocio propio... no tiene mucho sentido

¿sabes?

—Negocio propio porque tengo que pagar esa hipoteca con la que me casé. Cosa que no es relevante en absoluto.

Se ríe y le suena el teléfono.

Con el ramo encima del mostrador me pongo a echar cuentas de lo que va a costarle. Pienso en hacerle una rebaja por el dineral que me dejó el día anterior y por volver a darme las gracias, porque en el fondo siempre emociona que aprecien tu trabajo, por muy insignificante que parezca.

Antes de poder sacar la calculadora veo un billete de doscientos euros que se desliza desde sus dedos hasta los míos.

—Pero ¿qué haces? —pregunto mientras él hace como que no me escucha y que atiende esa llamada.

—Sí, Jacobo, sí. La señora Rose Marie iba a recoger la tiara y el collar de perlas que están en una caja de terciopelo roja.

—Pero ¿quién demonios usa tiara en estos tiempos? —pregunto bajito y él se ríe.

—Nada, Jacobo. Coge la caja y dásela. Está todo pagado.

—Joder... así me quito yo la hipoteca en dos meses... —pongo los ojos en blanco.

Cojo la manzana de debajo del mostrador y le doy un bocado mientras lo observo.

Él no me mira.

Cuelga el teléfono, se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta y vuelve a acercarme el billete.

—Cógelo.

—El ramo no vale eso. No pienso cogerlo. Dame un billete más pequeño o ¿es que solo traficas con billetes grandes? —cruzo las piernas y arqueo una ceja.

Vuelve a reírse y coge el ramo.

—Te pago las flores, tu arte y las risas. Y creo que me quedo corto.

—No vuelvas a venir ¿de acuerdo? Que al final con tanto peloteo me vas a caer hasta bien...

—¿Te caigo mal? —se hace el escandalizado.

—Como una patada en el cielo de la boca —sonríe falsamente un segundo y le doy otro bocado a la manzana.

Él sonrío de medio lado y se da la vuelta con intención de irse.

—¿Tienes una tarjeta?

—Ohm... no.

—¿Cómo puedes tener un negocio y no tener una tarjeta? —se da la vuelta y me mira atónito.

—Pues no teniéndola...

—¿Podrías dejarme tu número de teléfono? No es que te vaya a llamar para nada íntimo, tranquila.

—Creo que no...

—Es que dentro de unos meses es el aniversario de las joyerías y tenía pensado hacerlo a lo grande, alfombra roja, muchas flores...

Me levanto de un respingo y apoyo los codos en la madera.

—Apunta, seis dos nueve...

Se parte de risa con toda la boca abierta. Yo no entiendo por qué. Mi cabeza solo puede pensar en lo que me pagaría por florearle varias joyerías.

—¿Te importa escribírmelo en un papel? Voy un poco... justo de manos —dice mientras agarra el ramo lo mejor que puede.

Yo cojo un papel y le apunto mi nombre y mi número de teléfono. Luego pienso en que quizá hay una señora Don dinero y escribo floristería al lado de mi nombre para evitar confusiones y, entre otras cosas, que una loca desechada me quemé la tienda.

¡A saber cómo se las gastan estos ricos!

Le cedo el papelito y se lo mete en el bolsillo del pantalón como puede.

—Supongo que no será un número falso ¿no? Sé dónde encontrarte...

—No me jugaría yo mi sueldo de un año, así como así.

Vuelve a reírse y abre la puerta.

—Que tengas un buen día Nicky.

El diminutivo me quema en los oídos.

—Nicole.

—Nicole, perdona —sonríe.

—Igualmente... ohm... —ni siquiera me he interesado por su nombre y ahora no sé cómo despedirme.

—Héctor, me llamo Héctor.

—Hasta otra, Héctor.

Le doy otro mordisco a la manzana y él se va por donde vino.

Guardo el dinero en la caja y sonrío porque me ha alegrado el mes y el día tan nefasto que estaba teniendo.

Qué pena que sea así de estirado, de pedante y le guste exhibir así su dinero, porque está de toma pan y moja. Varias veces. En distintas posiciones. Hasta que alguno de los dos muera de cansancio y deshidratación.

6



Héctor

Mira que hay que ser imbécil para mentirle así. Por alguna extraña razón no he sido capaz de decirle que lo de ayer había sido una excusa para hablar con ella más tiempo. Lo mismo que hoy.

Miro el ramo y sonrío como un estúpido recordando su manera de morder esa manzana.

Joder. Me ha parecido el gesto más erótico del mundo.

Por un momento me olvido de todo lo demás y eso es casi magia. Algo que no he conseguido por mí mismo durante los dos últimos años, lo consigue ella con dos sonrisas y el batir de sus pestañas.

Ella no me soporta. Aunque así tiene más mérito el hecho de haberla hecho sonreír otra vez. Aunque solo fuese por poco tiempo.

Casi podía ver lo que pensaba de mí. Casi podía leer en su mente las palabras malsonantes que sería capaz de decirme si me pasase otra vez por allí.

Llego a mi piso y dejo el ramo encima de la mesa del salón.

Me siento en el sofá de cuero negro, apoyo los codos en las rodillas y me pongo las palmas de las manos en la nuca. Fijo mi mirada en el suelo.

Respiro. Tranquilo y acompasado.

Silencio. El más absoluto y pacífico silencio.

Sus manos son tan pequeñas...

Si son capaces de hacer arte con unas simples flores, ¿qué sería capaz de hacer con mi espalda, con mi cuerpo en general?

Estúpido.

Así me siento. Como si yo no fuese digno de fijarme en una chica cualquiera. En ella, por ejemplo, y que fuera capaz de bloquear toda la oscuridad que hay dentro de mi cabeza. Que fuera capaz de romperla. De dejar pasar la luz. Esa que ella desprende sin darse cuenta.

La bruja de las tinieblas que tengo por madre intenta convencerme de que el amor no existe, de que lo único válido que hay en esta vida son las transacciones y que éstas son aplicables a absolutamente todo.

Que el matrimonio es otra absurda transacción que debo pasar.

Joder, vaya basura mental debe tener esa mujer en la cabeza para pensar así.

Por un tiempo llegó a convencerme, para qué voy a negarlo. Por un tiempo solo vi cuentas bancarias y posibilidades económicas en vez de personas y me odié por ello.

Ahora he abierto los ojos un poco más y me niego a la mayor parte de imbecilidades a las que me intenta obligar ella.

¿De verdad se puede tener una relación sana con una mujer teniendo una madre así?

Me froto la nuca buscando de nuevo ese silencio, pero se ha esfumado.

El nombre de mi hermano parpadea en la pantalla de mi móvil y yo resoplo antes de responderle.

—¿Qué pasa, Dani? —pregunto aún con la cabeza gacha.

—¡Héctor! ¿Por qué no estás todavía en la oficina? Te estoy esperando.

—Hoy no voy a la oficina. ¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? Joder, hablar contigo, cuadrar algo para el fin de semana... Penélope y Cristina me han dicho que...

—Paso.

—¿Pasas?

—Mira, Dani, no estoy de humor hoy ¿de acuerdo? Tal vez mañana.

—Bueno, como quieras. Voy a ver si me cuadra y salgo yo con las dos.

—Que te cunda, hermano.

Sonrío pensando en cuántas veces he hecho yo lo mismo.

—Ya te contaré y, oye... arriba ese ánimo.

—Claro... Hablamos.

Cuelgo después.

Pobre chaval. No sabe hasta qué punto va a consumirle eso de lo que ahora presume.

Lo quiero, todo lo que se puede querer a un hermano menor, pero él y yo somos muy diferentes en cuanto a deseos futuros se refiere.

Miro el ramo y sonrío de nuevo. Esta vez de verdad.

Toco una de las flores con los dedos y pienso si su piel será tan suave como estas hojas.

Vaya flechazo más tonto...

7



Nicole

Estos horarios van a acabar conmigo, pero lo que gano no me da para contratar a una persona que me ayude y tampoco puedo darme libertades como abrir solo por las mañanas porque entonces sería el banco quien acabaría conmigo y con mi casa.

Un futuro próximo de lo más alentador.

Después de remolonear un poco en el sofá, por fin me levanto, cojo mi bolso y me voy andando hasta el trabajo.

Al llegar no hay nadie esperándome, por lo que preveo que tendré un turno tranquilo y sin contratiempos de ningún tipo, claro está, hasta que abro la puerta y veo que el suelo está totalmente encharcado.

—No, no, no. No puede ser. ¡No puede ser! —digo con la boca y los ojos abiertos de par en par.

Entro lo más rápido que puedo y busco la avería por toda la tienda hasta que veo que he dejado el grifo del lavamanos del baño abierto y una bayeta ha tapado el sumidero.

Litros y litros de agua se han desplazado a su libre albedrío por toda mi tienda desde Dios sabe qué hora.

Cierro el grifo enseguida. «*Genial. Esto es genial*».

—No me jodas, no se puede ser tan torpe. Sencillamente no se puede —vocifero.

Quito la bayeta para que el agua, que aún se acumula en el lavamanos, no siga desbordándose e inundando mi tienda.

Cojo la fregona y un cubo mientras pienso que no voy a ser capaz de secar todo esto a tiempo de abrir el turno de la tarde, así que respiro profundo, me maldigo a mí misma varias veces y pongo un cartelito en la puerta de “*Cerrado por avería*”.

Me arrepiento enormemente de haber cerrado ayer por la tarde, creyéndome yo una tía rica, y tener que hacerlo obligatoriamente hoy.

«¿*Me estará castigando el karma por aceptar más dinero de la cuenta por unos ramos de flores?*».

Quizá es eso y el señor Karma está equilibrando mi universo y me ha abierto el grifo a traición porque, la verdad, yo no me acuerdo de haberlo dejado abierto.

Recojo mi cabello pelirrojo en una coleta alta, me coloco el delantal, no sé muy bien para qué, y me pongo a recoger el río que se ha formado en medio de mi bosque.

Son las siete y cuarto cuando comienzo a ver la luz al final del túnel. Normalmente cierro a las ocho.

Suenan dos toquitos tímidos y, antes de fijar la vista en la puerta de madera, ya sé de quién se trata.

Llámalo casualidad o llámalo equis, pero parece que Don dinero le ha pillado el gusto a esto de pasarse por aquí.

—¿Se puede? —dice abriendo la puerta solo un poco.

—Pues ahora mismo no. Hay un cartel que pone que está cerrado ¿no lo ves? —digo mirándolo fulminantemente mientras agarro la fregona con una mano y me limpio el sudor de la frente con la otra.

—¿Qué ha pasado? —pregunta sin moverse un milímetro.

—¡Que he inundado la tienda! —grito a la vez que se me escapa una lágrima.

Él abre la puerta de par en par y se dispone a entrar cuando le apunto con la fregona.

—¡No! Quieto ahí —él levanta las manos declarándose inocente. —
¿Querías algo o solo vienes de visita? —pregunto sin bajar la fregona aún.

—Venía a invitarte a cenar, mi madre ha flipado con el ramo y... pero
veo que no estás de humor.

Yo bajo la fregona, resoplo y apoyo la frente en el palo a la vez que cierro
los ojos.

—¿Por qué se me juntan todos los desastres, Dios? —digo bajito. —No te
ofendas, ¿vale? Pero no creo que saliera nada bueno de esa cena, así que paso
de tu oferta.

—¿Ni siquiera vas a pensártelo?

—Estoy sudando a chorro, agotada, cabreada, desilusionada y hasta el
mismísimo moño de todo ahora mismo. ¿De verdad quieres que me pare a
pensar?

—Vale, hagamos una cosa. Voy a ayudarte a recoger todo esto y luego ya
veremos.

Pasa sin ser invitado, se quita la chaqueta, la deja encima del mostrador y
se remanga la camisa.

—Que no hace falta de verdad, puedo sola —digo implacable.

No quiero ir a cenar con él y me voy a ver obligada a ir si me ayuda. Y no
quiero, de verdad que no.

—¿Tienes otra fregona? —me pregunta sin hacerme el más mínimo caso.

Le señalo el cuartito del fondo a la vez que pongo los ojos en blanco. Él
va a por ella sin mediar una palabra más.

Se nota que no ha fregado en su vida, ni siquiera sabe cómo cogerla y eso
me da ganas de reír a carcajadas, pero me contengo. Bueno, intento
contenerme.

Me giro para que no me vea la cara y sigo apartando palanganas de flores
y recogiendo agua con la fregona.

Después de unos quince minutos, de vaciar dos cubos más y de no haber
mediado ni una palabra, mi lado está completamente seco.

—No has cogido una fregona en tu vida ¿verdad?

—No se me da muy bien, para qué nos vamos a engañar —dice intentando escurrirla sin lograrlo.

—Ah, eres de esos... —digo haciendo referencia a su comentario de esta mañana.

—¿De esos? —pregunta con una sonrisa.

—Niñito bien.

—Pago a un señor para que me limpie la casa, pero...

—Oh por Dios... No sigas, que me dan arcadas... —finjo una.

—Tenemos estilos de vida diferentes, pero no creo que debas juzgar el mío por no ser igual al tuyo —dice muy serio mientras agarra su fregona.

Por un momento pienso que tiene razón y que, porque yo venga de una familia humilde, él no tiene por qué avergonzarse de tener dinero, servicio y cosas caras. Tal vez en este asunto, lo único despreciable es mi opinión sobre su estilo de vida.

—Tienes toda la razón, perdona —me avergüenzo.

—Quién sabe, quizá tenemos muchas cosas en común, o quizá no, pero eso no implica que te cierres en banda.

—La cuestión es que creo que no podríamos tener nada en común. Ni siquiera para entablar una conversación en una cena.

—Bueno... ahora mismo estamos teniendo una.

—¡Estamos teniendo una conversación sobre por qué no deberíamos tener una cita!

—Cierto, cierto. Bueno, tanto fregar me ha abierto el apetito... ¿te apetece una pizza?

—¿Tanto fregar? Pero si no has recogido ni medio cubo de agua...

—No se me da muy bien la fregona ¿vale? La próxima lo haré mejor.

—¿La próxima? ¿Es que esperas que se me inunde la tienda otra vez? —pregunto cruzándome de brazos.

—¡No quería decir eso! —me echo a reír y él también. —Bueno, no puedes negarme una pizza —saca su móvil del bolsillo de su pantalón y

marca un número.

—Qué cutre, una pizza...

—Oh, perdona —se lleva el teléfono a la oreja — ¿Doña hippie quiere bogavante para cenar?

Hago gesto de escandalizarme y los dos reímos.

Voy al cuarto de los trastos y coloco los dos cubos y las dos fregonas.

Cuando vuelvo, Héctor ya ha colgado la llamada y me pregunto si es adivino o si ha pedido pizzas al azar sin saber qué me gusta.

—¿Has pedido? —pregunto.

—Dos carbonaras, llegarán en veinte minutos.

—¡Carbonara! —hago un gesto de asco. —No como carne...

—¡Venga ya! Y qué comes, solo lechu...

—Ni se te ocurra hacer ese chiste ¿vale? Si lo haces puedes darte por desterrado de aquí. Puedo hacerlo, soy la dueña...

—¡Perdona! Pues empieza bien la cena... —hace gesto de quitarse el sudor de la frente y llama de nuevo a la pizzería. —Perdone, he llamado hace unos minutos para pedir dos carbonaras... ¿sería posible cambiar una de ellas?... Oh bien, pues que sea de... un segundo —me mira —¿de qué la quieres?

—Queso, calabacín, champiñones y tomate natural, por favor.

Él me repite y vuelve a disculparse con la persona que está al otro lado del teléfono.

—Gracias...

—Bueno, es solo una llamada —se guarda el móvil y me sonrío.

—No... quiero decir que gracias por ayudarme con este desastre, por aguantar mis comentarios malintencionados y por invitarme a pizza —sonrío, esta vez sincera.

—No es nada... hoy tenía el día medianamente libre y, bueno, me he reído más aquí en dos ratos que en años donde trabajo, así que... he sido un poco interesado, la verdad.

—Pues vaya...

—¿Decepcionada?

—Bastante... pensé que eras el típico tío pedante, estúpido y forrado que alardea todo el rato de su dinero y, aquí estás. Remangado, fregando, o intentándolo, e invitándome a lo más sencillito del mundo.

—¡Ajá! ¡Hippie impresionada! —se ríe y con razón.

—No te vengas arriba, que no me gustas.

—Yo no he dicho que tú me gustes, eh.

Me siento más avergonzada que nunca. Es cierto, no lo ha dicho y puede estar aquí porque en el fondo es muy buena persona y le gusta ayudar a los demás y agradecer un trabajo bien hecho.

—Vale... Tierra ¿me oyes? Trágame ahora, gracias... —digo mientras miro al suelo.

Él estalla en risas mientras yo me tapo la cara con las manos.

—Eres muy guapa, graciosa, sabes lo que quieres y eso me atrae, sí.

—Vale, no sé qué me da más vergüenza. Así que vamos a dejar pasar el tema ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Le suena el móvil y yo lo agradezco, porque la atmósfera ha debido congelarse y el aire se puede cortar con un cuchillo de mantequilla.

—Oh, joder, ¿tiene que ser ahora?... Vale, vale... voy para allá —cuelga el teléfono.

—Me plantas... —digo aguantando una sonrisa.

—¿Eso es un chiste de floristas?

—¡Lo has pillado! —río a carcajadas.

—Muy a mi pesar, tengo que irme. He olvidado que tenía un asunto que atender hace... —mira su reloj —¡una hora! Van a matarme.

—Tranquilo... pero tu pizza carnívora se va a la basura.

—Joder, con lo que me apetecía... ¿otro día?

—Quizá...

Poco después llegan las pizzas y las tengo que pagar yo, claro.

Apago las luces, cojo mi bolso, las pizzas y cierro la tienda.

Hay un señor que vive en la calle y al que siempre saludo y doy comida cada vez que puedo, así que le daré una sorpresa. Hoy cenará caliente.

Él me lo agradece más veces de las que puedo contar y enseguida se mete un trozo a la boca. Se nota que está hambriento.

—¡Que aproveche! —le digo antes de irme.

—¡Dios te bendiga, bonita! —me grita con la boca llena.

Yo me voy a casa con un cóctel molotov de sentimientos. Todos dispares, ninguno con sentido. Lo mejor será que cene y me acueste a dormir. Hoy ha sido un día demasiado extraño como para ser real.

8



Héctor

La realidad me golpea en la cara con cada palabra suya. Cada sílaba me retumba en los oídos como un eco que yo me empeño en no escuchar.

—Héctor ¿me estás oyendo?

—Sí, papá. Claro que te escucho.

Hasta él sabe que es mentira, pero evita mi mirada cansada y prosigue.

—Hay que presionar a Armando para que nos venda ese local. Tenemos que comprarlo como sea.

Asiento mientras mi mente vuelve a estar allí, con ella, y pienso que una copa de vino no me vendría nada mal ahora mismo, pero me retengo. Al final, si me descuido un poco más, voy a acabar siendo alcohólico.

La decepción me inundó un poco al pensar que ella no estaría allí después de ver el cartel de cerrado.

Pienso en el pequeño temblor que sentí en el pecho cuando vi en movimiento su pelo de fuego recogido en esa coleta.

Entré despacio. Ella me daba la espalda y tuve algunos segundos para observarla antes de que me clavase esa mirada feroz.

Como predije, su mirada me traspasó. No falló en el intento.

Qué mona. Intentando partirme en dos sin saber que yo ya estoy completamente roto por dentro.

—¡Héctor! —grita mi padre sacándome del recuerdo.

—Perdona, perdona. Estoy distraído, ¿qué me decías?

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —pregunta con el ceño fruncido.

—Nada. Estoy cansado, eso es todo.

«*Ella es lo que me pasa*».

—¿Hay algo que quieras contarme? —me pone la mano en el hombro.

—Si te lo contara, tendrías que cerrar la empresa.

Se carcajea. Como siempre.

Es una broma que siempre le ha hecho gracia. A mí no tanta.

—Bueno, entonces ¿te encargarás de lo del local?

—Claro.

Mi padre me aprieta el hombro en señal de aprobación y se levanta.

Yo me quedo sentado y le hago una seña con la mano para que se vaya él.

Asiente y se va sin decir nada más.

No hace falta.

Lo único que puedo hacer es pensar en que la he dejado tirada después de haber conseguido que cenara conmigo.

Tal vez me hubiera hecho reír un rato más.

Tiene una capacidad asombrosa de hacerme reír sin esfuerzo. Sin quererlo.

Ella no debe tener idea de lo importante que es eso. De lo impresionante que me resulta.

Decido irme del restaurante después de un cuarto de hora de mirar al infinito y de pensar, sin ningún buen resultado, hacia dónde va mi vida. Hacia dónde quiero yo que vaya.

Cojo el coche y, sin música alguna, me voy a casa.

Allí me espera un sofá inerte, la soledad más absoluta y el silencio más

gratificante.

Y ese ramo que me recuerda a ella.

Me doy una ducha de agua fría para frenar cualquier pensamiento. Funciona.

Me pongo un pantalón gris de tela, una camiseta blanca y me echo en el sofá. Pongo música y miro el ramo, que sigue en la mesa del salón.

Cojo el móvil y me levanto a buscar el papel donde ella apuntó su número. Me tiento escribirle. Algo, cualquier cosa, solo para ver si responde.

No lo hago. Prometí no molestarla a no ser que fuese algo relacionado con el trabajo y eso haré.

Al fin y al cabo, lo único real en mí es que soy un hombre de palabra.

Un recuerdo me golpea la mente.

Ella, con los ojos enrojecidos y la fregona levantada, apuntándome.

Por un momento pensé que iba a atacarme con ella. Por un momento pensé en abrazarla para que no llorase.

Doy vueltas en el sofá hasta que mi móvil vuelve a sonar.

El nombre de Kevin parpadea en la pantalla y yo pienso en que lo mataré si no es algo importante.

—¿No has visto la hora que es o qué coño te pasa?

—Espero que estés a punto porque, si no, voy a subir ahí y te voy a dar de tortas hasta que lo estés.

—Ni de broma.

—Respuesta incorrecta.

Cuelga.

Me tapo la cara con las manos.

Me maldigo a mí y al momento en el que se me ocurrió darle una llave de mi casa.

Dos minutos después ya está dentro. Yo sigo echado en el sofá.

—No voy a ir a ningún sitio, Kevin.

—No hace falta, he traído la fiesta a casa.

—¡A mí casa!

—Te presento a Belinda y Rebeca.

Levanto la cabeza y miro en su dirección.

Dos morenas con una altura escandalosa, sonrisas plastificadas y poca ropa.

—¡Hola! —repiten las dos al unísono.

Le hago una seña a Kevin para que se acerque y él lo hace con una sonrisa socarrona.

—O las sacas de mi casa ahora mismo o te saco a ti por la ventana.

—Vamos tío, necesitas despejarte. Últimamente estás demasiado... tenso.

Me froto la nuca con una mano y vuelvo a mirarlas.

Al final, bajo la cabeza y asiento de una manera casi imperceptible.

Kevin aplaude e invita a las chicas a sentarse después de cerrar la puerta.

Una de ellas ya intenta quitarme la camiseta.

Va a ser una noche larga.

Antes de ponerme la máscara para estos tres, cojo el ramo y lo llevo a la cocina.

Ni siquiera quiero que esté en el salón cuando la cosa se vaya de madre.

Nada bonito va a pasar aquí esta noche.

9



Nicole

Duermo bien. La verdad es que más que bien. He descansado como hacía días que no lo hacía, quizá semanas.

Me levanto antes de que suene la alarma con una sonrisa de lo más extraña y me doy un baño relajante antes de empezar mi rutina.

Después me pongo un vestido vaquero de manga tres cuartos, mis inseparables botas camperas y me he recojo parte del pelo en un mini moño. No es que sea un peinado bonito, pero me aparta el pelo de la cara sin necesidad de recogérmelo entero, así que voy cómoda y me siento bien al verme en el espejo.

Después de coger el bolso, el desayuno y reafirmarme en que hoy es un día de esos en los que te ves guapísima, te sientes increíblemente bien y tienes energía para parar un tren con una sola mano, me voy a trabajar.

Cuando llego a la puerta de la floristería, me recorre un escalofrío y pienso en qué tipo de catástrofe me esperará hoy ahí dentro.

Por suerte, después de abrir la puerta muy despacio, todo está tal y como lo dejé ayer antes de irme. Nada de inundaciones, de epidemias florales ni terremotos nocturnos, así que respiro y dejo la puerta abierta para que entre un poco de fresco.

Dejo mis cosas detrás del mostrador y, antes de empezar con las labores, desayuno rodeada de mis plantas.

Es una sensación agradable nutrirte rodeada de tanto verde. El único fallo es que prácticamente toda mi tienda tiene cristalerías que, por partes, me dejan ver el exterior y lo que hay ahí fuera no me gusta en absoluto.

Maldita ciudad.

Lo mejor de hoy es que ya es viernes y tengo dos días enteros para descansar.

Esta semana ha sido un tanto extraña y, aunque me cuesta decirlo en voz alta, prefiero mi aburrida normalidad a esta sucesión de catástrofes.

Don dinero se ha pasado por aquí más de una vez en los últimos días y, la verdad, con cada aparición suya, me parece menos pedante, menos... idiota. Más simpático y cercano.

Una voz de lo más familiar me saca de mi ensoñación.

—¡Cuánto tiempo sin venir a tu rinconcito verde! —grita emocionado.

—¡Me tienes en el olvido! Mala persona...

Ricardo es camarero y trabaja en el restaurante de Valerio, su marido. Es altísimo, moreno, ojos castaños y con un humor que mejoraría hasta el día más oscuro de todos.

Todavía recuerdo el día que me presentó a Valerio. Mulato, ojos de un verde que enamoraría al mismísimo demonio y un cuerpazo de infarto. Ya lo querría yo para mí, todo sea dicho, pero él juega en otra liga. Y en otra acera.

También recuerdo cuando me enviaron la foto de recién casados.

Los dos vestidos de lino blanco. Sonrientes. Felices y enseñando las alianzas a la cámara.

A la madre de Ric le enviaron la misma foto.

Ella nunca aceptó la condición sexual de su hijo y yo la odio por eso. Creo que Ric también, aunque no lo dice en voz alta.

Su madre acabó hospitalizada de urgencias al enterarse de que su hijo se veía con Valerio. El día que le enviaron la foto de recién casados fue su primer ataque oficial de corazón.

Yo me reí. Poco me parecía por hacer sufrir tanto a su hijo y no entender que, al final, lo que importa es que él es feliz. Sea con quien sea, él es feliz.

—¡Ay, cariño! Si es que estoy en una nube. Una nube rosa y llena de fuegos artificiales —dice mientras da palmaditas y saltitos.

—Así que es muy bueno en la cama, ¿no? —me echo a reír.

—¡Vamos, calla! Ya sabes que sí... Dios de mi vida, ¡vaya hombre! —grita y me abraza.

—¿Vas a contarme todos los detalles? O tengo que suplicarte...

—Han sido dos semanas muy intensas ¿cenamos y te lo cuento todo?

—¡Sí, por favor! Necesito salir, despejarme y hablar con alguien que no sean mis plantas o Don dinero... —me tapo la boca nada más decirlo.

—¿Don dinero? ¿Quién es ese? —pregunta muy interesado.

—Un tío...

—¡Señor! Me has escuchado y has puesto a un hombre en su vida ¡Gracias! —alaba al cielo y yo pongo los ojos en blanco.

—Basta... no es nadie ¿vale?

—Ya, ya... lo que tú digas, pero cuéntamelo todo —apoya sus codos en mi mostrador y la barbilla en sus manos.

—¿Tú no tenías prisa?

—Yo no he dicho tal cosa, así que larga por esa boquita...

De repente suena su móvil y yo doy gracias porque la campana me ha salvado.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente ¿sabes? Esta noche quiero detalles —dice mientras tapa el auricular del teléfono. —¿Nos vemos a las nueve?

—Sí, sí. Anda vete ¡que tu macho te reclama!

Sonríe y se va la mar de contento.

La verdad es que necesito su presencia. Es una de las personas más felices, positivas e inspiradoras que conozco y, sobre todo, el mejor de los amigos. Podíamos pasar tiempo sin vernos ¡hasta sin hablarnos! Pero luego nos veíamos y todo era como siempre, como si el tiempo no hubiese pasado, como si nuestra amistad fuese más fuerte que todo lo demás.

Parece que hoy el resto del mundo no está por la labor de comprar ni un mísero clavel, así que llega la hora de cerrar y, cuando miro la caja de fondos, me echo a reír.

—¡Ay, Don dinero! Qué falta me hace un derroche de los tuyos... —digo en voz alta.

Cierro la puerta de salida y me planteo limpiar las cristaleras en el turno de la tarde, es más que necesario dado que parece que tengo cristales ahumados cuando lo que realmente pasa es que soy la gandulitis hecha carne y llevo dos semanas sin pasarles un trapito.

Menos mal que el interior es precioso, porque si no...

Me suena el móvil y, sonará fatal, pero me sorprende bastante. No suelo estar pendiente de él, eso de no tener familia cercana resta muchas llamadas y mensajes. Y amigos tampoco es que tenga muchos en esta ciudad, soy más bien una persona solitaria, pero la verdad es que no necesito a más gente en mi vida. Supongo que soy feliz así.

En la pantalla parpadea un número que no conozco y lo cojo sin pensar. Será Vodafone para dar la lata con alguna chorrada de promoción.

—Diga...

—Buenas tardes, ¿hablo con la señorita Nicole? —me pregunta una voz masculina al otro lado de la línea.

—La misma que viste y calza.

—Muy bien, soy Agustín, el ayudante del señor Maldonado. Me ha dado su teléfono para concretar una cita asunto de la decoración floral de las joyerías Diamond.

—Disculpe, el señor ¿qué?

—Héctor Maldonado, señorita. Dueño de la línea de joyerías Diamond.

—Hasta el apellido es remilgado... —digo en voz baja.

—¿Disculpe?

—¡Nada, nada! Disculpe usted, hablaba con mi... mi... ¿planta? —digo sin que se me ocurra ninguna mascota creíble.

Creo que un hipogrifo hubiese resultado más verosímil. Seguro que, a

partir de ahora, para el señor Agustín, yo sería la loca que susurra a las plantas.

—Bien, señorita Nicole, ¿sería posible que viniese a nuestra joyería central el lunes a las diez de la mañana?

—Me va a disculpar de nuevo, pero es que esa hora entra dentro de mi horario habitual de trabajo y me resulta imposible cerrar la tienda para acudir. Si pudiese ser antes, sobre las nueve tal vez.

—Es que verá, el señor Maldonado es un hombre muy ocupado y, ahora mismo, en su agenda solamente queda libre esa hora.

Tuve que morderme la lengua para no responderle con otra patojada.

—Si él quisiera, a las diez del lunes podríamos vernos en mi tienda. Así él no pierde sus demás citas y yo no pierdo mi tiempo —digo mientras oigo lo pretenciosa que debo sonar.

Vaya una manera de perder el que podría ser el trabajo mejor pagado de la existencia de mi pequeño bosque.

—Muy bien, trasladaré su petición al señor Maldonado y volveré a llamarla para confirmarle la cita. Un placer hablar con usted y que tenga un buen día.

—Igualmente.

«Y sáquese el palo que lleva metido por el culo».

Señor Maldonado, señor Maldonado... vaya manera más estúpida de hacerse el interesante conmigo. Anda que si tenía mi teléfono podría haberme mandado un mensaje diciéndome el tipo y la cantidad de flores que quería y listo.

Tanta pedantería me saca de quicio.

Guardo el móvil en mi bandolera marrón y sigo caminando hacia mi casa. Quiero buscar algo que ponerme esta noche para que, cuando salga de trabajar, no tenga que volverme loca revirando el armario sin saber qué escoger.

Vuelve a sonar mi móvil y yo pienso en que estaba mucho mejor cuando no sonaba. Cuando no me exaltaba de esta manera tan absurda por saber

quién estaba parpadeando en la pantalla.

Otro número desconocido.

—Florista estresada al aparato, ¿en qué puedo ayudarle?

Una carcajada más que familiar suena al otro lado.

—Eres increíble... ¿así contestas normalmente al teléfono? —pregunta mientras aún se ríe.

—No recibo muchas llamadas, así que supongo que sí, señor Maldonado —aguanto la risa.

—Puedes reírte, tranquila. Ya me ha dicho Agustín que discretamente me has llamado remilgado. Yo le he dicho que ha debido marcar bien el número porque es muy propio de ti ser sincera sin importar con quién.

—También te habrá dicho que me he excusado ¿no?

—¡Sí! Diciendo que hablabas con una planta, ¿cómo se te ocurre? —vuelve a estallar de risa.

—Bueno, pues ya he quedado fatal con tu ayudante así que, dime, ¿puedo quedar mal contigo también en el día de hoy?

—Podrías quedar conmigo... a secas.

En ese mismo momento cruzo la calle. El semáforo está en verde, pero no para mí, sino para la hilera de coches que frenan antes de pisarme los zapatos. Todos me pitan al unísono y gritan cosas malsonantes a la vez que sacan la cabeza por la ventana.

No le doy importancia al pequeño detalle de que casi muero sepultada por un amasijo de hierros y pienso en que me he quedado muda.

Yo. Que siempre tengo una palabra, frase o chascarrillo para soltar. Yo, que soy la dama de las palabras, el diccionario andante. Yo, no sé qué decir.

—¡Mira por dónde vas!

Es lo más bonito que me grita un hombre sacando la mitad de su cuerpo por la ventanilla de su coche.

—¿Qué es todo ese ruido? —pregunta.

—Ah, nada, que he cruzado la calle y casi muero sepultada por unos diez

o doce coches. Así a voz de pronto diría que doce. Sí, doce.

«¿Qué demonios me pasa?».

—¿Quieres morir, florista estresada?

—Quiero que no me preguntes cosas que no quiero contestar, Don dinero.

Vuelve a estallar en risas mientras yo me aseguro de estar caminando por la acera y en la dirección correcta.

—Vamos, no me digas que no tienes un poco de curiosidad. Solo un poco.

—¿Curiosidad? ¿Vas a llevarme a las Vegas en tu jet privado?

—Si quieres sí —dice muy serio.

—No me jodas ¿tienes un maldito jet privado? —vuelve a reírse, por lo que supongo que no, que no lo tiene.

—No soy Christian Grey, ¿vale? No tengo un helicóptero, estoy podrido en pasta y tengo un cuarto de juegos truculentos en mi loft.

—Siento decirte que acabas de perder todo el encanto.

Miento, claro. Ni me gusta el tal Grey ni me derrito por cosas caras, pero me gusta sacarlo de quicio.

—Creía que eras una florista hippie a la que le gustaba saltar en los charcos y ver las estrellas de madrugada.

—¿Quién demonios te ha dicho eso?

—Eres más transparente de lo que crees. También sé, por si te interesa, que te gustaría quedar conmigo, pero que mi dinero hace una especie de cortocircuito con tus creencias de una vida sencilla libre de materialismo ¿me equivoco?

—A ver, porque esta conversación se está yendo de madre. ¿Tú no me llamabas para no sé qué asunto de decoración con flores? No sé por qué de repente hablamos de ti y de mí, y de citas, y de mis gustos y tu dinero —digo enfadada mientras hago aspavientos con la mano que me queda libre.

—Cierto, pero una cosa ha llevado a la otra y, bueno... Tenía que intentarlo. Como me decía Agustín, no puedes venir el lunes a mi oficina,

¿verdad?

Por un momento me quedo sin saber qué contestar, creo que es el primer chico que me deja sin saber qué decir en más de una ocasión. Normalmente siempre tengo una aguda respuesta, pero no, hoy no.

«¿Me faltará alguna vitamina indispensable para que mi cerebro funcione?».

—No, no puedo porque coincide con mi horario de apertura.

—Está bien, sigo teniendo un hueco a esa hora así que, si no le es inconveniente, pasaré yo por su establecimiento para concretar, ¿de acuerdo?

—Qué finolis te has puesto de repente.

—Querías hablar de negocios ¿no?

—Sí, pero puedes hablar normal. Puedes tutearme. No te voy a morder, si es eso lo que te preocupa.

—En absoluto me preocupa que me muerda, señorita.

—Tú eres tonto.

Vuelve a carcajearse, esta vez con más fuerza, por lo que acabo riéndome yo también.

He subido todos los peldaños de mi casa sin darme cuenta y me veo metiendo la llave en la ranura y empujando para entrar.

—Vale, vale, corto el rollo, pero vamos, concédeme una cita. Solo una. Si no tenemos tema de conversación, cosa que dudo, o si te sientes incómoda, no volveré a molestarte, ni siquiera para pedirte un mísero gladiolo.

—A ver, tampoco extrememos. Puedes comprarme flores las veces que quieras. No me seas dramático.

—De verdad, me haces reír hasta cuando hablas en serio.

—Es mi superpoder. Bueno y, ¿cuándo quieres que quedemos, pesado?

Digo haciéndome de rogar, pero tengo que confesar que es agradable hablar con él y que parece más humano que la primera vez que entró en mi tienda.

—¿Lo he logrado? ¡Venga ya! No tenía un plan, ¿sabes? Lo he soltado

así pensando que no te convencería y ahora no sé ni qué decirte —se ríe.

—Será coña ¿no? —me carcajeo.

—Puedo jurarlo. Pero no importa, soy un chico con recursos y tú pareces fácil de contentar, así que... ¿qué te parece si esta noche te llevo a un sitio especial a cenar? Va a encantarte.

—¿Esta noche? Ya tengo planes, lo siento. ¿Mañana?

—Uf, mañana complicado, ¿el domingo?

—El domingo imposible. Y al día siguiente tengo una reunión importante con un estirado de la alta joyería, ya te contaré.

Vuelve a reírse y, por sorprendente que pueda parecer, me apenas no poder coincidir con él.

—Uf, no me digas más, tiene que ser un pelmazo.

—Fíjate tú si es pelmazo que utiliza la palabra pelmazo.

Esta vez nos reímos los dos y, por primera vez, pienso que quizá pueda salir algo bueno de todo esto.

—Pues vaya faena...

—Bueno, ahora tengo que dejarte porque tengo que elegir modelito para esta noche y si voy hecha un adefesio, Ricardo es capaz de ponerme un biombo alrededor para que nadie nos vea juntos.

—¿Ricardo? Así que hay un señor hippie, ¿eh?

—Digamos que hay un hippie *flower power* en toda regla, no sé si me sigues.

—¡Vale! Veo por dónde vas y no puedo decir que no me alegre.

—Estás coqueteando demasiado para no conocerme de nada, ¿no crees?

—Ya te he dicho que eres transparente. Soy muy bueno calando a las personas.

—Pues esta florista transparente se siente un poco abrumada con tanto contacto repentino. ¿No hay ninguna Doña dinero por ahí que te apriete la correa?

—¿La correa? —vuelve a reírse. —No. Por suerte no hay ninguna Doña dinero, así que no tengo correa.

—Eso explica por qué estás tan suelto —me río.

—No te muerdes la lengua, ¿eh?

—¡Me envenenaría! Y ahora tengo que dejarte, me quedo sin tiempo para almorzar.

—Es una pena. Que aproveche y que te sea leve esta tarde y, ¡ah! Pásalo bien esta noche.

—Muchas gracias, Héctor. Que te sea leve el día a ti también.

Sonrío sincera, porque a lo tonto me va a caer bien este chico y porque no hay nada más bonito que ser tú misma con el resto del mundo.

—Qué bonito suena mi nombre salido de tu boca. Aunque tengo que reconocer que me extraña que no me llames por mi mote.

—Ha sido un lapsus mental ¿vale, Don dinero? —sonrío más.

—¿Ves? Eso ya me resulta más normal. Hasta la próxima, Nicole.

—Hasta la próxima.

Cuelgo y me siento en el sofá a meditar sobre lo que acaba de pasar.

¿Es posible hablar con un total desconocido con la mayor de las confianzas?

Acabo de comprobar que sí.

Y, además, me gusta.

Esta sensación. No él.

10



Héctor

Eso de mandar a mi secretario a llamarla ha sido una total falta de respeto hacia ella, la verdad. Por eso decido llamarla de nuevo. Por eso y para escuchar su voz.

Nicole...

Su nombre suena tan bonito cada vez que lo pienso.

Ella me resulta tan intrigante, tan... intensa.

Tiene que ser una locura si su cuerpo carece también de todo filtro. Si es capaz de expresar tanto con sus manos... con su boca.

Me jode bastante no poder verla hoy. Como si ya fuera costumbre verla a diario.

«Se me está yendo de las manos».

Sacudo la cabeza y llamo a Kevin.

Lo de la otra noche aún me retumba en los oídos.

Piernas, brazos, gritos y fluidos corporales mezclándose en mi sofá.

Lo único agradable de todo eso había sido la ducha de después.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Quieres salir a tomar unas copas hoy?

—¡Dios! ¡Sí, claro que sí!

—Tranquilo, solo son unas copas. Nada de orgías en mi casa.

Se ríe y yo evito pensar en el asunto.

—Vamos... como si tú no hubieses disfrutado. Esta vez podemos ir a mi casa.

—Solo unas copas, imbécil.

—¡Está bien! Llamaré a Oliver y nos vemos a las diez donde siempre.

—Bien. Nada de sorpresas ¿me oyes?

—Bah... qué miermo te has vuelto.

Cuelgo.

Los viernes hay más trabajo del habitual así que el único plan que tengo hasta las diez es enterrarme en papeles e intentar no pensar en nada más.

Salir con los chicos siempre me venía bien.

Unas copas, unas risas, gente alrededor bailando...

Sí. Quizá hasta me anime y le haga caso a Kevin esta noche.

No hay nada que perder.

Nicole

No es fácil encontrar algo que ponerme para esta noche, hace tiempo que no salgo con Ricardo y es obvio que querrá ir a alguna discoteca después de cenar ¿o soy yo la que quiero eso?

Fuera como fuese, saco un vaquero ceñido, unas sandalias de tacón negras y un body del mismo color con un más que sugerente escote frontal.

Qué ganas de charlar con él, de cenar fuera de casa, de tomarme unas copas y de despejarme.

Desde que Rafael se fue, mi vida se había resumido en ir de mi casa al trabajo y viceversa. Entre medias, solía quedar con Ric. Veíamos alguna

película, comíamos cantidades ingentes de helado, charlábamos de la vida y, como muy bien solía decirme él, necesitaba algo o alguien diferente en mi vida. Otro reto, otra historia, otros sueños. Que la soledad no era tan buena como yo la pintaba era la frase que siempre salía de su boca e impactaba en mí.

No recuerdo a mis padres, ellos murieron en un accidente de coche cuando yo era muy pequeña. Me cuidó mi abuelo hasta que cumplí los veinte. Él murió poco después y, de ahí en adelante, aprendí a cuidarme sola.

Él me enseñó un juego que, más tarde, se convirtió en mi realidad. Desde que empecé a vivir con él jugábamos a que yo tenía que decir siempre todo lo que pensaba y sentía. Él no era muy hábil adivinando sentimientos y eso, con una niña pequeña a su cargo, no era demasiado bueno. Así que se inventó el juego de la sinceridad absoluta. Yo estaba obligada a soltar todo lo que se me pasaba por la cabeza a bocajarro y él hacía lo mismo conmigo.

Que me quería, que yo era especial, que conseguiría todo lo que me propusiera y que era la persona más cabezota con la que se había topado eran sus frases preferidas. Las mías eran algo así como que qué bonito tenía los ojos, que era demasiado alto como para que algún día yo lo alcanzara, que él era mi mamá, mi papá y mi abuelo a la vez y que lo quería hasta el infinito y volver mil veces.

Así que, aunque él ya no estaba, yo seguí con nuestro juego. Seguí siendo fiel a él y a mí misma. Seguí diciendo todo lo que se me pasaba por la cabeza y eso me restó muchas amistades, pero me sumó mucha paz interior.

No tardo en llegar a la tienda. Esta vez sin poner en peligro mi vida.

Como todos los viernes por la tarde, debo dejarlo todo a punto para no encontrarme con ninguna catástrofe el lunes por la mañana y haber perdido más de la mitad de mi género. Ya sucedió una vez, pero de los errores se aprende.

Es necesario que venda todas las flores cortadas porque no aguantarán hasta el lunes. Las que sobren, las regalaré al centro de mayores que hay tres calles más allá.

Riego todas y cada una de las plantas, limpio sus hojas y trasplanto unos

cactus a los que se les va quedando pequeña la maceta.

Limpio los ventanales y, en el penúltimo casi me caigo al suelo por no anclar bien la escalera.

Al terminar, me siento a comerme el yogur y a morir de cansancio en la más absoluta intimidad de mi tienda.

«¿De verdad voy a salir esta noche? ¡Si estoy agotada!».

No puedo dejar plantado a Ric, ni tampoco quedarme en casa muerta del asco una noche más.

Me quedaré sentadita en mi taburete la media hora que me queda para cerrar, recargaré pilas y saldré de aquí con el ansia viva de irme de cena, pienso justo antes de que las seis personas que han entrado casi a la vez se agolpen en mi mostrador reclamando mi atención.

«Malditos».

—¡Señorita! Pero si lo mío son solo dos girasoles, nada más —dice la señora del pañuelo hortera en la cabeza y las zapatillas de estar en casa.

—Sí, señora, pero delante de usted está este señor, aquel y ese otro —digo señalándolos. —Y esto va por orden de llegada, lo siento, voy lo más rápido que puedo.

«Que yo también quiero largarme, que aún tengo que ducharme, peinarme, vestirme, maquillarme y ¡no me ve quejarme!».

Esto de ser tu propia jefa estará muy bien para unas cosas, pero si dijese lo que pienso todo el tiempo me quedaría sin clientes en tres cuartos de hora.

—Muy bien, caballero, aquí tiene su ramo. Que su mujer lo disfrute muchísimo —le sonrío y él me devuelve la sonrisa.

—Eres un encanto, mi niña, a Julia le encantarán. Toma y quédate con el cambio.

—Muchísimas gracias y que tenga un bonito día.

Por suerte, por cada persona maleducada, estúpida y sin empatía alguna, hay otra tan amable como el señor que acaba de irse.

Por estadística, ahora toca la tonta de turno que me pondrá de mala leche después del día tan fructífero que he tenido y con la noche tan bonita que me

espera.

—Bueno, ahora a mí, ¿no? Ya me toca, ¿no? —dice mirando a todos los demás por si a algún insensato se le ocurre abrir la boca.

Nadie lo hace, así que no me queda más remedio que intentar atenderla con toda la paciencia que ya no tengo.

—Dígame, señora, en qué puedo ayudarla.

—Ya le he dicho que quiero dos girasoles —dice con los brazos cruzados.

Yo me giro sin más, voy hasta la cubeta de los girasoles cortados, cojo los dos últimos que me quedan, les envuelvo el tallo en papel marrón de embalar, los ato con un cordel y se los entrego.

—Cuatro con ochenta —le digo a la vez que pulso el importe en la caja registradora.

—Cuando quieres eres rápida, ¿eh?

—Señor, dame paciencia, porque si me das martillos... —susurro.

Me deja el dinero en el mostrador y se va sin darme las gracias ni los buenos días.

La ocasión de lanzarle la grapadora tiente, pero me retengo y atiendo al resto, que se compadece de mí por tener que aguantar a este tipo de personas.

Por suerte los demás son muy simpáticos conmigo y no me meten prisa, aunque mi hora de cerrar haya pasado hace unos quince minutos.

Cierro la puerta con llave por fin. Ya solo me queda hacer la caja, apagar las luces y salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Lo hago todo en un total de seis minutos y medio y, al séptimo, ya estoy con la bandolera debajo del brazo y corro como una descosida a lo largo de la calle.

Siento la vibración del móvil en el brazo, pero no me paro a cogerlo. Voy con el tiempo bastante justo y a Ricardo le jode bastante la gente impuntual.

Buen amigo he escogido. Yo, que soy la impuntualidad personificada.

Llego a mi portal en tiempo récord. Subo los escalones de dos en dos sin pararme ni una vez a respirar y, una vez arriba, casi muero por ausencia total

de aliento.

Tiro la bandolera encima del sofá, me quito los zapatos de camino al cuarto de baño y me ducho lo más rápido posible.

Me seco el pelo mientras bailo con la canción *Imparables* de *Bombai* como si fuese una mona epiléptica.

—¡Seremos imparables como el viento! —canto sin importar lo alto que lo hago.

Cuando tengo el pelo seco, me paso la plancha para alisarlo.

Me quemo el cuello y doy un salto a la vez que suelto la plancha y la dejo estrellarse contra el suelo.

—¡Su fruta madre! ¡Joder, qué daño! —grito a la vez que me echo la mano al cuello.

«¡Qué bien empieza la noche!».

Salto varias veces, como si eso fuese a calmar el dolor.

Hago de tripas corazón y recojo la plancha del suelo para alisar los últimos mechones.

Luego me echo el pelo hacia atrás con una diadema y me maquillo sin mucho acierto, ya que hace que no lo hago... vale, ni me acuerdo de cuánto hace que no me hago la raya del ojo.

Tengo que quitarme dos veces todo el emboste que me he puesto en la cara para conseguir que no parezca una puerta o una niña que experimenta por primera vez con los mejunjes que mamá lleva en el bolso.

Al tercer intento lo consigo. No me pinto los labios porque es algo que odio a muerte. Únicamente me pongo eyeliner, máscara de pestañas y un mínimo toque de colorete y voy corriendo hacia mi dormitorio para vestirme.

Recuerdo que mi móvil sonaba antes de llegar a casa y pienso si no será que Ricardo ha preferido quedarse en casa esta noche y me estoy arreglando yo a lo tonto, así que voy a por él y lo miro.

Efectivamente una llamada perdida de Ricardo. Lo llamo enseguida.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos.

—¿Dónde demonios te has metido, Nicky?

Él sí puede llamarme Nicky, porque lo adoro y porque se lo ha ganado a pulso.

—¡Arreglándome! No me digas ahora que no vas porque me he quemado el cuello y parece que... ¡Joder! Parece que tengo un chupetón. Dios, parezco una quinceañera... —digo mientras me miro en el espejo del pasillo.

—¡Venga ya! No será que has quedado con Don dinero y se le ha soltado la lengua más de la cuenta, ¿no? Porque tú me lo contarías...

—¡Claro que no he quedado con él!

—¡Bueno, bueno! Que te llamaba para ver si te pasaba a buscar yo, si nos vemos en el restaurante o cómo leches lo hacemos.

—Pues si me vienes a recoger, yo te querría mucho, mucho, mucho. Hace un mes que no muevo el coche y está en el quinto infierno porque, en esta maldita ciudad, o pagas parking o directamente le das el coche a los de la grúa...

—Pues genial, porque estoy abajo.

—¿Qué estás dónde?! —grito y salgo corriendo a la habitación.

—Ni siquiera estás vestida ¿verdad?

—¡Claro que no! En mi defensa diré que quedan... —miro mi reloj de pulsera —tres minutos para que sea la hora, ¿vale? Y déjame ya que mi amigo el dramático se pone de mala leche si llego tarde.

Le cuelgo y me visto como una bala.

Cojo el móvil, lo meto en una cartera y corro escaleras abajo sin miedo alguno de que pueda tropezarme y perder hasta el último de mis dientes.

Cuando salgo del portal Ricardo está esperándome apoyado en su coche y aparcado en doble fila.

—¡He llegado a tiempo! —grito a la vez que echo mi melena hacia delante, me quito la horrenda diadema que se me ha olvidado quitarme después de maquillarme y vuelvo a echar mi pelo hacia atrás para que se coloque solo.

Ricardo mira la hora y se ríe. Creo que esta vez me lo dejará pasar porque

es obvio que llego tarde.

—Ven, deja que te vea —me coge una mano y hace que gire sobre mí misma para verme completa. —Melena pelirroja totalmente lisa, pantalones ceñidos, taconazos, escote de vértigo... Labios carnosos, nariz respingona, ojos marrones más que brillantes... ¡Ajá! Un metro sesenta y ocho de sensualidad explosiva. ¿Buscas rollo esta noche o qué? ¿Dónde has dejado a mi florista natural y con las uñas llenas de abono?

Me echo a reír a carcajadas.

Es obvio que no busco nada esta noche, pero, en su idioma, eso significa que estoy la mar de guapa.

—Demasiados cumplidos para luego llamarme zorrón de noche y cochina de día, ¿no crees?

—¡Vamos! No me seas mojigata. ¿De dónde has sacado los tacones? Ni siquiera sabía que podías caminar con eso...

—Me los regalaste tú, idiota. Nunca me los he puesto así que es posible que parezca Bambi recién nacido.

—Pues se te van a echar encima... ¡Bendita soltería! —grita antes de abrirme la puerta del copiloto.

Tiene un Renault Captur naranja y blanco, tan elegante como él, que se ha puesto el kit de novio a la fuga. Pantalones vaqueros ceñidos por la zona equis. Camisa blanca, calculadamente abierta para que se vislumbre su pecho. Zapatos marrones y un peinado que le habrá llevado más de cuarenta minutos dejarlo tan perfecto.

Sea como sea, lo que sí hay son ganas de vernos, de reírnos, de bailar y de sentirnos cerca. Como cuando éramos dos chavales imparables con ganas de comernos el mundo y a todo lo que se nos pusiera por delante.

Como antes. Como siempre.

11



Nicole

A Ricardo no se le ocurre otra cosa que traerme a La puerta verde. Mi restaurante favorito del mundo mundial.

Nunca había visto un plato estéticamente bonito hasta que vine aquí por primera vez. Y si ya nos ponemos a hablar de sabores necesitaría otro libro para contarlo.

Al llegar, mi sonrisa no me cabe en la cara y Ricardo no para de reírse.

Entramos y saludamos a los camareros que, muy amablemente, nos acompañan a nuestra mesa.

Por suerte Ricardo ha reservado, porque el sitio está hasta la bandera.

Antes de que el camarero nos traiga la carta, yo ya sé de sobra lo que voy a pedir.

—Vino blanco de la Geria. Ensalada de rúcula con queso feta, frutos secos, tomates cherry, cebolla roja, vinagre de módena y aceite de sésamo.

—¡Ei! Para, para. Que hoy no ejerzo de camarero —dice mientras se ríe.

—¡Ups! Perdona, perdona. Es la emoción. No tenía pensado venir aquí hoy y sabes de sobra lo que me gusta este sitio.

Llega el camarero y se pone al lado de nuestra mesa con su bloc de notas para apuntar lo que queremos cenar.

Ricardo repite a la perfección lo que le he dicho y él pide moussaka

vegana.

Estoy emocionada. Hacía ya demasiados meses que no hacíamos algo así y, la verdad, me siento como una niña pequeña a la que llevan a un parque de atracciones por primera vez.

—Estás hiperactiva...

Cierto, porque no paro de removerme en el asiento y de mirar a mi alrededor.

—¡Lo sé! Es que no puedo parar. Y cuéntame cosas, va. ¿Qué tal la luna de miel? ¿Valerio sigue enamorado perdido? ¿Tú sigues babeando por él? ¿Alguna anécdota divertida? ¿Qué quieres de postre? ¿Tu madre sigue viva? —digo sin casi respirar.

—Joder... A ver. La luna de miel, increíble. Como esas de las películas ñoñas de la tele. Valerio sigue sin soltarme y yo sin soltarlo a él, claro. Bendito el día en el que nos cruzamos, chica. Anécdotas... bueno, nos pillaron en el baño del restaurante dale que te pego. Ah, y en la piscina por la noche... ¡Ah! Y metiéndonos mano al lado del billar y... Mi madre sigue viva, sí. Sigue siendo igual de imbécil, si es tu siguiente pregunta.

—¡No me jodas! Dios, cómo te odio... y sí, esa era mi siguiente pregunta. ¿Sigue sin hablarte?

—¡Y gracias a Dios! Porque como vuelva a recibir una llamada más recitándome versículos bíblicos en contra de la unión de un hombre con algo que no sea una vagina la mato yo.

Me río a carcajadas y él bebe vino.

—Bueno, agradece tener a Valerio. Eso sí que es amor del bueno y lo demás es tontería. Además, ese cuerpo moreno bailando salsa... —me muerdo el labio inferior y él se ríe.

—Cállate, si tú tenías a Rafa. Por cierto, ¿qué leches fue de Rafa? ¿Lo volviste a ver?

—No. Se fue y yo lo dejé irse. No era para mí y lo sabes.

—Pero estaba muy bueno, tía. ¡Muy bueno!

—Lo sé ¿vale? Pero yo necesito algo más que estar con la pierna atada a

la pata de la cama todo el día.

—Y ¿qué me dices de Don dinero?

—Si no lo conozco de nada. Me compró dos ramos dos días diferentes y me dejó una auténtica pasta por ellos. Me sentí contenta y a la vez prostituida. Y sé que suena a tontería, no hace falta que lo digas. Luego volvió a verme un par de veces en plan casual y me invitó a salir hoy ¿sabes?

Ricardo abre la boca todo lo posible.

—¡¿Hoy?!

—Sí, pero le dije que ya tenía planes. No te voy a cambiar por ese traje y corbata.

—Has dejado escapar un revolcón seguro por mí... eso sí que es amor del bueno, eh.

Me coge las manos y yo se las aprieto con fuerza. Estoy segura de que no tiene ni idea de cuánto lo llego a querer. De hasta qué punto es importante en mi vida. De hasta qué punto me enorgullece que, a pesar de todas las piedras que se ha encontrado en el camino, sea él mismo sin importar a quién le guste y a quién le disguste.

Personas como él son los verdaderos héroes. Personas a las que intentan oprimir, silenciar, porque sus preferencias no concuerdan con lo que nos han hecho creer que es lo correcto. Lo normal.

Y es que, para mí, lo normal es ser uno mismo siempre. Pese a todo. Pese a todos.

No tardan en traernos el primer plato y nos ponemos manos a la obra.

—¿Qué tal el tuyo? —me pregunta con la boca llena.

—Mm... increíble —respondo a la vez que pongo los ojos en blanco.

Él ríe porque sabe que suelo tener mini orgasmos con la comida.

—¿Ya sabes qué quieres hacer después de cenar?

—Pues imaginé que querrías ir a tomarte unas copas, si no ¿para qué leches me he puesto estos tacones?

—A ver, que yo no me paso hora y media peinándome el gato que tengo

por pelo para cenar y largarme a casa. Además, Valerio está de copas con los del trabajo y no quiero llegar antes que él a casa...

—¡Madre mía! ¿Piques maritales ya?

—No es un pique marital ¿vale? Es... oye, qué bueno está esto ¿no?

—Sí, sí. —me río. —Tú cambia de tema...

Después de ponernos al día, él más a mí que yo a él, porque realmente no tengo nada nuevo que contar, nos comemos el postre, dejamos propina y, muy a mi pesar, nos vamos.

—¿Te ha gustado la cena?

—Me ha encantado, de verdad —digo mientras le doy la mano y apoyo mi cabeza en su hombro.

¿Por qué no podrá ser heterosexual, enamorarnos perdidamente y mudarnos al fin del mundo? Ah, sí. Porque él tiene fobia vaginal aguda, porque no hay Dios que lo mueva de esta maldita ciudad y porque Valerio lo tiene más que amarrado. Me cachis...

—Bueno y a dónde quiere ir la señorita —dice a la vez que arranca el coche.

—Pues a ver, podríamos ir a la Heineken de Fariones, ¿te parece? Tienes aparcamiento fácil y podemos tomarnos unas copas mientras bailoteamos.

—Genial, ¡allá vamos! —grita y sube la música a todo lo que da la radio.

Tardamos unos veinticinco minutos en llegar y otros diez en buscar aparcamiento.

No estacionamos tan cerca como mis tacones de quince centímetros y yo deseábamos, pero tampoco es que estuviésemos tan lejos.

Voy de la mano de Ricardo todo el camino hasta llegar al local y él sale disparado a pedir dos mojitos.

Yo me apoyo en una de las mesas del fondo hasta que él se digna a venir.

Se podría haber pasado la noche entera flirteando con el camarero, pero ha debido acordarse de que tiene un anillo precioso en un dedo muy importante y vuelve a mi lado.

—Casi te lo llevas a casa eh... —digo antes de tomar un sorbito de mi vaso.

—Calla, es la costumbre. Espero que Valerio no esté haciendo lo mismo —dice riéndose nervioso.

—Adúltero y celoso. Muy lógico.

Me da un empujón y se ríe.

No sé si es cosa de que el destino me odia o me quiere de una manera muy particular, porque cuando me dispongo a dar un sorbo mayor a mi vaso veo a Don dinero muy sonriente acompañado de dos tíos más con la misma pinta.

Lo extraño es que ni él parece el tipo serio de traje chaqueta ni yo parezco haber aprendido a beber cuando era niña porque me ahogo al verlo de improviso y toso con tanta fuerza que Ricardo me tiene que dar golpecitos en la espalda para que vuelva a recobrar el aliento.

Su vaquero, gris rasgado por las rodillas, y esa camiseta básica negra ceñida, es lo único que alcanzo a ver. Eso y esa sonrisa magnética que tiene.

Por suerte estamos demasiado lejos de la entrada para que nos haya visto o nos vea en toda la noche.

Maldito sea él y mi visión de halcón salvaje.

—Pero ¿qué te ha pasado? —me pregunta Ricardo preocupado.

—Que acaba de entrar Don dinero, joder, ¿no hay más bares?

—¡No me jodas! ¿Dónde está? —se gira en todas direcciones con la intención de descubrir quién es sin que yo le haya hecho una descripción formal.

—Está apoyado en la tarima de la gogó con dos tíos más. Disimula.

Y como si el verbo disimular no fuese comprensible para él, se gira y empina el cuello cual jirafa cotilla para verlo lo mejor posible.

—¡Está cañón! ¡Los tres lo están! ¿Cuál es? —grita.

—El de la camiseta negra... —digo mientras intento disimular por mí y por Ricardo a la vez.

No miro en su dirección, bebo mi copa y enfoco mi vista en la dj.

Si yo no lo veo quizá él no me vea a mí. Cosa bastante improbable dado que Ricardo no deja de clavarle la mirada.

—¡Dios del amor hermoso! ¡Jesús, María y José!

—¡Y Valerio!

—¡Y Valeri...! Joder, que no me acostumbro oye. Y eso que lo quiero con locura, pero es un acto reflejo. ¡Sabes que es un acto reflejo!

—Lo sé, tranquilo. Conmigo no hace falta que reprimas tu instinto animal, ya lo sabes, pero ahora deja de mirarlo con tanta intensidad porque nos va a ver.

—Y qué pasa, ¿no quieres que te vea? ¡Salúdalo, antipática!

—Ni de broma. Déjate de rollos, está con sus amigos y yo contigo y tiene que seguir siendo así el resto de la noche, ¿de acuerdo?

—¿En qué momento te has vuelto una sosa patológica? ¡Yo no te eduqué así! —me dice con los brazos cruzados e intentando mantenerse serio.

—Bueno, basta. No quiero saludarlo y punto —digo medio enfadada sin saber muy bien el porqué.

No tiene nada de malo saludar a un conocido, pero no sé qué me ha poseído. Si el espíritu de la vieja del visillo o el de una chiquilla tímida y asustada, pero no quiero que me vea.

Por suerte el encuentro no se produce porque, después de una hora bailando en el fondo del bar junto a más gente y un más que motivado Ricardo, no veo más a Don dinero.

Respiro tranquilamente y a la vez me da un poquito de pena. Supongo que son los típicos sentimientos encontrados o un quiero y no debo como la copa de un pino.

—¿Otra? —me pregunta Ricardo a la vez que señala su vaso vacío.

—Sí, por favor... —respondo cediéndole el mío.

Héctor

Cenamos en el italiano de siempre. Hablamos, nos reímos y tratamos temas que nada tenían que ver con lo profesional.

Kevin es un alto ejecutivo y hoy parece un chaval que acaba de descubrir para qué sirve eso que lleva entre las piernas.

Oliver es un banquero que parece haber salido en libertad condicional hoy y por eso quiere tirarse a todo lo que se le ponga por delante.

Yo me he venido arriba con el tequila y, la verdad, me veo dispuesto a cualquier cosa.

Definitivamente somos demasiado jóvenes para tener tanta carga encima.

Al entrar en la Heineken, los chicos se vuelven locos interceptando a todas las posibles presas del local.

—Me pido a esa, a esa y a esa otra —dice Kevin señalándolas.

—¡Qué cabrón! —grita Oliver. —¡Espera! Yo me pido a aquella. Joder, te puedes quedar con todas las demás, pero esa es mía, chaval —dice señalando a alguien al final del local.

Miro riéndome hasta que veo su pelo, completamente liso hoy. Tan largo que casi roza su cintura. Como una cascada en llamas cayendo a lo largo de su espalda.

«No puede ser ella».

Se gira un instante, solo uno y vuelve a darme la espalda, completamente ajena a mí. A nosotros.

Mis ojos se abren más si cabe y los chicos lo notan.

—Ni se te ocurra, Héctor —me advierte Oliver.

Yo hago como que no lo escucho y me abro paso entre la gente para llegar hasta ella.

Está apoyada en una mesa alta.

Noto la tensión cada vez más cerca. Conforme me acerco, me fijo en el

escote que luce con gracia.

«Dios, lo que daría por recorrer ese camino hasta morir».

El vaquero le queda como un guante y con esos tacones seguro que su boca llega a la altura de la mía sin esfuerzo.

Me da la espalda justo antes de que llegue a su altura.

Oliver me habla, pero yo no lo escucho. No quiero oírlo, en realidad.

—Es mía, Héctor —me dice Oliver de nuevo.

Yo lo miro. Le sonrío de la manera más chulesca que encuentro dentro y le pongo a ella una mano en el hombro.

Ella no puede ser de nadie.

Es demasiado para ser de una sola persona.

Nicole

Siento cómo me tocan el hombro y yo me aparto un poco y pido disculpas porque imagino que es alguien que quiere pasar y no puede porque yo estoy en medio.

—¿Nicole?

Me giro y lo miro directamente a esos ojos negros que se esconden detrás de las pestañas más bonitas vistas jamás en los ojos de un hombre.

—La misma que viste y calza —digo muy a mi pesar a la vez que hago una leve reverencia.

Él me mira sorprendido, gratamente sorprendido, a decir verdad.

—Vaya... ¿dónde has dejado a la florista hippie? —pregunta casi sin pestañear mientras me mira de arriba abajo.

—A la hippie se le permite usar tacones cada vez que le dé la gana, ¿sabes?

Acaba de caerme bastante mal ese comentario. Como si yo tuviera que ir

de fiesta con mi delantal morroñoso o como si no pudiera usar tacones por mis preferencias vitales.

—Y lo bien que le sientan... —dice y sonrío mirándome directamente a los ojos.

—¿Vas a presentarnos o qué? —dice uno de sus amigos a la vez que le da un codazo.

—Esta es Nicole. Es la florista que va a decorarme las joyerías por el aniversario.

—Bueno, aún estamos en proceso de negociación, no hay nada claro. De momento soy Nicole a secas —le tiendo la mano al rubio de ojos azules y al moreno de ojos marrones.

—Cierto, perdona, es que me he quedado un poco descolocado al verte aquí y... así —me señala con la palma hacia arriba. —Con la de bares que hay y coincidimos...

—Tranquilo, yo pensé que dormías con la corbata puesta y veo que tienes más ropa en el armario, pero no hay que hacer un mundo de eso.

Sus dos amigos se ríen a carcajadas y él no deja de mirarme ni un segundo.

—Bueno y qué te parece, ¿mejor así?

—Por lo menos no pareces un pedante insoportable a primera vista. Hasta tienes un puntillo sexy.

No entra en mis planes liarme con él y mucho menos que se venga arriba pensando que me tiene a sus pies. Tiene toda la pinta de ser un creído patológico. Aun así, no filtro.

La sinceridad es mi marca personal y, aunque quiera, no puedo prescindir de ella.

Él sonrío a medio lado y aún me parece más sensual ahora.

—¿Estás sola? Quieres que...

—Mi amigo está en la barra, no tardará en venir —sonrío.

—¿Puedo invitarte a algo?

«A tu casa».

Está realmente sexy vestido de persona normal y mi voz interna, que también debe estar alcoholizada, comienza a fijarse en él detalladamente.

Lleva uno de esos peinados que parecen informales, pero sabes que llevan una media hora de secador detrás. Sus ojos son oscuros, tanto que ni siquiera la luz es capaz de iluminarlos, aunque yo sí que veo un extraño brillo en ellos. Sus labios sonrosados están perfectamente definidos, juraría que más que los míos incluso, y sus dientes, rectos y blancos, hacen que su sonrisa encandile a cualquiera que se pare a mirarla. Hombros anchos, porte atlético, bíceps musculados... ¿habrá una uve perfecta debajo de su ombligo?

Es guapo. Muy guapo en realidad. De esos a los que puedes pasarte mirando la noche entera.

—No, gracias. Imagino que Ricardo volverá algún día con mi copa — sonrío.

—Oye, vamos a ir a pedirnos algo, ¿te vienes? —le dice uno de sus amigos.

—Ahora voy —le dice y se vuelve hacia mí. —No quiero dejarte sola.

—Estaba sola hasta que has llegado. No me resulta un problema, ve con tus amigos, no te preocupes.

—Bueno, prefiero quedarme si no te importa, claro —me sonrío y se acerca peligrosamente.

—Como le plazca a su majestad.

—Ni el alcohol ahoga a la voz de la ironía que llevas dentro, ¿eh?

—No he tomado demasiado, aún —me encojo de hombros.

—Eres preciosa, ¿sabes? Pero no preciosa porque te hayas puesto unos tacones y ese body que... ¡guau! —dice fijando la vista en él. —Sino preciosa al natural. Necesitaba decirlo en voz alta.

Temblor por debajo del ombligo en tres, dos, uno...

—Vaya, gracias. Tú estás mucho mejor así que con el uniforme —me coloco un mechón rebelde detrás de la oreja.

Sonríe y mira al suelo. Parece nervioso, pero intenta disimularlo.

De repente me mira directamente a los ojos y yo no puedo hacer otra cosa que preguntarme en qué momento he dejado de ver a Don dinero y he empezado a ver solo a Héctor.

12



Héctor

Por suerte, no me cuesta que Oliver se dé cuenta de que yo llevo ventaja con ella. Se da por vencido una vez se la presento y se larga por donde ha venido en busca de cualquier otra.

Lo que él, ni ella, ni siquiera yo sé aún, es que ella no es cualquiera. Que ella es mucho más.

Verla, escucharla y sentirla cerca es toda una experiencia.

Dice siempre lo que se le pasa por la cabeza. Parece carecer totalmente de filtro en la boca y eso es una cualidad infinitamente más sexy que ese body que lleva puesto. Y eso que el body... Joder, incita a todo.

Hablamos. Gritamos, a decir verdad.

En algunas ocasiones maldigo estar en un lugar tan concurrido y con la música tan alta, pero ella parece estar cómoda y yo no quiero que deje de estarlo.

Su manera de mirarme ha cambiado. No es difícil notarlo.

Me gusta cómo lo hace. Cómo me mira, a mí, a mi ropa. Me gusta intentar averiguar qué piensa ahora que yo no parezco ese tío imbécil con traje y corbata. Ahora que parezco un tío normal.

Consigo que ría de nuevo. Ella vuelve a hacerme reír sin esfuerzo, sin quererlo.

Ni siquiera se esfuerza en decorar las frases que salen de su boca. Ni siquiera creo que se plantee hacerlo.

Es tan... natural. Tan real que asusta.

No tiene esa risa tonta y ese caer de pestañas plastificado que da a entender que quiere agradarte. No.

Ella ríe a carcajadas. Con la boca abierta, con la sonrisa inmensa.

Hace aspavientos con los brazos. No juega con el pelo. No me hace ojitos.

Es más, cierra los ojos a veces cuando se encoge de hombros. Otras los pone en blanco cuando le parece una gilipollez lo que yo he dicho.

—¿Sueles venir aquí a menudo? —le pregunto.

—¡Qué va! Llevo una época un poco... monótona, por decirlo de alguna manera. Ya sabes... casa, trabajo, trabajo, casa. ¿Tú sales mucho?

«*Ni se te ocurra decir la verdad. Miente, gilipollas*».

—Pues... sí, para qué te voy a engañar.

—¡Ajá! Eres un picaflor ¿eh?

—¿Picaflor?

—Hoy con una, mañana con otra... —dice muy seria.

—Esto...

Estalla en risas y yo hago lo mismo después.

—Ya puedes quitarte el sudor de la frente... —sigue riendo. —Estás muy mono cuando te pones nervioso, ¿sabes?

Da un largo trago de su vaso sin quitarme la vista de encima.

No se corta. No quiere hacerlo y me encanta.

Ella me encanta.

Nicole

Ricardo ha debido encontrar algo más divertido que yo, porque lleva más de una hora en paradero desconocido. Espero que los mojitos no hayan anulado su capacidad mental y se haya liado con ese camarero que fichó nada más entrar en el local. Por el bien de su matrimonio no debería beber absolutamente nada que no fuese agua.

Yo he encontrado en Héctor a un conversador increíble y, aunque la música está un poco alta y tenemos que elevar un poco la voz para oírnos, me lo paso genial con él.

Sus amigos han debido pensar que se estaba liando conmigo o que ese era el plan, porque tampoco volvieron a rozarse por nuestro lado.

Creo que he visto al rubio ir hacia el baño con una mulata explosiva de la mano y al moreno no le vuelvo a ver el pelo.

El bar está a punto de cerrar, porque ya han puesto la canción de *Como una ola* y eso es una clara declaración de intenciones.

La gente poco a poco va saliendo del local para irse a una discoteca donde continuar la fiesta.

Por mi parte, pongo fin aquí a la que ha sido la noche más extraña jamás pensada. Aún tengo que encontrar a Ricardo por el pequeño detalle de que no tengo cómo volver a casa y porque me da terror que lo hayan raptado para realizar prácticas sexuales consentidas o, peor, que él hubiese raptado a alguien.

—Tengo que llamar a Ricardo para que me lleve a casa y poder matarlo con mis tijeras de podar.

Héctor se ríe, pero la verdad es que a mí no me hace ninguna gracia que Ric desapareciese y que, una noche que iba a ser para nosotros, se la pasase por el forro y me dejara sola a merced de joyeros depredadores y sexys.

—Puedo llevarte yo a casa, no me supone ningún problema —dice amablemente.

Y la proposición no parece tener ningún trasfondo sexual, pero prefiero irme a casa con quien vine y así poder gritarle todo el camino y descubrir por qué demonios me había dado plantón.

—No te preocupes, en serio. Bastante has hecho ya.

Cojo el móvil y marco su número de memoria mientras lo maldigo a él y a toda su estampa familiar.

No tarda en cogerlo.

—¿Cómo va la cosa, Nicky? ¡Dame detalles!

—¿Detalles de qué, maldito traidor? ¿Dónde demonios te has metido? ¡Me has dejado sola toda la noche!

—Sola no... Te he dejado muy bien acompañada, ¿o no? —dice riéndose.

—¿Puedes ampliarme un poquito la información? Porque no entiendo nada y mi instinto asesino tiene que ser aplacado ya mismo.

—Que al volver de la barra te he visto con Don dinero y no quería interrumpir. Vi que te lo pasabas muy bien con él, así que llamé a Valerio que, por cierto, ya estaba en casa, y me he venido. ¿Te has liado con él o sigues haciéndote la estrecha?

—Dile de mi parte que se lo ligue, que la vida son dos días —dice la voz de Valerio.

—Dice Valerio que...

—¡Ya lo he oído! Eres un... un... ¡Arg! Huye. Huye lo más lejos que puedas porque sé dónde vives y vas a morir. ¿En qué momento te he dicho yo que quería...—me doy la vuelta para que Héctor no pueda oírme ni leerme los labios —liarme con él? Pedazo de arpía.

—Oh, vamos. Estaba claro.

—Te odio. Te odio mucho —cuelgo el teléfono y me giro hacia Héctor.

—¿Todo bien? —me pregunta ajeno a toda esta locura.

—Sí. Bueno... No exactamente. ¿Te importa llevarme a casa? El capullo de mi amigo se ha largado.

Salimos del local y vamos hacia el aparcamiento, donde hace mucho más frío que hace unas horas.

—Vaya amigos que tienes... ¿te ha dado alguna explicación?

—¡Sí! Claro que sí... Se ha ido para darnos intimidad. ¿Te lo puedes

creer?

—Creo que me cae bien tu amigo —se ríe a la vez que mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—Otro tarado mental... Pero ¿qué hago yo para que se me peguen todos, Dios? ¡¿Qué?!

Él se carcajea y a mí me parece que su risa suena preciosa esta noche.

Todo apunta a que la tarada soy yo.

Tengo la sensación de que él me besaría si yo le diera la oportunidad y, la verdad, ahora mismo yo no tendría problema en hacerlo también.

Al fin y al cabo, somos dos personas solteras que no tienen que rendir cuentas a nadie así que, ¿por qué no?

—Eres lo peor, ¿sabes? Yo por lo menos soy sincero contigo todo el tiempo. Tú no haces otra cosa que reprimirte —dice justo enfrente de mí.

Yo no lo dudo ni un instante, ni uno solo y, como si sus palabras hubiesen detonado algo en el interior de mi cabeza, paso mis brazos alrededor de su cuello y lo beso sin contenerme.

Él no tarda en rodear mi cintura con sus manos y en responder a mi beso con todas sus ganas.

Besa bien, demasiado bien como para que la cosa acabe aquí. Por suerte, estamos en la calle y no soy de las que les gusta el exhibicionismo, así que este beso quedaría en eso, en un increíble beso en una noche fría de abril.

Mis ojos están cerrados, por lo que puedo saborear cada rincón suyo y notar lo suaves que son sus labios.

Sus manos ascienden por mi espalda a la vez que deja un rastro de caricias que despiertan más ganas en mí.

Bajo mis manos hasta abrazar su cintura y él pone las suyas a cada lado de mi rostro.

Contra todo pronóstico, necesito más. Es obvio que él también.

Nos separamos bastante rato después, cuando por fin nos hemos saciado el uno del otro. Al menos por ahora.

Nos miramos fijamente sin saber qué decir, sin saber cómo actuar y, lo más importante, sin estropear el momento.

—Guau —dice sin dejar de mirarme.

Yo sigo completamente muda mirándolo a él.

Pasan unos minutos, no sé cuántos en realidad, pero disfruto del momento. De su mirada, intensa, incesante y, ahora sí, brillante. Del frío que me eriza la piel y del calor que desprenden sus manos en mi rostro.

Sonrío, sin más, porque realmente me sobran las palabras, porque ha sido más que genial y no sé cómo expresarlo, porque me gusta el alter ego de Don dinero y porque me muero por llevármelo a casa y quitarle toda esa ropa que lleva encima.

—Sí —consigo decir en un suspiro.

Y volvemos a sonreír como dos tontos que acaban de descubrir que pueden besarse.

—¿Tienes frío? Estás helada —me pregunta a la vez que pasa sus manos ardientes por mis hombros.

—La verdad es que sí.

—Vamos —pasa su brazo por encima de mis hombros —, tengo el coche aquí al lado, pondremos la calefacción y volverás a tu temperatura normal. Pareces un cubito de hielo.

Ponemos rumbo a su coche mientras yo pienso que es el emplazamiento perfecto para quitarme estas ganas de encima.

Llegamos en seguida a un Opel insignia azul oscuro, no sé por qué pensé que tendría un descapotable carísimo. Cosas de la imaginación, supongo.

—¿Mejor? —dice después de poner la calefacción a tope.

—Dios, sí. Mucho mejor.

Sonríe mientras no deja de mirarme.

—Tu pelo es precioso —dice mientras toca con sus dedos los mechones que caen encima de mi hombro.

—Gracias —sonrío también sin dejar de mirarlo.

—¿Quieres que te lleve ya a casa o te apetece dar una vuelta?

«Una vuelta en horizontal te daría yo ahora mismo».

—Lo que prefieras. Eras tú el que mañana estabas ocupado, ¿no? Yo tengo libre. Podemos hacer lo que te apetezca.

—Creo que se acaba de desocupar toda mi agenda —sonríe pícaro y a mí se me volatiliza la ropa interior.

Héctor

Sus labios han dejado marcas invisibles en los míos. Aún los noto. Jugando conmigo, mordéndome, disfrutando del momento.

Sus manos en mi cintura. Calientes, pequeñas y conscientes.

No miento si digo que no lo vi venir. No pensé que fuera a besarme. Ni siquiera le dije en serio eso de que se reprimía.

¿Cómo iba a hacerlo? Si es la persona más jodidamente sincera que me he topado en la vida.

Si algo más ronda en esa cabeza, no dudo en absoluto que vaya a escupirlo de un momento a otro.

Maldije ese body cuando me besó, sí. Porque lo que yo quería realmente era rozar su espalda. Su piel. Averiguar si era tan suave, tan tersa como parecía.

Tengo ganas de arrancárselo. De tumbarla en la parte de atrás de mi coche y deshacerme con ella. En ella.

Pero me retengo.

Ahí está. Sentada, como si me conociese de algo más. Como si todo esto fuese algo normal entre nosotros.

La miro de reojo.

No sé si soy yo, el alcohol o el éxtasis del momento. Pero ella parece estar cómoda.

Yo lo estoy.

Joder, no he estado más cómodo en presencia de nadie en mi vida.

—¿Estás cómoda?

—No lo sabes tú bien —se acomoda en el asiento y cierra los ojos.

Sonrío y ella, como si fuera capaz de verme a través de sus párpados, sonríe también.

—Tienes una sonrisa preciosa —escupo sin más.

Ella abre los ojos de par en par y los clava en mí.

No miento si digo que nadie, absolutamente nadie, me ha intimidado tanto con tan poco. Pero sus ojos, esos malditos ojos marrones que son capaces de atravesar una pared de diamante sin esfuerzo, me queman cada vez que se fijan en mí.

Y, hasta hoy, no existe una sensación más poderosa que esa.

—Vaya... vas a conseguir sonrojarme si sigues por ese camino.

—Bah... creo que hace falta mucho más para que tú te sonrojes, ¿me equivoco?

—Nunca es lo que se hace sino cómo se hace —sonríe a medio lado.

—Recordaré eso.

Sonríe abiertamente de nuevo y yo enciendo la radio.

Pongo las manos en el volante, aunque lo que realmente quiero es volver a tocarla, volver a sentir que mis palmas recorren su cuerpo.

Quizá luego. Quizá en otro lugar.

Me viene a la mente uno perfecto. Uno que, si ella es como creo, sabrá valorar.

Está lejos, sí, pero merecerá la pena ir si eso hace que sonría. Si su sonrisa hace que vuelva a sonreír yo.

Nicole

Arranca el coche y nos vamos rumbo a no sé dónde mientras en su radio suena *Earned it* de *The weekend*.

Me acomodo en el asiento mientras cierro los ojos y dejo que el calor me envuelva.

La verdad es que no me importa el dónde ni el cómo ni el cuándo, ahora mismo lo único que parece tener importancia es el con quién.

Las canciones se suceden una tras otra y, en ningún momento, decimos nada. Supongo que acabo de encontrar a una de esas personas con las que el silencio no es un problema ni una incomodidad.

—¿Estás bien? —me pregunta con una voz suave y melosa.

Asiento sin abrir los ojos.

Poco después, noto que paramos en algún lugar, así que abro los ojos para verlo todo oscuro.

—Pensé que te estabas quedando dormida.

—¿Dónde estamos? —pregunto un poco nerviosa.

No hay que olvidar el pequeño detalle de que él podría ser un psicópata con una motosierra en el portabultos que me ha traído a una montaña para descuartizarme.

—En Las Nieves.

—Vaya, toda una sorpresa, sí.

Las Nieves es poco más que una montaña con una iglesia en lo alto. Desde aquí se puede disfrutar de una vista increíble de Famara, dado que estamos justo encima del risco que preside la playa.

—Toma, ponte esto —dice a la vez que me da una chaqueta suya.

Yo me la pongo mientras él se baja del coche y lo rodea para abrir mi puerta.

Me quito los tacones, me caería si salgo con ellos porque aquí no hay asfalto. Todo es tierra.

—¿Vas a tirarme por el risco? —pregunto a la vez que cojo la mano que

me ha tendido para ayudarme a bajar.

—Oh, vaya. Has descubierto mi plan —se ríe. —Vamos, mira hacia arriba.

Lo hago y no puedo hacer otra cosa que sentirme pequeña, casi diminuta.

Sobre nosotros se extiende el manto de estrellas más espectacular que he visto fuera de mis sueños.

Héctor se pone a mi espalda y me abraza.

Hay miles, millones, de estrellas mirándonos desde ahí arriba y es increíble la sensación de verlas sobre mi cabeza.

Ha dejado de importarme el frío, la hora, el tiempo y la posibilidad de estar con un desconocido. Ahora solo importa el calor que él me da y el sentimiento de que mi alma se siente un poco más en paz con mi espíritu.

—Guau.

—Bonito, ¿eh? Es aquí donde quería traerte. Me pareció que lo más natural que podía ofrecerte era un manto de estrellas. Tal vez así... no sé, te sentirías un poco más feliz.

—¿Qué te hace pensar que no soy feliz? —pregunto sin apartar la vista del cielo.

—Intuición, supongo.

—¿Tú eres feliz? —pregunto.

—No.

Me doy la vuelta y lo miro a los ojos. En la oscuridad casi no soy capaz de diferenciar el negro de sus pupilas con lo negro que está el cielo, pero, en ambos, hay algo que brilla.

—¿Qué te hace no ser feliz?

—Mi vida en general es una basura. Mi trabajo, mi... todo, en realidad. ¿Por qué tú no eres feliz?

—No lo sé. Supongo que no me siento completa. Me encantaría vivir alejada de todo el ruido. De los coches, de la tecnología innecesaria. Ciertamente me encantaría vivir alejada de todo. Pero no puedo. Con la

hipoteca de la basura de casa que tengo es como si me hubiese echado una sogá al cuello.

—Entiendo.

—Lo tuyo es fácil. No te gusta tu trabajo, cámbialo. No te gusta lo que te rodea, muévete. Es tan sencillo como dejar de pensarlo y hacerlo, ¿sabes?

—Tiene alguna complicación más que eso, créeme.

—Y que haya un universo gigantesco ahí arriba y nosotros nos preocupemos por cosas que tienen una fácil solución es algo que no entenderé nunca.

Sonríe, no sé si porque él opina lo mismo o por lo extraño de la situación, pero yo sonrío también.

—Creo que eres especial, pero mi vida es muy complicada como para...

—Yo no te he pedido nada, Héctor. No te he pedido que lo dejes todo y huyas conmigo, por Dios, si no nos conocemos de nada. No te he pedido que te fijas en mí ni que me des cuentas de tu vida más allá de este momento.

Deja de mirarme para sonreír mirando al cielo. Luego baja la mirada y vuelve a besarme, como si el resto hubiese dejado de importar, como si su vida y la mía se resumieran en este instante, en este beso y nada más.

—Me encanta que me llames por mi nombre, ¿sabes? Es una tontería, pero...

—Bueno, te lo has ganado a pulso. Aunque solo busques sexo desenfrenado en el coche. Te agradezco que me hayas acompañado toda la noche y que me hayas traído aquí.

—Así que sexo desenfrenado en el coche, ¿eh? No se me había ocurrido, pero no es mala idea —sonríe pícaro.

—Ya... seguro que no lo has pensando ni por un momento...

—Que tú sientas la necesidad de bajarme los pantalones no significa que yo sienta lo mismo, ¿sabes? —dice muy serio.

Quiero vengarme.

Pego mi cuerpo lo máximo posible al suyo, hasta ese punto en el que el aire es inexistente entre nosotros. Acercó mi boca a sus labios y los rozo

suavemente mientras mi mano se cuela por debajo de su camiseta y acaricia su abdomen.

—¿Estás seguro de que no quieres acostarte conmigo ahora mismo? —le susurro.

—Joder, como sigas así no me va a dar tiempo de quitarme la ropa, Nicky.

—Nicole —le corrijo.

Luego rozo su labio inferior con mi lengua.

—Nic... Nicole. Nicole —tartamudea.

Me separo sin más de su cuerpo y él me mira desconcertado.

—¿Ves cómo te mueres de ganas? —me cruzo de brazos.

—Oh, ¡vamos! Eso no se hace. Eres cruel y yo soy un tío débil. ¡Muy débil! —dice a la vez que alza los brazos.

—Un consejo: no uses los pantalones tan ajustados, pueden dejarte en una situación comprometida —digo mientras apoyo mi espalda en el lateral de su coche.

Él se mira y se tapa con las dos manos al instante a la vez que se ríe avergonzado.

—Esto es culpa tuya. Yo solo iba a tomar unas copas con los chicos y volverme a casa, pero apareces y... joder —viene hacia mí decidido y vuelve a besarme apasionadamente.

Sus dedos se enredan en mi pelo y los míos se clavan en su espalda.

Esta vez su beso no es suave, es rudo, indomable. Salvaje.

—No creo que esto sea bueno para nuestros negocios pendientes... —digo cuando separa sus labios de los míos.

—¿De verdad estabas pensando en eso mientras te besaba?

—No. Estaba pensando en que podríamos ir a tu casa y hacerlo como es debido, pero iba a quedar fatal diciéndolo —digo a la vez que dibujo una mueca con los labios.

Él se ríe, como siempre, y su risa cada vez me resulta más placentera.

—Eres increíble. Así que, en la primera cita, ¿eh?

—Bueno, técnicamente esto no ha sido una cita, ha sido un encuentro fortuito...

—Cuando te vi pensé que ni siquiera dejarías que te besara y ahora me pides ir a mi casa. Curioso.

—Si estás intentando dejarme mal, lo estas consiguiendo. Y te recuerdo que tú me has besado con las mismas ganas con las que lo he hecho yo.

—Sí, pero yo no te he dicho que me lleves a tu casa a... ya sabes.

—Quizá me he pasado con la sinceridad.

—Me gusta que seas así. Que digas lo que se te pasa por la cabeza sin más.

—Pues ya que lo mencionas, me estás clavando algo en un lugar un tanto incómodo. Y esto con ropa no tiene la más mínima gracia.

Se echa a reír. Lo hace tan alto que creo que los del pueblo bajo el risco van a oírle.

—¡Perdón! Es que me he emocionado, por decirlo de alguna manera.

—Me refería a la hebilla del cinturón, pero sí, eso también es bastante evidente —sonríó con picardía.

—Hace tanto tiempo que no me río tanto con nadie que me pareces irreal ahora mismo.

—Bueno, dicen que las cosas aparecen en el momento justo, tal vez necesitabas reírte ahora y te topaste con mi floristería por esa razón.

—Quizá... —vuelve a acercarse, coloca su mano en mi rostro y acaricia mi mejilla con su pulgar.

—Creo que no deberíamos ir a tu casa —digo sincera.

Y no porque no me muera de ganas y mucho menos porque crea que va a ser un desastre, porque dotado está para un rato, sino porque me apetece averiguar más sobre él antes de que mi cuerpo y el suyo se conozcan mejor.

—Podemos ir a la tuya.

—¿Tienes algo que esconder en tu casa? —digo riéndome y él hace una

mueca casi imperceptible, pero que no escapa a mi visión.

—Claro que no.

—¡Oh! ¡Claro que sí! —digo abriendo la boca para hacerme la sorprendida más de la cuenta.

—Igualmente tengo que llevarte a tu casa, así que... ya vamos viendo cómo va el asunto por el camino. Normalmente no suelo irme a casa de nadie, ni llevar a mi casa a una primera cita.

—Así que eres de esos.

—¿De esos?

—De esos que dice “*no soy de los que se van a la cama en la primera cita*” para quedar bien.

—Oh, vamos, no seas así. Y dime, ¿cómo no tienes novio? Una chica como tú, emprendedora, guapísima, graciosa...

Nos subimos en el coche a la vez.

—Pues porque no he encontrado a un chico que sepa quererme como soy y que me llene en todos los sentidos. Tampoco lo he buscado, que conste. Soy de las que piensan que, si ha de aparecer, aparecerá. Y tú, ¿cómo no hay una Doña dinero por ahí?

—Bueno, diversos asuntos, pero hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo?

—Está bien, dispara, ¿qué quieres saber?

Él arranca el coche mientras suena música bajita en la radio.

—No sé, ¿qué pasa con tus padres?

—Murieron cuando yo era una niña, tenía tres años. No los recuerdo muy bien, pero tengo fotos de ellos.

—Lo siento, no pretendía...

—Tranquilo. Ya no duele —le sonrío y le acaricio el brazo para que entienda que no pasa nada.

Él también me sonrío y seguimos jugando al Trivial personal durante todo el camino.

Hay un aparcamiento justo enfrente de mi portal y yo pienso si será que el universo se ha confabulado con Ricardo para que acabe llevándome a la cama, porque normalmente no hay quien aparque en esta calle.

—Bueno, hemos llegado. —dice sin saber muy bien qué hacer.

—Sí. Ha sido divertido, Héctor. Gracias por... bueno, por la noche en general.

Se acerca poco a poco a mí. Yo no me muevo.

Roza sus labios con los míos, como hice yo antes. Me tienta. Me tienta demasiado.

—Buenas noches, Nicole.

Me bajo del coche sin esperar un segundo más.

Camino hacia mi portal y, al llegar, me doy la vuelta para descubrir que aún sigue mirándome, que aún no se ha ido, pero tampoco tiene intención de bajarse del coche.

Entro en el portal y sonrío hasta llegar a mi casa.

Héctor

Creo que no he hecho en mi vida esfuerzo más titánico que el de quedarme quieto después de que ella me propusiera subir ahí arriba.

No miento si digo que estoy a punto de romper el freno de mano por apretarlo con tanta fuerza.

Ha cerrado la puerta y yo sigo aquí, como un idiota, mirando el camino que ha recorrido. Mirando hacia donde ella ya no está.

Me bajo del coche como si algo me hubiese poseído y llego hasta la puerta.

Sacudo la cabeza, como si hubiera recuperado el control de mi cuerpo y sonrío incrédulo.

¿Cómo es capaz de manejar mi cuerpo sin siquiera estar presente?

Vuelvo caminando al coche, despacio, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Me llevo la mano a la nuca y río antes de volver a subirme.

—Si tenías alguna duda de si eras idiota, Héctor, aquí tienes la prueba — digo en voz alta antes de arrancar el coche.

Llego a casa y, por suerte, está vacía.

Normalmente alguno de los chicos suele usar una de mis habitaciones como picadero. Esta noche juego con la ventaja de que ellos piensan que me he traído a Nicole aquí. Así que no osarán pisar este suelo. Fue una de las normas que puse el día que le di una llave a cada uno.

Me quito la ropa y me meto en la ducha.

Pienso en todo lo que me dijo. En su manera de decirlo. De expresarse.

«*Es tan sencillo como dejar de pensarlo y hacerlo, ¿sabes?*».

Como si esa frase en mi cabeza tuviera un solo sentido. Como si no pudiera aplicar eso a toda mi vida en general.

A mi vida, a mí y a ella...

El agua me recorre mientras vuelvo a sentir sus manos en mi abdomen, la presión de su cuerpo contra el mío. Siento cómo me muerde, cómo me besa, cómo suspira y se deshace conmigo.

Gruño y golpeo con el puño el azulejo mientras mis ojos siguen cerrados y mi mente sigue en aquella montaña.

«*¿Tienes algo que esconder en tu casa?*».

Qué ganas de decirle que sí. Que escondo toda clase de recuerdos sórdidos entre estas cuatro paredes.

No podría traerla. No podría porque vería al desfile de cuerpos que han pasado por aquí desde que me mudé.

Cuando pase algo más entre nosotros solo quiero verla a ella. Sentirla a ella.

Me pongo un pantalón de tela fina y no me seco el pelo antes de echarme en el sofá.

No niego que pienso varias veces en volver allí. En volver a ella, pero me retengo como buenamente puedo.

Podría llamarla, aunque seguro que ella no va a responder.

Mi tiempo por hoy se ha agotado y ya solo puedo pensar en verla otra vez. En tocarla otra vez.

13



Nicole

Cuando me despierto por la mañana, estoy en una nube. Pongo música alegre y me pongo a bailar mientras recojo la casa.

Al terminar, bajo un poco el volumen de la radio y llamo a Ricardo para contarle novedades, porque imagino que se habrá pensado que me he despertado en cama ajena o que lo he traído aquí y, muy a mi pesar, no ha sucedido ni una cosa ni la otra.

Da dos tonos antes de que la voz de Valerio suene al otro lado.

—Hola, bonita, ¿cómo estás? —me pregunta con su habitual dulzura.

—¡Hola, Valerio! Pues muy bien, la verdad ¿y tú?

—Pues mira, cariño, aquí esperando a ver si mi marido deja el cuarto de baño libre y me deja adecentarme para poder irme a trabajar... Por lo demás, muy bien. Le digo a Ricardo que te llame cuando salga, ¿de acuerdo?

—¿Puedes, por favor, darle una voz para que salga cuanto antes? Necesito hablar con él ya mismo.

—Intuyo novedades nocturnas, ¿me equivoco?

—No... No te equivocas. —me río.

—¡Ricardo! Te llaman con novedades sexuales, cariño.

Escucho que le da unos toquitos a la puerta y que Ricardo no tarda en salir para enterarse.

—¡Te lo has tirado! —me grita.

—Que no, maruja. Me ha llevado a ver las estrellas y...

—Oh, Dios mío... Ese huevo quería sal.

—Yo sí que quería sal... En fin, que solo nos besamos. Muchas veces y de manera muy erótica, pero nada más.

—Sabía que te gustaba. ¡A mí me vas a engañar! Y él te miraba de una manera...

—Bueno, no te montes películas, ha sido solo eso. Ha estado muy bien, la verdad, y ahora estoy más caliente que el palo de un churrero, pero bueno...

Ricardo se muere de risa y yo lo hago también.

—¡Llámallo y culmina la misión, idiota!

—Ni de broma. No voy a llamarlo para pedirle sexo.

—Uy, y ¿por qué no? Él es un macho cabrío y tú estás como una auténtica cabra, ¿qué es lo que no te cuadra de este asunto?

—Que no nos conocemos lo suficiente.

—Buah, en peores plazas has toreado.

—Me lo dices como si fuera habitual en mí tirarme a todo lo que se me cruza por el camino.

—No, pero si te gusta lo que se te cruza normalmente no dudas en intentarlo. O puede ser que...

—¿Qué?

—Que este te guste como persona y no como un trocito de carne. ¡Te gusta Don dinero!

—Claro que no ¿cómo va a gustarme si no lo conozco? ¿Es que no escuchas? ¡Que no lo conozco! Aunque...

En ese instante mi móvil genera unos pitidos que hacen que mire la pantalla y vea el nombre de Héctor parpadeando.

—Pues será un flechazo.

—Mierda...

—¿Qué pasa?

—Me está llamando.

—¿Él? ¡¿Ahora?! ¡Le has tocado la patata!... o los huevos —se carcajea.
—Te cuelgo y tú ¡cógelo! Luego me cuentas.

Sin más me deja hablando sola y con la llamada de Héctor aun insistiendo para que descuelgue.

—Buenos días, habla usted con la secretaria de la señorita Torres, en estos momentos no se encuentra disponible, pero si lo desea puede dejar un mensaje y ella lo llamará a la mayor brevedad posible.

—Buenos días, secretaria de la señorita Torres. Quería dejar un mensaje si es posible —contesta él siguiéndome el juego.

—Por supuesto, espere que cojo papel y boli... Sí, dígame.

—Me ha encantado la noche que hemos pasado juntos, aún huelo tu perfume. Me encantaría que nos viésemos hoy. Llámame cuando puedas. Un beso, Héctor.

—Muy... muy bien. Lo dejo aquí anotado y ella lo llamará en cuanto pueda.

—Asegúrese de que lo lea, por favor y gracias por atenderme.

Sin más cuelga y yo me quedo con ganas de gritar y de salir corriendo.

«¿Se puede ser más mono?».

Llamo a Ricardo enseguida para contárselo antes de volver a llamarlo a él.

—¡¿Qué te ha dicho?! —me grita él más eufórico que yo.

—Que le encantó lo de anoche, que aún huele a mí y que quiere quedar hoy.

Ricardo grita como si Brad Pitt le hubiese pedido una cita a él.

—¡¿Y tú que le has dicho?!

—Pues nada porque he hecho la broma de la secretaria y él me ha seguido el rollo. Hasta me ha colgado sin esperar respuesta, ¿te lo puedes creer?

—Ese tío es para ti. No me jodas, es para ti. Llámalo ahora mismo, ¿qué demonios haces hablando conmigo?

—Pues para no flipar yo sola, ¿vale? Joder, hay que explicártelo todo. Voy a llamarlo y luego te cuento. Y... ¿qué hago?, ¿quedo con él?

—¿Lo estás preguntando en serio?

—No, no. ¿No?

—¡Dile que sí!

—Eso, eso. Que sí.

Cuelgo.

—Que sí —digo mirando el móvil mientras busco su número para llamarlo.

Él tarda en responder tres tonos. Yo no recuerdo haber estado tan nerviosa nunca.

—Buenos días.

—Esto... que lo de antes...

—Eres graciosa hasta recién levantada, ¿sabes?

—¿Recién levantada? Si son las... —miro el reloj. — ¡Las diez de la mañana! Pero entonces, ¿a qué hora me he levantado yo? ¡Si he limpiado toda la casa!

Héctor se ríe sin parar mientras yo, realmente, me pregunto a qué hora me ha dado por abrir el ojo y ponerme la música a tope para limpiar.

Dios, mis vecinos van a confabularse para echarme de aquí.

—Pues muy temprano...

—Madre mía, estoy fatal. Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Me decías algo sobre la llamada de antes.

—¡Ah, sí! Pues que yo también me lo pasé muy bien anoche.

—Me alegra saberlo. Y con respecto a mi propuesta de vernos hoy...

—¿Qué tienes pensado?

—Pues aún nada. Estoy metido en la cama todavía.

—Donde debería estar yo si fuera un poco más normal.

—Pues sí, mi cama sería mucho más tentadora si estuvieses tú dentro.

—¡No! Me refería a que yo también debería estar en la cama, o sea, en mi cama.

—Bueno, puedo ir yo hasta ahí y meterte en la cama, ¿qué me dices?

—Pues que, a no ser que te quieras llevar un chasco y encontrarte al alter ego del bombón de anoche, que se resume en una camiseta ancha y un moño en lo alto de la cabeza, no vengas —digo mientras me acomodo en el sofá.

—Me gustaba la chica del delantal con agujeros. La chica de la camiseta ancha me gustará también.

«Oh, vamos, para o ven y quememos Troya juntos».

—Ya sabes donde vivo —digo sin pensar.

—Dame media hora.

Y me cuelga sin despedirse.

—Vale, Nicky, respira. No es tu primera vez, no eres una adolescente con las hormonas en plena ebullición y, sin embargo, ardes. Joder, ¿por qué ardo? Necesito una ducha fría. Muy fría —digo en voz alta mientras me levanto del sofá y marco el número de Ricardo.

—¡Me tienes atacado! No he soltado el móvil para nada.

—Que viene... ¡Que viene! —digo más alto de lo que debería.

—¿Estás nerviosa? Mi pequeña Nicky está nerviosa, ¡qué fuerte! Realmente te gusta...

—Físicamente me gusta, sí, pero es como si fuese mi primera vez. ¿Cómo puedo estar nerviosa por algo que ya he hecho más veces? ¡Explícamelo!

—Bueno, puede ir a verte, nada más. No te infartes todavía.

—Bueno, la conversación no ha sido muy angelical que digamos.

—Pues busca bragas limpias y disfruta, tonta. Que, como dice Valerio, la vida son dos días.

—Tengo que buscarme otros amigos. Te dejo, voy a bañarme con hielo.

Cuelgo la llamada en mitad de su carcajada y me voy al cuarto de baño lo más rápido posible.

Mientras me ducho, pienso en él. En su voz, en sus labios rozando los míos. Pienso en su cuerpo, en cómo será sin nada encima. Pienso en su sonrisa, en el negro de sus ojos. Pienso en sus manos acariciando mi espalda y no puedo evitar que se me erice la piel.

Salgo de la ducha poco después. Voy a mi cuarto, totalmente desnuda, y me pongo un pantalón corto de seda negro y una camisilla, también de seda, rosa palo con lunares negros. Es un pijama que me compré hace tantos años que ni siquiera recuerdo cuántos, pero que me encanta. No me quito el moño, estoy bastante cómoda así.

No tarda en sonar mi móvil de nuevo y, al ver su nombre en la pantalla, me vuelven los nervios.

—Dime —respondo aparentando normalidad.

—Estoy en tu portal, pero no sé en qué piso vives.

—Vale. En el tercero. ¡No! En el segundo A. Te abro.

Me acerco al telefonillo y aprieto el botón que abre el portón.

—Voy subiendo.

Cuelgo el teléfono sin responderle, porque necesito dos minutos para centrarme y que las piernas me dejen de temblar.

Qué estupidez, por Dios.

—Respira, Nicky, ya está aquí y es un tío como otro cualquiera. No seas dramática —me digo a mí misma con los ojos cerrados.

Inspiro y expiro varias veces hasta que suenan dos golpecitos tímidos en la puerta.

Voy hacia ella y, antes de abrir, inspiro y expiro una vez más.

—Preciosa, como siempre —sonríe.

Lleva una camiseta básica blanca y unos vaqueros oscuros. La sonrisa es la misma de anoche.

—Gracias —río nerviosa. — ¿Pasas? —digo apartándome de la puerta para que pueda entrar. —Bienvenido a mi cárcel de cemento.

—Vamos, está muy bien —mira a su alrededor mientras lo dice.

—Qué bien mientes —se ríe y yo cierro la puerta. —¿Quieres tomar algo?

—Sí, por favor, me he venido sin desayunar siquiera.

—¿Tanta prisa tenías? —río mientras voy a la cocina.

—¿Por verte? Sí...

—Oh, vamos, ¿eras así de empalagoso cuando te conocí? —pregunto asomándome a la puerta para verlo mejor.

—No. Esto es culpa tuya.

—Puf, frase envasada al vacío. Vamos, ven, haré algo de desayunar.

Mientras él se sienta a la mesa, yo saco de la nevera yogurt natural, macedonia de frutas y lo mezclo en dos boles. Luego exprimo unas naranjas y sirvo el zumo en dos jarras.

Lo pongo todo en la mesa mientras él me sonrío y yo no puedo evitar hacerlo también.

—Vaya, qué desayunos te montas en cinco minutos, ¿eh? Yo soy más de café rápido y tostadas.

—Porque no has probado esto. Anda, come —digo y pruebo una cucharada de yogurt.

—¡Madre mía! —dice después de probar el yogurt y darle un sorbo al zumo. —Esto está buenísimo.

—Gracias es la palabra que buscas —digo sonriendo.

—Gracias, de verdad. Así que lo tienes todo, ¿eh?

Come un poco de yogurt natural con fruta que le he preparado y yo hago lo mismo.

—Menos paciencia y filtro bucal... —se ríe y yo también.

Terminamos de desayunar entre sonrisas compartidas y pulsos de miradas

en los que los dos luchamos por ganar.

—Bueno y, ¿qué quieres hacer? —me pregunta con una sonrisa nada angelical.

—Lo que te apetezca —digo apoyándome en el marco de la puerta.

Sin dudar lo se levanta, viene hacia mí, pone sus manos a cada lado de mi rostro y me besa con toda la pasión que lleva conteniendo desde su primera llamada.

Yo me quedo helada, porque realmente no me esperaba que me besase así, de repente, pero enseguida le devuelvo el beso.

Se separa de mí minutos después y me mira fijamente.

—Lo siento, pero era lo que me apetecía...

—No, tranquilo. Ha estado... bien —sonrío nerviosa.

No sé si se ha dado cuenta, pero se me han encendido las luces largas y no hay manera de disimularlo con esta camiseta tan fina.

—Vístete, vamos a dar una vuelta, ¿te apetece? —me pregunta emocionado.

—Ohm...

—¿Qué pasa?

—¡Nada! Es que pensé que venías a... bueno, a eso.

—Joder, Nicky. No voy a venir solo para echarte un polvo. Quiero conocerte, pasar tiempo contigo, no quiero quitarte la ropa e irme a casa.

Casi prefiero el polvo y a casa, porque eso significa que busca algo en mí que, seguramente, yo no podré darle.

—No sé qué decir —admito.

—Pues no digas nada. Vístete y ven conmigo —me anima.

Me siento extraña, no puedo negarlo. Yo ya nos imaginaba revolcándonos por el suelo como dos animales y él únicamente quiere llevarme a pasear.

Ric se va a partir de risa cuando se lo cuente.

Cuando llego a mi armario, cojo un vaquero pitillo, las all star blancas y

una camiseta básica roja. Me deshago el moño y balanceo el pelo varias veces para que se peine solo.

Me pongo un poco de polvos en la cara y algo de rímel.

Salgo cinco minutos después y Héctor me mira con la boca entreabierta.

—¿Qué pasa? —le pregunto intrigada.

—Que estás preciosa, eso es lo que pasa —me sonrío sin moverse de su sitio.

Yo sonrío mientras cojo mi bolso, mi móvil, que tiene una llamada perdida de Ricardo, y las llaves de mi casa.

—¿Nos vamos?

—Me lo estoy pensando, ¿sabes? —se acerca a mí, pone sus manos a cada lado de mi cintura y me acerca todo lo posible a él.

—Me has hecho vestir, así que no pienso desvestirme ahora. Tuviste tu oportunidad, machote.

Él se ríe y vuelve a clavar su mirada en mis ojos.

—Tengo que ser un caballero contigo. Así que voy a retenerme todo lo posible.

Yo, haciendo total alarde de mi falta de compostura, meto mi mano por debajo de su camiseta y acaricio su abdomen bajo su atenta mirada.

—Vamos a ver cuánto aguanta este caballero con la espada envainada —digo sonriendo de manera pícaro y guiñándole un ojo. Mientras, mis dedos se introducen un poco por el borde de su pantalón.

—Me encantas.

—Es otro superpoder que tengo. ¿Nos vamos? —digo separándome y yendo hacia la puerta.

Él se ríe, sacude la cabeza y se reúne conmigo.

Este cuento empieza rápido y mal.

Ya me sé el final.



Héctor

En la vida me había puesto nervioso por ir a ver a alguien a su casa. Hasta hoy, claro.

Joder, si casi no soy capaz ni de peinarme como Dios manda.

Tardé menos de lo que le había dicho en llegar a su casa, así que esperé en el coche para que no pensase que, antes de llamar, yo ya estaba cerca.

Conté los minutos para marcar su número y que la voz más risueña sonase al otro lado.

Subí los escalones mientras intentaba calmarme y me repetía a mí mismo que nada de esto era nuevo para mí. Que nada era diferente.

Y me mentí, claro. Todo es nuevo. Con ella todo es diferente y no tengo ni la más remota idea de por qué lo es. Porque ella es un cuerpo como otro cualquiera, pero me atrae de una manera que es imposible de explicar.

Será esa maldita sinceridad suya. Será ese *“me importa una soberana mierda lo que el mundo piense de mí”* que exhala por cada poro de su piel o seré yo, que me estoy volviendo loco, porque esto que siento no tiene sentido.

Abrió la puerta y mis ojos se clavaron en los suyos, luego en su pecho.

Sí, al fin y al cabo, soy humano y su cuerpo incita a todo lo imaginablemente posible.

Y va, y no se le ocurre hacer otra cosa que reírse.

Joder. Si ella supiera todo lo que me explota dentro cuando ríe...

Y cuando la beso... Cuando la beso me convierto en una maldita bomba atómica que amenaza con destruir el mundo entero. Todo menos a ella. A ella la necesito intacta.

Ni siquiera he querido quitarle la ropa después. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza llevarla a la cama o hacerlo ahí mismo, contra la pared.

Con que ella me mire, me toque, me basta.

Conduzco mientras ella está sentada a mi lado. Sé que me mira de reojo, quizá intenta grabar algo de mí en su mente. Quizá solo se pregunta qué demonios hace yendo conmigo a ninguna parte.

Yo pongo la mente en blanco. Si ella tiene la capacidad de leer mis pensamientos caeré rendido a sus pies sin dudarlo.

No dice nada.

La miro y ella me sonrío.

Otra vez.

Podría acostumbrarme a esto. Es más, dudo que ahora pueda vivir sin su sonrisa.

—¿Te apetece hacer algo en concreto?

—Pues no. Lo que tú decidas estará bien —toca la guantera y yo me tenso.

Creo que ahí dentro hay uno o dos sujetadores. No quiero que los vea. Si lo hace seré yo quien que no vuelva a verla a ella.

—¿Estás cómoda? —me sorprende preguntando.

—Sí, el sillón es muy cómodo —ríe.

—Me refería a que si estás cómoda estando conmigo.

«*Héctor, controla tu maldita boca*».

Ella me mira intensamente y yo maldigo estar conduciendo y no poder perderme un rato en sus ojos.

—Contra todo pronóstico, sí. Muy cómoda en realidad.

Lo dice seria. No sonríe. No se ríe. No se mueve.

Yo asiento y respiro por primera vez desde que he hecho la pregunta.

—Me alegra oír eso.

— T  est s cómodo conmigo? —pregunta mientras frunce el ceño.

Yo la miro y sonrío.

Joder, si ella supiera que no me he sentido así jams. Que no me he sentido más cómodo, más yo mismo en mi vida. Que cambiar a todo lo que poseo por cinco minutos más con ella.

—Mucho —vuelvo a fijar mi vista en la carretera.

Ella sonríe y vuelve a mirar al frente.

Hablamos de todo y de nada hasta llegar a Fariones.

Quiero pasear con ella. Respirar. Dejar de ser la persona que todo el mundo cree que soy y ser, por un rato, yo mismo. Sin máscaras. Ser la persona en la que me convierto cuando estoy con ella.

Nicole

No puedo decir que no me lo paso bien con Héctor, porque me lo paso genial. No puedo decir que no me río, porque me parto el alma a carcajadas. Tampoco puedo decir que tenga ganas de salir corriendo, porque lo único que me apetece es estar en este lugar, en este momento y con esta persona. Ah, y tampoco puedo decir que no lo veo cada vez más guapo, porque lo veo. Lo veo cerca y sexy. Muy sexy.

Paseamos por la avenida de Fariones.

Mi móvil suena varias veces y, al suponer que es Ric, paso olímpicamente de cogerlo. Ni le voy a chivar cómo va la cita, ni le voy a presentar telefónicamente a Héctor.

Nos sentamos en un muro con vistas a la playa y hablamos de muchas cosas. Unas importantes, como que su padre pensaba en ponerlo al frente de

otras empresas en poco tiempo, pero que todos los empleados ya lo llamaban jefe, o como que yo me sentía un tanto atascada en mi vida. Otras no tan importantes, como que tenía que pedir un cargamento extra para decorar sus joyerías y que yo no tenía a nadie que me ayudase a llevar a cabo el trabajo que me estaba ofreciendo. Otras sin importancia alguna como que qué bonitas eran sus pestañas y qué brillante era mi pelo.

Y tal vez, las de menos importancia eran las más importantes, o quizá no, pero me gusta tener a alguien con quien poder hablar sin tapujos y que me conteste sin tapujos también.

—Entonces, ¿crees que contratarás a alguien para que te ayude con la decoración?

—Pues, sinceramente, no lo sé. Tengo que ver cuánto me vas a pagar y qué es lo que quieres que haga para yo hacer cálculos y saber si puedo contratar a alguien. Pero no hablemos más de trabajo, ¿vale? Tenemos una cita el lunes a las diez, si no recuerdo mal, para tratar todos estos temas.

—Cierto, cierto. En otro orden de cosas... almorzamos juntos, ¿no?

—Así que has decidido pasar el día conmigo...

—Ya te dije que mi agenda se quedó libre para ti.

—Me intriga saber qué planes tenías para hoy, ¿sabes? Es una tara que tengo de fábrica. A curiosa no me gana nadie —digo mientras me pongo en pie.

—Tenía unas cuantas citas que he anulado, ¿contenta?

—Si te apetece puedes concretar un poco más.

El único fallo que le veo a todo esto es que creo que hay algo, algo pequeño y diminuto, que no me cuenta. Y no es que ya me conociese su vida de pe a pa, pero sí que intuyo que hay un pequeño, pero gran, detalle que no quiere revelar. O quizá es que yo tengo un trastorno paranoide y veo fantasmas donde no los hay.

—Papeleo más que nada, ¿fin del interrogatorio? —dice poniéndose de pie justo en frente de mí.

Es la primera vez que reparo en su altura. Es bastante más alto que yo. Y más corpulento. Creo que, si me pegase a su cuerpo y alguien mirase desde

su espalda, ni siquiera me vería.

—Bueno... no seas exagerado, no te he interrogado. Eres un pelín dramático, ¿sabes?

Él se echa a reír y camina con las manos metidas en los bolsillos del vaquero.

Yo lo sigo, no sé a dónde vamos, pero lo sigo.

—¿Dónde te apetece almorzar? —me pregunta dejando a un lado el tema anterior.

—Pues no tengo la más mínima idea, soy buena de boca.

—¿Te gusta el sushi? En Matagorda está el mejor restaurante de sushi de la isla.

—Nunca he probado el sushi... Pero vale, me apunto.

—¿De verdad? Ajá... —sonríe de medio lado. —Seré tu primera vez... —dice

orgullosa.

—Ni que me fueras a desvirgar, Héctor. Es comida, no te emociones tanto...

Se ríe demasiado alto y todo el que pasa por nuestro lado lo mira deseando saber de qué se ríe tan fuerte.

—¡Ojalá!

—No aprovechaste tu oportunidad... ahora solo tienes la opción de invitarme a almorzar y luego, tal vez, a un helado.

—Me conformaré.

Llegamos hasta donde ha aparcado el coche y vamos directamente al restaurante Sapporo. Un japonés con ventanales que dejan ver el mar.

En cada silla hay un kimono que Héctor me obliga a ponerme para comer, alegando que es de mala educación no usarlo. Estoy segura de que no es así, pero me encanta la idea de llevarlo puesto. A mí me ha tocado uno rojo, tradicional, con numerosas flores y a él uno azul oscuro.

La simpatiquísima camarera dispone los palillos, dos platos alargados,

salsa de soja y dos cartas para que elijamos lo que nos apetezca comer.

Yo no entiendo absolutamente nada de lo que pone la carta, pero Héctor, que supongo que ha estado aquí infinidad de veces, pide por los dos.

Después de unos minutos en los que yo no hago más que mirar a mi alrededor él coge una de mis manos.

—¿Qué te parece?

—Que voy a tener que comer con las manos... yo no sé comer con esto —digo cogiendo uno de los palillos.

—Es muy fácil, ya verás. Prueba así —dice colocándome el otro palillo entre los dedos.

—Sí, sí —digo mientras se me cae uno de los palillos de la mano. —Muy fácil...

Nos traen dos botellines de cerveza y, a los pocos minutos, un plato en forma de barca con unos quince makis variados.

Héctor me anima a que pruebe el que quiera mientras él prueba uno de salmón con aguacate. Yo, después de intentarlo varias veces sin éxito, cojo un maki de pepino con los dedos, lo mojo en salsa de soja y me lo echo a la boca.

Él se ríe disimuladamente y yo muero de placer. Acabo de conocer el néctar de los dioses, por favor, vaya delicatesen, ¡y yo sin enterarme!

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Si ya tuvieran un tenedor sería la leche... —digo mientras pruebo a coger los palillos por quincuagésima vez.

Lo consigo a medias e intento coger un maki de salmón y aguacate cuando la camarera trae otros dos platos.

—Esto es pato al estilo Tokio, es para mí, no me mires con esa cara, y estos cucuruchos son Hand Rolls de salmón. Mójalo primero en salsa de soja y ¡a la boca! —dice mientras lo hace.

Yo lo imito y me encanta. Joder, está buenísimo.

—Dios... ¡Qué maravilla!

—Creo que te acabo de enganchar al sushi... —ríe y yo lo hago también.

Seguimos comiendo mientras abordamos toda clase de temas sin conexión entre ellos. Por suerte, Héctor es una persona con la que te sientes a gusto hablando de cualquier cosa y en cualquier lugar.

—¿Te apetece postre? Hacen un flambeado de chuparse los dedos...

—Puf, no podría. No sabía que esto llenara tanto, ¡no me puedo mover!
—digo mientras deshago el nudo del kimono. —Vete desalojando el local porque voy a explotar.

Su teléfono suena y él se sobresalta antes de cogerlo.

—Perdona un segundo —se levanta de la mesa antes de responder la llamada.

Yo asiento y él sale del restaurante con el kimono aún puesto. Pienso en lo gracioso que está y en lo que pensará la gente que se cruce con él.

La camarera me ofrece postre o un chupito y yo, muy a mi pesar, le digo que no puedo ni con mi vida. Aunque no creo que me haya entendido, porque se va y vuelve con dos chupitos y una sonrisa a la que no puedo decir que no.

Me tomo el mío sin esperar a Héctor porque creo que su conversación va a tardar un poquito más de lo esperado. Hace algunos aspavientos con el brazo que le queda libre, aunque intenta disimularlo.

Miro mi móvil y compruebo que efectivamente era Ricardo quien me había estado llamando.

Le mando un mensaje para que vuelva a su vida diaria porque sé que no soltará el móvil hasta que le cuente algún chismorreo.

Acabamos de terminar de almorzar. He probado el sushi y me quiero casar con un japonés que me lo haga (el sushi) todos los días el resto de mi vida. En cuanto a Héctor, ahora está hablando por teléfono con un kimono muy sexy puesto. Tranquilo, no te excites demasiado porque lleva ropa debajo. No hemos hecho la croqueta por el suelo de mi casa y no tiene pinta de que vayamos a mezclar fluidos. Estoy tan llena que más me parezco a una morsa moribunda que a una persona. 15:03

Lo envío y antes de guardar el móvil ya tengo una respuesta.

Efectivamente ha tenido el móvil cerca todo este rato para mantenerse informado el muy cotilla.

Vale, te ha descubierto un mundo de sabores nuevos, genial. Pero a qué esperas para saber a qué sabe él, ¿eh? ¡Señor! Yo te invoco y te pido que saques de ese cuerpo pecador a la santurrona que lo ha poseído. 15:04

Me niego a contestarle.

Héctor ha colgado el teléfono y ahora parece revisar sus mensajes antes de volver a la mesa.

Efectivamente está muy sexy con esa vestimenta y, joder, más lo estaría si no llevase nada debajo.

Odio a Ric. Por su culpa ahora quiero pasar mi lengua por su espalda y ya me da igual tener el estómago tan lleno que podría explotar como una granada sin anilla.

—Has vuelto —digo mientras él se sienta.

—Perdona, el trabajo no me deja descansar ni en sábado, ya ves —coge su chupito y se lo bebe de un trago.

—Bueno y... ¿tienes que irte? —pregunto.

—No quiero, la verdad. Me encantaría pasar el resto del día contigo, pero se me ha complicado el asunto y...

—Oye, no te preocupes. Bastantes citas has anulado ya. Ha estado genial, de verdad. Tu misión conmigo ha concluido. Puedes llevarme a casa —sonrío.

—No me mires así, por favor.

—Así ¿cómo?

—Tan fijamente... me pones nervioso —dice sin apartar la vista de mí.

—Está bien... —cierro los ojos. —Se acabó el problema.

De repente siento sus labios rozando los míos. Siento cómo me besa sin prisa. Sintiendo cada milímetro. Saboreando cada instante. Yo no abro los ojos. Es excitante, tanto, que por un momento siento que estamos solos, que no hay nadie más a nuestro alrededor.

Se separa tan despacio de mí que estoy tentada de no dejar que lo haga. Quiero que siga, que no rompa este instante mágico en el que hemos estado solos rodeados de tanta gente.

—No podría haber mejor postre...

—Oh sí, sí que podría —digo sin pensar.

Nos llevamos la corriente magnética que hemos generado juntos y nos subimos a su coche sin esperar un segundo más.

Mientras conduce, acaricia mi muslo y yo intento mantener la compostura. Y no es fácil. Nada fácil. Llevo... no sé, mucho sin mantener contacto íntimo con otro ser humano.

—¿Te pongo nerviosa? —me pregunta de repente.

—Me estás poniendo, a secas.

Llegamos a mi calle cinco minutos después. He de decir que tal vez haya sido algo más largo el trayecto, pero a mí me ha parecido un suspiro.

—Lo he pasado muy bien, Nicky.

—Y yo... —pongo la mano en la manilla para abrir la puerta.

«Dos opciones. O echo a correr hasta casa, o me lanzo encima de él».

—¿Puedo llamarte luego?

—Déjate de formalismos. Llama cuando te venga en gana.

—Eso me gusta.

Deja un leve beso en mi mejilla y me sonrío.

—Bueno pues... hasta otra, Héctor —digo abriendo la puerta y sacando una pierna del coche.

—Hasta pronto, Nicky.

Me bajo y él se queda en doble fila hasta que entro en el portal.

Joder. Ricardo se va a descojonar de mí. Necesito salir. Beber. Y en otro orden de cosas, un vibrador y una caja de pilas.



Héctor

Sé que es fuerte eso de decir que odio a mi familia, pero joder, realmente aborrezco a mi madre, a mi padre y soporto a mi hermano porque, en el fondo, no es más que un chiquillo que no sabe dónde se está metiendo. Porque yo un día fui como él.

Dejo a Nicky en su casa y hago un esfuerzo titánico para no mandar a tomar por saco todo y quedarme con ella.

Cada vez que la beso, noto cómo arde.

No se hace una idea de cuánto me gustaría saber a qué temperatura está el resto de su cuerpo.

Otra vez suena el móvil y el nombre de mi padre vuelve a parpadear en la pantalla.

—No tengo un batmóvil, papá. Dame tiempo de llegar —digo tajante.

—Es que teníamos la cita con Armando hace una maldita hora, Héctor. Últimamente estás demasiado distraído y eso afecta a los negocios.

«Afectará a la continuidad de tu vida si no dejas de tocarme los cojones».

—He dicho que ya voy para allá. Ya me he disculpado, ¿qué más quieres?

—Que te centres, Héctor. Que te centres.

Gruño y cuelgo la llamada.

Acelero mientras la sangre me hierve.

Diez minutos después, estoy en el maldito local que mi padre quiere comprarle a Armando.

Yo no dejo de preguntarme para qué demonios quiere esta basura, si es un cuartucho de dos por dos.

—Buenas tardes, perdonen la tardanza —le tiendo la mano a Armando y él me la estrecha.

Mi padre me mira con desaprobación y frunce el ceño.

Yo no me inmuto ante sus gestos y echo un vistazo al local antes de cruzarme de brazos.

—No te preocupes, Héctor —dice Armando. —Pues este es... Es pequeño, pero está bien ubicado.

—¿Por qué lo vendes? —le pregunto y me quito las gafas de sol para mirarlo.

Él se remueve y se cruza de brazos. Camina unos pasos hacia delante, mira el local y sonrío.

—Bueno... el fin de una era, hijo. Ya no podemos mantenerlo y tu padre lleva mucho tiempo empeñado en comprarlo, así que... —se encoje de hombros.

Un recuerdo me viene a la mente.

Armando y mi padre estudiaron empresariales juntos. Recuerdo la rivalidad entre ellos. Recuerdo todas las palabras malsonantes de mi padre hacia este hombre y me pregunto si no será que quiere este local solamente para joder a Armando.

Me acerco a él y, con disimulo, le doy la espalda a Armando.

—¿Quieres esta basura para joder a Armando?

Mi padre sonrío y se encoje de hombros.

Su sonrisa me repugna. No hace falta que me conteste. Sé que sí. Que lo hace por eso. Que este local no le interesa en absoluto.

—Una buena inversión, ¿no crees? Así por fin podré probar que soy

mejor que él.

—No ves que ya está jodido? ¿Para qué mierda quieres hundirlo más? —pregunto cabreado.

—Porque puedo —sentencia.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que casi parecen romperse dentro de mi boca.

Tengo ganas de darle un puñetazo en la cara y borrar esa sonrisa que la adorna.

Mi padre y mi madre, sin duda, están hechos el uno para el otro.

Me doy la vuelta y miro a Armando.

Voy hacia mi coche y saco el talonario de la guantera.

Efectivamente, hay dos sujetadores ahí dentro y no tengo la menor idea de quién son.

Escribo una cantidad en el talón, me acerco a Armando y se lo doy en la mano a la vez que se la estrecho.

—No me interesa tu local. Lo siento —le digo seriamente y me doy media vuelta para irme.

—¡Héctor! ¿A dónde te crees que vas? —pregunta mi padre.

Me giro, le sonrío abiertamente, me subo al coche y me largo.

«*Que te jodan, papá*».

Conduzco mientras la adrenalina se extiende por mi cuerpo. Me río. Porque sí, porque me encanta ver su cara cuando las cosas no van como las ha planeado. Porque sé que yo no me parezco en nada a él y se lo he demostrado.

Quizá, durante un periodo de tiempo, sí que fui así. Un depredador al que le importaba una mierda la vida de los demás. No pensaba en nadie más que en mí o en mis negocios, pero eso se acabó. Yo no soy mi padre. Nunca seré como él.

Aparco el coche en el parking mientras mi móvil echa humo. No ha dejado de llamar una y otra vez desde que lo dejé con la palabra en la boca.

Subo hasta mi piso y cambio mi ropa por un pantalón de chándal y una camiseta más holgada.

Necesito salir a correr hasta que el cuerpo me diga basta.

Dejo el móvil encima de la mesa del salón y, antes de salir, cojo las llaves de casa.

Bajo las escaleras en vez de usar el ascensor y poco después me veo en la calle.

No tengo rumbo, no quiero ir a ningún lugar en concreto. Solo quiero correr por el placer de hacerlo.

Las calles se hacen estrechas y la gente se desdibuja mientras paso por su lado. Me falta el aliento y apoyo la espalda en una pared cualquiera. He perdido la noción del tiempo.

Lo que daría por haberme quedado con Nicole en vez de haber ido a esa estúpida cita con mi padre.

Me recompongo un poco y pongo rumbo a casa. Esta vez camino, necesito que el aire vuelva a llenar mis pulmones. Necesito tranquilizarme.

Sé que lo que he hecho hoy va a traer cola. Que mi padre no va a dejarlo estar. Sinceramente no me arrepiento de haberlo hecho. Por fin encuentro algo de paz en todo esto, por mucho que haya abierto una grieta en mi infierno personal, me alegro de haber ayudado a Armando. Me siento mejor conmigo mismo.

Nicole

Antes de sentarme en el sofá con un buen bol de helado, me doy una ducha, sobra decir que fría.

Debería llamar a Ric para contarle mis pocas peripecias con Héctor, pero la verdad es que no me apetece escucharle decir lo mojigata que me he vuelto.

En el fondo, creo que es mejor así. Mi instinto femenino, ese que tenemos

en el fondo del cerebro cada una de nosotras, me dice que falla algo. Aunque no sabría decir el qué.

Dejo de darle vueltas a la cabeza cuando enciendo la tele, después de ponerme una camiseta blanca gigantesca y unas bragas de estar por casa. Si alguien tiene alguna duda son esas que no sacas a la calle y que generalmente suelen tener algún agujero que otro.

Están poniendo Titanic y, con esa historia, suelo perder totalmente el sentido del espacio-tiempo.

Mi móvil me saca de mi ensoñación mientras yo susurro con Rose eso de “*Jack, es un bote, Jack*”.

Respondo después de ver a Ric parpadeando en la pantalla.

—Eres un buitre a la espera de carnaza, ¿eh? —digo sin siquiera saludar.

—Oh, vale. Entiendo que no has pasado de los preliminares.

—No ha habido preliminares, idiota. Hemos desayunado en mi casa, paseado e ido a almorzar antes de que lo llamaran de un asunto de trabajo.

—¿Un sábado? Huele a huida, ¿no crees?

—Bah...

—Vale, cuéntame, ¿qué te corroe esa mente inquieta, Nicky?

—Me huelo que, por muy sex simbol que sea, no es trigo limpio. Llámalo intuición o llámalo equis, pero algo me huele a caca en todo esto.

Él se ríe con ganas, yo lo escucho sin esbozar una sonrisa.

—Bueno, y ¿dónde está la caca?

—Aún no lo sé, la verdad. Hay algo, algo pequeño y luminoso que me dice, “*Nicky, aquí hay gato encerrado*”.

—Eres una paranoica, amiga.

—Bueno, es lo que me dicen las tripas, ¿vale? Puede ser o no. Quitando eso, es... vaya, cómo besa. Y, contra todo pronóstico, tiene mucha conversación, ¿sabes? Es muy dulce y cariñoso y... sería perfecto sino fuese por ese *algo* invisible.

—Qué complicada eres para todo, Nicky. O te gusta o te disgusta, en

estos temas no hay grises. Blanco o negro.

—Sigo diciendo que, de momento, gris.

—Y dale... Bueno, si le das algo más de tiempo él solito se decantará por el color.

—Supongo que tienes razón. Por cierto, ¿sabes de alguien que esté buscando un trabajo eventual? Necesito ayuda para hacer la decoración de las joyerías, transportarla y colocarla.

—Pues, ahora que lo dices, ha venido un chico hoy al restaurante y le ha preguntado a Valerio que si necesitaban a alguien para algún trabajillo. Le pregunto si le cogió el teléfono y te lo paso ¿vale?

—Oh, genial. Porque ya sabes lo desastre que soy con la tecnología y no me veo poniendo un anuncio de “*Busco macho para echarme una mano*”.

—Eso estaría bien para una agencia de contactos, bonita, no para buscar ayudante.

—¡Lo sé! —ríó a carcajadas y él conmigo.

—Bueno, te dejo que llevo todo el día esperando noticias tuyas, voy a seguir con mi vida. Valerio hoy me lleva a bailar...

—Qué envidia más cochina das...

—¡Lo sé! —ríe.

—Y te quiero, idiota.

—Y yo a ti, pequeño desastre. Un besazo. Te digo algo con lo de tu posible ayudante.

—¡Gracias!

Colgamos después.

Suelto el móvil encima de la mesa con desgana y sigo viendo el naufragio más visto de todos los tiempos.

Pobre Rose. Pobre Jack. Y pobre yo, que no tengo ni idea de lo que hacer el resto del día.

Justo cuando la Rose anciana de Titanic lanza el corazón del mar al fondo del océano escucho sonar ese aparato infernal que llaman móvil.

Sé que es él. Estoy completamente segura, pero no me muevo.

La llamada se cuelga y el teléfono no vuelve a sonar.

Ni siquiera me acerco a mirarlo. Lo dejo ahí, encima de la mesa, y me voy a prepararme algo de cenar.

Supongo que sí que soy una paranoica y que ese *algo* invisible me impide responder su llamada.

La almohada se encargará de eliminar cualquier pensamiento, negativo y positivo, y mañana será otro día.



Nicky

El domingo llega en todo su esplendor. No hay una nube que ose manchar el cielo azul que se extiende más allá de los edificios. No hay ni una pizca de brisa que mueva mi cabello, así como tampoco hay ninguna prisa por ir a ningún lugar.

Me siento en la terraza con un buen té verde y unas tostadas. La ciudad no se ha despertado todavía.

Normalmente esto, a partir de las ocho de la mañana, es imposible. Las pitas de los coches y los continuos atascos lo inundan todo. Es por eso por lo que no me molesta en absoluto estar despierta un domingo a las siete y diez de la mañana.

Planeo el día de tal manera que no tenga que salir de casa para nada.

Me daré un baño de espuma infinito. Pondré velas, música relajante y me dejaré llevar a cualquier lugar mágico que pueda crear con mi imaginación.

Al terminar de desayunar, cierro las puertas del balcón para que no llegue a mis oídos ningún ruido indeseado.

Paso por al lado de la mesa del salón y caigo en la cuenta de que no he mirado el móvil desde el día anterior. Muy propio en mí.

Una llamada perdida y un mensaje de Héctor. Dos llamadas de Ricardo.

Siento lo de esta tarde. Me apetecía mucho estar contigo, de verdad.
19:37

Podemos vernos esta noche si te apetece. Estaré libre a las once.
Lllámame. **19:38**

Y no. No lo hubiera llamado, aunque hubiese visto el mensaje a tiempo.

No puedo obviar mi intuición. Podrá ser mono, interesante y estar como un queso suizo, pero hay algo, quizá una minucia, que me hace retroceder.

No contesto a su mensaje, al menos, no aún.

En su lugar, prefiero llamar a Ric.

Tarda tres tonos y medio en responderme.

—¡Nicky! Te llamé ayer. Dos veces...

—Lo sé. He aquí mi llamada de vuelta.

—Se llama móvil porque lo puedes llevar contigo, ¿sabes? Moverlo de sitio. No es para que lo dejes en un cajón y estés incomunicada...

—¿Otra vez la charla? Sabes que no soy esclava de estos aparatos. ¿Vas a decirme ya qué querías?

—Pues quería que vinieses conmigo y con Valerio a comer al restaurante, idiota. Mi turno empieza en media hora, pero termino a las dos. Valerio como es el jefe hace lo que le viene en gana... ya sabes.

—Vaya, ahora me arrepiento de haber sido tan borde. Me encantará ir.

—Si es que... ¡No me mereces!

Los dos reímos a la vez.

—A las dos menos cinco estoy ahí. Te quiero.

—Y yo, antipatía de persona.

Cuelga sin más.

Son muchos y muy variados los motes que me pone Ricardo cada vez que hablamos. Hace ya bastante tiempo que dejó de molestarme.

El móvil me vibra en las manos justo antes de que lo deje encima de la mesa otra vez.

—Buenos días.

—Pensé que no ibas a responder...

—No veo por qué —digo a la vez que voy a la cocina a por una manzana.

—Bueno... ayer te llamé, te envié un mensaje que has visto y que no has respondido y... até cabos.

—¿Cómo sabes que he visto el mensaje?

—Esos palitos en forma de uve al lado del mensaje se vuelven azules cuando la otra persona los mira, ¿sabes? Modernidades de hoy.

—Vaya... qué falta de intimidad más grande.

—Y que lo digas...

—No estoy pendiente del móvil casi nunca. Es algo que te vendrá bien saber para ocasiones futuras. Vi el mensaje antes y pensé en contestar más tarde. Eso es todo.

—Entonces... ¿no estás molesta por lo de ayer?

—¿Molesta? Claro que no. Por Dios, Héctor. Cada uno tiene su vida, sus obligaciones, no hay que hacer una montaña de un grano de arena —le doy un bocado a la manzana.

—Tienes que ser perfecta ¿verdad?

—Todo lo contrario. Soy un perfecto desastre. Pero molo, ¿eh?

Él se ríe. Sincero. Con ganas.

—¿Tienes planes para hoy?

—Sí —no doy más detalles. —¿Tienes la agenda libre y quieres llenarla conmigo?

—A decir verdad, tengo compromisos, pero quería escaquearme de ellos contigo.

—Siento decepcionarte...

—¡Qué le vamos a hacer! Tendré que seguir con mi aburrida vida.

—Ahora que lo mencionas... sí que tiene que ser aburrida para estar pendiente de una chica a la que acabas de conocer... —doy otro bocado y me apoyo en el marco de la puerta que separa la cocina del salón.

—Tú eres un soplo de aire fresco en este pozo sin ventanas que es mi día a día.

—Creo que es el piropo más elaborado que me han hecho nunca —río y él me sigue.

—¿Nos vemos mañana a las diez?

—Lo siento. Tengo una cita de trabajo con un tío pedante y un poco idiota, pero que tengo que aguantar porque me va a dar un trabajo de la leche. ¿Diez y media?

Él se desternilla sin medir la intensidad y yo sonrío desde la intimidad de mi casa.

—Suerte con ese otro tío. Hasta mañana a las diez y media, entonces.

—Hasta entonces.

Cuelgo después.

Doy otro bocado a la manzana para aplacar la sonrisa de idiota que se me ha quedado.

No reparo en detalles. Lleno este caldero de placer que es mi bañera con agua hirviendo a la vez que hago espuma. Echo una bomba de baño con olor a hierbabuena y, mientras se va deshaciendo, enciendo varias velas que coloco en el borde de mármol y que desprenden un delicioso olor a flores silvestres. Cojo el altavoz que me regaló Ric el año pasado por mi cumpleaños, y que sé usar a medias, y pongo un pendrive con música ambiental. Tengo que aclarar, que tengo pendrives solo porque Ric me los regaló cada uno con una etiqueta donde especificaba el tipo de música que había dentro.

Estaba empeñado en que me hiciera amiga de las nuevas tecnologías porque decía que me harían la vida más fácil, a lo que yo siempre le contestaba que yo no necesitaba nada de eso, que mi vida ya era fácil sin tanto cacharro moderno.

Aun así, acepté su regalo y lo he disfrutado mucho, aunque no pienso

decírselo porque corro el riesgo de que me llene la casa de más cachivaches que, en realidad, ni quiero ni necesito.

Me deshago de la ropa cuando el agua llega casi al borde de la bañera. Cierro el grifo y me introduzco dentro. Muy despacio. Primero una pierna, luego la otra.

La sensación es indescriptible.

Me vacío por completo de pensamientos contradictorios. De todo pensamiento o sentimiento humano, en realidad. Me siento libre y no quiero que esta sensación acabe nunca.

Quiero seguir sintiendo que mi cuerpo se deshace y se vuelve agua. Que se mezcla con la que me rodea. Que dejo de estar atrapada aquí, en este frasco que es mi cuerpo. Quiero sentir que puedo volar si quiero. Que puedo respirar debajo del agua si me atrevo. Que puedo ver en la oscuridad si me concentro.

El placer de sentir que tus cinco sentidos se agudizan cuando llegas al punto máximo de éxtasis que es capaz de provocar la calma, la paz, la armonía, es... inefable.

Hasta que, como un rayo de luz, él vuelve a mi mente.

Abro los ojos como si una corriente eléctrica hubiese recorrido el agua y me incorporo hasta quedar sentada mientras mi boca lucha por tragar el suficiente aire como para calmar mi pecho.

Suspiro y vuelvo a recostarme. No soy capaz de concentrarme lo suficiente como para volver a abstraerme.

No puedo volver a dejar la mente en blanco.

El negro, el de sus ojos, es mucho más tentador.

Héctor

Las comidas familiares son algo que me sacan de mis casillas. Una mesa enorme y cuatro personas mirando al infinito sin mediar una palabra.

Las más agradables son así. Las que me dan ganas de cortarme las venas con el primer cuchillo que encuentre a mano, son las comidas en las que hablamos.

Ninguna conversación es agradable si estamos nosotros cuatro.

Lo inverosímil del asunto es que, cuando tenemos público, mis padres son las personas más encantadoras del planeta.

Estoy sentado comiendo solomillo mientras pienso en su cara de asco. En la de ella si viera mi plato.

Sonrío. A mi madre no se le escapa el detalle.

—¿En qué piensas, Héctor? Nos haces partícipes o te lo vas a guardar para ti solo.

La miro con el ceño fruncido mientras ella me observa con el semblante serio.

—Nada que destacar, madre.

—Esa sonrisa no dice lo mismo.

—Vamos, Bárbara, deja al chaval. Estará sintiéndose orgulloso de haber dejado a su padre en ridículo —sentencia mi padre.

Así que esta es una de las cenas en las que vamos a mantener una charla amena. Genial.

No contesto.

Daniel me mira detenidamente y luego hace lo mismo con mi padre.

No entiende nada de lo que pasa porque normalmente a él lo dejamos fuera de todo lo que tenga que ver con la empresa.

Tal vez es mejor así. Aunque no niego que me gustaría que viese a mi padre, al león de los negocios, en acción. Destrozando vidas y riéndose del resto.

Me repugna.

Empujo el plato hacia delante en señal de haber terminado, me bebo el vino que queda en la copa y carraspeo.

—Ni se te ocurra levantarte de esa silla, Héctor —dice mi madre sin

mirarme.

—¿Por alguna razón en especial? —me cruzo de brazos.

—Entre otras cosas porque hay que dejar claros varios asuntos con respecto a la empresa. Tu padre es la autoridad aquí y no puedes venir tú a desautorizarlo cuando te venga en gana.

—No lo he desautorizado. Me ha llamado para que yo llevara a cabo el negocio con Armando. No me ha parecido que el local fuera una buena inversión y he hecho lo que tenía que hacer.

—Vi el cheque.

—¿Qué cheque? —pregunta mi madre sorprendida.

—El cheque que le dio a Armando después de decirle que no iba a comprarle el local.

Mastica rabia y yo reprimo una sonrisa burlona.

—¡¿Qué has hecho qué?!

—No sé qué habrás creído ver, pero me parece que ya estás chocheando, padre. No voy regalando cheques por ahí. Ahora, si me disculpan... —hago amago de levantarme. —Tengo asuntos que atender.

Mi madre sigue atónita y mi padre me mira con rabia.

Yo sonrío. Al fin y al cabo, me apetece hacerlo.

—Héctor, espera —mi hermano se levanta.

—Daniel, siéntate ahí —ordena mi madre.

Él me mira, como si fuese un chaval de cinco años a quien acaban de prohibirle ir a jugar, y se sienta.

Salgo de esa casa de locos sin ningún impedimento más.

Respiro. Hondo y bien.

Cojo el coche y acelero sin rumbo fijo. Algo que se ha convertido en más habitual de lo que quisiera.

Mi móvil suena. Kevin parpadea en la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunto más relajado.

La velocidad suele causar este efecto en mí.

—¿Qué pasa contigo? No vas a contarme dónde estuviste la otra noche o qué.

—Por ahí. ¿Dónde te metiste tú?

—Buah... lo que te perdiste. Oliver y yo nos pillamos a dos tías increíbles y muy cariñosas y nos fuimos a mi casa. Tendrías que haberte traído a la pelirroja.

Tengo que obviar la rabia que me sube por el estómago. Bajo ningún concepto llevaría a Nicky a una de esas quedadas.

—Me va mejor solo, colega.

—Qué egoísta te has vuelto. Me hubiera gustado...

—Ni se te ocurra terminar esa frase. Ella no —digo más serio de lo que quizá debería.

—Vaya, vaya... Así que ella no, ¿eh?

—Vamos tío. Déjame catarla a mí primero, ¿no?

Arrastro las palabras. Miento, claro. No dejaría que ese par de pulpos pusieran sus manos sobre ella.

—Pues empieza por ahí, imbécil. No me creo que no te la hayas llevado a casa.

—No todas las noches son de fiesta, amigo.

—Qué raro estás, tío. ¿Quieres que nos veamos?

Resoplo antes de contestar.

—En el *Garden* en media hora, ¿te va bien?

—Hecho.

Cuelgo después.

Una sensación extraña me revuelve el estómago.

No recuerdo cuándo empezamos con esto de las orgías, sí recuerdo cómo. Tres chicas se nos insinuaron, nos besaron a la vez y luego lo hicieron entre ellas. Para nosotros fue como si nos hubiesen metido de golpe en una película

porno. Esa noche fue apoteósica. Desde entonces hemos tenido sexo en grupo en muchísimas ocasiones. Es increíble la cantidad de chicas dispuestas a eso.

Es excitante, claro que sí, pero también echo de menos la intimidad de acostarme con alguien que solo me desee a mí.

Imagino a Nicole como una de las tantas chicas que han pasado por nuestras manos y me doy asco.

Penas y asco.

No sé por qué tengo la total convicción de que no sería capaz de que ella fuera otra más. De que jugase con nosotros por unas horas. No sería capaz de tocarla siquiera y mucho menos de dejar que ellos le pusieran un dedo encima.

Ella no puede ser de esas.

Ella es algo... algo más.



Nicky

Hoy es uno de esos días en los que no hace ni frío ni calor, así que me pongo unos vaqueros con los bajos un poco descosidos y lo adorno con un cinturón marrón con una gran hebilla de un dorado envejecido. Una camiseta de manga corta color mostaza, mis botas camperas marrones y un pañuelo del mismo color. Me hago una coleta alta, me pongo un poco de colorete y rímel y me voy.

Piso cada adoquín de la calle como si fuera la última vez que voy a hacerlo.

A veces juego a esto. A que es la última vez que salgo de mi piso. La última vez que cierro con llave mi floristería. La última que toco el asfalto. La última que veo este cúmulo imposible e irritante de coches y que, al día siguiente, ya no estaré aquí. Que ya me habré ido y toda esta época ruidosa quedará atrás.

Una casita lejos, en un pequeño pueblo, o a la orilla del mar. Cualquiera que no implique abrir una ventana y que el ruido atronador te reviente los tímpanos.

A veces sueño. Demasiadas veces, quizá.

Llego al restaurante cuando son casi las dos. Veo a Ric sirviendo la que, imagino, será la última mesa de su turno y me siento sin decir nada en una mesita al fondo de la sala.

Aprovecho para mirarlo. Para apreciar todas esas sonrisas fáciles y sinceras que es capaz de ofrecer al resto del mundo. Es la amabilidad y la cortesía personificada. Menos conmigo. Conmigo es tajante y brutalmente sincero en el peor sentido de la palabra. Y lo adoro por ello.

Estará a punto de cortarse el pelo, odia cuando le cae el flequillo delante de los ojos. Siempre suele peinarse hacia atrás. Lástima. Me gusta cómo luce ahora.

Como si me oyese dentro de su cabeza, se echa para atrás el pelo y le ofrece a la señora, que aún bebe de su copa de vino tinto, lo que supongo será la cuenta.

Pienso en la cantidad de sentimientos que nacen de mí cuando lo miro. Cuando pienso en el día que me vaya. En el día en el que tenga que despedirme de él. Ya no nos veremos tan a menudo y va a ser muy duro. Lo supe el día en que lo conocí, lo he sabido todo este tiempo. Me romperé en pedazos cuando lo deje aquí.

Pero yo quiero irme. Deseo dejar atrás esta ciudad.

De repente, su mirada impacta con la mía y sonrío. Más amplio, más sincero aún si cabe.

Me saluda con la mano y yo le respondo levantando la palma de mi mano derecha y sonriendo a medio lado.

Él es mi persona favorita del mundo.

Deja el delantal debajo de la barra y se desabrocha dos botones de la camisa mientras camina hacia mí.

—Qué ganas tenía de verte, por Dios —se sienta enfrente de mí y me coge la mano.

—Vas a conseguir sonrojarme y sabes que soy poco impresionable...

—Oh vamos, témpano de hielo, puedo hacerte sonrojar sin esfuerzo —me besa la mano y yo me tapo la cara con la que me queda libre.

Valerio no tarda en venir, darle un suave beso en los labios a su marido y sentarse a su lado.

—¿Soy yo el único que nota la ausencia al lado de Nicky? —pregunta él.

Su sonrisa es tan blanca que encandila. Esa tez morena, suave a rabiarse. Y sus ojos, Dios... Sus ojos son la perfección en cápsula.

—Oh, cariño. Esa es una batalla ya perdida... esa silla seguirá vacía hasta que deje de ser tan quisquillosa —le contesta Ric.

Yo me hago la ofendida, pero, en realidad, no puedo quitarle la razón.

Soy capaz de encontrar la más mínima pega a cualquier cosa.

¿Tan malo es querer lo mejor para mí?

Yo creo que no.

—¿Y ese tío de la otra noche? Don... Don... se me ha ido el mote —ríe Valerio.

—¿Don dinero? Bah... ella le sacaría un defecto hasta a Zeus si se le pusiese por delante...

—A ver, seamos personas sensatas por una vez —Valerio y Ric se cruzan de brazos a la vez. —¿No les ha pasado que conocen a alguien y no te termina de convencer? Como si hubiese algo... algo pequeñito que no encaja. ¿Es guapo? Sí, qué duda cabe. ¿Es interesante? Sí. ¿Tiene el cuerpo para revolcarse con él en cualquier superficie horizontal? ¡Claro que sí! Pero... — chasqueo la lengua y me inclino hacia delante hasta dejar medio cuerpo encima de la mesa. —Hay algo que me hace desconfiar.

—Hija mía, porque lo acabas de conocer. Pero eso pasará y puede ser un romance bien bonito... —dice Ric descruzándose de brazos.

—No, no... espera. Entiendo a qué te refieres, Nicky. Me pasó una vez con una amiga y... no salió nada bueno de eso. La tía era una trepadora que solo quería quitarme el puesto. Cristina, la morenita de pelo rubio, ¿te acuerdas? —dice dándole una palmada al hombro de su marido.

—Cómo podría olvidarla...

—¡Ahí está! El instinto no falla... —vuelvo a apoyarme en el respaldo de la silla.

—Bah... Por lo menos tíratelo y aprovecha la ocasión.

Valerio le hace señas a uno de sus camareros para que nos atienda y éste no tarda en colocarse al lado de la mesa con un bloc de notas y un bolígrafo

que saca del bolsillo delantero de su camisa.

—Buenas tardes. ¿Qué les sirvo?

—¿Vino? —dice Valerio mirándonos a Ric y a mí.

Los dos asentimos y Valerio pide algo que no soy capaz de retener y mucho menos repetir.

—A mí, por favor, parrillada de verduras con queso vegano —digo mientras salivo al imaginar mi plato.

Ric y Valerio piden lasaña de verduras y el camarero se va segundos después.

—Bueno, y ¿cómo les va a ustedes? La felicidad está en el matrimonio, ¿o qué? —digo metiéndoles en un aprieto.

—La felicidad está en las pequeñas cosas... —dice Ric mirando a Valerio.

Él le coge la mano y se la besa.

El amor que se procesan el uno al otro es brutal. Tanto, que emanan una especie de energía vaporosa y tremendamente revitalizante que me inunda la nariz.

—Son amor. Puro. Del bueno —digo como si realmente hablara conmigo misma y no con ellos.

—Quien quiera que comparta la vida contigo, será la persona más afortunada de la Tierra —me dice Ric cogiéndome la mano.

Nunca he sido una esclava del amor perdido que se empeña en no llegar. Nunca me he apenado por no tener un encuentro prematuro que me llene el corazón y la vida a partes iguales. Todo lo contrario. Siempre me he bastado yo. Sin embargo, está la certeza, la esperanza, que hace que la sangre que fluye por mis venas sepa que, algún día, en alguna parte de esta bola que es el mundo, encontraré a alguien tan decidido a compartir mi vida, que no habrá dudas. Que no habrá nadie que pueda comparársele. Y, mientras llega, soy feliz conmigo misma.

Supongo que esa es una de las características que me diferencia del resto.

Héctor

Después de tres cervezas y unas tapas, Kevin y yo hemos entrado en el mismo bucle de siempre.

Que si Oliver va a dejar su trabajo y van a montar una empresa juntos. Que si está harto de llevar la empresa y no ser el jefe.

Ellos también están hasta los cojones de sus vidas.

La verdad, no sé cómo demonios nos metimos en esto tan jóvenes. Con lo bonito que es vivir y nosotros enterrados hasta las cejas.

Esto de ser hombres de negocios es un maldito agujero negro que cada vez nos absorbe más.

Sus dramas diarios salen de su boca y yo me esfuerzo por escucharlo. Asiento varias veces sin decir una palabra.

Lo escucho. A él le basta con eso.

Yo no he sido capaz nunca de pronunciar una palabra sobre mis problemas. Él sabe que mi cabeza está llena de basura. Que algún día quizá explote y arrase con todo lo que tenga alrededor. Pero ese día, muy a su pesar y al mío, sigue sin llegar.

Normalmente mi humor me delata. Habla por mí sin que yo tenga que mediar palabra con nadie.

Cuando sufro una crisis, como la que tengo ahora mismo rondándome la cabeza, todos me dejan en paz sin pedirlo.

Supongo que hemos llegado a este acuerdo silencioso por inercia. Porque no hay otra manera de que me recomponga y la gente que me rodea lo sabe.

Lo que no saben es el porqué.

Nunca hablo más de la cuenta. Ni siquiera un comentario sobre que estoy hasta los cojones de todo lo que me rodea y que, más a menudo de lo que me gustaría, quiero salir corriendo y dejar toda esta mierda atrás.

Supongo que eso delata debilidad y, por desgracia, es algo totalmente contrario a cómo me ha educado mi padre.

«No puedes dejar que nadie te vea débil. Fuerte. Siempre fuerte. Aunque te estés rompiendo por dentro».

Esas palabras rebotan en mi cabeza en bucle.

Joder. Me estoy asfixiando otra vez.

—¿Te pasa algo, hermano? —pregunta Kevin poniéndome una mano en el hombro.

Niego con la cabeza e intento sacudir, a la vez, todos los pensamientos y todas las frases que alguna vez me ha dicho mi padre.

«Eres un hombre, Héctor. Un hombre de negocios. No puedes flaquear nunca».

«¿Llorar? Deja eso para las mujeres».

«Si veo que estás quebrándote, te patearé el culo hasta hacerte un hombre».

—Nada. Me duele la cabeza.

—Será la resaca —ríe.

—Sí... será eso.

Me palmea la espalda y pide otras dos cervezas.

No sé cómo voy a llegar a mi casa. No puedo coger el coche en este estado y bajo ningún concepto dejaré conducir a Kevin. Va peor que yo.

Estoy jodido, pero no quiero morir aún.

—Vamos. Brindemos, hermano. Por un futuro próspero y cojonudo —levanta su botellín.

Yo levanto el mío y lo choco contra el suyo.

—Por aguantar menos y mandar más a la mierda.

Ríe y yo sonrío.

—¡Eso es!

No tiene ni la más mínima idea de por qué lo digo, pero es esa clase de personas que, aunque no entienda absolutamente nada, se queda contigo.

La noche será larga, como todas en las que él y yo coincidimos en un bar. La verdad es que no quiero irme a casa temprano. Prefiero llegar cuando el amanecer esté cerca, así no tendré que comerme mucho la cabeza en casa.

Llegar, ducharme, vestirme, intentar aparentar que soy una persona tranquila, con un aplomo del quince y salir a la calle como si todo estuviese bien. Como si nada dentro de mí estuviese roto.

Un recuerdo vuelve a mi mente. Uno breve, pero intenso. Uno rojizo.

Como su pelo.



Nicky

Hoy me ha costado un esfuerzo titánico levantarme de la cama. Y no hablemos de salir de mi casa, porque esa sí que ha sido una de las doce pruebas de Hércules. Sin embargo, y contra todo pronóstico, estoy ya en mi puesto de trabajo regando todas y cada una de las plantas que habitan en mi pequeño bosque.

Bostezo, como si no hubiera dormido ni una sola hora seguida por la noche. Me froto los ojos con la mano que me queda libre y, sin darme cuenta de que estoy regando el suelo y no las begonias, miro a través de los ventanales cómo una nube negra pretende posicionarse justo enfrente del sol.

—¡Mier...coles! —maldigo cuando me doy cuenta de que estoy encharcando el suelo.

Dejo mi regadera turquesa de latón a un lado y voy a por la fregona.

Aún son las nueve y media de la mañana y Héctor no llegará hasta dentro de media hora para concretar lo que sea que quiera para su ostentosa celebración.

Recuerdo que he metido en el bolso el número del chico que me comentó Ric que busca trabajos eventuales. Voy a buscarlo y lo apunto en la agenda telefónica que tengo en el mostrador.

Mi plan es llamarlo en cuanto tenga claro qué es lo que quiere Héctor que haga y así asegurarme que no ha encontrado otro trabajo ya o, al menos, si

será capaz de compaginarlo con lo que yo tendré para ofrecerle.

He estado dándole vueltas a si podría hacerlo yo sola, pero es totalmente inviable. Sobre todo, con los antecedentes de compras que tiene Héctor aquí.

Miro a través de los cristales de la puerta cuando son las diez menos cinco de la mañana y veo acercarse a Marta.

Le abro la puerta y ella entra sonriendo, como siempre.

—Buenos días, bonita. ¿Qué tal anda tu madre? —pregunto a la vez que le hago una caricia en el hombro.

—¡Mucho mejor! Ya ha dejado la muleta y camina sin ella. Quiero llevarle unas cuantas margaritas de colores para alegrarla.

—Esa es, sin duda, la mejor noticia del mundo y, también, la mejor idea. Voy a darte las más bonitas que tengo, ¿de acuerdo?

Ella se mete la mano en el bolsillo, saca unas monedas, las cuenta tímidamente y me mira de reojo sin mediar una sola palabra.

Yo, que la he visto y he pasado eso por alto, me dirijo al balde de las margaritas cortadas y cojo bastantes de colores variados. Rojas, amarillas, naranjas, blancas. Las ato y le pongo papel de celofán al ramo.

—Ohm... Nic... Nicole... —me mira con los ojos entreabiertos al ver el ramo que le cedo.

Ella saca todas las monedas que tiene en el bolsillo y las aprieta con la mano echa un puño.

—Guarda eso. Hoy invito yo, ¿de acuerdo? —le sonrío, le doy el ramo y ella sonrío avergonzada.

Qué bonito es tener doce años y ser tan inocente, tan real. Sin plastificar aún por las modas, por los tiempos, por los años... Tan pura, tan sincera.

—Pero...

—Ni peros ni peras. Vamos, ve a llevárselo a tu madre y ya me cuentas qué cara ha puesto, ¿vale? —le doy un beso en la frente y la animo a irse.

Su madre me trae dulces de vez en cuando o manda a Marta a por flores para alegrar la casa. Hoy, Marta y yo, la alegraremos a ella.

—¡Mil millones de gracias! —me grita a la vez que me rodea con el brazo que le queda libre.

Su cabello rubio ya casi le roza la cintura y esos ojos, azul cielo, parecen resplandecer más ahora.

Sale corriendo instantes después mientras la envuelve esa risa infantil y preciosa que conservan los niños. Yo, a la vez que sonrío también, me doy cuenta de que Héctor me mira con una curva en los labios.

—No te he oído llegar... —le digo mientras recojo el trozo de papel de celofán que me ha sobrado, las tijeras y el celo.

—Eres una persona realmente increíble, ¿sabes? Realmente increíble... —repite la segunda vez en forma de susurro.

—Bueno, soy humana, eso es todo —me encojo de hombros y me pongo un mechón, que se ha escapado de mi coleta, detrás de la oreja.

—Eres más que eso —dice mientras se acerca con su mirada felina y ese traje pulcro, brillante y perfectamente adherido a su cuerpo.

—No exageres. Además, pensé que con ese traje se activaba el hechizo que te volvía un poco gilipollas...

Él estalla en risas, apoya sus grandes manos sobre mi mostrador y me mira más de cerca, más fijamente.

Yo lo miro también desde el otro lado de la madera. No tiene nada que me intimide, pero lo intenta.

—Cierto. Perdona, a lo que vamos, ¿no? Los negocios —se coloca la chaqueta y la corbata, que ya estaba impoluta y alarga su mano derecha hacia mí. —Encantado de volver a verla, señorita Torres.

Yo arqueo una ceja. Miro su mano y luego a sus ojos. Lo hago varias veces hasta que pongo los míos en blanco y le doy la mano.

—Acabemos con esto de una vez —saco una libreta de debajo del mostrador y destapo un bolígrafo. — ¿Qué le apetece a su majestad? —pregunto con desdén.

Él sonrío. Como una pantera, oscura y peligrosa, que amenaza con abalanzarse sobre su presa.

Debe pensar que soy un cervatillo herido, pero yo soy más. Mucho más.

—Veamos. Tengo cinco joyerías repartidas por la isla. Necesito decorar hasta el más mínimo detalle. El veintitrés de agosto hará diez años que se abrió la primera Diamond y no quiero reparar en gastos.

—Típico... —susurro y tomo apuntes.

—¿Perdona?

—¿Eh? —lo miro distraída. —Ah... nada, perdona. Sigue.

—Quiero rosas rojas. En cada joyería necesito veinte ramos de unas... no sé. Lo dejo a tu elección. Sabes cómo me gustan de grandes.

Estallo en una carcajada y él arquea una ceja.

—¡Perdona, perdona! Es que ha sido muy.... Bah, no lo entenderías —sigo tomando notas.

—Tienes una mente muy sucia, Nicole... —dice entrecerrando los ojos y sonriendo a medio lado.

—Me lo has puesto a huevo... —me encojo de hombros.

—Bien... Veinte ramos de rosas rojas por cada joyería. Tan grandes como sea posible sin que tengamos una catástrofe. Y necesito pétalos, que sean blancos, para decorar unas grandes alfombras rojas que pondré en la entrada.

—Ajá...

Anoto. Veinte por cinco. Rosas rojas. Pétalos blancos. Símbolo del dólar. Símbolo del dólar. Retengo las ganas de gritar de emoción y, en vez de eso, me mantengo impasible.

—A parte de eso, necesito un gran ramo de girasoles. Adecúalo al tamaño del que me hiciste la otra vez —asiento dos veces y sigo anotando.

Ramo de girasoles. Tamaño maxi.

—¿Algo más? —pregunto sin levantar la vista de la libreta.

—¿Te parece poco?

Lo miro y veo que exagera una cara de sorpresa.

—Oh, no, no. Ya me parece todo un derroche solamente lo de los pétalos, así que te puedes imaginar el resto. Sin embargo... esta que está aquí... — señalo mi caja registradora —está saltando de alegría.

Él ríe y yo sonrío mientras hago unos bocetos sencillos a mano alzada de lo que podría ser la decoración alrededor del tallo de los ramos titánicos que me pide.

—¿Podré ver alguna prueba?

—Puedo hacer varios ramos pequeños con decoraciones diferentes y enseñártelos para que elijas cuál prefieres.

—Perfecto, así mi otro yo tiene una excusa para salir de la oficina y venir a verte... Estás contratada.

—Oh, vaya, el hechizo pierde su fuerza. Ajústate la corbata, creo que se te ha soltado un poco y empiezas a ser simpático... —digo mientras guardo la libreta.

—Vamos, dame un poco de tregua, ¿no?

—Está bien... Gracias, ¿vale? De verdad...

—¿Gracias? —se sorprende.

—Sí. Gracias. Porque podrías haber escogido cualquier otra cosa y has elegido una modesta floristería para todo ese despropósito que te traes entre manos.

—Déjame que te aclare una cosa, te he escogido a ti.... Ahora, si me disculpas. —se ajusta la corbata. —Debo irme.

Se saca una cajetilla de tabaco del bolsillo interior de la chaqueta y se lleva uno a los labios.

—Oye, a todo esto... no has dicho cuánto vas a pagarme.

Veo que se toca encima de todos los bolsillos que tiene su ropa en busca de un mechero que no encuentra. Busco en los cajones superiores de mi mostrador y le presto el mío.

Él hace un movimiento de cabeza a modo de agradecimiento y lo enciende.

—Lo que tú calcules estará bien —se dispone a irse.

—¡Espera! —se da la vuelta y me mira. —Mi mechero...

Él me sonrío con picardía, se guarda mi mechero en el bolsillo interior de su chaqueta y se encoje de hombros.

—Te lo devolveré.

Y se va.

Para ser un tío con más pasta en el banco que yo en mis sueños, es un cutre ladrón.

Héctor

Resaca no es aplicable a los síntomas de esta mañana. Es algo mucho mayor. Algo mucho peor.

Al final la noche se nos alargó más de la cuenta y Oliver se unió a nosotros. Por suerte, fuimos nosotros tres durante el resto de la noche.

Bebimos litros de cerveza, comimos como cerdos y reímos como si fuésemos felices.

Tal vez en ese momento, en esos ratos, lo éramos de verdad y ninguno se daba cuenta.

Llegué a mi casa a las cuatro de la mañana con una cogorza del quince.

Me pongo un traje azul, camisa blanca, corbata y zapatos negros. Después me peino sin mucho acierto.

Tengo que ir en taxi a recoger el coche de la puerta del bar.

Hoy voy a verla y eso sí es motivo para recomponerse.

Si no hubiera sido así, seguramente me hubiera quedado en casa y hubiera dicho en la oficina que no estaba para nadie. El móvil explotaría, sí. Pero con apagarlo tenía suficiente.

Llego a la floristería antes de la hora acordada. No sé si porque no calculo bien el tiempo o porque tengo ganas de verla.

«Sí que lo sé».

Entro sin hacer ruido y veo cómo le regala un ramo a una niña. Definitivamente esta chica es extraterrestre.

Lo jodido es que no puedo decir que no me encanta.

Me río ahora, de camino a la oficina, de lo imbécil que debí parecerle. No sé si hilé una frase con otra porque en lo que realmente estaba pensando era en si ella quería que la besara.

Yo quería hacerlo, pero estábamos allí por negocios.

Me toco el bolsillo de la chaqueta y noto su mechero dentro. Eso me da una excusa plausible para verla otra vez.

Sus palabras vuelven a mi mente, en un susurro que apenas puedo oír, pero que hace que me tiemble el estómago.

«*Gracias, de verdad*».

Algún día, quizá, podré explicarle que las gracias se las tengo que dar yo a ella.

Que mi agradecimiento es eterno por hacerme ver que aún queda algo de humanidad en el mundo. Que existen personas reales y sinceras que vale la pena tener cerca.

Aparco el coche en el parking mientras el recuerdo de su sonrisa hace que sonría yo también.

No me extraña que mi madre se haya dado cuenta. Hace demasiado tiempo que no sonrío así. Que no sonrío en general.

Mi móvil suena y el nombre de mi padre borra de inmediato cualquier pensamiento positivo.

—Sí.

—Te estoy esperando en la oficina.

—Estoy en el parking. ¿Qué pasa?

—Sube y hablamos.

Cuelga.

Otra bronca más. Sé de sobra que lo de Armando no va a quedarse en un incidente aislado. Que me va a hacer pagar por cada palabra y acción.

Su voz resuena en mi cabeza. «*Mis venganzas son legendarias, hijo*».

—El puñetazo que te daría para que cerraras la boca también sería legendario, viejo —digo en voz alta.

Me bajo del coche y respiro profundo antes de cerrar la puerta y encaminarme al ascensor que me llevará al centro del infierno en la Tierra.

La verdad es que no me apetece nada discutir. Parezco imbécil sonriendo de esta manera, solo por pensar en ella y en su manera de coger el lápiz y garabatear en esa libreta.

Supongo que ya es hora de que asuma que cualquier gesto suyo, por más insignificante que sea, va a causar aludes en mí.

Juro que me sentaría en cualquier terraza a disfrutar de esto, de esta sensación y que tan solo eso me bastaría.

Supongo que a veces pido demasiado. Supongo que mi realidad es demasiado complicada como para disfrutar de algo tan simple.

19



Nicky

Comienzo a hacer números desde que él sale por la puerta, pero la cabeza me da un vuelco, el estómago otro, y lo dejo para otro momento. De lo único que no dudo es de que voy a llenar la caja registradora como nunca, pero también tengo un poco de miedo. Es mi primer gran evento y mis rodillas deciden comenzar a temblar.

Me lavo la cara en el cuarto de baño para intentar tranquilizarme.

No funciona.

—A ver, Nicky. Lo primero es buscar ayuda. Sí. Eso será lo primero — digo en voz alta.

Busco el número en la agenda y me cuesta pasar las páginas. Las manos también han decidido ponerse a temblar sin pedir permiso.

—Aquí está... Eliot —pongo mi dedo índice sobre su número y, a la vez, lo marco en mi teléfono.

Da tres tonos. Cuatro. Nadie responde. Cinco. Seis...

—¿Diga? —pregunta una voz masculina y firme al otro lado.

—Sí. Hola. Esto... Eliot ¿Hablo con Eliot?

«*Vaya primera impresión...*».

—Sí. Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Pues soy Nic... Nicole —cierro los ojos y me permito inspirar profundamente y soltar el aire despacio. Me tranquilizo. —Perdona. Soy Nicole. Valerio, el dueño del restaurante “*El veggie*”, me ha dado tu teléfono. Me ha comentado que estabas interesado en conseguir algún que otro trabajo eventual.

—Sí. Claro. No sé si te comenté, estaré en la ciudad poco tiempo. Aprendo rápido y puedo desempeñar casi cualquier cosa, menos tejer, no sé tejer —dice serio, pero a mí me parece bastante gracioso, así que río.

—Oh, perdona ¿hablabas en serio? Pensé que era una broma, disculpa. Sigue.

—No te preocupes. ¿Qué necesita de mí, señorita?

—Verás... tengo una floristería y me han ofrecido un trabajo que no puedo hacer yo sola. Decoraremos en agosto cinco joyerías. Necesitaría que me ayudaras a hacer los ramos, a cargar la mercancía, transportarla hasta las cinco tiendas y colocarla. ¿Podrías hacerlo?

—Se me dan bien las flores. ¿Cuándo necesitas que empiece?

—Pues si te soy sincera, no tengo la más remota idea. Soy novata en esto y tengo hasta los dedos de los pies temblando. Perdona la sinceridad. Si quieres, si te parece bien, ¿podrías venir esta tarde y concretamos?

Apoyo el codo en el mostrador y la frente en mi mano. Dios... esta no es la clase de imagen que debería dar una persona que contrata a otra, pero soy humana. Una humana aterrada, a decir verdad.

Necesito que él entienda que tendrá que ayudarme tanto física como psicológicamente en esto, porque cabe la posibilidad de que me pette la patata y que salga huyendo sin avisar y sin echar la vista atrás.

Pánico es la palabra exacta.

—Me parece bien. Dime la dirección y me paso por ahí a la hora que te venga bien. Y tranquila, siempre hay una primera vez.

Su voz se ha suavizado notablemente.

Es extraño, pero eso hace que me tranquilice. Que piense en la parte buena de todo esto. Que me alegre de todo este despropósito.

—Calle Paraíso número tres. Está a unas pocas calles del restaurante de Valerio.

—Dame dos segundos... —escucho que hace un esfuerzo. —Paraíso, tres. Lo tengo. A las cinco me tienes ahí. Encantado y gracias por la oportunidad, Nicole —dice con una voz más relajada, más suave.

—Todas las gracias serán para ti si me sacas de esta —río. —Hasta las cinco.

Cuelgo inmediatamente después.

Me dejo caer en la silla de latón que tengo detrás del mostrador y me froto las sienes con la mano derecha.

—Respira, Nicky. Es un trabajo como otro cualquiera. Uno titánico. Pero un trabajo, al fin y al cabo —inspiro lenta y profundamente y suelto el aire despacio.

Me vendrá bien estar ocupada hasta que se haga la hora de cerrar.

Ya que hoy no pasa mucha gente con intención de comprar algo, me pongo a cambiar las velas perfumadas que tengo en una estantería, a una mesa de madera que hay justo en el centro de la floristería.

Las coloco por modelo, tamaño y olor y, después, cambio de sitio todas las plantas que veo hasta caer rendida.

Al llegar por la tarde a la tienda, dejo el bolso debajo del mostrador y me suelto la melena del moño en el que la había recogido. Esta me cae por delante de los ojos y yo no la muevo mientras apoyo los dos codos en la madera del mostrador. Me froto las sienes con las dos manos mientras cierro los ojos y respiro pausadamente.

Una parte de mi cerebro entiende a la perfección el nerviosismo, el terror a fallar y quedar al descubierto delante de tanta gente. Que mi floristería emergiera dependía de ese momento. De todos los instantes desde este hasta el dichoso aniversario.

La otra parte de mi cerebro cacarea como una gallina burlándose de mí.

La campanilla suena llamando mi atención.

Levanto la vista sin retirarme los mechones rebeldes que caen sobre mi frente tapando parte de mis ojos y mi boca se entreabre ligeramente.

Un remolino se instaura en mi estómago cuando él sonríe y se acerca a cámara ultra lenta hacia donde estoy yo.

Botas marrones *Panama Jack*. Vaquero gris oscuro, ligeramente rasgado por una de sus rodillas. Camiseta básica blanca, ceñida. Camisa a cuadros con todos los botones desabrochados y una cazadora a juego con las botas. Mentón ancho cubierto por una barba rubia de no más de una semana. Recortada. “Sexy a morir”. Nariz discreta. Ojos de color azul tan claros que casi parecen ser un trozo de cielo encapsulado. Pelo despeinado. Corto, pero no tanto. Desenfadado. Sensual.

Yo no me muevo un centímetro. Ni un milímetro, a decir verdad.

Estoy totalmente hipnotizada. Totalmente ida. Perdida en los cuadros de su camisa.

Realmente no sé si es él, que camina así normalmente, pausado, como si el espacio entre la puerta y el lugar donde estoy yo fuese demasiado largo. O es mi mente, que está a punto de sufrir un shock post traumático.

Su voz suena como un eco. Como algo lejano. Casi insonoro.

—¿Nicole?

Veo cómo se mueven sus labios, pero no consigo oír las palabras que parecen salir de su boca.

No me muevo y él agita una mano a modo de saludo, o tal vez, para saber si es que estoy durmiendo con los ojos abiertos.

Reacciono. Me obligo a hacerlo.

—¡Perdona! —de un salto me pongo recta como una vela. —Estaba... estaba... en la luna de Valencia, perdona... —me quito el pelo de la cara. — ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues, en realidad, la pregunta es ¿en qué puedo ayudarte yo?

—¿Tú?... ¿A mí? —pregunto mientras creo que mi mente soltará una obscenidad sin filtrar.

—Soy Eliot. Hablamos antes por teléfono. Tú necesitabas ayuda y yo

trabajo, ¿recuerdas? —ríe mientras me lo explica detenidamente.

—¡¡Eliot!! Madre mía. Vale, perdona. ¿Empezamos de nuevo, por favor?

Se ríe al ver lo nerviosa que me he puesto. Supongo que sabe que causa ese efecto en las mujeres.

No sé por qué Ric no me advirtió antes.

—No te preocupes. Entiendo tu estrés. Y cuéntame, ¿de qué va el trabajo?

Me entretengo en observar las líneas de expresión que se marcan al lado de sus ojos cada vez que sonrío.

—¿Puedo ser totalmente sincera contigo? —digo sin miedo a que me tome por una persona sin el más mínimo sentido de la profesionalidad.

—Por supuesto.

—Me han pedido que decore cinco joyerías como si se hubiera muerto un batallón de gente. Rosas en cantidades industriales y nunca he trabajado con arreglos a gran escala. Sé que puede sonar estúpido y que estoy haciendo un mundo de esto, pero soy una mísera humana y tengo que pedir ese cargamento, ajustarlo a las exigencias del tío que me ha contratado, trabajar todas las rosas poco antes de que sea el día para que lleguen lo más frescas posibles, transportarlas, colocarlas y no morir en el intento —digo de corrido y sin respirar.

Apoyo los codos en la mesa y me cubro la cara con las manos.

Él pone las suyas sobre las mías. El calor que desprende es abrumador, tanto que se infiltra directamente en mis mejillas y las tiñe por completo.

—Tranquila, ¿vale? No es para tanto, lo harás genial. Me gusta lo que has montado aquí —sonríe, se incorpora y señala a su alrededor.

—Gracias...

—Bueno, te comenté que se me dan bien las plantas. Trabajo muy a menudo con ellas. Si quieres, puedo ir ayudándote en tareas pequeñas hasta que llegue la semana de la catástrofe, esa prometo estar contigo de Sol a Sol.

Su voz es pausada. Todo en él es calma. Todo él transmite paz.

Me habla como si me conociese de siempre. Como si supiese que, diciéndome eso, yo me tranquilizaré y confiaré más en mí.

Lo mejor de todo es que lo consigue.

Sin esfuerzo lo consigue.

Eliot

Odio esta maldita ciudad. Tener que venir todos los malditos años aquí para ganar dinero suficiente como para poder irme a casa y dedicarme a mis pasiones es agobiante y, a la vez, perfecto.

Trabajar unos meses al año y el resto pasarlos con mis hobbies es una ventaja que no tiene todo el mundo y, la verdad, vale la pena vivir aquí unos meses. Aunque sea todo ruido y estrés.

Ya he conseguido cinco trabajos eventuales. Mi primera semana aquí va a ser movidita.

Uno de ellos ha sido por una llamada telefónica de una chica que parecía estar enterrándose en arenas movedizas.

Pobre.

Imaginé todo lo contrario a lo que encontré cuando la tuve en frente.

Estaba asustada, sí, pero toda ella parecía emanar más de lo que ella misma veía.

Su manera de hablar, de expresarse, me había sorprendido gratamente.

Tan natural, tan abierta, tan brutalmente sincera sin importar qué pensara yo. Eso me gusta en la gente.

Sus tirabuzones pelirrojos fue lo primero que vi cuando entré en el pequeño bosque que se había montado en medio de este caos de ciudad.

Estaba completamente sumida en sus pensamientos cuando me acerqué a ella. Parecía que su cabeza estallaría de un momento a otro si seguía concentrada de esa manera.

Casi parecía estar mirándome fijamente, grabando cada detalle mío en su cabeza, pero imagino que en lo que realmente pensaba era en cómo se había

metido en este jaleo y, sobre todo, cómo iba a salir.

—¿Estás mejor? —le pregunto a ella y a su mirada perdida.

—Sí, sí. ¡Dónde va a parar! Estaba agobiándome un poco, pero tú tienes un efecto calmante.

Sincera, otra vez, sin importar nada. Es una cualidad que me desarma.

Le importa lo más mínimo lo que piense yo de ella, de lo que dice, de lo que siente.

—Me alegra haberte ayudado.

—Oh, tu misión no ha terminado todavía. Aún te esperan muchas horas de posibles llantos, gritos, alegría, risas y, quizá, algún jarrón roto. Ya lo vamos viendo.

Me hace reír.

Tiene cualidades demasiado grandes como para sentirse tan pequeña.

—Puedo prometer y prometo, —levanto mi mano derecha —que protegeré esas rosas con mi vida, si es necesario.

Ahora la que ríe es ella.

Me paseo por la floristería y todo lo que veo me agrada. Me hace sentir un poco más cerca de casa. Ha montado un mundo alternativo aquí dentro.

—Cuidado con lo que prometes, puede darse el caso de que tengas que cumplirlo.

—Tarde. Ya lo he prometido —me encojo de hombros.

Sonríe y sale del mostrador.

Vaya frasco tan delicado para un interior tan brutal.

—¿Qué? —me pregunta.

—Observo.

Ella sonríe y me mira. Esta vez a mí, a mi ropa, a mi cuerpo, a mis ojos.

Ahora es ella la que hace que yo me sienta pequeño y avergonzado.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta con una sonrisa de medio lado.

Yo frunzo el ceño en señal de duda. No sé si se refiere a ella o al local.

—¿Cómo?

—Que si te gusta la floristería —sonríe pícara.

—¡Mucho!

Se ríe y se hace una coleta mientras pasea y me habla de los pequeños planes que ha estado haciendo en medio del caos que es su cabeza ahora mismo.

Yo escucho atentamente. Escucho y la observo.

Su manera de moverse. Al andar. Al hablar.

Sus ojos. Brillantes y expresivos. Sus gestos. Su sonrisa que deja ver que está más ilusionada que aterrada y que ahora se da cuenta.

Sí. Definitivamente tiene un interior demoledor y un envase perfecto.

Me va a gustar trabajar aquí.



Nicky

El resto de la tarde lo pasamos hablando. No de nosotros mismos, sino de los trabajos que ha conseguido Eliot los siguientes meses.

Es agradable charlar con él. Realmente tranquilizante. Como un bálsamo que calma el dolor de cabeza que yo misma me he infligido.

Alaba mi floristería y observa cada detalle.

Yo no dejo de mirarle.

—Vaya, cuánta energía positiva desprende esto, ¿eh? Da gusto estar aquí.

—Me alegra que te guste, porque durante una semana vas a estar recluido aquí dentro con este desastre de persona que tienes delante —me señalo.

—Ningún desastre sería capaz de crear esto de la nada. Y menos aquí... —señala fuera.

Intuyo que no le hace especial ilusión estar en la ciudad, pero no le pregunto.

—Bueno... me ha llevado mucho trabajo, sudor y lágrimas, la verdad. Pero necesitaba una vía de escape.

Él asiente. Como si entendiera perfectamente de qué hablo.

—Yo no estoy aquí por placer precisamente... entiendo lo que dices.

—No eres de aquí, ¿verdad? —me decido a preguntar.

—No... vengo una vez al año a hacer trabajos eventuales de lo que salga. Reúno dinero y vuelvo a casa.

—A todo esto... no hemos hablado de dinero.

—Tranquila. Supongo que el milloneti que te ha contratado soltará una buena suma. Ya me darás lo que puedas. Tengo varios trabajos más así que no debes preocuparte por el dinero.

—Pero tú vas a ayudarme. Tendrías que tener un sueldo, al menos dime cuánto cobras normalmente por hora y hago cálculos.

—Tranquila. Arreglaremos cuentas al final. No quiero que te fallen los cálculos y te quedes tú con poco.

—¿Se puede saber de dónde leches has salido? —pregunto arqueando una ceja y él se echa a reír.

—De un lugar muy lejano...

—¡Y tan lejano! Mínimo la luna... ¿Marte, quizá?

—No tan lejano... —sigue riéndose.

—Gracias. De verdad. Pensé que sería más difícil encontrar a alguien adecuado para ayudarme.

—Bueno... a veces, a la primera va la vencida —se encoje de hombros y sonrío.

Su sonrisa es amplia. Reluciente. Y hace que yo sonría también.

«*Te debo una, Ric*».

—Y... ¿Cuánto tiempo estarás por aquí?

—Pues, si todo sale bien, hasta mediados de septiembre.

—Y... ¿a dónde vuelves? —pregunto curiosa.

—A un lugar muy lejano —ríe. — ¿A qué hora sueles cerrar? —me pregunta cambiando de tema.

—A las ocho.

Mira su reloj y luego a mí.

—Son las ocho y diez ya...

Doy un salto de la silla y me quedo de pie.

—¿Ya?! Se me ha pasado la tarde volando.

Corro hacia la puerta para cerrarla con llave mientras él se ríe. Luego voy al mostrador y empiezo a contar el dinero que he ganado en el día.

—¿Te ayudo en algo? —me pregunta mientras apoya una de sus manos en el mostrador.

—¡Oh! No, no. Perdona, te he cerrado hasta la puerta. Puedes irte, ya te he retenido aquí bastante.

—No te preocupes. Te ayudo.

—No tenía pensado que empezases ya a trabajar... —le digo mirándolo fijamente.

Él se echa a reír y yo espero su respuesta.

—No voy a cobrar por esto... Me estoy ofreciendo a ayudarte, solo eso. Dime, ¿qué hago?

Me relajo y le señalo los ventanales.

—Pues estaría genial si pudieses bajar los estores de todos los ventanales. Adelantaría bastante.

Él no dice ni una palabra y se pone manos a la obra.

Yo dejo un instante de contar el dinero y me fijo en él.

En la parte de su cintura que queda al descubierto cuando estira el brazo para alcanzar el estor y bajarlo.

En su forma de andar. En esa manera tan curiosa de mover los hombros cuando lo hace. Fluido, varonil, tentador...

Y pienso en la cara de pasmada que debo tener, así que sacudo la cabeza y sigo con mis cuentas.

Al terminar salimos juntos y cierro con llave la puerta de madera roja.

—Bueno, encantado de conocerte, Nicole —me tiende la mano y yo se la estrecho. —Será un placer trabajar contigo —sonríe y yo pierdo el hilo de mis pensamientos.

—Igualmente.

Intento normalizar mi sonrisa lo más humanamente posible, porque la verdad es que tendría cara de idiota si no intentara disimular que en lo único que puedo pensar es que está para rodar con él por el suelo.

Se va en la dirección opuesta a la mía mucho antes de que me dé cuenta de que no hemos concretado cuándo quiero que empiece a ayudarme.

«Claro, Nicky. Estabas demasiado ocupada grabando en tu mente partes de su cuerpo que no deberías ni mirar, ¿verdad?».

Porque será tu ayudante. Y está totalmente prohibido intimar con un ayudante.

¿Verdad?

Verdad.

Héctor

La conversación se fue de madre nada más entrar en el despacho de mi padre.

Gritos, aspavientos y grapadoras voladoras fueron algunas de las cosas que ha habido en las horas que llevamos discutiendo.

La mayoría de los habitantes de la oficina se han ido por su propia voluntad y, al resto, los ha echado un sonoro grito de mi padre.

Cuando se enfurece, tiemblan los cimientos del edificio, pero cuando lo hacemos los dos... La demolición está asegurada.

Mi padre tiene más negocios a parte de las joyerías, yo solo me encargo de estas y es algo que agradezco.

El resto los lleva él y su socio, Pedro.

Me grita cosas que poco tienen que ver conmigo y mucho con sus otros negocios.

Supongo que, en general, la cosa no va tan bien como le hace creer a mi

madre y que, ahora, me toca tragarme a mí toda la mierda. Como siempre.

—Pero ¿de qué coño me estás hablando? Si yo no tengo nada que ver en eso, joder.

—¡No! Pero es la empresa de la familia y todos tenemos que ser conscientes, Héctor. ¡No podemos ir por la vida regalando dinero y dejando ver que somos...!

—¿Humanos?

—¿Humanos, Héctor? ¡Débiles! ¿Qué te pasa, hijo? —se acerca a mí y me pone la mano en el hombro.

—Que ya me tocas los cojones demasiado a menudo. Que no puedes ir por la vida queriendo que yo lave, esconda o solucione tus trapos sucios, papá. Estoy harto.

—¿Harto? El trabajo es el trabajo. Te lo he dicho muchas veces, Héctor. Primero el trabajo y...

—Y después, si queda tiempo, todo lo demás. Sí, papá. Estoy cansado de escuchar la frasecita.

—¿Cuál es el problema? —se cruza de brazos y me mira fijamente.

Su semblante haría que más de uno se cagara encima. Yo no. Ya no.

—Que hay límites que ni siquiera tú deberías cruzar. Un día, papá... Un día toda esta mierda se te va a venir encima y va a aplastarte y, siento decirte, que yo no voy a estar aquí para recoger los escombros.

Me yergo. Lo hago hasta que su mentón no es capaz de superar el mío.

Soy duro. Soy fuerte. Estoy desarmado por dentro, pero él me ha enseñado a no mostrarlo, a no flaquear.

—Los límites los pongo yo —sentencia.

—Los míos no.

Una hilera de gritos, insultos y actos pasados desfilan por nuestras bocas un buen rato más.

Debe de oírse en toda la maldita ciudad, pero no voy a callarme. Esta vez no.

Estoy harto de que me mangonee como le dé la gana. Que haga con la vida de la gente lo que se le antoje.

No va a jugar más con la mía.

Mi madre aparece y no tarda más de dos minutos en largarse por donde ha venido.

La furia de mi padre arrasa con todo a su paso y más de una palabra malsonante impacta en ella.

Se ha ido haciendo ver que estaba más ofendida de lo que yo sabía que estaba.

Sabía a lo que venía. Quería meter más leña al fuego. Como si no la conociera...

—Me largo. Se acabó. Desherédame y quédate con tu empresa y toda la mierda que viene con ella —digo tajante.

Los ojos de mi padre se abren más de la cuenta.

Atónito es la palabra que mejor lo define ahora mismo.

Mi ceño está fruncido y mis brazos cruzados.

Lo miro fijamente sin pestañear y él no me aparta la mirada.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida.

Se frota las sienes con una mano y resopla. Cierra los ojos y luego los clava en mí.

Cuchillos voladores amenazan con rajarme de arriba abajo.

Amor paternal, sin duda.

—No creas que vas a conseguir ablandarme con esta amenaza, Héctor. Este juego lo inventé yo.

—Estoy harto de tus juegos, de tus amenazas, de tus pequeñas venganzas personales y de todo lo que tenga que ver con esto. Así que ya estás tardando en formar a Daniel o a quien te venga en gana, pero yo me largo.

—Eres un maldito desagradecido. Me he dejado los cuernos para

moldearte hasta que has sido digno de llamarte hijo mío y ahora me pagas así.
Renuncias. Eres débil, Héctor.

La palabra rebota en mí tantas veces que pierdo la cuenta.

La sangre me hierve. La cabeza me arde. Amenaza con explotar. Todo mi cuerpo emana rabia.

Y exploto.

Todo lo contenido, todo lo acumulado, todo sale. Sin filtros, sin miedos, sin cortarme.

Ausencia total de calma. Todo lo que nos rodea se vuelve aún más caótico que hace una hora.

Lo dejo salir todo y parece que mi padre hace lo mismo.

Ya era hora.



Nicky

Sobra decir que sonrío hasta llegar a casa. No solo por el hecho de que Eliot sea digno de exponer en un museo para que todo el mundo pueda babear con él, no. Sino porque tengo la certeza de que va a ser una grandísima ayuda.

Tiene pinta de ser un chico bastante serio y trabajador. No es que le haya escaneado el cerebro, pero esas cosas se notan.

Ric había dado en el clavo el día en el que el número de Eliot pasó de sus manos a las mías.

Tal vez no me había dicho nada porque quería que me lo cruzase sin más, que pareciera obra del destino que ese portento de hombre entrase en mi tienda y en mi vida a la vez.

Él y Héctor son dos bellezas totalmente distintas.

Decido llamar a Ric para contarle las novedades después de estar bastante rato divagando en el sofá. Merece que ponga al día a su yo maruja.

Da tres tonos y, al cuarto, su voz cansada suena al otro lado.

—¿Nicky?

—Eso es lo que pone en tu pantalla, ¿no? ¿Para qué preguntas? —me río.

—Bah, claro que sí, pero estoy con un ojo cerrado y el otro medio abierto. Es tardísimo.

Miro el reloj y me doy cuenta de que lo estoy llamando a las doce y cinco de la noche.

—¡Lo siento! Acabo de darme cuenta de la hora que es. Perdona...

—No pasa nada, cabecita loca. ¿Qué pasa? Dime que me has despertado por un motivo, porque si no te cruzo la cara...

—Pues sí, idiota. Claro que es por algo. Hoy he conocido a Eliot. El chico del que me diste el número para contratarlo.

—¿Sí? Y, ¿qué tal?

—Una pregunta... ¿Te dio su número en persona?

—No... Se lo dio a Valerio y él me lo comentó. ¿Por qué?

—¡Porque está hecho a cincel! Es un adonis, una escultura griega, un... un... ¡Un queso suizo! ¡Un maldito donut de chocolate!

Ric se carcajea muy alto y luego pide disculpas a Valerio.

—Espera, que me voy al sofá para que Valerio no me asesine.

—Te cuento. Lo llamé esta mañana, después de que Héctor me diera los detalles de lo que quería para las joyerías. Quedé con él en la tienda por la tarde y casi me da un paro cardíaco al verlo.

—¡Madre mía!

—¡Y la mía! Me ha dicho que me ayudará con pequeñas tareas y con lo que necesite hasta la semana del caos y entonces se quedará conmigo de sol a sol hasta que dejemos todo perfecto.

—Trabajador, sexy, simpático... Interesante.

Yo me carcajeo fuerte. Tanto que creo que mis vecinos de arriba van a abrirme los grifos en cualquier momento.

—Solo nos hemos visto una vez y no sé nada de su vida. Además, a mediados de septiembre vuelve a donde quiera que viva, así que no te emociones. Y, lo más importante, no dejes que me emocione yo.

—Oh, vamos, Nicky. No seas tonta. Las ilusiones alimentan el alma y la tuya necesita urgentemente una dosis de azúcar, cariño.

—Sabes que no necesito un hombre para ser feliz, Ric. Lo sabes...

—Nadie necesita a otra persona para ser feliz, querida, pero los días son más agradables si tienes a alguien con quien compartirlos.

—Bueno, de momento solo sabemos que está para untarle mermelada y lamerle hasta detrás de las orejas, ¿vale? Solo te llamo para darte las gracias por alegrarme la vista y porque parece el candidato ideal para ayudarme.

—Ya, ya... a las doce de la noche me das las gracias por esa tontería...

—Bah...

Cuelgo la llamada e imagino que Ric se estará muriendo de risa al otro lado como si se le fuese la vida en ello.

Yo me voy a la cama, que buena falta me hace.

No tardo en dormirme. Necesito descansar no solo el cuerpo, sino la mente.

El sonido de un timbre escandaloso me sobresalta y me percató de que es el telefonillo del portón de la entrada el que desprende ese sonido.

Me levanto despacio y, mientras camino hacia la entrada, miro mi reloj de pulsera.

Las tres y cuarto de la mañana.

«¿Quién demonios se atreve a venir aquí a estas horas?».

Me froto los ojos con una de mis manos y descuelgo el telefonillo.

—¿Quién es? —digo en un tono seco y cortante.

—Soy yo...

No reconozco la voz masculina que suena al otro lado, así que no abro.

—Y ¿quién leches es yo?

—Héctor. Soy Héctor. ¿Puedes abrir, por favor?

Su voz suena rara. Distante. Entrecortada.

Le doy al botón que abre el portón y me restriego los ojos antes de apoyar la cabeza en la pared.

«Tengo que estar soñando. Sí, esto tiene que ser una pesadilla»

Cuando suenan dos toquecitos tímidos en la puerta la abro de un tirón. Descubro a una persona que no he visto antes. Un Héctor totalmente diferente a Don dinero y al Héctor que ya conocía.

Entra como si estuviese envuelto en un viento tormentoso y ni siquiera me mira al pasar.

—¿Buenas noches? —pregunto sin soltar el pasamano de la puerta.

—Lo siento. Siento esto. Todo esto. Pero no sabía a dónde ir y... no sé. Esto es una auténtica estupidez.

Sigue serio. Aún no me mira. Tiene la mano en la sien y se frota como si de esa manera fuese a conseguir algo. Como si las ideas fueran a aclararse así.

Yo cierro la puerta y me cruzo de brazos.

No digo nada, al menos intento no decirlo. No sé qué demonios hace en mi casa a estas horas. No sé qué demonios busca. Qué quiere.

—¿Qué pasa?

Si algo importante lo atormenta, ¿de verdad no tiene ningún otro sitio al que ir?

Tal vez yo sea desconsiderada. Quizá hasta mala persona, pero, en realidad, no tenemos ningún lazo que nos una. Al menos no uno más allá del laboral y de una tontería de una noche.

—Absolutamente todo. Todo pasa.

—Entonces siéntate, que me vas a abrir un surco en el suelo, y cuéntamelo. O siéntate y respira. Pero siéntate.

Él obedece. Sin rechistar, sin pensarlo.

—Te preguntarás qué hago aquí, ¿no? —me mira distraído.

En realidad, creo que ni siquiera me ve.

—Sí. De las cincuenta cosas que me pregunto ahora mismo, esa es una de ellas.

Se levanta, camina dos pasos hacia mí y luego ríe mientras niega con la

cabeza.

—¿Qué haces cuando todo se desmorona? —pregunta y me mira.

Me mira de verdad por primera vez desde que he abierto la puerta.

—Dejar que se desmorone y luego volver. Construir algo nuevo.

Su mirada se transforma. La tormenta que traía consigo parece desvanecerse de repente. Como si mis palabras hubieran sido un balde de agua fría contra su fuego.

No dice nada. Al menos por ahora. Me mira. Me mira como quien encuentra un oasis en medio del desierto. Un remanso de paz en tiempos de guerras internas. De furias que convergen dentro de sí mismo.

Yo no digo nada. Me mantengo firme en mi posición, sin moverme.

—Creo que no podría haber ido a otro lugar mejor que este.

—Bueno, permíteme que te diga que, para ocasiones futuras, uses una hora menos intempestiva para venir.

Él se ríe. Esta vez de verdad. Como si lo único que necesitase fuese un respiro. Una bocanada de aire fresco que calmara ese interior envuelto en llamas que tiene.

—Lo siento, de veras que lo siento —sigue firme.

No lo siente. No lo siente en absoluto. Lo noto.

Quería venir. Desahogarse. Rearmarse por dentro y salir de aquí como si no hubiera pasado nada.

—Seguro que sí... —arrastro las palabras.

Da un paso hacia mí y yo me pongo más firme. Mi cara se enseria, como si fuese a crear de la nada un escudo invisible que le impida acercarse más.

—Sería mucha molestia si...

—El sofá es cómodo. Puedes usarlo —digo sin que él termine de pedirlo.

—La próxima vez que quieras invadir mi casa, avisa antes.

Me doy la vuelta y camino hacia mi habitación.

Cierro la puerta tras de mí y vuelvo a mi cama donde, casi seguro, no

volveré a pegar ojo en toda la noche. Este torbellino de nervios, y algo más a lo que no sé poner nombre, que se ha instaurado en la boca de mi estómago no se irá tan fácilmente.

No tardan en sonar dos golpecitos tímidos en mi puerta.

Dios... Sería más fácil si me lo trajera a la cama, me dejara exhausta y se largara por donde había venido.

—¿Puedo pasar? —pregunta con una voz suave, melosa.

Nada que ver con el Héctor inquieto de hace un rato.

—Vas a hacerlo de todos modos —replico desde la cama.

Me incorporo un poco y él abre despacio. Como si no supiera qué va a encontrarse al otro lado.

—¿Tienes una manta?

Sus ojos brillan. Como un depredador a la caza de su cena.

—Claro...

Me quito la sábana de encima y dejo a la vista mis piernas enteras.

No llevo más que una camiseta larga y una braga brasileña de encaje blanco que deja poco a la imaginación.

Noto su mirada en mi piel. Creo que es la primera vez que repara en la poca ropa que llevo puesta. El deseo que desprende me abofetea y yo... resisto.

—Con algo fino bastará. Hace calor, pero necesito tener algo encima para poder dormir...

Vaya excusa más tonta. Vaya frase más calculada.

Algo encima para dormir... Por supuesto que sí.

En algún momento debería preguntarle por qué está aquí. Por qué a esta hora. Por qué aquí y no en cualquier otro lugar.

Es lunes. Un maldito lunes cualquiera. Mañana trabajo y él también, supongo. Sin embargo, aquí está, cogiendo la sábana que le ofrezco y dispuesto a dormir en mi sofá.

—Si prefieres que me vaya...

—Oh, vamos. No me pongas ojos de cordero degollado. Ve al sofá. Duerme. Descansa de lo que quiera que te atormente y ya hablaremos mañana. Y sí. Quiero una maldita explicación a todo esto. Quiero saber por qué te presentas en mi casa a las tantas de la mañana con esa cara de haber vendido tu alma o de haberla destrozado, no sé. Con la de bares y botellas de tequila que hay y te presentas aquí...

Él suelta la sábana. No lo piensa. No creo que le dé tiempo o que realmente quiera pensarlo más.

Da un paso que lo deja a centímetros de mí, me coge la cara con sus dos manos calientes, ardientes, a decir verdad, y me besa.

Me besa como si fuese el último beso de verdad que fuera a dar en su vida. Me aprieta contra su cuerpo. Me envuelve casi sin que me dé tiempo a reaccionar.

Y luego me mira. Su mirada es brillante. Sedienta. Tentadora. Y yo olvido por qué estaba tremendamente cabreada.



Héctor

Me deshago en ese beso. Le doy todo de mí. Todo en silencio, como siempre y, a la vez, como nunca he hecho antes.

Deseo hacerlo. Joder, claro que lo deseo. Ella es, aunque suene lo más inverosímil del mundo, el único remanso de paz que encuentro en este caos que es mi vida.

¿Cómo no nos hemos encontrado antes? Con la de veces que he pasado por delante de esa maldita floristería sin fijarme en su interior.

Aquí está ella. Tan intensa como siempre, más extrañada que nunca.

Se preguntará tantas cosas...

Yo quiero contarle. Quiero desahogarme con ella. Aunque eso signifique dejarme al descubierto. Dejar a mi verdadero yo desnudo.

Ella, impávida y serena. Impasible ante mí. Ante todos los demonios que llevo dentro y que aún no ve.

Sin embargo, en vez de hablar, la beso. Como si fuera el último beso que pudiese darle. Que pudiese dar el resto de mi vida.

Por suerte ella me responde. Joder, no sé qué hubiera hecho si llega a rechazarme.

Pero aquí está. Entregada. Dándome todo lo que necesito.

Silencio, tiempo, calma y un techo bajo el que respirar.

Pienso, a la vez que mis manos se aferran a su rostro, en cómo he podido sobrevivir sin este bálsamo que ella es capaz de darme.

Ella es tan brutal, tan intensa, tan... Dios. Es tantas cosas que no soy capaz de describirla siquiera.

No he conocido nunca nadie con este poder. Este que es capaz de anular todo lo malo, todo lo que me atormenta dentro.

En realidad, ella no ha hecho nada extraordinario para que yo me sienta así cuando está cerca de mí, pero tiene algo tan especial que no necesita nada más que ser ella misma para volverme loco.

Los gritos, los insultos, las amenazas y las decisiones que tronaban en mi cabeza se esfuman hasta que quedamos solo ella, yo y la intensidad del beso que nos damos.

Mis manos recorren ahora su espalda. Ahora sí. Toco su piel y sonrío porque es tan suave como imaginaba.

Tersa, sedosa, tremendamente excitante.

Rodeo su cintura con mis brazos y me aseguro de que está aquí, de que yo lo estoy.

Sus brazos se agarran a mi cuello y yo siento esto tan real que asusta.

¿Cómo una persona es capaz de hacer que se desvanezca todo lo demás?

Me separo de ella y veo la confusión en sus ojos. Sonrío y no tardo en volver a besarla.

Esta vez más suave. Quiero notar cada rincón de su boca, cada milímetro de su piel.

Necesito más.

No por egoísmo, para que me haga olvidar un rato más el resto. Sino porque mi cuerpo la desea. La deseé desde el primer momento que la vi y la deseo aún más ahora.

Mis manos ascienden por cada lado de su cuerpo mientras voy levantando su camisa.

Las ganas de verla, de sentir todo de ella, llegan a niveles máximos.

Ella se deshace de mi ropa. La camisa, los pantalones, todo.

Ni siquiera he podido sentirla por completo aún y ya estoy al límite.

Dudo que pueda aguantar mucho y, la verdad, eso no me preocupa.

No tengo ninguna duda de que, aunque fuera breve, sería intenso.

Y no pienso irme de aquí después de sentirla una sola vez. Necesito saciarme de ella. Saciar esta hambre voraz que me consume cuando su cuerpo está cerca del mío.

Y, de repente, noto algo que me confunde.

Su piel ya no está erizada. Su intensidad se ha esfumado y, aquí, en esta habitación, solo quedo yo y mis ganas.

Ella parece haberse ido.

Me niego a irme sin intentarlo.

La tiendo en la cama con toda la calma que soy capaz de aparentar.

Ella no se opone, pero la sensación no es la misma que la de hace unos minutos.

Ella quería, estoy seguro de ello, necesitaba esto tanto como yo. Si no, no se habría deshecho de mi ropa. En cambio, ahora... ya no estoy tan seguro.

Nicky

Mi interior me abandona contra mis órdenes. Contra todo pronóstico y deseo mío, se volatiliza como si no quisiera estar aquí. Abandona mi cuerpo y lo deja en la cama, bajo los músculos de Héctor. De sus besos, de sus caricias y de sus ganas.

Él me besa apasionadamente. Como si no hubiera nada que lo saciara más que eso.

Recorre mi abdomen como un animal hambriento. Yo quiero querer. Quiero desearlo. Quiero sentir placer. Pero nada.

Ni un poro de mi piel se eriza con su contacto.

Pongo mis manos sobre sus hombros y lo obligo a separarse unos centímetros de mí.

—Para.

Él me mira desconcertado. Normal, pienso.

—¿Qué pasa? —me pregunta mirándome con esos ojos en llamas.

—Necesito ir al baño.

Lo aparto y él no dice nada. Se queda callado mientras me levanto de la cama y salgo de la habitación.

Llego al baño y me refresco la cara con agua fría. Muy fría.

Me miro al espejo y me pregunto qué me pasa. Por qué no soy capaz de tocar a Héctor como él me toca. Por qué no estoy ya deshecha en gritos de placer.

Sacudo la cabeza y pienso si es que no lo deseo lo suficiente, pero la verdad, nunca he sido demasiado exigente con mis aventuras sexuales. Con que me atrajera físicamente era suficiente. Y él me atrae. Me atrae mucho.

Me río bajito, porque está claro que una fuerza invisible se está descojonando de mí y me ha arrebatado el deseo sexual con un leve soplido.

Maldigo para mis adentros, pero no es suficiente. Así que lo hago también en voz alta.

—Joder, Nicky. ¿Me estás vacilando? —le digo a mi reflejo.

Sacudo la cabeza y me doy la vuelta con la intención de salir del cuarto de baño y decirle a Héctor, no sé, que me han salido dientes ahí abajo y que va a ser imposible hacer una visita guiada a mis bajos. Otro día, tal vez.

Abro la puerta y voy directa a mi habitación y, al entrar, lo veo.

Sentado, desnudo. Con su espalda apoyada en el cabecero de piel sintética de mi cama.

«Piel contra piel. Y ninguna es la mía».

Me mira. Tiene una pierna flexionada y la otra completamente estirada. Enredada con mis sábanas púrpuras.

Sonríe al verme de pie, sin hablar, como pocas veces me ha visto.

Al fin y al cabo, yo siempre tengo algo que decir. Siempre. Y ahora... al verlo...

Noto cómo mi instinto animal se sacude el polvo. Se levanta, gruñe y saca los dientes a la vez.

Doy un paso, dos, tres. Me coloco al lado de la cama y él, con su mano, me acaricia el muslo mientras me mira directamente a los ojos.

La piel de mi espalda se eriza. No queda ni un poro dormido en mi cuerpo.

Él se sienta en el borde de la cama. Con una pierna a cada lado de las mías. Sus manos recorren mis muslos y su boca besa mi vientre.

Cierro los ojos y el silencio me envuelve. Me atrapa. Me aleja de cualquier sonido que desprende la ciudad.

Siento sus besos. Las yemas de sus dedos recorriéndome. Siento la carga eléctrica que desprende su cuerpo e impregna el mío.

Lo siento todo hasta que mi imaginación se llena de un color azul. Un tono idéntico al de los ojos de alguien que solo he visto una vez.

Abro los ojos y me pregunto si soy imbécil o si es que yo misma intento sabotear el único encuentro sexual que he tenido con otra persona en meses.

«No puede ser».

Cierro los ojos de nuevo, pero lo que antes era oscuridad, negrura absoluta y atrayente, se vuelve azul. El color de los ojos de un hombre que ni siquiera sé dónde vive.

Debo estar loca.

Sí. Es eso. Estoy loca y lo admito. Y me enfurece.

Me cabreo conmigo misma y mi cara lo refleja.

Le doy un empujón a Héctor y él queda tendido en la cama boca arriba. Deseoso de que nos unamos de una vez.

Yo, sin pensar, sin querer pensar en realidad, me posiciono encima de él y lo beso.

Lo beso como si fuese el único hombre en el que mi mente pudiese

volcarse. Lo beso como si mi cuerpo necesitara urgentemente que borrara todo lo demás. Que solo existiesen nuestros cuerpos enredados entre las sábanas de mi cama.

Él enseguida me hace girar y queda encima de mí.

Me mira.

Me mira como si a él le estuviese pasando exactamente lo mismo que a mí o como si quisiese saber en qué pienso mientras nuestros cuerpos intentan conectar.

Sonríe. Dulce y sincero. Se acerca a mí, me besa el cuello y luego la mejilla.

—Creo que esto no es buena idea —dice al fin.

—¿Tú también lo notas? —digo y me llevo una la mano a la cara.

Él vuelve a acercarse, deja un suave beso encima de los dedos de la mano que ahora cubre mi rostro y yo la aparto.

—No es por ti. De verdad que esto es lo que me apetece hacer, pero... —piensa sus siguientes palabras.

—¿Sabes? En realidad, no quiero saber qué viene después de *ese* pero. Ahora quítate de encima y envaina la espada.

Él se ríe tan alto mientras se echa a un lado que yo me río también.

—No puedes ser de verdad, en serio —sigue riendo mientras me mira.

Yo me levanto, rescato mi camisa y me la pongo.

Me siento en la cama, a su lado.

—Me has tocado. Soy todo lo real que puedo. Ahora dime... ¿no tienes otro lugar al que acudir cuando te pasa algo?

—Supongo que sí. Pero me apetecía verte. Es todo.

—Ajá... y tenías que montar ese numerito de caballero en apuros para presentarte aquí a las tantas de la mañana, ¿no?

Sonríe. Esta vez de un modo amargo.

—Realmente no he fingido. Estaba en apuros, pero ahora mismo no

recuerdo el porqué.

—Hay un hechizo aquí dentro, ¿sabes? Uno que deja los males fuera. Puedes estar tranquilo, dormir, comer, ducharte. Mi cueva es tu cueva. Pero los problemas seguirán ahí fuera, esperándote cuando salgas. Hazles frente. Sea lo que sea. Todo tiene solución, Héctor.

Las palabras salen de mí sin masticar. Sin pensarlo demasiado. Es extraño. Como si lo conociera de siempre, como si tuviera la certeza de que tiene más problemas de los que cuenta, de los que él mismo quiere creer. Y yo quiero ayudarlo.

Me acaricia la mejilla con el pulgar. Suave, pero intenso.

—¿Por qué te comportas así conmigo? Realmente nos conocemos de bien poco. Podrías haberme dado una patada en el culo cuando toqué a la puerta, podrías... no sé. Podrías haber hecho cualquier cosa, menos esto. Menos ofrecerme tu casa.

—¿Sinceramente? Quería echarte un polvo y mandarte a tomar por saco —me encojo de hombros y él se ríe. —Pero me has dado penilla...

Me empuja suavemente con su hombro y se ríe.

—Es fácil cogerte cariño. Demasiado fácil, a decir verdad.

—Es otro de mis superpoderes.

—Ya veo... —sonríe. —Por cierto, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

—¿En quién pensabas mientras te besaba?

—¿Por qué lo dices? —pregunto y un leve rubor me invade las mejillas.

—No soy ciego, Nicky. Noto esas cosas. No me estabas mirando a mí.

—Te crees muy listo, ¿no? Anda, vamos a dormir que yo mañana trabajo y, si no me acuesto ya, no valdré ni para cortar papeles...

Él se ríe sabiendo que he querido cerrar el tema sin más preguntas y respuestas.

—Debería irme a casa.

—Puedes quedarte, de verdad. Ya me caes hasta bien... —digo

sonriéndole sinceramente.

—Eso no puede ser bueno... Pero aceptaré tu oferta. Tú me caes más que bien, demasiado más, diría yo.

—No hay duda...

Hago un gesto con la cabeza señalando su parte baja y él se tapa con las manos. Es completamente visible que sigue excitado.

—Creo que ya he enseñado demasiado por hoy... me vuelvo al sofá —sonríe.

—Me arrepentiré de esto, pero... —suspiro —quédate aquí, anda. El sofá no es tan cómodo.

—¿Por qué no te conocí antes? —dice bajito, casi en un susurro.

La pregunta casi parece estar más hecha para sí mismo que para que yo la conteste, así que evito decir nada más.

Me hago a un lado en la cama y él se acomoda en el otro.

—Buenas noches, Héctor.

Se acerca a mí, me besa la mejilla y vuelve a su lado de la cama.

—Buenas noches, Nicky.

Sonrío, porque su compañía realmente no me molesta en absoluto. Es más, su compañía me agrada. Me gusta.

—Ric va a descojonarse de mí cuando le cuente esto... —digo en voz baja y cierro los ojos.

—Nicky...

—Dime...

—Gracias.

—Soy una santa.

Y ya no hay nada más que silencio.



Héctor

Creo que no me he sentido más idiota en mi vida. Debí pensar en la posibilidad de que una chica así ya tuviera otro tío rondándola.

Lo veo en sus ojos. Es imposible no verlo.

No me miraba a mí y no puedo culparla.

Yo no soy su dueño y es algo que no podría pretender nunca. Ella es demasiado grande, demasiado especial, para que alguien la enjaule. Es preciosa siendo libre. Con sus alas intactas.

¿Qué voy a espetarle entonces? Absolutamente nada es la respuesta.

Su respiración es acompasada y la mía no tarda en seguirla.

Sé que está durmiendo y que podría abrazarla ahora, pero me retengo.

Pienso mil veces por segundo que debo irme. Que no hago nada aquí, pero soy incapaz de moverme ni un milímetro.

Me gusta sentir su calor. Sentir que el peso que hunde el colchón justo al otro lado de mi espalda es suyo. Que ella está aquí, conmigo.

Cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco. Mi padre y todo lo ocurrido con él hace rato que dejó de importarme.

Ahora mi pensamiento se tiñe de rojo, pero no de furia, sino del rojo de sus tirabuzones.

Qué suerte tiene el tío ese de ocupar sus pensamientos. Y qué envidia la mía.

Y es una estupidez, no paro de pensar que lo es en realidad. No nos conocemos de nada. De una noche tonta, de unos besos, de medio cumplido y, sin embargo, la situación a mí me parece de todo menos tonta.

Kevin y Oliver se van a descojonar de mí hasta el milenio que viene si se me ocurre contarles esto.

Yo, que he sido la envidia de ellos durante años. Que siempre me llevo a las mejores chicas. Las más guapas, las más altas, las más dispuestas... Y ahora pierdo la cabeza por este conjunto de desastres que tengo a la espalda. Por esta bomba de relojería con metralla de sinceridad. Por ella, que piensa en otro mientras yo la beso.

Me froto las sienes para intentar desvanecer ese pensamiento.

El colchón se mueve y yo me tenso. Si ella se levanta y me dice que me vaya creo que me beberé media ciudad.

Sin embargo, su calor corporal calienta mi espalda, de repente, sin que me dé tiempo de reaccionar siquiera.

Su mano acaricia mi espalda desnuda por unos segundos y luego se detiene.

Yo estoy todo lo tenso que mi cuerpo me permite. Cierro los ojos por inercia y el contacto de su piel contra la mía me envuelve en un escalofrío eterno.

Suspiro y tiemblo a la vez, sin quererlo. Sin poder controlarlo.

«¿Qué coño me pasa?».

Su pecho se pega a mi espalda todo lo posible y me abraza. Acomoda su cara en la almohada que he hecho mía y su respiración me acaricia la nuca.

Joder. Podría deshacerme sin esfuerzo. Solo con sentirla tan cerca.

Pongo mi mano encima de la suya que, a su vez, reposa encima de mi ombligo y ella, inconscientemente, entrelaza sus dedos con los míos.

Paz. La más intensa que he experimentado hasta hoy.

Podría quedarme aquí siempre. Así siempre. Solo sintiendo cómo su

respiración y la mía danzan al mismo compás.

Me quedo inmóvil. No quiero hacer nada que perturbe este momento. Nada que la altere, que la despierte.

Poco a poco me voy quedando dormido. Siento que me desvanezco y no me esfuerzo por evitarlo.

Sonrío antes de caer inconsciente.

Nicky

Me despierto con un cuerpo extraño, ajeno, apretado contra mi espalda. Contra todo pronóstico, es una sensación de lo más agradable.

La paz que me transmite es como una oleada de calor que golpea mi interior.

Me estiro un poco y él se separa de mí despacio.

Me doy la vuelta y ahí está, como si aún estuviese calculando dónde demonios se encuentra y, sobre todo, por qué está aquí.

—Buenos días —digo mientras me froto los ojos con las manos.

—Ya te digo... —dice y me besa la mejilla.

Yo sonrío sin más.

—¿Has dormido bien?

—Como un bebé. ¿Tú?

—¿Con tu cuerpo estufa acoplado al mío toda la noche? No ha estado mal, la verdad.

Sonríe ampliamente y se echa el pelo hacia atrás con la mano. Yo me incorporo hasta quedar sentada en medio de la cama.

—Si desprendo más calor de la cuenta es solo culpa tuya —se encoje de hombros. —¿Te importa si me doy una ducha?

Le hago un gesto con el brazo señalándole el baño y él se levanta en todo

su esplendor.

Su torso desnudo acapara toda mi atención hasta que mi mirada se desvía un poco más abajo. Por esos lares también me dan los buenos días.

Él se avergüenza y se tapa con las manos lo mejor que puede, que no es mucho.

Yo me llamo estúpida por no haber disfrutado de semejante cosa.

—Con el pelo enmarañado y la cara de demacrada que debo tener no sé cómo se te levanta.

Él ríe. Como siempre cuando yo abro la boca para decir una estupidez.

—Eres preciosa —apoya sus manos en la cama y me besa la mejilla otra vez.

Luego desaparece camino del cuarto de baño.

Yo me echo para atrás sin medir la fuerza y quedo tendida en la cama dándole vueltas al torbellino que me ha abducido de repente.

¿De verdad se puede ser tan desastre? Con lo fácil que son las cosas y yo aquí, volviéndome loca.

Escucho cómo la puerta del baño vuelve a abrirse y yo pongo las manos encima de los ojos.

—¿Te vienes? —pregunta su voz divertida.

Me quito las manos de la cara, me incorporo y veo cómo intenta taparse con una toalla minúscula que yo uso para secarme la cara.

—Martillo pilón, ¿eh?

—¿Eso va con segundas?

Me echo a reír y niego con la cabeza. Él también se ríe y yo me pregunto en qué momento ha pasado de ser un gilipollas a ser una compañía de lo más entretenida.

—No lo pretendía... Necesito una ducha, pero no voy a meterme ahí contigo —me encojo de hombros.

—Tú te lo pierdes, pelirroja —me guiña un ojo.

Se da la vuelta y, enseñándome toda su retaguardia, se va por donde ha venido.

Yo vuelvo a dejarme caer en la cama con una risa sonora. Imagino que él me oye y se ríe también.

Me levanto de la cama y voy a poner un pendrive con música a la radio, pero me acuerdo de que está en el baño y que Héctor ya debe estar duchándose.

Doy dos toquecitos en la puerta y, apenas la abro, una ola de vapor me envuelve.

—¿Te animaste? —pregunta él.

Yo cierro los ojos y alargo el brazo hasta donde sé que está la radio, pero no la encuentro.

—Prometo no mirar, solo quiero mi radio —digo y entro con una mano en los ojos.

—No seas dramática. Puedes mirar si quieres. Ya lo has visto todo —dice con una voz firme y segura de sí misma.

—Solo quieres que te vea desnudo...

Mi vista impacta de lleno con él, con todo él y una llamarada me golpea por debajo del ombligo.

—Vamos, Nicky. Quítate esa vergüenza y ven aquí.

—Idiota... Te recuerdo que paraste tú, no yo. Ahora no me vengas con frases seductoras.

Se ríe y yo lo miro intensamente.

—Porque no estabas pensando en mí... —se encoje de hombros. —Pero puedo darte un par de motivos para que lo hagas... Y alguno más para que quieras repetir.

—¿Siempre eres tan creído? Eres tú el que no para de intentar seducirme. Así que, cariño, creo que soy yo la que te tiene cogido por los huevos. Metafóricamente hablando, claro.

Me doy la vuelta y salgo del cuarto de baño con la radio en la mano.

Su risa resuena alto. Yo apoyo mi espalda en la puerta, después de cerrarla, e inspiro para tranquilizarme.

—Hijo de fruta... qué bueno estás, joder...

Enchufo la radio en el salón y pongo uno de los pendrives sin mirar la etiqueta.

Comienza a sonar *Rudimental* con el tema *These days* así que he acertado de lleno.

Voy al dormitorio y cojo la ropa que pienso ponerme después de ducharme. Una chaqueta de cuero negro, un vestido manga tres cuartos, color caqui. Unas botas cortas, a juego con la chaqueta y unas braguitas brasileñas negras. Me niego a ponerme sujetador. Odio ese sistema de tortura moderno.

Solo tengo dos y no sé ni en qué estado deben estar, porque hace un siglo que no los uso.

Dejo toda la ropa en el sofá y me voy a la cocina a preparar café. Hoy me apetece uno bien cargado. Mi cuerpo lo agradecerá.

Saco tostadas, mermelada y la tostadora. Lo dejo todo encima de la mesa para que Héctor pueda desayunar, si quiere.

La puerta del cuarto de baño no tarda mucho más en abrirse, así que le doy dos sorbos largos a mi café y voy hacia allí.

—¿Mejor? —pregunto cuando lo veo de nuevo con una toalla, un poco más grande, rodeándole la cintura.

—Hubiese estado mejor si te hubieras metido conmigo, pero bueno... No ha estado mal.

—No vas a parar hasta que me revuelque contigo, ¿verdad? —pregunto poniendo los ojos en blanco.

—¿Tengo posibilidades? Quiero decir... de llevarte a la cama y que el único pensamiento que te cruce la mente sea que estás deseando que no acabe...

Pienso detenidamente en sus palabras.

Él no se ríe en ningún momento, es más, está bastante serio. Como si la pregunta no tuviese ningún chiste oculto detrás. Como si realmente quisiese

saber si tenía posibilidades conmigo.

—Quizá, si te empleas a fondo, mi mente sea toda tuya también —me encojo de hombros y cojo mi ropa para meterme en el baño.

Él se pone delante de mí interrumpiendo mi paso.

—Creo que voy a hacer las cosas un poco más interesantes... —me acaricia la mejilla con su pulgar. —La próxima vez que te apetezca arrancarme la ropa... vas a tener que lanzarte.

Sonríe a medio lado, con esa sonrisa tan seductora que tiene, el pelo alocado y los ojos más brillantes que antes.

—Qué rápido tiras la toalla...

Él levanta la mano que agarra la toalla que rodea su cintura y la deja caer.

Mis labios se convierten en una fina línea curva, lo esquivo y me meto en el cuarto de baño.

¿Se me han volatilizado las bragas? Claramente sí...

Cuando salgo del baño, duchada, vestida, con un poco de polvos y colorete, Héctor está sentado en la cocina.

Hay una taza con café para mí y se ha servido otra él. Dos platos con dos tostadas cada uno ya untadas con mermelada y una sonrisa de lo más deslumbrante.

—Qué bonita eres...

Me siento enfrente suya y doy pequeños sorbos al café.

Con la taza anterior ya iba como una moto, con esta seré un cohete.

—¿No trabajas hoy?

—Sí, ya llego tarde —ríe. —No importa... al fin y al cabo, soy el jefe.

Ahí está ese lado imbécil que parecía haber desaparecido.

—Yo también soy la jefa y no me hace ninguna gracia llegar tarde —me encojo de hombros y muerdo la tostada.

—Algún día te lo contaré todo. Tal vez te rías también o, lo más probable,

me lances una piedra a la cabeza.

—Sé que escondes algo desde el primer día... Además de las plantas, se me dan bien las personas, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? Bueno y ¿qué escondo? Sorpréndeme —se cruza de brazos y se enseria.

—Ya lo averiguaré...

—Estoy deseando que llegue ese día, créeme.

Fija sus ojos en la taza y se bebe el café de un trago. Deja la taza en la mesa y sonrío de medio lado, esta vez no de forma sensual, sino algo triste. Sacude la cabeza de lado a lado una vez, como si quisiera deshacerse de un pensamiento incómodo y vuelve a mirarme.

—Tengo... tengo que irme —le digo dubitativa.

—¿Quieres que te acerque? Tengo el coche abajo y no tengo prisa —me dice con una sonrisa dulce.

—Oh, no te preocupes. Iré andando.

Él asiente. Se levanta para dejar su plato y su taza en el fregadero. Lava ambos y luego se acerca a mí.

Yo estoy inmóvil, como si me hubiese afectado más a mí saber que es cierto que algo se guarda, que a él admitirlo.

—Gracias por todo, Nicky. Eres un ángel. De verdad. —me besa la mejilla desde atrás.

Yo no contesto y él se va por donde anoche llegó.

Que me aspen.

Casi parece un sueño extraño todo lo que ha ocurrido desde que llegó. Como si pudiera despertarme después y reírme, pero no. Todo ha sido real. Él es real y lo que se guarda dentro también.



Nicky

Me quedo demasiado tiempo en la cocina dándole vueltas a las palabras de Héctor, a su trasero y a su sonrisa. Y, de todas las cosas que me podría imaginar, la única que había pasado de verdad, era que había estado a punto de acostarme con él y que había pensado en otra persona a la que solo había visto una vez en mi vida.

Imbécil es el adjetivo que más concuerda con mi persona.

Llego a la tienda cuando son las diez y veinte. Me agacho detrás del mostrador para dejar mi bolso y suena la campanita.

Me incorporo, aún con la mente dándome vueltas, y lo veo.

Camiseta negra de manga larga, ceñida. Vaquero desteñido. Sus botas marrones y esos ojos azul celestial que me jodieron la noche anterior.

Él sonrío y se acerca.

¿Tiene que caminar siempre a esa velocidad? A esa que me da tiempo de mirar cada uno de los pliegues que se forman al lado de sus ojos cuando sonrío. A esa que me permite disfrutar de su cuerpo en movimiento.

Lento. Lento como si no fuera a llegar nunca hasta donde estoy yo. Lento, como si la gravedad nos estuviese aplastando y nos impidiera acercarnos un paso más.

—Buenos días —dice al llegar al otro lado de mi mostrador.

Justo en frente. A medio metro de mí. Tan cerca. Tanto que me cuesta asimilar que sigue habiendo aire para respirar entre nosotros. Que sigue habiendo un abismo inmenso entre su cuerpo y el mío.

—Buenos, sí —sonríe como una imbécil.

Si él sintiera el cosquilleo en el estómago que siento yo... Si la mente le diese vueltas hasta enredarse en nudos imposibles de desenredar... Si él supiese lo estúpida que me siento por sentir todo este remolino de cosas, sin nombre aún, que me envuelven cuando aparece por esa maldita puerta.

Sin embargo, hoy unos ojos oscuros danzan libremente por mi mente. Sus ojos, su boca, sus manos... Todo Héctor se ha apoderado de mi pensamiento y de todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo justo ahora. Justo cuando él no está delante.

—¿Estás más tranquila?

Malditos ojos que parecen un auténtico océano intentando ahogarme.

—Para nada... —ríe y él sonríe.

Si él supiera que mi intranquilidad, mi histerismo, no tiene nada que ver con el trabajo, saldría huyendo de aquí sin mirar atrás.

Porque esto no tiene ni medio punto de lógica. Ni un cuarto siquiera.

Ellos dos se han apoderado, sin saberlo, de cada esquina de mi mente, de todo lo que era mío.

Sé que no es lógico que sienta cosas, pero por experiencia sé que los sentimientos no entienden de lógica. Que son indomables.

—Bueno, aún tenemos mucho tiempo para trabajar esos nervios. ¿Por dónde empezamos hoy? —pregunta bastante animado.

—Pues, la verdad, ni idea. No pensé que vinieras hoy.

—Supuse que agradecerías la compañía más que la ayuda. Te manejas muy bien tú sola —sonríe. Amplio, sincero, increíblemente sexy. —Si te resulta incómodo puedo irme...

—¡No! —digo más alto de lo que debería. —Quiero decir... agradezco que hayas venido. Mi plan de hoy es regar los helechos. Ya les toca. Y quería

empezar a llamar a los proveedores para hacer cálculos sobre lo que va a costar la mercancía para las joyerías.

—Estupendo. Pues manos a la obra. ¿Tú al teléfono y yo a las plantas? — pregunta poniendo los brazos en jarras.

—Eres genial —él ríe y yo me avergüenzo como una idiota.

—¿Regadera?

—Sí, como una regadera estoy...

Se carcajea muy alto y yo me río bajito.

—Pregunto que dónde tienes la regadera...

—¡Ah! —me carcajeo más ahora. —Todo lo que puedas necesitar está en ese cuartito de ahí detrás.

Me pongo a trastear con la agenda y el teléfono sin tener ni idea de lo que hago.

Miro, con disimulo, cómo él se mueve por mi tienda. Libre, sin decir una palabra, como si sus pies estuviesen ya acostumbrados a pasearse por aquí y pienso. Pienso que podría quedarse, que podría no irse. Y pienso, también, que se me ha ido la olla del todo.

Llamo a Aitana, la comercial de flores cortadas con la que más confianza tengo.

Espero a que lo coja mientras miro a Eliot subirse a la escalera para regar los helechos más altos. Otra vez me fijo en la línea de piel que queda al aire cuando alarga su brazo para acercar la regadera a la maceta. Esa entre la camiseta y el pantalón.

Salta el contestador y yo carraspeo antes de hablar.

—Buenos días, Aitana. Necesito un presupuesto de unas cinco mil rosas, por favor. Llámame cuando puedas.

Cuelgo cuando Eliot me mira asombrado, casi tanto como lo estoy yo.

Le hago un gesto señalándole la regadera porque creo que no se está dando cuenta de que lo que está regando es el suelo.

Él da un respingo y me hace un gesto de disculpa. Se baja de la escalera y

va a por la fregona.

Me permito pensar en Héctor un instante. En la fachada de imbécil que esconde un interior dulce, atormentado y de lo más perversamente divertido.

Apoyo la frente en el mostrador.

Una mano caliente, suave y firme me acaricia la cabeza y yo la levanto automáticamente.

—Tranquila. No te agobies —me dice mientras traslada su mano a mi mejilla y sonrío.

Otra vez la campanilla de la puerta.

Casi no soy capaz de apartarle la mirada a Eliot. Suerte que él se gira y se aparta para que yo pueda atender a quien haya entrado.

—Buenos días —dice serio, con el ceño fruncido y un espectacular traje azul que se adapta perfectamente a su cuerpo.

Héctor se acerca a pasos lentos pero firmes. Mira a Eliot de arriba abajo y le aparta la mirada para concentrarse en mí.

—Justamente estaba pidiendo presupuesto para tu pedido —enderezó el cuerpo y sonrío.

—Ya veo... —vuelve a mirar a Eliot y luego otra vez a mí.

—En cuanto tenga algo seguro te digo.

Héctor no hace amago de sonreír siquiera y yo frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—¿Nos presentas? —me dice haciendo un gesto con la cabeza que señala a Eliot.

—Claro... —digo con desgana. —Eliot... este es Héctor. El dueño de las joyerías que tenemos que decorar en agosto. Héctor... este es Eliot. Mi nuevo ayudante.

Eliot se acerca a Héctor y le tiende la mano. Héctor se la estrecha sin que sus pies se muevan un solo milímetro de donde está.

—Así que ayudante, ¿eh?

—Sí. Tranquilo. Todo estará a punto ese día —Eliot le sonrío y Héctor no

se inmuta.

—Seguro que sí —asiente con la cabeza y Eliot vuelve a su tarea.

Yo me inclino sobre el mostrador para acercarme a Héctor.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa, antipático? —le susurro para que Eliot no nos oiga.

Él se inclina hacia mí, imitándome.

—¿Pensabas en él anoche? —sonríe sin ganas.

—¿Perdona? ¿Tú te estás oyendo?

—Perfectamente.

—Hazle un nudo a la bolsa de celos porque se te han escapado todos.

Suelta una carcajada sonora que hace que Eliot nos mire sin disimular.

—¿Planes para comer?

—Mejor lo dejamos para otro día, ¿de acuerdo? Tengo que organizar cómo voy a hacer lo de tus malditas joyerías. Cinco mil rosas tendré que arreglar, ¿sabes?

Me sonrío, esta vez sí, de manera malévola, sensual. Irresistible.

—Está bien. Me hubiese gustado robarte un poco de tiempo y quizá un par de gemidos —se encoje de hombros. —Encantado de conocerte, Eliot.

—Igualmente.

—Llámame cuando tengas un rato libre —me da un beso en la mejilla.

Se va con una mano metida en el bolsillo del pantalón y con la otra colocándose la corbata azul que lleva a juego con el traje.

Yo no le contesto.

Cojo mi móvil del bolso después de que él cruce la puerta y le escribo un *wasap*.

Eso ha estado completamente fuera de lugar. 10:56

Lo sé. Solo quería ver la cara que ponía tu amigo. 10:56

Eres imbécil. Si lo espantas te dejo colgado con el trabajo. 10:57

Te lo advierto. 10:57

*La próxima vez que lo vea acariciarte, te comeré esa bonita boca
delante suya. 10:58*

Seguro que así se le quitan las ganas de acercarse. 10:58

Te recuerdo que yo no te pertenezco. 10:58

*Y si me quiero acostar con él en algún momento, lo haré, y luego te lo
contaré con lujo de detalles. 10:58*

... 10:59

No vuelve a contestar.

Héctor

Solo yo puedo sentirme celoso de perder algo que ni siquiera tengo. Solo yo, que me he vuelto inseguro de repente. Yo, que nunca he dudado de nada. Ni de mis capacidades, ni de la atracción sexual que desprendo, ni de nada en absoluto.

Ella es capaz de hacer tambalear todo eso con un pestañeo.

Salgo de la floristería con un nudo en el estómago y con la asfixiante sensación de tener la corbata más ajustada de lo normal.

Me la quito nada más llegar al coche.

Vuelvo a verla en mi imaginación, mirándolo. Esa mirada que ya conocía por la noche anterior. En él era en quien pensaba.

Su ayudante...

Van a pasar mucho tiempo juntos, es inevitable y completamente plausible, pero, no sé por qué, eso me molesta.

Verlo tan cerca de ella me encoleriza por un momento, pero sé retenerme. Al fin y al cabo, nadie puede contenerla a ella y yo no quiero hacerlo tampoco.

Se ve tan bonita siendo libre que sería una estupidez querer atarla.

Arranco el coche y acelero hasta llegar a la oficina.

Fogonazos de la discusión de ayer con mi padre vuelven a cabrearme y salgo del parking a toda prisa.

No voy a ir a trabajar. No hasta que él cambie o me eche, como yo mismo le había dicho.

Así que pongo rumbo a mi casa otra vez.

Al llegar me quito la chaqueta, los zapatos y me tiro en el sofá.

Kevin, como si yo tuviera el poder de invocarlo sin quererlo, empieza a parpadear en la pantalla de mi móvil y yo pongo los ojos en blanco.

«*Qué oportuno...*».

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Uf ¿de mal humor otra vez? Necesitas echar un polvo y desfogar, tío.

—Eso es justamente lo que necesito.

No miento. Pero no lo necesito con cualquiera.

—Bien, porque eso mismo iba a ofrecerte.

—¿Tu culo para desahogarme?

Él se ríe y yo me pongo el antebrazo encima de los ojos.

—No, joder. Hemos quedado esta noche en casa de Oliver con unas chicas muy cariñosas...

—Estás afilando tanto el lápiz que un día te vas a quedar sin él, imbécil.

—Eso no lo digas ni en broma —dice serio.

Yo me río, no puedo hacer otra cosa.

—Paso de tus orgías, Kevin.

—Vamos, tío. Lo pasaremos bien. A ver si así se te quita el puto humor de perros que tienes últimamente. Además, tú has dicho que necesitas echar un polvo y yo te lo estoy dando en bandeja.

Evito decirle que lo que necesito es acostarme con una chica que me está volviendo loco. Él no lo entendería. No entiende nada que no sea tirarse a tías diferentes cada vez. De dos en dos, de tres en tres, lo que sea, pero no la misma varias veces.

Si no me hubiese topado con esa pelirroja yo estaría haciendo lo mismo que él. No me cabe duda.

—No sé, no lo veo tío. No me apetece verte el culo.

Kevin estalla en risas y yo lo hago también.

—Pues te llevas a la tuya al dormitorio, joder. ¿Dónde coño está el Héctor de siempre? Me estás asustando...

«Ese Héctor se está desvaneciendo, colega».

—Sigo siendo yo. Pero no me apetece jaleo hoy.

—Bueno... hemos quedado a las diez. Si te apetece, ya sabes. Allí estaremos.

—Okey.

—Naomi, mulata, metro setenta, caderas de infarto. Virginia, rubia explosiva, ojazos azules, delantera increíble. Verónica, pelirroja...

Kevin sigue hablando, pero yo me quedo dándole vueltas a esa última palabra.

A otra pelirroja en particular.

A una que babea mirando a otro tío que no soy yo. A la que es capaz de sacarme del caos y hacer que me rodee la calma con tan solo abrir la boca.

Por ella ahora me hierva sangre. Porque quiero que me mire como lo mira a él. Que quiera sentirme tanto como lo deseo yo. Que quiera deshacerse conmigo en cualquier lugar.

Cojo toda esa impotencia acumulada y la vuelco como mejor sé hacerlo. Como peor se puede hacer.

—No pinta mal.

—¡Este es mi hermano!

Él, aunque no comparte mi sangre, me llama hermano. Desde siempre, desde que, con cinco años, nos conocimos y peleamos juntos hasta llegar aquí.

—No te emociones tampoco, que parece que te quieres acostar conmigo en vez de con ellas.

—Siento decirte que no me pones nada...

Me carcajeo bastante alto y él me sigue.

—No sé por qué pones tanto empeño en que vaya yo entonces...

—Porque me toca los cojones verte hundido, joder. Eres fuerte, Héctor. El tío más fuerte que conozco y eres mi hermano de otra madre. No voy a dejar que te consumas y te regodees en la mierda.

—Nos vemos a las diez.

—¡Así me gusta! —grita victorioso.

Necesito despejarme. Sacarla de mi cabeza. Sacarlo todo.

Eso siempre ha funcionado. Me entretendré con otro cuerpo hasta que ella pase a ser lo que realmente es.

Una chica a la que acabo de conocer. Una chica como otra cualquiera.



Nicky

Guardo el móvil después de mirar esa maldita pantalla cinco minutos más. Está claro que no va a contestar, así que, ¿para qué seguir esperando?

Respiro y me doy cuenta de que Eliot me mira con disimulo desde lo alto de la escalera. Supongo que se preguntará cosas. Algunas como que si Héctor es gilipollas. Otras como que si estamos juntos o revueltos. Y quizá otras tantas como si puede darle una patada en el cielo de la boca. Al menos, eso es lo que yo tengo ganas de hacer.

—Adelante. Dispara —le digo apoyando los codos en el mostrador y mirándolo.

—¿Cómo?

—Que preguntes lo que quieras.

Asiente y se baja de la escalera.

—¿Es tu pareja? —pregunta sin gesticular.

—No.

—Bien, porque mi siguiente pregunta es... ¿se puede ser más imbécil?

Eliot se ríe y se acerca hasta el otro lado de mi mostrador mientras yo sonrío sin ganas.

Volvemos a estar frente a frente y sus ojos cada vez me parecen más bonitos.

—En realidad es muy simpático. No sé qué bicho le ha picado hoy. Aunque reconozco que cuando lo conocí tuve exactamente la misma impresión que tú.

—Bah. Supongo que le gustas y que no le ha hecho mucha gracia pillarme tan cerca de ti.

—Creo que no vas muy desencaminado.

—Y... hablando de primeras impresiones... ¿Qué pensaste de mí?

Se mete las manos en los bolsillos traseros del vaquero y se concentra en traspasarme con esa mirada tan única que tiene.

«Esto es una trampa clarísima».

En mi cabeza soy un ratón a punto de coger el queso que han puesto de cebo en medio de una trampa para cazarme.

—Bueno... —me echo la mano a la cabeza y miro a los alrededores. — ¿Podemos dejarlo en que fue una impresión grata?

—Por hoy podemos dejarlo así, sí —sonríe a medio lado y mira al suelo un segundo.

Menos mal que no ha insistido, porque ahora mismo mi mente solo está concentrada en una persona y él está muy lejos de aquí.

—Bien. Y, oye, no se lo tengas en cuenta. Seguramente le apretaba demasiado la corbata...

Él vuelve a reírse y se aleja a coger la regadera.

—¿No quieres saber qué impresión me diste tú?

—No estoy segura de querer saberlo —le respondo sincera.

—Pues bien. Te lo diré de todos modos.

«Que alguien traiga un desfibrilador, por favor».

—¿Tengo que sentarme? ¿O tendré que coger una tijera de podar tal vez?

—Estás bien así, tranquila. Me dio la sensación de que por dentro eras demasiado grande como para sentirte tan pequeña y agobiada —sube un peldaño de la escalera. —Que el aire que respirabas no era suficiente... —sube otro peldaño. —Que eres una chica sencilla y tan sincera que no teme

decir que tiene miedo. Ah... y que tienes una sonrisa preciosa —sonríe y sube otros dos peldaños. —Siento decirte que ese tío no te pega nada...

Y, así, de repente, el aire sí que se hace insuficiente para que mis pulmones trabajen con normalidad.

—Bueno... me alegro de no haberte dicho mis primeras impresiones sobre ti. Creo que no te hubieses mantenido en pie en esa escalera y que habrías salido corriendo despavorido de aquí, así que... ¿empate?

—Mm... me intriga saber los detalles. Puedes contármelo cuando te apetezca —sonríe y sigue a lo suyo.

Yo sigo sentada en la silla dándole vueltas a si todo esto que está ocurriendo a mi alrededor es real o si aún sigo soñando.

Se ha hecho la hora de cerrar demasiado pronto. Quizá es que su compañía hace que las horas se pasen volando o tal vez es que he estado bastante entretenida trasplantando algunas plantas a macetas más grandes.

Cierro la puerta y suspiro.

—Bueno... ¿hasta mañana? —me pregunta.

—Puede que me arrepienta de esto, pero... no es obligatorio que vengas. En el día a día me suelo apañar bien. Prometo no infartarme antes de tiempo.

—Tranquila. No pienso cobrarte estas horas. Vengo para hacerte compañía y pasar un buen rato. Estar entre plantas me recuerda a mi hogar y prefiero estar ahí dentro que aquí fuera.

—Entonces eres bienvenido siempre que quieras —sonríe mientras me hago una coleta alta.

—Pues hasta mañana entonces, Nicole.

—Estoy deseándolo —digo sin pensar.

Él se ríe y me acaricia la mejilla con su pulgar.

—Me encanta que no tengas pelos en la lengua.

Se va en la dirección opuesta a la mía y mis pies se niegan a moverse del suelo.

Eliot

El poder de atracción que siento por ella es bastante tentador. Es una chica sencilla. No tiene grandes complicaciones, o eso parece.

La única pega es ese tío.

Es normal que el resto del mundo se fije en ella. ¿Quién no lo haría?

Por lo menos tengo una excusa para volver ahí cada día. Para volver a verla y entablar conversación con ella. Para conocerla mejor.

El piso que he alquilado es minúsculo. Una habitación donde apenas cabe la cama. Salón cocina mal organizado donde tengo que pasar de lado para llegar al cuarto de baño y de este prefiero ni hablar.

Por suerte no estaré aquí mucho tiempo.

Me hago algo rápido de comer y me siento en el sofá.

Esta tarde me toca echar una mano a un hombre a hacer un porche de madera en una casa en un pueblo de las afueras.

Por lo menos no respiraré el aire contaminado de esta maldita ciudad.

La verdad es que prefiero mil veces trasplantar cactus sin guantes y hablar con ella que cualquier otro trabajo, pero necesito pasta.

Me pregunto cómo será ella cuando le quite la ropa.

Es algo que me ronda la cabeza más a menudo de lo normal. Y no debería.

Aunque... quizá podría probarla una vez. Solo una para quitarme estas ganas de encima.

Luego podríamos trabajar en paz.

Como rápido y salgo del piso antes de asfixiarme. Estar ahí dentro es agobiante.

Me subo al coche de alquiler y pongo la radio antes de salir.

Mi móvil suena, miro la pantalla y dejo que suene hasta que se cuelga.

No tengo ganas de hablar con nadie ahora mismo. Mis pensamientos son mucho más entretenidos.

Mi imaginación vuela. No suele pasarme a menudo, pero ahora parece querer hacerlo.

Yo no lo impido, total, no hago mal a nadie si la imagino desnuda, ¿no?

Con gusto le quitaría la ropa y la haría mía contra ese mostrador tras el que se pone para no acercarse demasiado a mí. Para que yo no me acerque demasiado a ella.

Sacudo la cabeza y me asombro al pensar así.

La acabo de conocer y, en mi mente, ya he hecho de todo con ella. Esto no me había pasado nunca.

El móvil vuelve a sonar y yo dejo que se cuelgue. Necesito serenarme primero, pero me es imposible.

Sus ojos intensamente marrones se clavan en mi memoria. Su sonrisa, la forma que tiene de mirarme me desarma.

Ella tiene algo, algo invisible, que me atrae y me convierte en un animal ansioso por morder su piel.

Nicky

Han pasado tres días en los que Héctor no ha llamado, mandado ningún mensaje ni dado ninguna señal de vida.

Yo he evitado llamarlo. Al fin y al cabo, la relación que estábamos construyendo era lo suficientemente extraña como para que yo le añadiese más tensión.

Me dedico a mí, a mis plantas y a practicar con Eliot cómo hacer los ramos para el supuesto gran día.

Se le da bien. Bastante bien, a decir verdad.

Es fácil. Todo con él lo es.

Es fácil charlar de cualquier cosa. Es fácil trabajar. Es fácil sentir. Todo se vuelve simple con él.

—Cuéntame ¿en qué gastas tu tiempo libre?

—Pues, a decir verdad, en nada interesante. Estoy aquí la mayor parte del tiempo. Quedo con mi amigo Ric y con su marido y poco más. Mi vida es bastante aburrida, al menos por ahora —digo mientras tiro el agua de uno de los baldes de las flores cortadas.

—Por ahora, ¿eh? Supongo que tramas algo —sonríe.

—Sí, bueno. Tengo planes que poco tienen que ver con la ciudad —sonríe y él me sonríe también. —¿En qué empleas tú el tiempo?

—Pues disfruto de la naturaleza. Leo. Escalo.

—¿Escalas? —pregunto sorprendida.

Sus manos no parecen estar curtidas por rocas.

—Sí. Me encanta escalar. Mucha adrenalina cuando miras hacia abajo e intentas no caerte. Si quieres, algún día te enseño.

—No sé si sería buena idea que este desastre de persona que soy se colgara de las rocas...

—Me aseguraré de que estés a salvo y, sobre todo, que lo disfrutes.

La palabra disfrute resuena varias veces en el fondo de mi cabeza y desaparece caderas abajo.

—Aún no me has dicho de dónde eres, ¿sabes?

—Vivo en Galicia.

—Vaya, pensé que me dirías que eras extraterrestre, como te lo guardabas tan en secreto...

—¿Te he desilusionado?

—Ni mucho menos... No tienes acento gallego.

—Mis padres nacieron aquí así que tengo el mismo acento que ellos.

—Bien... vamos desvelando misterios.

Él se ríe y yo le sonrío.

—¿Algo más que desee saber la señorita? —pregunta mientras coge su botella de agua.

—¿Vives solo? —se me ocurre preguntar.

Aunque lo que realmente quiero preguntar es si hay una doña escaladora en su hogar o si, quizá, se la ha traído aquí.

—Sí.

—En realidad lo que quería preguntar es si tienes pareja —escupo sin más.

—No, no tengo pareja —sonríe.

—Ajá... interesante.

—¿Lo que he dicho o yo? —pregunta mientras sus labios se convierten en una línea curva.

—Ambas cosas.

Por momentos él se vuelve más agradable, simpático y terriblemente sensual.

Eliot

Ya van tres días en los que Nicole está distraída. Como si buscara a alguien al otro lado de los ventanales. Como si esperara que alguien en concreto cruzara la puerta roja que nos separa de la ciudad.

Tres días en los que yo no he parado de pensar en cómo será ella debajo de toda esa ropa.

Mi mente no para quieta. No deja de desnudarla y, por muy malo que sea, no quiero dejar de hacerlo. De imaginarla debajo de mí, o encima, o en cualquier maldita posición.

Sus ojos se cuelan en mis sueños y casi llego a notar lo suave que son esos rizos pelirrojos.

Toda ella es un espécimen en extinción. Es extraordinaria.

Su manera de hablar me encanta. No es la típica tía que calcula cada palabra para que suene bien, no. Ella lo dice todo sin más, sin pensarlo siquiera y, encontrar algo así hoy en día, es imposible. Bueno... era imposible.

Me he parado muchas veces a mirar sus manos. A observar lo capaces que son de hacer arte con estas flores. He observado cada milímetro de sus hombros los días en los que los trae al aire. Me he preguntado muchas veces hasta dónde llegará ese tatuaje de su espalda que, a veces, se asoma por encima de su camisa. He dedicado muchísimo tiempo a grabar en mi mente su manera de gesticular cuando habla. La manera en la que sonrío y que arrasa toda la lógica que poseo.

Ella es muchísimo más que un cuerpo bonito. Es mucho más que una piel. Ella es... ella es la vida misma encerrada en un frasco espectacular.

—Qué callada estás hoy... —le digo.

Intento empezar una conversación que acabe con un sí, iré a cenar contigo.

—Perdona... tengo la cabeza en otra parte —sonríe y se acerca a mí.

Estoy quitando las hojas secas de las plantas cuando ella se acuclilla a mi lado y empieza a ayudarme.

—Tengo una idea. Te invito a una copa esta noche, así traeremos a tu cabeza de vuelta, ¿te apetece?

«*Si dices que sí exploto*».

Se queda unos instantes pensativa. Me mira y me sonrío. Entrecierra sus ojos y luego los fija en la puerta.

Es cuando vuelve a mirarme directamente cuando asiente.

—Hecho.

—Perfecto. ¿A las diez te va bien?

—Genial, así me distraigo, que llevo unos días que no me aguanto ni yo.

Me echo a reír y ella lo hace también.

El resto de la mañana la pasamos entre charlas sin importancia y algunos roces inintencionados de manos.

Son las nueve de la noche cuando llego a casa. Ha sido una jornada mortal. Esta vez me ha tocado cargar tocones de madera de una granja a otra, vete tú a saber para qué. Por lo menos me han pagado bien, eso hace que el dolor de espalda que tengo se difumine un poco.

Me doy una ducha de agua fría mientras pienso en que, en un par de horas, por primera vez, estaré con Nicky fuera de la floristería.

Me río antes de salir del cuarto de baño totalmente desnudo.

Voy a por algo de ropa y me pongo lo primero que pillo. Tengo la urgente necesidad de ir al bar donde hemos quedado cuanto antes.

Le mando un mensaje mientras bajo los escalones que me separan de la calle. El *Magnum* no está lejos, así que iré andando.

¿Cómo vas? ¿Te has arrepentido? 21:38

Sigo con el móvil en la mano, esperando su respuesta, mientras camino a lo largo de la calle.

No hace frío, es más, yo siento bastante calor. Aunque dudo que sea por el tiempo. Es esta imaginación mía y ella, que no deja de aparecer en mi mente.

Mi móvil suena y yo lo miro enseguida.

Voy saliendo de casa. ¿Nos vemos allí? 21:40

Deseándolo. 21:40

Ella ve el mensaje al instante, pero no vuelve a contestar.

Igual me paso con las insinuaciones, pero es que ella y su maldita habilidad para tentarme sin quererlo a veces me supera.

Seis malditos días le han bastado para volverme loco. Para hacer que mi cuerpo reaccione a sobremanera cada vez que esos ojos marrones se posan en mí.

Joder, si es que no he conocido hasta hoy ninguna persona con semejante poder.

Llego al bar y me siento en una de las mesas después de pedir una cerveza.

Cuando voy a darle el tercer sorbo ella aparece y mira alrededor. Me busca.

Yo levanto una mano y ella sonrío antes de acercarse.

—¡Hola! —dice alegre.

—¿Qué tal estás?

—Bien, bien...

—Ya te digo... —le contesto sin poder evitarlo.

Lleva puesto un vaquero ceñido, una camiseta blanca suelta y una cazadora de cuero que la hacen de lo más excitante.

Yo pienso que ahí abajo debe haber un cuerpazo de escándalo, pero eso sí que no se lo digo. Aún.

—Vaya... estamos sinceros hoy —se ríe.

—Perdona si te parezco... atrevido.

—Tranquilo, no seré yo quien te frene.

Y, joder, eso suena a proposición indecente. Proposición que yo acepto a pies juntillas.

—Eso suena genial... ¿quieres una cerveza?

—Necesito una.

Los dos nos reímos y le hago una seña al camarero para que se la sirva.

—Y, cuéntame, ¿normalmente estás tan distraída como estos días o pasa

algo?

—No quiero aburrirte... mejor cuéntame algo tú.

—Bien, pues... tengo la espalda hecha un cromo de currar, estás increíble esta noche y tengo unas ganas titánicas de hacer algo totalmente fuera de lugar.

—¡Joder! Pues empieza bien la noche...

Se ríe como si fuera el mayor chiste que le hubieran contado en su vida y yo, que soy gilipollas, me río también.

Como si no fuese en serio todo lo que acabo de decirle. Como si no tuviese en la punta de la lengua las ganas de lanzarme sobre ella.

Nicky

No sé cuántas horas llevamos frente a frente. No sé cuántas cervezas han pasado por nuestras manos y se han vaciado dentro de nuestros estómagos. No sé, tampoco, cuándo cambiamos los botellines por chupitos y las risas por declaraciones de intenciones.

Miento si digo que no vi venir todo esto, porque claro que lo hice. Lo vi venir desde que propuso venir. Lo vi en sus ojos mucho antes de que esa proposición saliese de su boca.

Yo deseo su cuerpo, sería ciega si no viera que está como un tren. Él desea el mío, sería idiota si dijera que no me doy cuenta.

Y es que tiene una capacidad increíble para hacer que el suelo que piso se mueva. Para hacerme temblar con una maldita sonrisa. Para hacer que mi cuerpo reaccione de tal forma que a veces tengo que repetirme, como un mantra, eso de «*Nicky, quieta. Sit down, joder*».

Me guiña un ojo antes de tomarse el líquido de su vaso. Yo me río antes de hacer lo mismo.

—Va... hasta aquí hemos llegado. Quiero volver andando a casa y no haciendo la croqueta.

—Vale, vale... Creo que ya es suficiente por hoy —me contesta.

Y ¿ahora qué? Me pregunto mientras sus ojos intentan inundar los míos.

Y esa es otra, esos malditos ojos que me ahogan cada vez que me miran. Esos que son capaces de echarme todo el océano que poseen por encima. Que tienen la capacidad de hacer que sienta el frío del mar y el calor de su mirada a la vez.

Yo le mantengo la mirada todo lo que puedo, que no es mucho.

—No sé qué hora es.

—Las cuatro y siete minutos de la mañana.

—¡Joder! Mañana no va a haber quién me levante...

—Culpa mía... —levanta la palma de la mano e intenta reprimir la risa.

Yo acabo por reírme y él me sigue.

La gente que hay en el local no repara en nosotros. Cada uno está atento a su propia conversación sin percatarse de que él y yo, ahora, estamos creando fuego sin siquiera tocarnos.

—Pues... ha sido divertido, Eliot.

—Te acompaño a casa...

—No hace falta, creo que sabré llegar con vida.

Él se levanta de la silla y yo hago dos intentos antes de conseguir ponerme de pie.

—Caminar nos vendrá bien a los dos...

«*Eso y que quieres ver de qué color son mis sábanas*».

—Eso y ¿qué más?

—Nada que tú no quieras, claro.

Me echo a reír y él se encoje de hombros.

Salimos juntos del local y nos encaminamos hacia mi casa.

—Podríamos hacer esto más a menudo, ¡lo que me he reído en un rato!

—Exagerado... ha sido el alcohol más que otra cosa —le digo a la vez

que le doy un pequeño empujón.

—Eres tú, no te quites méritos.

—Calla... que me sonrojo —me hago la avergonzada.

—Contigo no es fácil conseguir eso, ¿sabes? Llevo intentándolo toda la noche y no ha habido forma...

—Pues ni me he enterado...

Él se echa a reír y yo acabo riéndome también.

—¿Ves? Soy malísimo en estas cosas...

Llegamos a mi portal sin darnos cuenta. Él me mira y, disimuladamente, se muerde el labio inferior. Yo lo capto enseguida, claro. Lo que no sé es si él se da cuenta de que me encanta causar este efecto en él. De que me apasiona lo que él causa en mí.

—¿Es aquí? —me pregunta.

—Sí...

—Pues... ha sido muy divertido, Nicole. Cuando quieras repetimos —vuelve a guiñarme un ojo y yo sonrío a medio lado.

—¿La última en mi casa?

«*Di que sí, encanto. Di que sí*».

—No soy capaz de decirte que no...

Me sonrío y da un paso hacia mí. Yo me alejo yendo hacia el portal. No porque quiera, que conste, sino porque si me besa, si se atreve a hacerlo aquí, no me veo capacitada para subir todos los escalones que nos separan de mi cama.

Saco la llave del bolso, abro la puerta y subimos en silencio.

Al llegar arriba, Eliot entra detrás de mí a cámara lenta. Yo lo miro divertida.

—No estás entrando en el infierno, puedes caminar tranquilo, el suelo no va a hundirse debajo de tus pies.

Se carcajea y se echa la mano a la cabeza.

—Si sigues sonriendo de esa forma es posible que el suelo se mueva...

A pasos rápidos, llega a donde estoy yo y pone sus dos manos a cada lado de mi rostro.

Yo no soy capaz de moverme. Mi cuerpo no me obedece. Mi cabeza se ha marchado lejos y mi boca no puede, ni quiere, hacer otra cosa que besarlo como si fuese el último hombre que habita la Tierra.

Mis manos se agarran a sus brazos y las suyas descienden hacia mis caderas.

El beso es salvaje, poderoso, increíble.

Una orden que no he dado a mis manos se acciona y tiran de su camisa hasta deshacerse de ella.

Su cuerpo, torneado a cincel, hace que mis ojos se abran ligeramente sin poder evitarlo.

Él sonrío, le encanta que me sorprenda. Lo sé sin que él me lo diga.

Sus manos me quitan la chaqueta tan rápido que casi no me doy cuenta. Lo hago cuando sus manos se cuelan por debajo de mi camisa y me acaricia la piel.

La electricidad se crea de la nada. Eso y la tormenta, y el tsunami, y el terremoto que ahora amenaza con hacer que me caiga de bruces al suelo si él deja de agarrarme.

—No pensé que la noche fuera a acabar así... —dice antes de mordirme el labio inferior.

—Mentiroso...

Se ríe y me desabrocha el pantalón sin dejar de mirarme.

Yo hago lo mismo con el suyo.

Después, cuando ya no hay más ropa que quitar, me besa el cuello y yo siento como si un huracán fuese a despegarme los pies del suelo. Como si fuese a llevarme lejos de aquí.

Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura y él da varios pasos hasta

que mi espalda queda apoyada en la pared.

Su boca recorre todo milímetro de mi piel que queda a su alcance mientras se hunde en mí y yo dejo de ser consciente del tiempo.

—Joder, cómo me pone cuando gimes, Nicky.

Yo no soy capaz de parar de hacerlo. Él es una maldita máquina que sabe exactamente el ritmo que debe llevar. Sabe exactamente dónde tocar para que me deshaga entera.

Da un gruñido justo antes de llevarme hasta el sofá. Él se sienta y entiendo que ahora debo ser yo quien lleve el ritmo.

Sus manos acarician todo de mí. Cada poro de mi piel se acciona con su contacto. Cada célula de mí pide más.

Mis uñas se clavan en su pecho y él gruñe a la vez que tira de mi pelo.

Sé que le hago daño, pero también sé que le gusta. Él es transparente. No es difícil entender sus gestos. Interpretar sus gemidos y eso me encanta.

Entiendo que para él tampoco es difícil interpretar los míos cuando agarra mis caderas y me obliga a ir más rápido.

Es cuando su lengua recorre mi pecho cuando no aguanto más y me deshago entera.

Él no se retiene y lo hace conmigo.

Su respiración desacompasada hace juego con la mía. Las yemas de sus dedos acarician mis muslos y yo siento un escalofrío tan placentero que no puedo evitar gemir mientras me recuesto en su pecho.

—Guau... —dice mientras traslada las caricias a mi espalda.

—Sí... guau.

Y maldigo para mi adentro porque ahora, como si fuese una broma macabra del destino, son los ojos negros de Héctor los que ocupan mi mente.



Eliot

No recuerdo haber disfrutado tantísimo con tan poco en mucho tiempo. Normalmente no soy un tío de un solo asalto, pero con ella es diferente.

Supongo que no quiero gastarla, que no quiero quitarle emoción a esto. Eso y que cada vez que ella gime yo exploto.

Me voy de su casa cuando ella se queda dormida en el sofá donde nos hemos deshecho los dos.

Le he puesto una manta por encima y he salido haciendo el menor ruido posible.

No he querido despertarla. Con lo que hemos bebido y el encuentro que hemos tenido después, es mejor que cada uno descanse en su casa para poder ser personas decentes dentro de un rato.

Llego a mi piso cuando son las seis de la mañana. El dolor de espalda me está matando, pero la satisfacción es aún mayor.

Joder, su cuerpo es toda una bomba de relojería a punto de estallar. Bomba que yo he tenido el gusto de detonar.

Me echo en la cama después de poner la alarma en el móvil. Tengo que ir a ayudarla con la floristería, porque ha decidido pintar una de las paredes. El sábado es el día perfecto para hacerlo sin perder un día de ventas. Yo me alegro, claro. Tengo la extraña necesidad de estar cerca de ella.

Cierro los ojos y me desvanezco, casi sin darme cuenta.

A las once de la mañana es cuando llego a la tienda y la veo enredada con más flores de las que sus manos son capaces de sujetar.

—Buenos días, preciosa —le digo sin más.

Ella levanta la vista y me sonrío. Se quita un mechón de pelo de delante de la cara y lo coloca detrás de su oreja.

Lleva unos guantes rojos para no pincharse con las espinas de las rosas y esa camisa amarilla, con más botones desabrochados de los que son realmente necesarios, me da un golpe en la cara.

—¡Buenos días!

Se ríe después y yo la observo. No parece estar cansada, no parece haber trasnochado conmigo. Parece que no ha bebido una sola gota de alcohol. Sin embargo, yo estoy completamente destrozado.

—Qué bien te veo... —le digo a la vez que me acerco.

Ella me traspasa con esa mirada brutal que tiene y yo sonrío sin quererlo.

—He dormido como un tronco, la verdad.

—¡Vaya! Pensé que...

—No me canso tan fácilmente, ¿sabes? —me guiña un ojo.

—Tendré que emplearme más a fondo la próxima vez...

Decido besarla. Y no es que lo piense mucho antes de hacerlo, es que necesito volver a sentirla cerca. Volver a sentir cómo ella me desea, volver a enseñarle cuánto la deseo yo.

Se le cae el ramo de las manos y no parece importarle. Sus manos se agarran a mi cuello y yo pongo una de mis manos en su cintura. La otra se encarga de acariciar su mejilla.

Poco a poco, mientras me muerde el labio y yo intensifico el beso, me doy cuenta de que necesito más. De que realmente lo que quiero es que me siga mirando con ansia, que me siga tocando, que me deje tocarla tantas veces como mi cuerpo me lo pida.

—Mm... me encanta cómo sabes... —le digo mientras me separo unos

milímetros de ella.

—Totalmente recíproco...

—¿Te apetece que nos veamos esta noche? —escupo sin más.

Ella se echa a reír, deja un suave beso en mis labios y se agacha a coger las flores.

Yo la ayudo mientras espero su respuesta.

—¿No tuviste suficiente?

—Contigo nunca tendría suficiente...

Clava esos ojos, que ahora son de fuego en mí, y yo me muerdo el labio recordando la calidad de los gemidos que fui capaz de arrancarle de dentro.

—Oh, vamos... no te hacen falta frases plastificadas para que quede contigo.

—No es plastificada. Es la verdad más absoluta.

—Sigue con eso de las verdades absolutas. Me gusta...

Se cruza de brazos y yo me echo la mano a la cabeza.

Si le contase que, desde que la vi la primera vez, sentí la urgente necesidad de hacerla mía. Si le contase que no he pensado en otra cosa en los días que llevo ayudándola aquí.

Si le contase que, aún ahora, me encantaría hacerlo otra vez y que me la suda que alguien pueda vernos...

Mucho peor si le dijera que me derrito cuando posa sus ojos en mí. Que me encanta demasiado cómo me habla, como se mueve al hacerlo. Que hace que mi interior tiemble cada vez que la tengo cerca. Que me gusta sentirme así. Que me fascina que ella consiga hacerme sentir todo esto.

—Dame una noche... una noche más.

—¿Solo necesitas una noche? —me pregunta con una sonrisa de medio lado.

—Una me será suficiente para engancharte a mí, sí.

Estalla en risas y se lleva las manos a la barriga. Se ríe alto, tan alto que

me desconcierta. Yo me quedo con los brazos cruzados mientras ella, casi sin aliento, va a apoyarse al mostrador.

—Qué creído te lo tienes, ¿no?

—Pruébame. Si no sucede, no volveré a abrir la boca en ese sentido. Lo prometo.

«Voy a hacerte gritar tan alto que van a romperse los cristales de media ciudad».

Nicky

Él sigue tan serio y yo tan deshecha en risas que comienzo a darme cuenta de que no es un chiste lo que dice. Que cree a pies juntillas que con una noche más quedará prendada de su piel.

No puedo evitar reparar en el hecho de que es capaz de hacerme vibrar sin tan siquiera tocarme. Que es capaz de crear remolinos de viento dentro de mi estómago cuando su sonrisa va dirigida a mí. Que sus manos, esas que anoche se grabaron en mi piel, consiguen elevarme más allá del cielo.

Me muerdo el labio mientras lo observo. Él no me quita ojo ahora.

Reparo en sus brazos, esos a los que me agarré tan fuerte. En sus hombros, en el ancho de su mandíbula. En sus cejas, en esa barba un poco más crecida y que lo hace aún más sexy. Reparo también en que me faltó besar su espalda. En que me encantaría hacerlo ahora.

Y se mueve. Todo se mueve a mi alrededor cuando lo miro. El suelo, las paredes, el techo. El mundo gira más rápido cuando su atención se concentra en mí.

Tiene un aura de sensualidad increíble. Esos ojos que retienen todo un mar dentro son capaces de hacer que me ahogue a veces. Y la técnica que tiene en el campo sexual me es intachable. Aunque lo de anoche no haya durado mucho, era justo lo que necesitaba.

Y sí. Quiero conocerlo. Quiero que su vida y la mía se entrelacen un poco más.

Con semejante espécimen requiriendo mi atención, no voy a negarle a mi cuerpo un poco de alegría, ¿no?

Me da igual que lo conozca de una semana. A mi mente nunca le ha importado el tiempo. En realidad no. En realidad, a mi mente, lo único que parece haberle importado siempre es la calidad de los sentimientos, de las sensaciones que despierta el resto del mundo en mí. El tiempo es y siempre ha sido secundario.

Y pienso en Héctor, claro. Lleva cuatro días sin aparecer por aquí. Sin llamar siquiera. Y me molesta. Me cabrea incluso.

—¿Vas a invitarme a cenar? —le pregunto sin más.

Noto que se destensa y sonrío un poco.

—Si quieres sí —vuelve a sonreírme.

Yo asiento y él hace lo mismo.

No puedo evitar pensar en los ojos negros que me han tenido tan distraída estos días.

No dejo de pensar en que, que no hayamos tenido *feeling* en la cama, no significa que no podamos intentarlo otra vez.

«¿Cómo es posible que te eche de menos?»

Supongo que estoy desvariando. Supongo que al fin y al cabo será otro tío más que pasa por mi vida sin pena ni gloria. Pero Héctor y su manera de mirarme, esa brillante que contiene muchísimo más de lo que me deja ver, me hacen sonreír sin remedio cada vez que pienso sin querer en él.

Tengo que dejar de pensar en él...

—Pues ya tenemos plan —sonrío lo mejor que puedo.

—No sabes la alegría que me das... —se acerca a mí y pone sus manos en mis caderas.

Cada vez que su piel roza la mía, siento que estoy desnuda. Como si no llevara ni una pieza de ropa encima.

Siento sus ganas cada vez que me mira. Siento cómo desea que su cuerpo y el mío se unan otra vez. Noto su imaginación volando, noto, en su mirada, cómo crea fantasías sexuales conmigo. Cómo quiere hacerlas realidad.

Y tampoco es difícil notar que él ve mucho más en mí que un trozo de carne. Esa sonrisa no se le regala a cualquiera. Ese brillo en los ojos no lo causa cualquiera, ¿verdad?

—Puedo imaginarlo... a mí también me apetece —le contesto antes de que su boca y la mía vuelvan a unirse.

Esta vez es mucho menos carnal que anoche. Esta vez noto muchas más cosas de las que soy capaz de soportar.

Lo único que soy capaz de asimilar es que no me importa lo que haya al otro lado, no me importa lo que pueda pasar mañana, ni siquiera lo que pase justo después de este beso. Lo único que me importa de verdad es la sensación que puebla cada poro de mi piel ahora.

Esa electricidad que va en aumento con cada beso. Ese temblor que se instala en la planta de mis pies.

Y sí, necesito que bese cada centímetro de mí. Necesito que consiga que me inrole yo misma. Que convierta esto en algo incontrolable que nos aplaste después.

Se separa de mí un segundo y se muerde el labio inferior.

Ese maldito gesto va a conseguir que se me volatilicen las bragas de un momento a otro.

—Deja de hacer eso de una vez.

—¿Te molesta?

—Vas a conseguir que se me caigan las bragas, idiota.

Se echa a reír y vuelve a besarme antes de separarse de mí.

Yo sonrío como una imbécil, porque sí, porque me apetece. Porque no pensé que esto fuese a ser así, tan rápido, tan excitante. Tan... no sé ni cómo explicarlo.

Tan natural.

Sinceramente pensé que me arrepentiría de haber tenido con él algo más allá de la relación laboral que nos une, pero, joder, ¿cómo podría arrepentirme de esto? Si es que cada vez que lo miro y me sonrío se me desabrocha el pantalón. Y la vida.

Eliot

No puedo dejar de pensar en ella mientras me visto para ir a su encuentro. Si es que no he conocido a nadie capaz de hacerme sentir débil, hasta ahora, claro. Hasta ella.

Es tan brutalmente sincera que hace que yo me vea capaz de decirle todo lo que se me pasa por la mente. Todo lo que me gustaría que ella sintiera de mí. Todo lo que necesito sentir de ella.

Termino de atarme las zapatillas y salgo por la puerta sin esperar más.

Ella ha decidido que cenemos en su casa y a mí no ha podido parecerme mejor la idea.

Tal vez ni siquiera cenemos, quizá nosotros mismos seamos la cena.

Sonrío mientras camino en dirección a su casa.

No queda lejos de la mía y pienso que eso es una ventaja gigantesca. Quizá, cada vez que me apetezca, pueda hacerle una visita. No miento si digo que puede ser más a menudo de lo que mi cuerpo y mi cabeza van a ser capaces de soportar.

Aunque anoche no pude disfrutarla todo lo que me hubiese gustado, ella tiene pinta de ser un terremoto en todos los aspectos imaginables. Su cuerpo parece ser uno de esos que nunca abandona las ganas. Que el ansia de seguir es más fuerte que todo lo demás. Otra cualidad increíble. Como lo es el resto de ella.

Llego a su casa quince minutos después y pulso el botón del telefonillo por el que su voz suena instantes después.

—¡Sube!

Lo hago lo más aprisa que puedo, no puedo aguantar ni un maldito segundo más, por lo que pienso que, en realidad, la que me ha enganchedo es ella.

Que quizá yo no tenga la más mínima posibilidad de hacer que ella me

necesite, que soy yo el que necesito tenerla cerca.

La puerta está abierta cuando llego arriba. Entro sin más e inspiro profundo.

—Huele que alimenta... —digo sin verla aún.

—¡Pasa a la cocina! Esto está casi listo.

Voy y, lo primero que me golpea la vista, son sus piernas.

Lleva un vaquero tan corto que, por unos centímetros, no soy capaz de vislumbrar parte de su trasero.

«Joder, te han hecho a medida, preciosa».

Una camiseta verde cubre su torso. Yo pienso en que no va a estar ahí mucho más tiempo.

—¿Qué has preparado? —le pregunto mientras me acerco por detrás.

Ella está apoyada en la encimera bebiendo un vaso de agua y yo pongo mis manos en su vientre y le beso el hombro desde atrás.

—Lasaña de verduras y, como sigas así, creo que el primer plato no va a ser ese...

No puedo evitar reírme. Su sinceridad siempre es bienvenida para mí.

—Yo apoyo eso...

Meto mis manos por debajo de su camisa y asciendo hasta descubrir que no lleva sujetador.

La adoro.

—Si sigues al final no vamos a cenar hoy.

—Primero tú y luego la lasaña... ¿qué te parece?

Se da la vuelta y me sonrío. Como una fiera lo hace. Como algún felino con intenciones descabelladas.

Con un movimiento ágil se sienta en la encimera y sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, obligándome a que me acerque todo lo posible a ella.

No deja de sorprenderme.

—¿Estás siempre tan dispuesta? —pregunto mientras acaricio sus muslos.

—Llevo una temporada... a palo seco, ¿sabes? Necesito recuperar el tiempo y los orgasmos perdidos. Eso y que tú me pones de una manera exagerada. No te asustes.

—¿Asustarme? Me tienes a tus pies —me echo a reír.

Ella se carcajea y echa su cabeza hacia atrás. No me toma en serio.

Sus ojos se cierran cuando se ríe así. Cuando lo hace de verdad y yo siento la irrefrenable necesidad de morderle el cuello.

No me reprimo, a estas alturas ya sería una gilipollez hacerlo.

Ella se agarra a mi espalda y sus uñas vuelven a clavarse en la tela de mi camisa.

Me apresuro en desabrocharle el botón del pantalón y ella misma es quien se lo quita. Yo me encargo de hacer desaparecer su camisa.

«Joder, es perfecta para mí».

Me desabrocha el pantalón y se muerde el labio inferior.

Está claro que, cada vez que su cuerpo y el mío se tocan, dejamos de ser personas y nos convertimos en animales salvajes que se mueren por desgarrarse la piel en cada asalto.

—Se va a quemar la cena, Eliot.

Me hundo en ella antes de que pueda decir nada más.

—Tú vas a quemarme a mí, Nicky...

Se agarra a mi espalda y yo me entrego completamente a ella. Necesito que no acabe nunca. Que sus gemidos no cesen. Que su placer me envuelva y que el mío, el más intenso que he sentido hasta ahora, la atrape a ella.

Y no sé qué cojones me pasa que, como anoche, ella, sus gemidos y su manera de excitarme con su cuerpo, hace que no sea capaz de aguantar todo lo que me gustaría.

Me muerde el hombro y algo más fuerte, más poderoso, se activa en mí.

Mis manos se colocan encima de su trasero y me impulso con más fuerza.

Su interior se contrae y ella grita aún más fuerte. Su orgasmo me arrasa, yo no aguanto más y me deshago en ella.

Su frente está apoyada en mi hombro, mis manos acarician su espalda y nuestros cuerpos siguen unidos aún.

—Breve, pero intenso... —dice con un susurro.

Yo me maldigo en silencio. Me maldigo porque normalmente soy capaz de aguantar horas y, con ella, no soy capaz de retenerme por mucho que lo intente.

Nicky

Cenamos con una sonrisa en la cara. Nos reímos de cada tontería que decimos y su mano acaricia mi muslo cada vez que le apetece.

Me gusta el sonido de su voz. Me gusta cómo se expresa, sin maquillar sus palabras, sin querer que suene bonito lo que dice. Solamente suelta lo que piensa y eso es una cualidad que me atrae demasiado.

No he podido evitar mirar el móvil en repetidas ocasiones estos días por si a cierta persona se le encendía la luz y decidía volver a mi vida, pero ahora, en este preciso momento, no me apetece comprobar si su nombre se cuele en mi pantalla.

Eliot es un gran conversador y tiene el poder de hacer que mi mente se centre en él. Por lo menos el noventa y cinco por ciento del tiempo.

El otro cinco por ciento se centra en la idea de que debería dejar de importarme dónde demonios se habrá metido Héctor.

—Eres una gran cocinera. Estaba riquísimo —bebe un sorbo de vino.

—Muchas gracias. Tú has estado riquísimo también...

Se echa a reír y yo sonrío antes de llevarme la copa a los labios.

—Adoro tu maldita sinceridad, ¿sabes?

—Y yo la tuya. Es difícil encontrar a alguien sin pelos en la lengua...

—Pues aquí me tienes. En bandeja me ofrezco.

—Suenas tan tentador... —sonrío a medio lado.

Él se acerca hasta que su boca vuelve a devorar la mía.

Esta vez lento, muy lento. Como si quisiera disfrutar del momento. Como si no quisiera quitarme la ropa después.

Yo disfruto también. De lo suave que son sus labios. Del cosquilleo que se me instaura en el vientre cada vez que él está cerca, cada vez que me toca.

Todo tiembla a nuestro alrededor y eso me hace sonreír.

—Qué bonita eres...

—Tú, que me miras con buenos ojos...

—De eso nada. Eres preciosa —dice mientras acaricia mi brazo.

Y sí. El temblor se intensifica tanto dentro como fuera de mi cuerpo. Él consigue moverlo todo.

—¿En qué piensas ahora? —le pregunto, porque sonrío demasiado.

—En que podría raptarte. Llevarte a mi casa y disfrutar de todo lo que me das.

Yo me echo a reír, claro. Ríe mientras pienso en que, tal vez, no soy la única que siente más de la cuenta. En que quizá mi sexto sentido no se equivoca esta vez.

—¡Vaya! Y ¿qué es lo que te doy? Si se puede saber...

Ahora el que ríe es él. Supongo que no se esperaba tener que responder a eso. Sin embargo, carraspea. Como si se preparase para soltar toda la metralla que lleva dentro.

Yo también me preparo antes de que me atravesase cada palabra.

—Das vida. No a mí solamente, sino a todo el que se te acerca. Tienes una luz tan brillante que serías capaz de iluminar hasta el rincón más oscuro. Eso das.

Mis ojos se abren y mi boca también. Sus palabras no me atraviesan, no. Se hunden en mi piel y se quedan ahí. Ahí dentro.

—Vaya... Ni siquiera sé qué decir ahora.

—Ni falta que hace —sonríe, se levanta y me da un beso en el hombro antes de recoger los platos de la mesa.

El resto de la noche es magia. Él no para de decirme cosas que son capaces de sonrojar hasta el corazón más helado del planeta. Yo no paro de reírme y eso me encanta.

Nuestros cuerpos se unen dos veces más antes de que vuelva a su casa y yo caigo rendida en la cama con la luz del sol casi asomando por la ventana.

«Esto va a acabar conmigo».



Eliot

Estar con ella es como un chute de adrenalina. Como si me diera la vida en cápsulas y pudiera tragármelas de dos en dos.

Ahora estamos en una heladería. A ella se le ha antojado helado de limón y yo no he podido resistirme a acompañarla.

Hemos pasado unos días increíbles. La verdad es que, esta vez, mi visita a la ciudad está siendo de todo menos algo amarga.

La miro mientras el aire mece el vuelo de su vestido, ese que le cruza los hombros. Ella sonrío mientras se lleva otra cucharada de helado a la boca y se regaña cuando lo saborea.

—Si no te gusta, ¿para qué lo pides? —me río y tomo un poco del mío.

—¡Si me gusta! Pero este está amargo de narices...

Se lleva otra cucharada a la boca y vuelve a regañarse. Yo no puedo parar de mirarla. No he podido hacerlo desde la primera vez que conseguí estar con ella fuera de la floristería, hace ya más de dos semanas.

Desde entonces, hemos quedado para hacer de todo. Hemos ido a mirar decoración nueva para la floristería. Hemos paseado por la ciudad sin rumbo. Hemos reído como si la risa se nos fuese a gastar mañana y tuviésemos que aprovechar hoy. Hemos almorzado en un bar diferente cada vez. Nos hemos preguntado hasta las cosas más insignificantes y hemos hecho el amor como si se nos fuese la vida en ello.

Y ahora, que siento que conozco cada poro de su piel, que siento que conozco cada esquina de su interior, me pregunto por qué a veces mira tanto el móvil y lo guarda sin hacer nada después. Por qué a veces mira en todas direcciones menos en la que estoy yo o por qué su sonrisa a veces no es tan grande.

—Y cuéntame, ¿te falta algo? —pregunto sin más.

—¿Algo de qué?

—Estás distraída. Como si buscaras algo en la calle y en tu móvil que no está ahí.

—Un amigo desaparecido en combate, pero eso va dejando de tener importancia.

Yo asiento y no pregunto nada más.

Es obvio que ella no quiere hablar más del tema y, la verdad, a mí no me apetece desperdiciar su tiempo ni el mío hablando de otro tío que no está aquí.

—Y ¿qué te apetece hacer esta noche?

—Pues necesito dormir. Es completamente necesario que lo haga.

—¿Ya no quieres trasnochar más conmigo?

—Claro que quiero, pero ¡mírame! Parezco un maldito zombi. Tengo unas ojeras kilométricas...

—¡Calla! Estás preciosa —le sonrío y ella arquea una ceja.

—Qué bien mientes... —ahora se echa a reír.

—Puedo... hoy puedo dormir contigo, si quieres.

Es lo único que no hemos hecho aún.

—Me encantaría, pero sabes que eso no va a suceder. Nos tiraremos hablando hasta las mil o nos enredaremos en una vorágine de gritos, arañazos y placer y, por muy tentador que suene y por muchas sonrisas como esa que me enseñes, mi cuerpo necesita un respiro.

«Mierda».

—Está bien, me aguantaré —me encojo de hombros. —Pero si te aburres,

si piensas en mí, llámame.

Me acerco a ella y le beso el hombro.

—Hecho —sonríe y me da un beso en la mejilla.

Cada beso suyo activa algo en mí. Algo que no soy capaz de controlar.

Nicky

Eliot me acompaña de vuelta a la floristería. Él no va a quedarse esta tarde, tiene otros trabajos que hacer, pero insiste en llegar hasta aquí para estar un poco más conmigo.

Han sido unas semanas espectaculares, no puedo negarlo. Todo él me encanta.

Hace que me sienta especial con solo mirarme. Hace que todo se active dentro de mí, que todo se ilumine.

Contra todo pronóstico, se ha convertido en algo más que un cuerpo bonito. En algo más que unos ojos hipnóticos. Y eso asusta.

Ahora, por regla general, toca que todo se tuerza.

No pienso mucho en eso. Centro mi mente en disfrutar de cada tarde, noche o mañana que paso con él. En cada vez que nos reímos. En cada caricia suya. En cada mirada cómplice.

Y no puedo evitar echar en falta a Héctor. No sé por qué y, la verdad, tampoco quiero saberlo.

Él tomó la decisión de desaparecer sin decir adiós y yo, aunque me revienta por dentro, lo acepto.

—Bueno pues... ¿hasta mañana? —me dice Eliot poniendo sus manos en mis brazos.

Ascienden lentamente hasta llegar a mis hombros, a mi cuello y yo cierro los ojos un segundo para disfrutar de esto. Del contacto de su piel con la mía.

—Hasta mañana... —sonríe antes de poner mi mano en su mejilla y

besarlo fugazmente.

Me mira intensamente y abre ligeramente los labios, pero no dice nada. Vuelve a sonreír antes de guiñarme un ojo e irse.

Y supongo que lo echaré de menos hoy. Ha estado conmigo las últimas semanas en casi todos mis ratos libres y, la verdad, mi cuerpo se ha acostumbrado a su presencia.

Abro la puerta roja que me separa de mi pequeño bosque y entro a regañadientes.

Estar aquí sola a veces me consume. Otras, me da la vida.

Dejo mi bolso debajo del mostrador y apoyo los codos en la madera.

Si me quedo así por mucho rato soy capaz de dormirme de pie.

Necesito que pase la tarde rápido, llegar a casa y morir en paz.

Mi móvil suena y, como si un despertador antiguo vibrase dentro de mi estómago me lanzo a por el bolso.

Rebusco hasta que lo encuentro y descubro a Ric parpadeando en la pantalla.

La decepción me atraviesa como un maldito puñal al rojo vivo.

—Dime.

—Uy, ¿qué ha pasado con esa voz de éxtasis eterno que tenías ayer?

—Estoy cansadísima, Ric. Necesito una cura de sueño...

—Normal... con ese semental cabalgándote día y noche, no me extraña —se ríe.

—No hemos estado todo el tiempo dale que te pego, ¿sabes? Es un chico encantador.

—Sí, sí...

—Imbécil... ¿para qué me llamas?

—Para saber de ti, malagradecida. Si no llamo yo, tú ni caso...

—Perdona, de verdad. ¿Cómo estás?

—Pues muy bien. En una nube de algodón rosa. Ahora vamos a lo realmente importante. ¿Dónde se ha metido Don dinero?

—¿Otra vez esa pregunta? ¡No lo sé! Ya te lo he dicho mil veces y, ahora mismo, no quiero ni saberlo...

—Y ¿por qué no lo llamas tú, frígida?

—No me sale de la vagina. Él se largó sin un adiós, pues que le vaya bonito.

—¿Lo echas de menos?

—A ratos.

—¿Te has planteado expresárselo en voz alta?

—Dos o tres veces.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque...

—¡No, no! Déjame contestar a mí. Porque el orgullo te ha metido un palo de fregona por el culo. Porque has encontrado sustituto. Porque...

—¿Podemos dejar este tema de una vez?

—No me gustaría, pero... vale.

Pasamos la siguiente hora hablando de todo y de nada. De su madre, que sigue dando guerra. De Valerio que lo tiene consentido. De mí, de mis plantas y otra vez de Héctor y Eliot.

Hoy no hay mucha clientela, así que me doy el gusto de sentarme cómodamente e inspirar lo mejor que puedo.

Cuando llego a casa, siento que voy a desfallecer si doy un paso más. Estoy completamente exhausta y necesito urgentemente tirarme en cualquier superficie horizontal que aguante mi cuerpo hasta que quiera despertarse.

Y, aún con la ropa y los zapatos puestos, despido el día de hoy.



Héctor

Dos semanas de desconexión, risas, amigos, alcohol y desahogo sexual. Media semana más para recuperarme y volver a ser una persona decente.

Todo este tiempo sin que ella salga de mi mente. De intentar sacarla a la fuerza. De ahogar toda mi ansia en otros cuerpos.

Estoy en la ducha dejando que el agua fría intente limpiar todo lo que he hecho en este lapsus de tiempo. Está claro que no voy a conseguirlo, pero no quiero salir y menos mirarme al espejo y darme asco a mí mismo.

Tendría que bañarme en lejía para eliminar el rastro de todo lo que ha experimentado mi cuerpo.

Kevin y Oliver han presumido de haberme recuperado mientras yo me sentía más perdido que nunca.

Pensé en llamarla muchas veces, muchas más de las que me enorgullece reconocer, pero no lo hice.

Quise darle espacio y ella tampoco intentó saber de mí, así que intenté borrarla.

Mi móvil suena desde el mármol que rodea el lavamanos. Cierro la llave del agua y lo cojo.

—¿Qué te pica ahora? —pregunto sin saludar.

—¿Cómo estás?

Suena preocupado. Sin ningún trasfondo detrás. Sin ningún plan que proponer.

—Asqueado es una palabra bastante concreta.

Por fin soy sincero con él. Tiene que saber que esto no me gusta, que realmente lo hago para borrar el resto. Que ese al que cree conocer no soy realmente yo.

—¿Quieres hablar de esto o prefieres regodearte en la mierda tú solo?

Me quedo en silencio. La verdad es que no me he expresado en voz alta nunca. Nunca he contado nada del peso que llevo encima de los hombros. Nunca he ofrecido nada que me haga ver débil. Que muestre que, en realidad, no soy tan fuerte como aparento. Que, en realidad, estoy hecho una puta mierda por dentro.

—No creo que quieras oír nada de lo que tengo que decir, Kevin.

—¿Eres imbécil? Estoy aquí para algo más que para irnos de fiesta. Quiero saber qué coño es lo que te pasa de una vez y, si no me lo dices tú, te lo sacaré como sea.

—Está bien... Ven a mi casa y te pongo al día.

Alguien da un golpe a la puerta del baño y luego la abre de par en par.

—Estoy aquí, gilipollas. Sal de ahí de una vez.

Cuelgo el teléfono y lo lanzo encima del lavamanos.

Cojo una toalla, me seco, me la anudo alrededor de la cintura y salgo enseguida.

—Voy a tener que quitarte esa llave.

—Siéntate ahí y larga por esa boca. No voy a irme de aquí hasta que tú estés vacío y yo remontado con lo que quiera que tengas que contar.

Asiento y me dirijo al sofá.

—Ponte cómodo porque esto va para largo y no va a ser agradable.

Él me sigue y nos sentamos, él en un sofá y yo en el otro. Nos miramos fijamente y yo resoplo antes de contarle todo lo que me envenena. Todas las discusiones con mi padre. Todo lo que mi madre siempre ha intentado hacer

conmigo. Todo lo que me corroe, lo que me cabrea. Los negocios sucios. Mis crisis. Mi tapadera de tío duro y sin sentimientos.

Él me escucha atentamente sin mediar una palabra. Me vacío por completo y él, una vez lleno, explota.

Me dice todo lo que yo ya me he dicho. Que me largue de la empresa. Que me monte algo por mi cuenta. Que no soy débil, que soy todo lo contrario. Que mucho he aguantado y todas esas cosas sinceras que dicen los amigos.

Hablamos largo y tendido hasta que, por fin, la nombro a ella en voz alta.

Es la primera vez que sale de mi cabeza, y eso me asusta.

—Y ¿se puede saber qué coño haces aquí?

—Hablar contigo, idiota.

—Ve a por ella, imbécil. Si es tan especial lucha, joder.

Mi expresión cambia completamente. Estoy tan sorprendido por lo que dice que casi dudo de que este momento sea real.

A lo mejor estoy en coma etílico y esto es un sueño.

—¿Qué?

—¿No me oyes? Que te levantes, te vistas y salgas ahí a por ella, imbécil. ¿Te crees que una chica así pasa por delante de tus narices dos veces en la vida? Lucha ahora que la tienes delante o te vas a arrepentir el resto de tu vida.

—Pero si apenas nos conocemos.

—Me importa una mierda si la conoces de una hora o de un año. Si te despierta todo eso que dices, el tiempo deja de importar, joder. Ya quisiera yo encontrar a alguien capaz de despertarme algo más que deseo sexual. ¿Qué te crees? ¿Qué yo soy feliz? Es una mierda, Héctor. Una maldita basura, pero hasta que encuentre a alguien que valga la pena es lo que hay. Tú has jugado a este juego mucho tiempo y ahora ha aparecido ella. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a quedarte aquí compadeciéndote o vas a salir ahí a por ella?

Me levanto, decidido, y Kevin se levanta conmigo.

—Voy.

—¡Eso es, campeón! Ahora vístete. No vayas a ir desnudo, que la asustas.

Los dos reímos antes de que yo entre en mi habitación para ponerme algo y salir a hacer lo que el cuerpo lleva pidiéndome desde hace mucho.

Nicky

Benditos sean todos los sábados del año. Vivan las bañeras llenas de espuma y agua hirviendo, las velas con olores intensos y la paz que transmite la música.

Ole por esos móviles apagados, por las sonrisas para mí misma y por las copas de vino tinto.

Un aplauso por la soledad satisfactoria, por la armonía cálida que se expande por mis huesos y por la felicidad absurda, sin sentido y sin esfuerzo.

Porque las pequeñas cosas, las cosas insignificantes, las que vienen en tarritos pequeños y las que pasan desapercibidas por la mayoría de los ojos humanos son las que me llenan el alma.

Y no necesito absolutamente nada más que esto. Nada más que este momento. Este instante sencillo y a la vez eterno.

Sonrío una vez más y doy un trago a la copa de vino frío que contrasta con la temperatura de mi piel.

Cierro los ojos después de dejar la copa en el borde de mármol y me sumerjo en el agua.

La fluidez me envuelve, me captura y relaja mi cuerpo aún más.

Felicidad pura y simple. Eso es esto.

Salgo a la superficie segundos después. El pelo lleno de espuma y la cara exactamente igual.

La limpio con una de mis manos, o eso intento, justo antes de que suenen dos toques firmes en la puerta.

—No puede ser...

Ignoro totalmente ese sonido y a la persona que los genera. No sé por qué, pero mi cuerpo sabe que es él. Joder que si lo sabe.

Antes de meterme aquí dentro tenía una llamada perdida de él en mi móvil y me negué a contestarle.

Me negué porque es idiota al cuadrado. Porque es un imbécil que solo quiere mi cuerpo.

Mi cuerpo solitario y ardiente. Mi cuerpo, ahora tenso, por la situación a la que me expone.

¿Abro o no abro?

«¿Qué haces aquí si de un día para otro desapareciste?».

Me quedo quieta, inmóvil, y dos toques más en la puerta se unen a mis pensamientos.

Cierro los ojos y recuerdo su cuerpo. Definido, esculpido casi, sus manos, calientes, firmes, agarrando mi cintura y, después, enredándose en mi pelo. Su boca... su boca que podría haber visitado cada rincón de mi cuerpo y no lo hizo.

No, porque yo estaba muy lejos de esa cama. No, porque mi mente es un completo misterio hasta para mí misma.

Dos toques más. Como si supiera que estoy dentro y no quiero abrirle.

Me obligo a no abrir los ojos. A no pensar. Pero los suyos aparecen en mi imaginación. Mirándome. Observándome y deseándome. Deseando recorrer cada ápice, cada poro de mi piel.

Y yo lo deseo a él, joder. Claro que lo deseo.

Es un maldito huracán hecho carne. Una tormenta que amenaza con destruir todo lo que una vez fue calma en mí.

Lo peor de todo es que adoro su maldito caos. Adoro el mío cada vez que él está cerca.

Adoro que me haga sentir como si fuese a explotar de un momento a otro. Que me transforme en una maldita bomba de relojería y que estallemos juntos.

Me levanto de golpe y me envuelvo en una toalla que desprende olor a

jazmín.

No me seco. No me importa.

Antes de abrir la puerta pienso en que, quizá, me estoy montando una película en la cabeza y el que está al otro lado es Eliot. Eso sería más plausible, aun así, me fio de mi instinto y abro la puerta. Sus ojos impactan con los míos. Su fuego, hace un segundo inexistente, batalla con el mío y se funde en uno solo.

Su boca, ahora entreabierta, lucha para decir algo, cualquier cosa para que este silencio se desvanezca, pero no lo hace. Supongo que no puede.

Yo no le aparto la vista. Recorro cada rincón suyo con mis ojos. De abajo a arriba y viceversa.

Zapatillas blancas. Vaquero impoluto, azul claro. Camiseta de manga larga, blanca, ceñida. Su pelo, perfectamente rebelde. Cuidadosamente despeinado.

Levanto mi mentón para poner mis ojos a la altura de los suyos. Esos negros que parecen tragarse todo el sol que inunda el espacio que estamos llenando.

Él no deja de mirarme. Como si no se esperase que yo fuese a abrir en algún momento. Como si yo no fuese a estar al otro lado de esta puerta que parece dividirnos, como un escudo invisible que hace que él no pueda acercarse y tocarme, que impide que yo pueda alargar la mano y rozarlo.

Me cruzo de brazos, reúno toda la fuerza que he dejado en la bañera y decido hablar.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto seria, firme.

—Se me ha olvidado por completo a lo que venía.

No se excusa, no finge, no disimula. Sinceridad absoluta. Contra todo pronóstico quiero más.

—¿Entras o te vas?

Da un paso al frente y luego dos y tres. Cierro la puerta y apoyo mi espalda en ella.

Él sigue mirándome. Como si no me hubiera visto semidesnuda antes.

Cierto es que me ha visto más expuesta de lo que estoy ahora, sin embargo, su mirada es completamente nueva.

—¿Interrumpo? —mira disimuladamente a su izquierda.

En dirección a mi dormitorio, a mi cuarto de baño.

—No hay nadie más aquí, si es lo que pretendes preguntar.

Él asiente. Se mete las manos en los bolsillos delanteros, como si necesitara tenerlas controladas. Atadas. Sujetas a algo para que no se lancen a por mí.

—Te he llamado antes, pero...

—No quería molestias en mi día libre —termino su frase arqueando una ceja.

—Siento no haber pillado la indirecta —responde, pero, aun así, no se mueve.

—Bien. Ciertamente ya casi no me acordaba de ti, ¿sabes? Pensé que te habías volatilizado, o que habías encontrado un entretenimiento mejor —escupo sin más.

He de reconocer que algo de rabia envuelve mis palabras. Un resquemor por haber desaparecido sin más.

—Tenía ganas de verte, de estar contigo, pero...

—No tienes que excusarte. No somos nada, no tienes por qué darme explicaciones.

—Me gusta creer que eres mi amiga —se encoje de hombros y me sonrío.

—Qué honor me brindas, Don dinero.

—Ajá... vuelvo a ser Don dinero.

—Yo creí hacer un amigo, ¿sabes? Héctor, el perversamente divertido, pero él no actuaría así. Desaparecer sin más, ¡jáj!, sin embargo, esto sí es propio de Don dinero...

Da un paso hacia mí, luego otro y se detiene.

—Tengo una buena explicación para todo esto que tal vez quieras escuchar.

—No, gracias. Se me enfría el agua de la bañera —arqueó una ceja.

No sé por qué estoy tan cabreada. Por qué al verlo siento este fogonazo interno. Este que me hace desear arrancarle la ropa y, a la vez, lanzarlo por la ventana.

—No seré yo el responsable de eso.

No se mueve ni un milímetro y yo me voy camino del cuarto de baño mientras él se queda en su sitio.

Al entrar, tengo que apoyar la espalda en la puerta.

Me tiemblan las rodillas y cierro los ojos a la vez que inspiro profundamente para calmarme.

Mi cuerpo, agitado y palpitante, me pide que deje salir todo. La fiera, la salvaje, la perversa. Todo.

Que le grite, que lo arañe, que lo mande a tomar por saco si quiero, pero que ponga fin a este torbellino de sensaciones que amenazan con destruirme si espero un segundo más.

Abro la puerta con la intención de decirle a Héctor que me cabrea que aparezca y desaparezca cuando le venga en gana. Quiero decirle que me saca de quicio, que hace despertar a una fiera descontrolada dentro de mí y, cuando tiro de la puerta, me lo encuentro justo en frente.

—Pido disculpas por adelantado —me dice antes de cogerme la cara con las dos manos y besarme como si se fuese a destruir el mundo mañana.

Yo me agarro a su cuello y dejo salir la furia a raudales mientras sus manos se instalan en mi espalda y me acercan a él todo lo humanamente posible.

El suelo parece abrirse debajo de mis pies, de los suyos. Una orden que no he dado a mi cuerpo hace que mis piernas se enrosquen alrededor de su cintura.

Noto su cuerpo en toda su extensión. Noto sus ganas y, esta vez sí, las mías.

Él apoya mi espalda contra la pared más cercana y, en medio de un beso más que excitante, se separa de mí unos centímetros y me mira directamente

a los ojos.

Por un momento me parece que caigo al vacío a través de ellos.

Sonríe a medio lado. Satisfecho. Concentrado en mí. Orgullosa.

Vuelve a besarme, esta vez con más pasión si cabe, con más ímpetu.

Echo la cabeza hacia atrás hasta que la pared la sostiene. Él besa mi cuello y yo me pierdo en sus besos.

Gruñe. Como si de un animal se tratase. Como si hubiese estado enjaulado mucho tiempo y, por fin, lo hubieran soltado. Como si quisiese morderme, comerme y deleitarse con cada centímetro de mi piel.

Me lleva a la cama y me tumba en ella.

Mi toalla se ha desatado debido a la pasión del momento y ahora solo cubre la piel entre mi ombligo y mis muslos.

Él parece disfrutar mirándome. Sonríe, como un depredador que ha conseguido cazar a su presa. Lo que él no sabe es que mi sonrisa, esa que ahora él admira, es más lobuna que la suya. Que yo también me siento como si lo hubiera cazado. Como si esto fuese algo pendiente en mi lista. Como si hubiera sido un reto, ahora logrado, conseguir que cayese en mi red. Esa red que seguramente él piensa que me ha tendido a mí para atraparme.

Los dos somos depredadores a la caza. Los dos estamos disfrutando de este momento. De la espera previa a la acción, al banquete.

Se deshace de su camiseta y la lanza al suelo. Se desabrocha el botón del pantalón y se baja la cremallera antes de arrodillarse en la cama, una pierna a cada lado de las mías, y acerca su boca a mi vientre.

Lo besa mientras asciende y yo cierro los ojos para sentirlo todo. Cada beso, cada roce de su lengua. Todo, quiero sentirlo todo.

Por fin llega a mi cuello, luego al lóbulo de mi oreja, mientras mis uñas se clavan en su espalda.

Su pulgar recorre mi labio inferior mientras nuestros ojos se devoran sin que nuestras bocas necesiten hacer nada más.

Lo empujo hasta que rodamos y me quedo encima de él.

Yo estoy desnuda y él aún tiene parte de su ropa, por lo que no estamos

en igualdad de condiciones.

Beso su cuello. Suave, delicadamente, como si el frenesí que nos rodea no estuviese aquí, como si mi cuerpo no me pidiera a gritos que le arrancara la ropa que aún tiene puesta.

Bajo por su pecho, no dejo de besar ni un centímetro de su piel. Lento. Muy lento.

Él se estremece. No lo disimula, no intenta negarlo. Disfruta y me lo hace saber.

Su cuerpo tiembla con el contacto de mis labios. Todo él tiembla y yo disfruto sintiéndolo.

Me deshago de sus pantalones y de todo lo demás.

Él tira de mí hasta que vuelvo a quedar a la altura de sus ojos. De esa sonrisa maliciosa que nos ha llevado a esto.

Me besa. Me besa como si fuera la primera vez y, al mismo tiempo, la última.

Hace que vuelva a quedarme debajo de su cuerpo. Atrapada entre su piel y mi cama.

Su boca se aparta de mí mientras, con una de sus rodillas, separa mi pierna.

No deja de sonreír, orgulloso, crecido, mientras se prepara.

No habla, no dice ni una sola palabra. Me mira y yo no aparto la visión de esos ojos oscuros en ningún momento.

—Hoy sí que estamos solos. Tú y yo —dice en un susurro muy cerca de mis labios.

Se hunde en mí y el resto del mundo desaparece. Se inmola. Se destruye.

Lo que él no sabe es que, en las últimas semanas, en mi imaginación, hemos estado él y yo solos muchas veces.

No importa. Nada importa fuera de esta habitación. Fuera de esta cama.

La hacemos arder mientras él gruñe y yo me deshago entera.

Rodamos por la cama como fieras salvajes. Sin control. Sin querer

tenerlo. Únicamente sintiendo. Haciendo lo que nos pide el cuerpo. Lo que nos ordena el instinto primario y animal que nos ha poseído en el mismo momento en el que su boca y la mía se unieron.

Deseo. Intenso y penetrante. Un deseo infinitamente mayor del que había conseguido sentir nunca.

Disfruto cada embestida, cada jadeo suyo. Cada respiración acelerada y cada esfuerzo. Cada cambio de postura, cada beso. Cada caricia. Las suaves y de las que no medimos la fuerza.

Lo disfruto todo.

—Joder. No sabes cuánto deseaba esto. Cuánto te deseaba a ti —me dice ahogado.

Yo vuelvo a besarlo. No necesitas hablar, pienso. Ya nos lo decimos todo así. Lo expresamos así y no necesito nada más.

Él parece entenderlo. Su intensidad aumenta y yo echo la cabeza hacia atrás hasta quedarme completamente estirada en la cama.

No tardo ni un segundo más en terminar y él me sigue muy de cerca.

Ha sido increíble. Impresionante. Insuperable y completamente necesario.

Se deja caer encima de mí y yo acaricio su espalda trazando pequeños círculos con las yemas de mis dedos.

Sigue temblando. Exhausto del esfuerzo. Del placer que nos hemos infligido.

Su respiración, desacompasada, acompaña la mía, aún desbocada.

Después de unos minutos vuelve a mirarme. Me besa la mejilla y luego sonrío.

—No venía precisamente a esto, ¿sabes? —me dice con la voz entrecortada.

—No se admiten devoluciones.

Él ríe y yo también.

Se acuesta a mi lado y, con sus dedos, acaricia mi vientre.

—Sabía que serías fogosa, Nicky, pero no tanto.

—Me tomaré eso como un cumplido...

—¿Tu bañera es suficientemente grande para los dos? —pregunta.

Después reparte algunos besos suaves y tentadores por mi cuello.

—Es lo bastante grande como para unos cuatro.

—Con que estemos tú y yo me basta.

Me coge en volandas y me lleva hasta el cuarto de baño.

—Has venido con las pilas cargadas, ¿eh? —sonrío.

—Te he echado de menos.

Benditos sean los sábados de bañeras hirviendo, sexo desenfrenado y orgasmos múltiples.

Héctor

Creo sinceramente que es la primera vez en mi vida que disfruto tanto de esto. Del sexo, de todo lo que conlleva. De los besos, de las ganas contenidas, del gusto que me da sentir cómo se estremecen debajo de mí. De que me toquen. De que me dominen.

Vacíó la bañera del agua fría en la que ya estuvo ella y vuelvo a llenarla antes de meterla dentro.

Nicky es tan increíble que no deja de sorprenderme.

Sabía que no iba a decepcionarme la experiencia, pero lo que no sabía era que iba a ser tan alucinante.

Es como un animal salvaje contenido en una muñeca de porcelana.

Se ha roto entera debajo de mi piel y ha renacido como una leona encima de mí.

Joder, lo tiene todo.

Me besa el cuello con esos labios tan suaves, tan tentadores que las rodillas me tiemblan.

Jamás he sentido algo así con un simple beso.

Es demasiado intenso como para no explotar.

Noto que desciende y, a la vez, que me obliga a hacerlo a mí también.

Hace que me siente en el borde de mármol de la bañera y ella se arrodilla enfrente de mí.

Sé lo que está pensando. Sé por qué sonrío de esa manera tan feroz. Sé qué va a hacer ahora.

Hago un esfuerzo titánico para no detonar la bomba interna y descontrolarme por completo cuando ella me devora sin esperar un segundo más.

La sensación es indescriptible.

Besa cada parte de mí. Lame cada rincón y me mira a la vez.

Lo hace tan bien que pienso que, en realidad, nadie ha sabido hacérmelo nunca. No así.

Le recojo el pelo que le cae encima de la cara con una de mis manos, cierro los ojos y me dejo llevar.

Mi mente se queda en rojo. No en blanco. En rojo, como su pelo en llamas. Como el fuego que se expande dentro de mí ahora.

El placer más absoluto se abre paso mientras ella no se detiene ni un segundo.

Sus manos viajan por mis muslos. Me acaricia y hace que me estremezca sin poder evitarlo.

Diosa. Es una diosa hecha carne.

Pongo la mano que me queda libre en su mejilla y la obligo a parar. Si no lo hace esto va a terminar demasiado rápido.

—Ven. Métete en la bañera —le digo antes de besarla.

Recupero parte de la vida que creí perder por el camino con cada beso suyo.

Ella obedece y yo me siento detrás suyo. Me detengo a observar esa hilera de planetas que lleva tatuada a lo largo de la columna. Le quito el

coletero que lleva en la muñeca y le recojo el pelo.

Me pongo gel en las manos y luego lo extiendo por su espalda a la vez que la masajeo.

Ella se relaja, se deja llevar. Intuyo que cierra los ojos. Suspira varias veces. Gime otras tantas.

—Me encanta tu tatuaje... —le susurro cerca del oído.

—Mm...

Hoy descubro lo placentero que es hacer gemir a alguien.

Acaricio cada rincón. Disfruto del contacto de su piel con la mía. Lo hago despacio, sin prisa. No pienso irme a ningún otro sitio que no sea este.

Ella debe saber lo que ve el resto del mundo cuando la mira. Si no, no habría trasladado todo el sistema solar a su espalda. No habría grabado cada planeta en su piel como si ella fuese el Sol y todo lo demás girase a su alrededor.

Es inmensa. Tanto que es capaz de resquebrajar el infierno con cada gemido.

También sé que es capaz de destruir el cielo si despliega las alas que se esconden detrás de ese tatuaje.

Cuando siento la urgente necesidad de volver a sentirme dentro de ella, la posiciono encima de mí, aún de espaldas y ella misma lleva el ritmo.

Me pierdo en los dibujos de su espalda. Me pierdo en ella. Dentro de ella.

Me recuesto en la bañera y ella se gira hasta quedar enfrente de mí, aún encima.

Comienza a moverse de nuevo. Arriba y abajo. Sin parar. Sin querer hacerlo.

Me mira directamente a los ojos y yo siento que no voy a ser capaz de aguantar mucho más si sigue clavándome esa mirada felina. Si sigue moviéndose así.

Se acerca a mí y yo pongo mis dos manos en su rostro. Ella no me aparta la mirada. Yo no soy capaz de mirar en otra dirección que al centro de esos ojos que ahora parecen tragarme entero.

No hablamos. No hace falta que ella diga nada y yo me siento totalmente incapaz de articular una sola palabra.

Nos miramos. Nos devoramos.

Ahora llevo yo el ritmo y ella gime como si fuera a desvanecerse después. Como si quisiera derribar este maldito edificio.

Toda ella se incendia. Me quema sin esfuerzo y yo disfruto cada embestida. Cada roce. Cada gemido suyo ahogado en mi boca.

Ella arde. Amenaza con reducirnos a cenizas a los dos en cualquier momento.

Justo en el momento en el que ella sonrío a medio lado yo no soy capaz de retenerme más y me deshago entero.

Joder, no tiene ni idea de que esa maldita sonrisa sería capaz de destruir la ciudad entera si se lo propone y, mucho menos, de que está reconstruyendo mi interior en ruinas.



Nicky

Abro los ojos con la sensación de haber dormido diez horas seguidas y con el cuerpo como si me hubiese pasado por encima un tren de mercancías.

Agujetas en las piernas, brazos doloridos, cabeza con tambores brasileños sonando sin parar y, de la zona equis, prefiero no hablar.

Me atrevo a mirar hacia el otro lado de la cama y me encuentro con una espalda espectacularmente definida. Bronceada. Con un pequeño lunar adornando el omoplato derecho.

Por un momento pienso que esto no es como haberme acostado con cualquier otro. Que esto no va a ser un *“ha estado bien, ya nos veremos”*. Más bien será un despertar de lo más incómodo. De esos que no sabes si meterte debajo de la cama o quedarte quieta y hacerte la muerta hasta que se vaya.

Él despierta cosas en mí que creía inexistentes.

Aunque desapareciera de un día para otro sigue siendo capaz de crear torbellinos dentro de mi estómago.

Sí. Definitivamente va a ser un despertar de lo más incómodo.

Parece profundamente dormido, así que yo intento levantarme sin hacer ruido o movimientos bruscos para evitar despertarlo.

No funciona. Solo con intentar levantarme él echa un brazo hacia atrás que atrapa a la primera mi cadera.

Me acerca a él.

Yo me dejo, total, escapar de esto ya es imposible.

Gruñe. Como si no quisiese ser consciente del todo de que la noche de ayer llegó a su fin y de que hoy seguíamos desnudos, en la misma cama y con las ganas totalmente perdidas en combate.

No digo nada. Ni siquiera sé qué podría decir que aliviara un poco la tensión.

—¿Has dormido bien? —pregunta con un susurro ronco.

—Sí.

Se gira quedando justo enfrente de mí. Sus ojos, abiertos por completo, parecen más llenos, como si anoche no hubiera habido un precipicio por el que caer ahí dentro.

—¿Incómoda? —pregunta como si averiguara mis pensamientos.

—Incómoda es gran eufemismo para describir esto, sí.

Sonríe a la vez que cierra los ojos unos segundos.

—¿No te ha resultado...?

—¿Placentero? Mucho, a decir verdad. Pero los despertares ya son otro asunto.

—Sigo siendo yo, Nicky. Sigue siendo tú, sé sincera.

—Bien. Tú lo has querido. No sé cómo actuar ahora.

—¿Qué sientes ahora mismo?

—Agujetas.

Se ríe a carcajadas y se tapa la cara con una mano.

—Nicky...

—Siento que no voy a enamorarme de ti, aunque quiera —digo sin pensar.

No sé por qué se me ha ocurrido hablarle de amor.

Es algo demasiado grande, demasiado intenso y no quiero que me

atropelle.

Él se quita la mano de la cara y me mira. No parpadea.

Me besa la mejilla y sonrío.

Quiero ser sincera con él y, como muy bien decía mi abuelo, lo que empieza torcido acaba torcido.

Aunque al mirar sus ojos... no sé. No soy capaz de encontrar nada dentro de mi cabeza que defina lo que siento.

—Adoro que seas tan sincera.

Se incorpora hasta quedar sentado. Su espalda queda completamente al descubierto y pienso que podría besar cada músculo, cada rincón de su cuerpo.

—¿Qué sientes tú? —pregunto desde la cama.

Él se gira, apoya una mano al lado de la almohada y me sonrío.

—Siento que voy a enamorarme de ti, aunque no quiera.

Me ruborizo y ahora soy yo la que se tapa la cara con las manos.

Él no tarda en acercarse. Deja un beso encima de ellas y se separa.

—Y... ¿cuál es el plan? —pregunto.

—Improvisaremos. Eso se nos da bien —sonrío.

Se levanta y comienza a recolectar su ropa que está esparcida por el suelo.

Yo me incorporo y me quedo sentada mirándole.

No me siento mal por haber sido sincera con él. Me siento... quizá sería mejor decir que no me siento. Sin más.

—Siento haber sido tan... directa.

—Lo peor de todo es que es una cualidad tan atractiva... —sonrío y me guiña un ojo.

No parece dolido. Es más, parece que le haya dicho todo lo contrario.

—Eres libre de desaparecer otra vez si te apetece.

Tengo demasiadas cosas a las que poner nombre y con su cuerpo cerca no

voy a ser capaz.

—¿Es una invitación? —pregunta mientras se ata los zapatos.

—Es una opción que puedes escoger si quieres.

Se acerca a mí, ya completamente vestido, y me besa la mejilla. Inconscientemente cierro los ojos.

—Eso solo aumentaría las ganas de verte —sonríe. Amplio, sincero.

—Vas a conseguir que me sienta mal, ¿sabes?

—¿Por qué? ¿Por utilizarme para saciar tus instintos animales y luego darme una patada en el culo para que me largue? —se ríe al ver la descomposición automática de mi cara. —Sé que no es eso lo que piensas, Nicky. Me flipa tu forma de ser y no me siento utilizado ni mal porque hayas sido brutalmente sincera conmigo. Eso solo te hace más... deseable.

—Se desea lo que no se puede tener, ¿es eso?

—Te deseo y te he tenido. Por unas horas has sido solamente mía. Voy a esforzarme para que vuelva a suceder.

—Ajá... soy un reto.

—Eres mucho más que eso.

—Tú no estás bien de la cabeza.

Se ríe y yo también.

La situación, aunque incómoda, parece relajarse gracias a él.

—Deja de ser tan así. Vas a acelerar el proceso y ya estoy bastante jodido.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con el ceño fruncido.

Él no ha dejado de sonreír, ni un segundo, se limita a mirarme, a moverse por la habitación y a no filtrar lo que sale por su boca.

—Que me vuelves loco, Nicky.

Se acerca a mi lado, pone su mano en mi cuello y me mira sonriente antes de besarme como si fuera la última vez.

Juega conmigo. Con mis labios, con su intensidad. Mi piel se eriza. Mi

mano se posa en su cuello y me limito a sentir sus ganas. Evito mencionar las mías.

Se separa unos milímetros de mí y sonrío.

—No es necesario que te vayas todavía —susurro.

—Es completamente necesario que lo haga.

—Reformulo la frase. No quiero que te vayas todavía.

—Repito. Es necesario que lo haga. Si no, corres el riesgo de que no me vaya nunca.

Ni yo soy capaz de articular una palabra más ni él es capaz de quedarse.

Se va. Como había llegado el día anterior. Llevándose toda mi calma con él. Toda mi paz. Toda mi serenidad se ha inmolado por su culpa.

En su lugar queda el caos. El desconcierto en todas sus formas. El laberinto de emociones más intrincado en el que me he aventurado jamás.

Mi mente mastica sentimientos contradictorios y digiere cualquier rastro de lógica.

Héctor

Bajo las escaleras de dos en dos porque necesito alejarme de ella cuanto antes.

Estoy jodido. Bien jodido.

Ella saca de mí palabras que ni siquiera soy consciente de crear en mi mente.

Cuando ella está cerca no pienso. No calculo. No controlo lo que digo y siento mucho más de la cuenta.

¿Cómo había sido capaz de hablarle de amor a ella? ¡A ella! Que es capaz de crear de la nada la calma y el caos según le venga en gana.

Va a conseguir que sea yo mismo quien me destruya por completo. Que me inmole con mis propios sentimientos. Yo no soy consciente de hacerlo, es

ella, que es capaz de crear todo esto que siento de la nada.

Jodido. Sí. Jodido porque no quiero esto y, sin embargo, ahora no imagino nada más atterradoramente tentador. Y, lo peor de todo, es que me gusta la sensación.

Me río cuando salgo del portal y busco mi coche. Ni siquiera sé dónde lo dejé anoche.

Mi móvil sigue en la guantera y tiene doce llamadas perdidas que se reparten entre mi padre, mi madre y Kevin.

Llamo solo al último de la lista. Los demás pueden sentarse a esperar.

—Deduzco por tu desconexión que la cosa fue bien, ¿no?

—Jodidamente mal, en realidad.

—¿Qué coño has hecho? —pregunta sorprendido.

—De todo, tío. Ella es... joder. Es ella. No hay más que decir.

—¡Entonces ha ido bien! ¿De qué te quejas?

—De que me ha dicho que no va a enamorarse de mí. De eso. Y de que estoy tan jodidamente mal de la cabeza que no voy a parar de intentarlo.

Se ríe a carcajadas mientras yo arranco el coche.

—Héctor enamorándose. Ver para creer...

—Vete a la mierda.

—A ver, colega. Lo único que tienes que hacer es dárselo todo. Si es ella. Si ella es para ti, tarde o temprano conseguirás lo que quieres. Si no... por lo menos no te morirás con la duda.

—¿Quién eres tú y dónde está el sádico salido que conozco?

—En este cuerpo serrano hay espacio para todos los Kevin que puedas imaginar, capullo. Te estoy dando el consejo de tu vida, idiota, cállate y atiende.

—Esto se cuenta y no se cree. Kevin dándome consejos. En alguna parte del mundo estarás creando un terremoto.

—Qué capullo eres... ¿Te crees que eres el único con dos dedos de

frente? Que yo no me exprese no significa que no sienta, ¿sabes?

—Venga, suelta ya lo que tengas que decir y déjate de tanta chorrada.

—Nunca te quedes con la duda y mucho menos con las ganas.

Pienso en Kevin. En el niño que conocí. En el hombre que ahora sé que no conozco lo suficiente.

—Bien.

—Aunque haya obstáculos. Aunque haya otros. Nunca dejes de intentarlo si es lo que realmente quieres, ¿me oyes?

—Vas a conseguir que me enamore de ti...

Me carcajeo y él lo hace conmigo.

—Soy demasiado para ti, tío. No sabrías ni qué hacer conmigo, así que centra tus deseos en ella.

—Te invito a cenar.

—Te estás desviando, Héctor. No es a mí a quien tienes que conquistar, hermano.

Me río tan alto que los conductores que me cruzo en el camino se me quedan mirando.

—Qué gilipollas eres. ¿Cenamos o qué?

—Claro que sí. También hay algo que quiero contarte.

—¿Qué?

—Hablaemos en la cena.

—Qué dramático te pones...

Colgamos después de despedirnos y yo me siento un poco más fuerte por dentro. Por primera vez desde que salí de su piso, respiro con normalidad.

Kevin siempre tiene esa extraña capacidad. Sea lo que sea lo que yo necesite, él parece saberlo incluso antes que yo mismo.

30



Nicky

Tedioso y agrisulce domingo. Ese es el título perfecto para este día de mi vida. Necesito que el día pase volando y poder volver al trabajo, enfrascarme en él y dejar de darle vueltas a las palabras de Héctor.

Enamorarse de mí, já. Como si eso fuera algo sencillo. Algo que pudiera sentirse sin más antes de que sucediese.

Está loco. Loco de atar.

Y yo aún más loca por pensar siquiera en si yo podría, de verdad, enamorarme de él.

En pensar si el problema de todo no está en que, poco a poco, ya lo estoy haciendo.

Evito llamar a Ric para contarle todo lo sucedido. Simplemente le mando un mensaje.

La pantera negra ha resurgido. 13:02

¡No me jodas! ¿Qué ha pasado? 13:11

Ha usurpado el nenúfar y no sabes de qué manera... 13:12

Te llamo y me cuentas con pelos y señales... 13:13

Te llamo cuando procese toda la información... 13:14

Eso no suena muy alentador.13:15

¿No te has quedado a gusto? 13:15

Sí. Hasta que ha hablado de palabras mayores... 13:16

Ya te ampliaré información. 13:16

¡¿Perdona?! 13:17

No vuelvo a contestar.

Ric y yo nos conocemos lo suficiente como para entendernos sin hablar. Si yo no le contesto él no insiste. Me deja espacio y se muerde hasta los codos esperando mi llamada con la explicación pertinente.

El resto del día no hago otra cosa que pensar. En mí, en él, en sus ojos, en su sonrisa, en la que yo pongo cuando él me mira. En las pequeñas descargas eléctricas que siento cuando la oscuridad de sus ojos se cierne sobre los míos.

Por suerte el día se desvanece rápido. Su recuerdo en mi mente no. El de que Eliot va a flipar cuando se entere, tampoco.

Abro la tienda a las diez en punto, aunque llegué a las nueve porque no podía estar en casa ni un minuto más.

Regué las plantas, cambié el agua de las flores cortadas, me deshice de unas pocas que se habían marchitado y llevé tres ramos al centro de mayores para alegrarles el día.

Llevo unos quince minutos sentada en mi zona de lectura ojeando una revista de centros florales cuando la campanita de la puerta me hace levantar la vista.

No deja de causar ese efecto en mí. Por muchas veces que lo vea traspasar esa puerta. El tiempo se detiene. Todo se detiene cuando él se aproxima a mí con esa sonrisa, blanca y amplia.

Hoy su barba es mayor, quizá no se ha afeitado en la última semana y media, lo que lo hace aún más atractivo. Más atrayente. Seductor en todos los sentidos de la palabra.

Unas botas *Panama Jack* color camel adornan sus pies. Un vaquero claro, rasgado por las rodillas, cubren sus piernas. La camiseta, azul añil, de manga larga, deja entrever que su pecho es digno de fotografiar y guardar en el cajón de la mesa de noche. Justo debajo de las bragas.

Lo peor, y lo mejor a la vez, son esos ojos. Esos azules, intensos. Esos que parecen envolverme cuando fija su vista en mí. Que me abrazan sin rozarme. Que me hacen sonreír, aunque no haya motivos para hacerlo.

Siento las grietas del infierno abrirse debajo de mis pies. El calor abrasador salir de ellas y quemarme.

Es increíblemente guapo. Joder, es guapo hasta rozar el cielo, bajar al mismísimo infierno y volver aquí.

—Buenos días, guapísima —se acerca a mí y me da un beso fugaz en los labios.

Tardo unos instantes en responder. Aún intento encontrar ese hilo rojo que ata mi consciencia a mi cuerpo para poder volver a introducirme en ese frasco que soy yo y poder actuar como una persona normal.

—¡Buenos días! —digo un poco nerviosa.

Se ríe y el mundo vuelve a pararse a su alrededor. Al mío.

—¿Qué tal? ¿Has descansado?

Vuelvo a salir de mi cuerpo. Vuelvo a esa cama envuelta en llamas donde me deshice de placer con Héctor. Donde grité, arañé y disfruté toda la noche. Vuelvo a ver su sonrisa, pícara y chulesca. Vuelvo a oír sus palabras una vez más y a estremecerme. Vuelvo a oír mi nombre rozando sus labios y la piel se

me eriza.

—Sí, al menos lo he intentado. Y ¿tú? ¿Un fin de semana entretenido?

«*Cara de póker, Nicky. Sonríe y pon cara de póker*».

Se sienta en la silla que queda libre y me mira sonriente. Yo me acerco la taza de té a los labios y bebo.

—Aburrido, la verdad. Pensé en llamarte para hacer algo, pero como querías descansar me retuve.

Toso y la mitad del té que me he metido en la boca sale disparado. Mancho la revista, la mesa y la mayor parte de mi camiseta.

Eliot se levanta de un salto a la vez que yo y luego ríe.

—Joder... —digo avergonzada mientras dejo la taza encima de la mesa y me sacudo la camiseta.

—Hoy no estamos finos, ¿eh? —vuelve a reírse.

Va al cuartito de los trastos y me trae un trapo para que intente secarme. Lo hago, sin éxito, obviamente.

Maldigo. Por ponerme esta camiseta blanca que ahora transparenta y deja ver parte de mi pecho. Maldigo por haber reaccionado así.

—Pues me he puesto bonita... Voy a ver si tengo algo para ponerme. Creo que ahora mismo dejo demasiado poco a la imaginación.

Eliot abre los ojos más de la cuenta cuando se da cuenta que puede ver a través de mi camiseta.

—Prometo no mirar... —se mete las manos en los bolsillos traseros del vaquero.

—Claro. Ya lo has visto todo. No hay nada nuevo aquí abajo.

—No podría cansarme nunca de verte desnuda —sonríe.

—Preocupantemente sincero...

Cojo una camiseta negra que había dejado en el cuartito de los trastos por si surgía cualquier cosa y me la cambio enseguida.

Adoro a la parte de mí que es previsor. Aunque supongo que esa parte

pensaba en que me mancharía con abono o que me echaría un balde de agua, sin querer, por encima. Nunca esto.

—Quiero invitarte a cenar esta noche.

—Mm... claro —sonrío.

Él asiente mucho más sonriente.

¿Cómo iba a negarme a ir con él a cualquier parte?

—¿Qué puedo hacer por ti hoy? —pregunta mientras yo me siento.

«¿*El amor encima de esta mesa?*».

—Pues he venido pronto y he hecho todas las tareas pendientes. Así que... poco queda por hacer —se sienta.

—Bien pues... ¿charlamos?

Lo miro. Me mira. Una batalla de miradas intensas cobra vida en mi imaginación. Él gana, claramente. Sus ojos azules atraviesan a los míos, más tímidos. Más pequeños.

Su sonrisa me interrumpe.

—Tú dirás —sonrío y me acomodo en la silla.

—Un abanico de posibles preguntas me asalta...

—La primera, entonces.

—¿Coges vacaciones alguna vez?

—No he cogido más de un día libre desde que abrí esto... ya hace ¿dos años? Dios... me acabas de obligar a ser consciente de que hace un milenio que no salgo de aquí —me tapo la cara con una mano.

—Habrá que arreglar eso...

El timbre de su voz sigue pareciéndome algo sobrenatural. Algo especial que acaricia mis oídos cada vez que las palabras se deslizan entre sus labios.

—¿Eso huele a propuesta? —pregunto sonriente.

Él asiente y se acomoda en su asiento.

—Es posible...

—Estaré encantada de escucharla.

—No sería mala ocasión hacerlo después de lo de las joyerías.

«¿Hacerlo? ¿Hacer qué? ¿El amor sobre esta mesa?».

—¿Hacerlo?

—Un pequeño viaje. Tendremos tiempo de hacer eso que estás pensando después de cenar —sonríe.

—Suena bien.

—Siguiente pregunta...

—Estoy lista.

Separa su espalda del respaldo de la silla, apoya los codos sobre sus rodillas y luego cruza los brazos.

No parpadea. Yo no respiro.

—¿Estuviste con alguien anoche?

Abro la boca y luego la cierro automáticamente. No respondo. No respiro. No circula la sangre por mis venas. Mucho menos lo hace el oxígeno por mi cerebro.

En blanco. Me quedo en blanco mientras ese alguien interno, ese que vive dentro de mi mente, grita que reaccione. Que reaccione ya.

Él ladea la cabeza y sonríe. Tal vez piense que lo estoy considerando o que me estoy haciendo la interesante. La verdad es que me he quedado muda.

Asiento.

—Sí —digo al fin.

«*Ya era hora, bonita*».

—Eso me parecía...

—Oye, Eliot... quería contártelo, pero...

—Tranquila, Nicole. No soy tu dueño, tú... —se calla e inspira. —Tú eres libre de hacer con tu cuerpo lo que te apetezca.

«*¡Ha dicho lo que te apetezca! Desnúdate. ¡Ahora!*».

—¿No te molesta?

Se carcajea y yo me muevo disimuladamente para que vuelva a llegar la sangre a todas mis extremidades.

—Claro que sí, pero yo no soy tu dueño ni quiero serlo tampoco.

—Entiendo... Bueno, no. ¡Qué demonios! No entiendo nada.

—A ver, Nicky. Me fascina estar contigo. Lo pasamos en grande juntos y me gusta verte así, libre. Si me propusiera hacerte solo mía sería tan común que perdería todo el sentido. Tú eres mucho más que el resto y, como tal, te mereces un trato diferente —sonríe.

—Eso quiere decir que te importa un pimiento si me tiro a todo lo que se mueve, ¿no?

Atónita es la palabra más concreta para definirme ahora mismo.

—Por supuesto que no. Pero me importa más el hecho de que, pudiendo elegir a cualquiera, me elijas a mí. Escucha... no voy a pedirte exclusividad, no voy a atarte, así los momentos que decidas pasar conmigo será porque quieras realmente y no porque te veas obligada. Es más especial así.

—No sé cómo tomarme todo esto —digo con la cabeza dando tumbos.

—Haz lo que sientas. Simplemente eso. Límitate a sentir y a hacer lo que el cuerpo y la mente te pidan.

Asiento porque no soy capaz de hacer otra cosa.

Sentimientos confusos se encargan de destruir mi mente y mi boca no se ve capacitada para generar ningún sonido. Así que no digo nada más.

Eliot se levanta, me acaricia el hombro y se dirige al cuarto de baño.

Suena un pitido en mi móvil que hace que deje de alucinar por un momento.

Voy a por él y el nombre de Héctor aparece en la pantalla. El estómago me da un vuelco.

¿Te apetece cenar esta noche? 11:16

Meto el móvil dentro del bolso sin esperar a que vuelva a contestar.

¿Qué pensará él de todo esto?

Me tiembla el estómago. No es remordimiento. No son mariposas. Es... complicado.

Eliot

Después de responder todas las llamadas que había dejado que sonaran hasta que las respondiera el contestador. Después de acabar reventado de cargar madera y bloques. Después de pasar un fin de semana de mierda, vuelvo aquí.

Ella está radiante. Resplandece. No necesita que nadie la ilumine porque ella irradia luz propia.

Sonríe casi todo el tiempo. No sé si es por mí o porque se ha acostado con alguien hasta que ha caído felizmente rendida.

Ella se encarga de disipar todas mis dudas. Está claro que esa sonrisa no me pertenece solo a mí.

Qué afortunado el cabrón que estuvo con ella mientras yo me deshacía de mis asuntos pendientes.

No había sido fácil. Era la vigésima vez que le decía a Elena que habíamos terminado y esperaba que fuese la última.

Sabía que no. Que ella me buscaría cuando volviera. Sabía que yo volvería a caer. Que volveríamos al bucle de siempre, pero necesitaba desconectarme de ella en el tiempo en el que estaba aquí.

Es una relación tóxica. Es algo que ella no comprende y que yo he terminado por aceptar.

La manera que tiene Nicole de expresarse sin hablar es increíble. No hace

falta que diga ni una sola palabra para que me dé cuenta de que piensa en alguien que no está ahora aquí. Sin embargo, eso de que se escaparía conmigo me da una oportunidad.

O lo de ese tío no es nada serio o es que ella es demasiado para un solo hombre.

Casi estoy seguro de que la acertada es la segunda opción.

No puedo dejar de darle vueltas a la cara que ha puesto cuando le he dicho que no necesito tener exclusividad con ella y no mentí cuando se lo dije.

Me revienta que no tenga suficiente solo conmigo, claro que sí, pero ¿cómo voy a negársela al mundo? ¿Cómo voy a negarme el mundo a mí mismo?

Nunca fui un tío acaparador. No lo soy ahora, ni siquiera con ella.

Soy un ferviente defensor de que la calidad de la vida está en la libertad. En esa de poder hacer lo que te venga en gana cuando te venga en gana.

—¿Dónde te apetece cenar? —le pregunto.

Tengo la extraña necesidad de que centre su atención en mí.

Tarda varios segundos en contestar. No la culpo. Esa mente tiene pinta de ser todo un caos por dentro.

—Pues... podemos ir al restaurante de Valerio esta vez.

Asiento mientras fijo la vista en sus ojos.

Ella me mantiene la mirada y me da tiempo a intentar averiguar qué hay detrás de esos ojos intensamente marrones que son cualquier cosa menos algo común.

Impenetrable.

—Perfecto.

Ella asiente y mira por la ventana. Como si esperase encontrar ahí a alguien en concreto.

No hay nadie, pero ella sonrío un segundo y luego me mira. Esta vez sí que me mira a mí.

—¿No tienes ningún otro trabajo que hacer hoy? —me pregunta con una leve sonrisa.

—Por desgracia no. O por suerte... —le sonrío para intentar causar algún efecto en ella.

Baja la mirada y sonrío también.

Me alegra conseguirlo.

—Pues eres una buena compañía, ¿sabes?

—Me alegra oír eso.

—Tienes esa extraña cualidad de hacer que me sienta en calma.

«En esa cabeza hay de todo menos calma».

—No suelo causar ese efecto en la gente.

—Claro... tú eres más de poner nerviosa a las personas. De que se derritan cuando las miras, ¿no?

Me río. Esa manía de escupir todo lo que se le cruza por la mente es alucinante.

—Supongo... ¿consigo algo de eso contigo?

—¡Cómo no! —se encoje de hombros.

«Bien».

—Y... ¿en quién piensas ahora? —le digo mientras me inclino hacia delante para quedar más cerca de ella.

Arquea una ceja y se ríe irónicamente.

—¿Por qué todo el mundo me hace esa pregunta últimamente?

—Ajá... pues algo de razón tendremos.

—Pues, por mí, pueden irse a tomar por saco los dos —sonríe.

Se encoje de hombros otra vez. Un gesto muy suyo. Uno que significa que lo que dice es lo que siente. Que no hay nada más detrás.

—Vaya carácter... —digo riendo.

—Tú no sabes dónde te has metido...

«Claro que no lo sé, pero no te haces una maldita idea de las ganas que tengo de averiguarlo».

—Cada día que pasa me tienta más descubrirlo —me cruzo de brazos y apoyo la espalda en el respaldo de la silla.

—Tú lo has querido... Aquí dentro —señala su cabeza —ocurren cosas espantosas y, la mayoría, salen por aquí —señala su boca.

—Es una cualidad tan atractiva...

Sus ojos se abren más de la cuenta.

—También me dicen eso últimamente. Yo no lo tengo tan claro. Me encantaría saber callarme a veces, ¿sabes? No decir cosas que siento, pero es inevitable.

Ella vuelve a mirar por el ventanal y yo no dejo de mirarla a ella.

—Todo superpoder requiere una gran responsabilidad.

—No te haces una idea... —bufa y se levanta.

No la sigo.

Intuyo que no quiere hablar del tema, que algo más, a parte de la conversación que hemos tenido, la corroe. Que no quiere abrir más la boca porque sabe que saldrá toda la munición acumulada sin control de dentro.

Yo no la culpo, claro. Al menos yo tengo la fortaleza, o la mala costumbre, de callarme cosas. Ella no. Ella lo suelta todo y que pase lo que tenga que pasar.



Nicky

La noche ha llegado antes de lo esperado. Mucho antes.

Me veo de repente saliendo de la bañera con el pelo empapado, con las rodillas temblando y con un cosquilleo interno que no para de molestarme.

Ric ya ha hecho el chiste de rigor. Ese de que estoy entre dos puertos y que se alegra de que sea así. Que ya es hora de que viva, dice. Como si no hubiese estado viviendo hasta este momento. Como si solamente hubiese estado viendo la vida pasar.

Y quizá algo de razón sí que tiene.

Me seco el pelo y los bucles poco definidos aparecen enseguida. Coloreo un poco mis mejillas y me pongo un poco de rímel.

Me planto en frente del armario como si eso fuera a solucionar algunas dudas.

No tardo en elegir un vestido de manga larga en tono burdeos con flores color mostaza. Coloco el cuello y abrocho cada botón delantero hasta llegar a la altura de los muslos.

Cojo unos calcetines invisibles y me pongo las all star blancas.

Ya son las nueve, así que cojo mi bolso, una chaqueta vaquera y me dispongo a salir.

Hemos decidido cenar en el restaurante de Valerio, así que miro el móvil

para ver si Eliot ya está allí y yo llego tarde.

Mi cerveza y yo te esperamos. 20:57

Voy de camino. Cinco minutos. 21:05

Inspiro todo lo que puedo después de cerrar la puerta tras de mí.

A la vista está que el nerviosismo se apodera de mi cuerpo. Como si fuera la primera vez que fuésemos a estar juntos. Como si fuera una primera cita. Y no lo es.

Todo sigue igual entre nosotros. Al menos todo lo igual que se puede estar teniendo en cuenta que hemos sumado otra persona a esta ecuación.

Todo sigue bien.

«Cada vez te mientes mejor, Nicky».

Llego al restaurante a las nueve y cuarto, porque he caminado más lento de lo normal. Intentaba, supongo, calmar el ansia y arrancarme los nervios de dentro.

No lo he conseguido.

Lo veo sentado en una mesa, al fondo, con una cerveza pegada a sus labios.

Me ve según entro y baja la botella despacio. Demasiado despacio.

Camino hacia él sin apartarle la vista. Él tampoco lo hace.

Me echo el pelo hacia atrás, por inercia, no por coqueteo. Camino firme, con una sonrisa, en mi imaginación incandescente, y él sonrío a medio lado.

Me siento justo enfrente y él no dice nada.

Sigue mirándome. Yo bajo la vista unos segundos y vuelvo a clavar mis ojos en los suyos.

Arden.

Como una fogata en medio de un campamento de verano. Arden y el calor que desprenden enciende mis mejillas sin pedir permiso.

—Buenas —digo por fin.

—Muy buenas —sonríe.

—¿Puedo tomarle nota, señorita?

Su voz, burlona, más que conocida para mí, suena a mi lado.

—Hola, cariño —digo apartando los ojos de Eliot y mirando a Ric.

Él me hace un gesto señalando a Eliot, sin que él se dé cuenta. Yo evito reírme y él no lo consigue.

—Qué guapa estás, Nicky. ¿Qué te pongo?

—Me vas a poner colorada. Ponme una cerveza y lasaña de verduras, por favor.

Él lo apunta en su bloc y luego mira a Eliot con una sonrisa más que amplia.

—Lo mismo que ella, gracias —él le devuelve la sonrisa.

Ric se va por donde vino y, al llegar a la barra, me mira. Eliot le da la espalda, Ric hace gesto de desmayarse y de que el corazón se le va a salir por la boca.

Yo evito responderle, pero sabe que eso es lo que siento yo ahora mismo.

Miro a Eliot. A su camisa verde botella con varios botones superiores desabrochados. Su vaquero oscuro, impoluto. Y hago un esfuerzo titánico para no suspirar y sacar a relucir esa sonrisa estúpida de niña que se babea encima.

—¿Qué tal has pasado la tarde? —me pregunta.

—Aburrida, sin ti.

Sonríe. Sonríe.

—Yo también hubiese preferido pasarla contigo en vez de estar cargando muebles, la verdad.

—El deber es el deber, supongo.

Silencio.

Sonrisas y silencio.

—¿Te sientes rara?

—No sé si rara es la palabra idónea para esto...

—Incómoda, nerviosa, ¿con ganas de salir corriendo quizá?

—Con ganas de no irme.

Sonríe amplio. Se inclina sobre la mesa y mira a los lados antes de fijar su vista solamente en mí.

—Te confieso que me hubiese gustado quedar en tu casa en vez de aquí, pero supongo que tengo que comportarme como un caballero para variar... Es un trabajo de contención bastante duro.

Me río y Ric aparece de la nada con mi cerveza. La deja delante de mí mientras reprime una sonrisa y Eliot vuelve a acomodarse en su silla.

Yo le guiño un ojo a Ric y él me devuelve el gesto antes de irse.

—Así que duro, ¿eh?

—Muy duro...

—Podrías haberlo dicho sin más, hubiese dicho que sí...

He de decir que, por encima de todo, adoro la sinceridad. Adoro el hablar con cualquiera sin medir las palabras, los gestos. Sin penar primero qué pensará la otra persona.

Me encanta ser yo misma y ser correspondida con la misma lengua sin filtros.

—Adoro cuando eres tan sincera...

—Adoro cuando tú lo eres también.

Hace un gesto casi imperceptible, pero que yo capto enseguida. Como si entrecerrara los ojos más de la cuenta solo un segundo y luego volviesen a su estado natural.

Es la primera vez que soy capaz de detectar algo así en él.

Mi móvil comienza a sonar y rompe mi concentración y su sonrisa.

—Perdona...

Él asiente y yo descuelgo el móvil.

—Hola, preciosa. ¿Te pillo bien?

El estómago vuelve a desaparecer de mi cuerpo y abro ligeramente los ojos.

—Hola. Pues... la verdad es que estoy ocupada. ¿Pasa algo?

—Siento interrumpir. Solo quería hablar un rato contigo.

—Estoy cenando con... alguien. Puedo llamarte cuando llegue a casa, si quieres.

—Claro. Cuando quieras.

Su voz es suave, tenue incluso.

—Bien. Hasta después.

—Disfruta, pelirroja.

Luego cuelga.

Eliot me mira con una sonrisa burlona en la cara. Como si supiera con quién hablaba yo. Como si supiera lo incómoda que me siento ahora mismo.

—¿De qué hablábamos? —pregunto para salir del paso.

—De tu sinceridad absoluta —ríe.

Si pudiese esconder la cabeza debajo de la mesa y pasar desapercibida, lo haría.

—Ah, sí. De eso...

Otro silencio. Más incómodo. Más intenso.

Nos miramos y nos empezamos a reír a carcajadas. Como si del mayor chiste se tratase.

—Eres transparente, ¿sabes? —me dice mientras su mano atrapa la mía.

Sus dedos acarician los míos. Uno por uno. Mientras su mirada se me clava en la piel.

—Por desgracia sí... —le sonrío.

Él me sonrío a mí como si nadie más estuviese entre los dos. Como si de verdad, en esta parte del universo, fuésemos solo él y yo. Y me derrito, claro. ¿Cómo no voy a hacerlo?

—Estás preciosa —besa mi mano sin dejar de mirarme.

«*Se te han caído las bragas, Nicky*».

—Bah. Lo dices por decir... —me río y echo mi pelo hacia atrás en un gesto exagerado.

Él también se ríe y nos relajamos bastante.

Cuando llega la lasaña, ya hemos vuelto a conversar con tranquilidad. Como siempre desde que nos conocimos.

Ric se ha propuesto intentar leerme el pensamiento cada vez que se acerca a nuestra mesa y yo lo miro de reojo intentando no partirme de risa.

Comemos con calma. Como si ninguno de los dos quisiera irse a ningún otro sitio.

La charla es amena. Él me cuenta muchas anécdotas de cada visita suya a la ciudad y sobre cómo es su vida en su hogar.

Yo le cuento mis planes de tener algún día una casa a la orilla del mar o en un pueblo alejado del ruido y más de un contratiempo que he tenido dentro de mi pequeño bosque.

—Se nos ha hecho corta la noche ¿o solo lo noto yo? —pregunta mientras salimos del restaurante.

Ric nos ha invitado amablemente a largarnos porque ya hemos excedido el tiempo de gracia. Esa media hora que te dan los locales después de la hora de cierre.

—La verdad es que sí. Me lo he pasado genial.

Me despido de Ric con un movimiento de mano.

Él dibuja un corazón en el aire con su dedo índice y Eliot se echa a reír.

—Te acompaño a casa —afirma Eliot.

—No te preocupes. Es tarde y... estoy algo cansada ¿Nos vemos mañana...?

Mi frase se corta después de que sus labios entren súbitamente en contacto con los míos.

Sus manos acarician mis mejillas y mis rodillas pierden firmeza al instante.

Me agarro a sus brazos, tanto por el ansia reprimida de querer tocarlo, sentirlo, como para evitar caerme de bruces al suelo.

Sus labios son delicados, cálidos. Inspiro su olor. Suave, ligero. Como una nube que me transporta automáticamente a otro lugar.

Todo se borra alrededor de nosotros cuando inspiro su olor. Cuando sus manos viajan hasta mi cuello y luego descienden a lo largo de mi espalda para acercarme más a su cuerpo.

Lento. Suave y lento.

Es extraño. Porque yo tenía tantas ganas de sentirlo, tantas ganas de besarlo, de fundirme con él, que pensé que nuestra unión hoy sería lo opuesto a esto. Que sería rápido, salvaje, apasionado.

Sin embargo, es un beso cargado de cosas dulces.

Eliot

No es que no tuviera ganas de besarla, que las tenía. Pero el principal motivo fue que quería sacarle de la cabeza a la persona que la había llamado y por la que había estado media distraída.

Por unas horas la quería solo para mí. ¿Tan malo es eso?

Sus labios son como morder una maldita nube. Suaves, dulces y tan expertos...

No puedo negar que, al tocarla, al unir su cuerpo contra el mío, no pienso en otra cosa que en arrancarle la ropa y hacerlo aquí mismo.

Como le he dicho a ella, lo mío es un trabajo de contención bastante grande.

Noto que la gente que pasa por nuestro lado nos observa. Ella ni siquiera parece darse cuenta de eso, por lo que me siento bien conmigo mismo. Sigo teniendo la capacidad de hacer que ella se evada del resto cuando la beso.

Mis manos se enredan en sus rizos pelirrojos.

Ella hunde las uñas en mi espalda, puedo sentir las aún con la camisa puesta y eso me transporta directamente a la encimera de su cocina, a su sofá, a cualquiera de las paredes de su casa.

Sé que le gusta, que disfruta de este momento y yo me siento orgulloso por ello.

Ella es capaz de encenderme sin esfuerzo.

Joder, si es capaz de hacerme sentir tan tentado con un simple beso, tan excitado, ¿qué no sería capaz de conseguir de mí?

No puedo sacar esa imagen de mi pensamiento. Esa de ella encima de mí o debajo. Realmente da igual la posición siempre y cuando ella desate a la salvaje que lleva dentro.

Mi beso se vuelve más rápido, más voraz y ella me sigue.

Joder, ella me sigue y yo creo que no voy a poder parar.

Sus manos viajan por mi espalda y todos mis músculos se tensan con su contacto.

Mis manos se posicionan en su cuello y noto que está ardiendo. Realmente disfruta de mí, de este instante conmigo.

«Desnúdate aquí, en mi casa, en la tuya, me da igual, pero necesito sentirte».

Me separo un instante de ella, necesito decírselo, pero ella me mira extrañada. Frunce delicadamente en ceño como si no entendiese por qué me detengo, si estaba siendo más que placentero. Yo jamás imaginé que un simple beso fuese capaz de hacer que me descontrolara.

«Contente».



Nicky

No sabría decir exactamente el tiempo que estuvimos besándonos. Saboreándonos. Sintiéndonos el uno al otro.

No sé en qué momento el restaurante quedó a oscuras, sin nadie en su interior. No sé en qué momento volví de ese lugar mágico al que me había transportado mi imaginación, y los labios de Eliot, al cerrar los ojos.

Ni lo sé ni tampoco estoy muy preocupada por averiguarlo. Mucho menos cuando, por desgracia, él se separa de mí y me obliga a abrir los ojos para atravesarme sin esfuerzo con los suyos.

Ese mar retenido en dos pupilas brillantes que me absorben y me hacen creer que puedo nadar en ellos.

Sonríe mientras yo sigo inmóvil y, sin embargo, llena de vida. Repleta hasta el último rincón de mi ser de una luz brillante y casi cegadora. De una luz cálida que me arrulla desde dentro. De la luz que él transmite. De la luz que transmito yo.

—Perdona, ¿qué decías? —enarca la ceja y sonrío a medio lado.

«*Maldito...*».

—No tengo ni la más mínima idea...

Y vuelvo a besarlo como si no fuese a tener otra oportunidad de hacerlo.

No me reprimo, no quiero hacerlo.

Quiero que sienta mi luz. Toda ella. Quiero intentar que se transporte a un lugar que le dé paz con el simple contacto de mis labios. Quiero que sienta todo lo que he sentido yo a través de los suyos.

Yo vuelvo a viajar. A volar. A sentirme llena. Viva.

Él enreda sus dedos en mi pelo y yo rodeo su cuello con mis brazos.

El ruido del tráfico se desvanece. Las luces exteriores también lo hacen. El sonido de la gente, el ladrido de los perros, el sonido de mi móvil. Todo desaparece.

Si tuviera que describir con una palabra todo esto sería paz.

La paz más sincera y absoluta.

Y ojalá hubieran sido horas, pero minutos después estallamos la burbuja que hemos creado y volvemos a la realidad. A la atronadora ciudad que nos rodea.

—Te acompaño a casa —repite y yo, esta vez, asiento.

Caminamos muy juntos. Mi hombro casi roza su brazo al andar y nuestras sonrisas hacen el conjunto perfecto.

—¿Le molestará a tu amigo? —pregunta divertido.

Yo lo miro extrañada y sacudo la cabeza.

—Sinceramente no lo sé... No creo que haya dos tíos como tú por ahí, ¿sabes?

Él se echa a reír y yo lo miro con una ceja arqueada. Se lo toma a risa. Yo no.

—¿Vas a contárselo?

—Claro que sí, no podría callarme esto.

—Tan sincera que asusta... Yo sí que no creo que haya dos como tú por ahí...

Mi mente hace un viaje fugaz a esa cama que hicimos arder Héctor y yo. A su boca devorando la mía, a su cuerpo envolviéndome, a sus palabras intensas. A todo él.

Tan distinto a esto. Tan opuesto a este momento y, sin embargo, igual de

tentador. Igual de placentero. Igual de intenso.

—Si hubiese dos como yo por ahí, el mundo se inmolaría...

Los dos nos reímos y él me pasa el brazo por encima de los hombros. Yo me dejo envolver por su perfume que acaricia mis fosas nasales y me invita a cerrar los ojos sin remedio.

—Con una como tú es suficiente, demasiado quizá. Me siento privilegiado de poder compartir estos momentos contigo.

—Exageras...

—¡Claro que no! No te haces una idea de lo placentero que es escuchar siempre la verdad sin paños calientes.

—Pues no... porque normalmente no suelo recibir lo mismo a cambio.

Otra vez ese gesto. Ese que pasaría inadvertido por el resto del mundo, pero no por mí.

Y no me gusta.

Llegamos a mi casa con mi mano agarrando su cintura y la suya acariciando mi hombro.

Sensación placentera donde las haya. Sensación que se empaña por eso que creo que se calla. Por ese maldito gesto que me hace desconfiar.

Me besa la frente antes de separarse de mí y yo sonrío sin querer.

—¿Hasta mañana? —pregunto.

Me siento extraña ahora y, la verdad, no me apetece hacer nada más con él esta noche.

—Hasta mañana —sonríe y espera hasta que entro y cierro la puerta tras de mí.

Tecleo el número de Ric en el teléfono cuando recupero un poco la compostura.

Un tono. Dos tonos.

—Eres una canalla. Una arpía. Una sinvergüenza.

—Y tú eres muy envidioso...

Nos desternillamos los dos.

—Dios, Nicky... estaba de toma pan y moja.

—Y que lo digas...

—Y mojaste, bandida. Vaya si mojaste...

—Ya te digo, pero hay un *pero*.

—¡Bueno! Aquí viene Nicky entre fantasmas. ¡Los ves donde no los hay!

—Creo que he calado un gesto que hace cuando miente y no me gusta nada.

—Te estás volviendo loca, lo sabes, ¿no?

—Vamos, Ric... que sí, que está como un queso y que sí, que nos lo pasamos bien juntos y ¡ah! No te lo pierdas, le he dicho lo de Héctor y me ha dado su bendición, ¿cómo te quedas?

—¡¡¿Perdona?!!

Le cuento a Ric largo y tendido la conversación más extraña de toda mi vida. Él flipa en colores también y yo me siento menos rara.

—Y ¿qué opina Héctor?

—No lo sé... Me llamó justo cuando estaba cenando con Eliot y... ¡mierda! Le dije que lo llamaría cuando llegase a casa.

—Pues que se ponga a la cola. Primero estoy yo y luego el resto de amantes que vas dejando por las esquinas, bonita.

Me río con fuerza y él también lo hace.

—No seas exagerado... Además, todo es un lío.

—Bueno... cuéntame qué pasó con Héctor y luego serás libre.

—Nos acostamos. Fue una pasada, la verdad. Pero todo se fue al traste cuando me dijo que podría enamorarse de mí...

—¡No me jodas! Y tú ¿qué le dijiste?

—Que no podría, aunque quisiera...

—Nicky rompecorazones...

—Lo sentí así, Ric. Es un tío genial. Nos lo pasamos bien, me hace reír, me hace sentir cosas, pero... es muy pronto para saber si habrá algo más entre nosotros.

«*Aunque juro que me encantaría saberlo*».

—Y ¿qué sientes cuando estás con Eliot?

—Demasiadas cosas a la vez, pero Héctor también me hace sentir demasiadas cosas, joder.

—Tienes un problema.

—Tengo dos problemas.

Me quedo pensativa un instante. Más de lo que debería, quizá.

—Tranquila.

—Bueno... ya se verá. Tampoco me voy a volver loca con esto.

—Y ahí está. Nicky y su armadura de hierro.

—Estos dos me la están destrozando.

—No seas tonta. Quítatela, sacúdete y siéntelo todo.

—Eso intento, eso intento...

—Eso quería oír. Ahora eres libre, pequeño saltamontes —me dice antes de reírse.

—Y tú eres idiota...

Cuelgo después de acompañar su carcajada con otra igual.

Sin pensar mucho más en el asunto, busco su nombre en mi agenda, pulso la tecla que obliga al móvil a llamar y espero.

Un tono. Dos. Tres. Cuatro. Cinco...

—Buenas noches... —dice su voz suave y a la vez ronca.

—¿Te he despertado?

—Sí, pero no importa.

Escucho cómo se despereza y suspira al otro lado del auricular.

—Duerme. Hablamos mañana.

—Tu voz me desvela así que... cuéntame. ¿Qué tal tu cita?

Me quedo en blanco unos segundos.

—¿Cómo sabes que he tenido una cita? —pregunto sorprendida.

—Intuición... ¿Lo has pasado bien?

—Mucho.

Sigo seria, él no parece molesto en absoluto.

—Bien. Me alegro.

—Gracias, supongo.

Esto entra automáticamente en mi top cinco de conversaciones incómodas y absurdas.

—¿Tendrás tiempo para mí esta semana?

—Claro que sí —digo automáticamente sin pensar.

—Me alegra escuchar eso.

—Bien. Eh... es tarde. Creo que debería acostarme o si no, no voy a poder levantarme mañana.

—Claro. Si te apetece almorzar o cenar mañana solo tienes que llamar, ¿vale?

Me incorporo en el sofá hasta quedar sentada. Apoyo los codos en las rodillas y me froto las sienes con la mano que me queda libre.

—Puede estar bien, sí.

—Genial. Espero tu llamada.

—Bien...

—Nicky...

—¿Sí?

Me levanto y voy camino de mi habitación mientras la cabeza me da vueltas.

—Eres libre. Disfruta. Haz lo que te apetezca y, por favor, no te sientas incómoda. Conmigo no. No me debes nada. Me gusta pasar tiempo contigo y

no tengo problema en poner mis cartas sobre la mesa. Solo te pido una cosa. No escondas las tuyas.

—Me alegra oír eso porque me estoy asfixiando un poco.

Ríe y yo río también.

—No tienes por qué. Sigo siendo yo. Puedes azotarme, en sentido figurado, con esa boca malhablada tuya siempre que quieras. A menos que quieras hacerlo literalmente. También me dejo.

—Eres un guarro —me carcajeo y él lo hace conmigo.

—Y tú vuelves a ser tú. Tienes la libertad de contarme todo lo que quieras. Lo que te preocupe, lo que te guste... todo. No voy a salir corriendo ni voy a montar ninguna escenita, tranquila.

—Por mucho que me dé rabia admitirlo. Molas bastante. Más de lo que me esperaba.

—Mini punto para Don dinero.

—Eres idiota —me río a carcajadas.

—Es un pequeño precio que pagar por escucharte reír.

—Pues lo consigues.

—Y no sabes la alegría que me da hacerlo...

Me siento en la cama, me quito los zapatos y comienzo a desabotonarme el vestido.

—Dame un segundo, estoy quitándome la ropa.

—Esto se pone interesante... ¿Vas a describirme la escena o tengo que imaginármela?

—Oh claro... puede ser divertido. Veamos... —digo más alto mientras dejo el móvil con el altavoz puesto encima de la cama.

—No te creo... —dice divertido.

—Me estoy desabrochando el vestido... Ahora me lo quito y lo dejo caer en el suelo...

—No me jodas, Nicky. Me estás poniendo en un compromiso...

—¿Qué compromiso?

—Pues el de ejercer de oyente o el de tocarme mientras sigues hablando...

—Pues esto va a encantarte y seguro que te hará tomar una decisión rápida.

—Ah ¿sí?

—Sí... ya lo creo que sí...

—Vamos, sigue —dice con la voz temblorosa.

—Ahora me rozo con las yemas de los dedos las piernas al colocarme unos calcetines de lana hasta las rodillas, una camisa de propaganda de Heineken y un moño en lo alto de la cabeza. ¡Tachán!

Una carcajada titánica suena al otro lado del auricular y yo me deshago riéndome también.

—Dios... eres increíble.

—¿Qué esperabas, idiota? —sigo riendo.

—Joder, no sé. Esto no. Ahora dame dos segundos... voy a ponerme los calzoncillos de nuevo.

Me nace una carcajada de lo más hondo y él la acompaña.

—¡Mientes!

—Oh, no. Ya lo creo que no...

—Pues nada, imagíname y, no sé, ponte creativo. Yo me voy a dormir que mañana no va a haber quién me despegue de la cama.

—¿Vas a dejarme así? Ya te vale...

—Te calientas demasiado rápido, Don dinero.

—Eso es solo culpa tuya.

Me río con ganas mientras me acomodo debajo de las sábanas.

Es tan agradable hablar con él, tan divertido, tan... confuso.

—Entono el mea culpa.

—Tú sí que haces buenas las noches, Nicky.

—Tú también... —sonríó sincera.

—Mañana pasaré a verte, llames o no. Prometo mantener la compostura.

—Puedes pasar cuando quieras, ya lo sabes.

—Buenas noches, pelirroja.

—Buenas noches, Héctor.

Escucho esa exhalación que hace cuando sonrío inesperadamente y cuelgo después.

Me acurruco en la cama con una sensación más dulce que cualquier otro día.

Sé, y no lo diré en voz alta, que suena a locura, pero... me gusta.

Joder que si me gusta. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Su fachada, su frasco, es increíblemente sexy, irresistible, a decir verdad. Su espalda es una maldita escultura que no me cansaría de besar, de tocar... Sus ojos y su sonrisa son una auténtica locura. Me perdería ahí el resto de mi vida si pudiera.

No consigo reprimirme, ¿por qué debería hacerlo?

Él me hace reír. Me escucha. Me alaba. No intenta amarrarme. Todo lo contrario, me obliga a volar, igual que Eliot. ¿Cómo demonios voy a ser tan imbécil de ignorar todo esto? ¿Cómo voy a dejarlo pasar?

Me obligo a ser sincera conmigo misma en voz alta. Supongo que eso lo hará más real.

—Eliot me gusta, pero ese gesto traicionero no. Héctor me gusta, pero me inquieta que pueda volver a desaparecer... —bufo y cierro los ojos. —No había un berenjenal más grande en el que meterme, ¿no?

Héctor

La verdad es que no creí que llamara. Supuse que estaba bien

acompañada y que yo había quedado en un segundo plano esta noche.

Descargué dándole unos puñetazos al saco de boxeo que muy acertadamente me había regalado Oliver hace unos años.

Para descargar tensión laboral, decía.

Y una mierda laboral. Todas mis tensiones se concentran en ella.

En imaginar a otro tío cerca de su cuerpo. Que él se atreviera a tocarla me hizo gruñir. Descargué tanta energía en el saco que acabé reventado.

Me di una ducha fría y me fui a la cama sin una gota de alcohol.

Merecía sentir todo esto. No quería anestesiarme. Ya no.

No hacía mucho que me había quedado dormido cuando el móvil sonó. Su nombre en la pantalla me hizo sonreír antes de responder.

Su voz estuvo intacta hasta que le pregunté por su cita. Ella tenía que saber que yo lo sabía. Que sabía y entendía que se viera con otros hombres.

Ella no es mía, joder. Nadie puede pretender que sea suya.

Ella decide por sí misma dónde, cuándo y con quién quiere estar. Es el vivo retrato de la libertad y eso me encanta. Jamás podría ni querría quitarle eso.

Privilegio sería que me eligiera. Que le bastase solo conmigo. Que fuese feliz siendo libre conmigo.

Mañana iré allí y la besaré como si solo estuviese yo en su vida. Como si ella solo quisiese compartir su tiempo conmigo.

Hundo la cara en la almohada e intento sacarla de mi cabeza. Si quiero dormir, es necesario que lo haga.

Mi móvil suena otra vez y lo cojo enseguida sin mirar quién llama.

Tiene que ser alguien de confianza para molestarme a estas horas.

—Diga —respondo serio.

—Me gustas. Tenía que decirlo en voz alta porque si no iba a explotar, ¿vale? Ya puedo irme a dormir en paz.

Cuelga.

Miro la pantalla y veo su nombre un instante antes de que desaparezca.

La luz de la pantalla se apaga y yo me quedo mirándola, sin verla, en la más absoluta oscuridad.

Su voz aún resuena dentro de mi cabeza.

Por fin reacciono y sonrío. Luego río y me tapo la cara con la mano.

Que dos simples palabras sean capaces de crear tanto es algo que no llego a entender.

Me levanto de la cama y me quedo sentado con los pies en el suelo.

Busco en las llamadas entrantes para asegurarme de que ella ha llamado y que no ha sido producto de mi imaginación. A estas alturas ya soy capaz de imaginar cualquier cosa.

Pero no. Ahí está. Su nombre. La hora. Y sus palabras vuelven a acariciarme la mente.

«*Me gustas*».

Un *me gustas* por mi parte no sería capaz de abarcar todo lo que ella me hace sentir.

La llamo para decirle todo lo que me explota dentro, pero ella no responde.

Me pongo un pantalón de chándal, una camiseta y una chaqueta con capucha.

Necesito correr.

Salgo a la calle y prácticamente no hay nadie más que yo a la vista.

Los focos de los coches que circulan es lo único que alcanzo a ver cuando empiezo a correr sin rumbo.

Sonrío al hacerlo. Necesito descargar toda la tensión contenida. Necesito seguir escuchando su voz en mi cabeza. No puedo dormirme ahora.



Nicky

El despertar es todo magia. Todo calma. Perfecto equilibrio.

La alarma no ha sonado y yo ya me desperezco sentada en medio de la cama.

Me levanto y me doy una ducha rápida. Me visto con un vaquero ceñido, unas botas marrones y una blusa de botones color mostaza. Me hago una coleta alta y me pongo un poco de colorete.

Me sonrío en el espejo. Porque sí. Porque me apetece. Porque yo lo valgo y lo merezco.

Es un día precioso.

Las nubes se han esfumado. El sol brilla en todo su esplendor y casi no siento el ruido de la ciudad. No porque no lo haya, sino porque mi interior está en silencio, en armonía, y tapona mis oídos para que siga teniendo esta paz interna.

Abro la tienda a las diez y cinco. Dos clientes esperan mi llegada y los atiendo casi sin soltar el bolso.

La campanita vuelve a sonar cuando estoy agachada de espaldas a la puerta recogiendo algunas hojas que se han caído de los helechos.

Me giro y me encuentro con Eliot más cerca de lo que debería.

—Buenos días —dice antes de abalanzarse sobre mí.

Sus manos van directas a mi cuello y me besa, las mías pierden toda la fuerza y se me caen las hojas que había recogido.

Da varios pasos hacia delante y yo los mismos hacia atrás hasta quedar apoyada en el mostrador.

Evito cavilar lo que está pasando y me entrego a él. A la pasión que me genera cuando está cerca.

Nos enzarzamos en una guerra, en una ardua batalla sin claro vencedor a la vista. Solo por el disfrute de pelear. De sentir cómo nuestras bocas se excitan la una a la otra.

Poco después se separa y pega su frente a la mía.

Aún tiene sus ojos cerrados y rezo para que sea así un poco más. Si los abre...

Joder, si los abre corro el riesgo de ahogarme en ese mar que guardan ahora sus párpados.

Finalmente, me mira mientras mis manos se colocan encima de las suyas que, a su vez, aún acarician mi cuello.

—Así vale la pena empezar los días...

—Buenos días a ti también —sonríó recuperando el aliento.

Él sonríe también. Me besa la frente y se separa de mí hasta quedar a menos de un paso de distancia.

—¿Qué hacemos ahora? —me pregunta.

—Bueno... podemos sentarnos a charlar, tomar un té o...

Vuelve a acercarse rápidamente, pone una mano en mi cuello y la otra en mi cintura.

Me besa.

Esta vez suave, tierno, delicado y lento.

El encuentro no dura más que unos segundos, pero yo siento que mis pies flotan. Que ya no toco el suelo. Que podría salir volando de aquí.

—Lo siento, ¿qué me decías? —dice divertido.

—O podemos seguir besándonos...

Ríe y yo me apoyo en el mostrador intentando aparentar normalidad. Sobre todo, porque estoy a punto de mearme encima de la emoción.

—¿Nos sentamos? —pregunta señalando mi rinconcito de lectura.

—Claro. Ve tú y ahora te alcanzo —le hago gestos con la mano para que se vaya.

—¿Te pasa algo? —frunce el ceño.

—Nada importante. Me tiemblan las rodillas como si hubiese un maldito terremoto bajo mis pies, pero nada que no se solucione si te alejas lo suficiente.

Levanta las palmas de las manos y retrocede unos pasos hasta sentarse. Apoya los codos sobre las rodillas y el mentón en sus manos.

—Me gusta causar ese efecto en ti —sonríe pícaro.

Yo intento recomponerme.

No es como cuando lo ves venir. Cuando sabes que te vas a besar y tienes esos segundos para prepararte. Para imaginarte y hasta plantearte si te va a gustar o no.

Ha sido un beso a traición. Varios, en realidad y vaya besos...

Le sonrío y la campanilla de la puerta me obliga a salir de mi ensoñación.

Las pupilas se me dilatan. Esto tiene toda la pinta de acabar fatal.

Camina de manera chulesca. Ese traje azul marino le queda como un guante y hoy no lleva corbata. Un par de botones desabrochados en su camisa blanca dejan ver un poco de su pecho y yo sigo agarrándome al mostrador mientras rezo para mi adentro para que se quede a una distancia prudencial de mí.

Mira a su izquierda, saluda a Eliot con un movimiento de cabeza y este le devuelve el saludo levantando una mano.

Yo me obligo a sonreír. Tal vez me sale algo forzado, pero ahora mismo no estoy concentrada como para ofrecerle algo más.

Todos mis pensamientos se centran en el hecho de que se sigue acercando

y parece que no va a detenerse hasta que llegue aquí. A mí.

—Buenos días, preciosa —dice con esa voz suave y ronca a la vez.

Esa voz sensual que hace que me tiemblen las partes bajas y que la ropa interior se me volatilice. Esa que me hace sonrojar sin quererlo.

No voy a mentir. Me encanta que me haga sentir así.

—Buenos dí...

Su mano derecha se posa en mi mejilla y me acerca a él hasta que me besa como si hubiese pasado años sin hacerlo. Como si las ganas lo estuviesen devorando por dentro y ahora fuese él quien me devora a mí.

Y por un segundo me olvido del resto, aprieto la madera con las manos y le devuelvo el beso.

Pierdo la cabeza. La cabeza y las bragas, vamos a ser sinceras.

No dejo de agarrarme al mostrador porque, si lo hago, me caería de boca al suelo. Él no aleja sus manos de mí.

Ahora sí siento que vuelo. Siento las malditas mariposas en el estómago, en la planta de los pies y en la pepitilla del kiwi.

¿Cómo demonios es capaz de hacer que sienta tanto?

No quiero que se acabe, no quiero que me suelte. Me reafirmo en el hecho de que me gusta. Me odio por no querer sentir. Por reprimir ese instinto animal que él saca de mí. Por pensar a veces que no, que lo nuestro es carnal solamente.

Su boca, instantes después, se separa de la mía. Me sonrío, me observa detenidamente y besa mi frente.

¿Cómo puede ser carnal si es capaz de elevar mis pies del suelo con esa sonrisa tan suya? Tan mía ahora.

—Ahora sí son buenos —no deja de sonreír.

Yo debo tener una cara que es la mezcla perfecta de pánico y desconcierto. Vamos, que he de parecer un cuadro de Picasso.

—¿Te has levantado cariñoso hoy? —pregunto evitando mirar a Eliot.

Aunque lo veo por la periferia de mi ojo derecho y sigue en la misma

posición.

—Tenía ganas de verte... ¿eso es malo?

—Para nada... —sonríó sin poder evitarlo.

Se ríe y se separa un paso de mí. Se coloca la chaqueta del traje y me funde con la mirada.

Él arde. Lo noto. Yo... también.

—¿Te vienes a almorzar conmigo?

—No... no lo sé. ¿Hablamos luego? Deja que me recomponga... —miro al suelo y luego a él.

Acerca sus labios a mi oreja y susurra.

—Me apuesto cincuenta pavos a que lo he puesto celoso... —se separa de mí con una sonrisa chulesca en la cara, se da la vuelta y se encamina hacia la puerta —Espero tu llamada, preciosa.

Echa la vista atrás una vez más para guiñarme un ojo.

Yo le respondo con una sonrisa más amplia de lo que supongo le gustaría a Eliot.

Me froto las sienes con ambas manos y pienso en qué decir ahora.

«Piensa, Nicky, piensa. Sé rápida. Sé inteligente. No es el momento de ser sincera porque ni tú misma sabes qué está pasando».

—Vaya mañanita más intensa, ¿no? —pregunta Eliot sin moverse de su silla.

Me atrevo a mirarle. Él sonríe. Lo hace ampliamente, como si le divirtiera todo este asunto.

—Yo no la calificaría así, pero bueno... —vuelvo a frotarme las sienes, esta vez con una mano.

—Y ¿cómo lo harías? —pregunta en tono burlón.

—Mm... Surrealista, creo que es lo más acertado.

Se carcajea y a la vez se levanta.

Camina hacia mí y yo vuelvo a aferrarme con una mano al mostrador.

—Vamos, siéntate. Haré un té.

Pasa por mi lado y aprieta suavemente mi hombro con una de sus manos.

Yo obedezco. Prefiero estar sentada que en pie con previsión clara de caerme.

Él llega minutos después e interrumpe mi perfecta respiración para darme la taza de té.

—Gracias.

Se sienta enfrente de mí y me traspasa con esa mirada oceánica suya.

—Voy a ser completamente sincero contigo, Nicole —asiento y respiro profundo. —Me gustas mucho. Inexplicablemente desde el primer segundo. Yo no soy el típico posesivo que va a meterte en una caja de cristal. Tú tomas tus decisiones y yo no voy a intervenir en ellas —vuelvo a asentir.

—Y aquí viene el *pero*... —digo y él asiente.

—Pero no voy a echarme a un lado a menos que tú lo quieras así.

—Tú no eres humano, ¿no? Un tío normal se hubiese cabreado y largado por esa puerta para no volver...

—Oh sí. Claro que me cabrea y las ganas de romperle la cara son muchas, créeme. Pero no soy dueño de tu cuerpo ni de ti, Nicole. No tengo ningún derecho a marcar territorio, ni a liarme a puñetazos con todo el que se te acerque. No soy ese tipo de tío.

—Bien, supongo.

—¿Quieres que me líe a tortas con él? —se ríe.

—No, claro que no. Es solo que esto es extraño.

—Si quieres puedes desahogarte.

—Pues sí. A la mierda. ¿Sabes qué pasa? Que nunca he congeniado con nadie más allá del territorio de mi cama. No me he reído sinceramente con nadie durante mucho tiempo. No he sentido nada por dentro más allá del deseo carnal. Del instinto básico de aparearme. Y llega él, —señalo a la puerta, aunque ya no está ahí —y me hace reír, puedo ser yo misma todo el rato, sin cortarme. Me gusta. Me hace sentir especial y hace que sienta cosas tan extrañas que no sé ponerles nombre. Solo sé que son cosas grandes y

llegas tú —sonríe y deja su taza en la mesa—, creando huracanes de la nada. Ahogándome con esos ojos penetrantes que tienes. Haciendo que me ría, que me sienta cómoda contigo, que me tiemblen las rodillas...

—Y aquí viene el *pero*... —ríe tímido.

Yo asiento y dejo mi taza en la mesa, justo al lado de la suya.

—Yo solo quiero paz. Calma y armonía. Sentirme bien con quien quiera que esté. Sentirme viva cada segundo y, en la balanza del presente, del aquí y ahora... los dos están jodidamente a la altura.

Él asiente, agacha la cabeza, suspira y vuelve a mirarme. A derretir mis ojos con el azul de los suyos.

—Pues creo que puedo decir con total acierto que los dos vamos a luchar para tener más peso en esa balanza.

Yo no sonrío, él tampoco.

La tensión nos arrastra a un vórtice negro que se ha abierto en el suelo. Como un agujero que amenaza con tragarnos a ambos.

Sería más fácil que diese un golpe en la mesa, o a la cara de Héctor y se largase. Creo que mi cabeza lo asimilaría mejor.

No esto.

Esto no soy capaz de asimilarlo. Eso de que él sepa que hay otro y que se quede a luchar por algo que no sabemos si tiene algún futuro prometedor o si acabará en una maldita hecatombe.

Eliot

Con gusto le rompería la cara a ese imbécil. Claro que lo haría, joder. No me apetece nada más que eso ahora mismo. Pero él es tan capaz de desordenarle la vida a Nicky como yo.

No quiero meterme en juegos sucios. Quiero que ella se fije en mí por sí misma, no porque yo desprestigie a su otro pretendiente.

Sonrío por fuera y por dentro me imagino la escena perfecta en la que él y yo nos enzarzamos en una pelea que termina con él en el suelo y yo sentado al lado de Nicole.

Ella no permitiría eso.

A ella le gusta él. Lo noto.

Ni ella es capaz de ocultarlo ni lo intenta.

Más a menudo de lo que me gustaría, ella piensa en él y no en mí cuando me mira.

Esas cosas se saben. Se notan.

—¿De verdad merece la pena luchar por algo que no sabes si saldrá bien?

—Esa es la esencia de toda lucha, ¿no? La ignorancia de saber qué pasará y, sin embargo, lanzarte al vacío por la causa.

—No me gusta esto, Eliot —se recuesta en la silla.

Está agitada, nerviosa, intranquila.

Yo quiero abrazarla, pero me retengo.

—A mí tampoco, pero tengo el pequeño presentimiento de que tú mereces la pena.

—Soy todo lo que ves. No hay nada más allá de esto.

—Y eso es lo mejor de todo, ¿aún no te das cuenta?

Ella es capaz de ser sincera hasta tal punto que te rompe.

Su sinceridad es capaz de darte un puñetazo en lo más hondo del estómago cuando su boca lanza todas esas palabras sin medirlas.

No miente. Joder, con lo fácil que es mentir y que te crean. Con lo que facilita las cosas.

Ella no. Ella lo dice todo.

Es totalmente consciente de que lo más lógico, al menos para este mundo, es que me largue después de que me haya dicho que le gusta él. Después de ver cómo la besaba y ella se entregaba a él como si yo no estuviese aquí, mirando.

Yo no tengo el valor de decir toda la verdad. Si no ya le habría dicho que en mi vida también hay otra. Que ella está lejos, pero que sigue en mi mente. Que ella sigue llamándome y yo respondiendo. Que espero verla pronto. Sin embargo, aquí sigo. Sentado frente a ella. Admirando la calidad, la belleza de la cualidad más bonita que tiene.

Esa de no guardarse nada.

—Estás mal de la cabeza —se cruza de brazos.

Me hace reír y consigo que ella sonría un poco.

Bastará con esto por ahora.

La mañana la pasamos hablando. De todo y de nada. De él, de mí y de ella. Y es raro, joder si lo es. Es tan raro y a la vez tan excitante que, contra todo pronóstico, las ganas de seguir adelante con lo que sea que tengamos los tres aumenta hasta límites insospechados.

Sobra decir que nunca he experimentado nada así. Sí que he estado con más de una persona a la vez, pero en ninguna ocasión todos los que formamos la ecuación hemos sido conscientes de absolutamente todo lo que ocurre.

Esta vez es diferente. Esta vez todas las cartas están encima de la mesa y vamos a jugar la partida sin trampas.

Va a ser interesante.



Nicky

Sobra decir que mis ganas de almorzar con Héctor desaparecieron por completo. Sobra decir que el ansia de correr hasta morir asfixiada o de una embolia, lo que llegase primero, aumentó de manera estrepitosa.

Esto es una locura. Una auténtica y maldita locura.

Toda mi vida sin encontrar a un chico que valiese la pena y ahora tengo uno a cada lado.

Que me aspen.

—No, Ric. No quiero que vengas, que comentes o que te descojones sobre mi situación dramática actual.

—¡Vamos! Déjame, aunque sea...

—¡He dicho que no!

—Vale, vale. Joder... qué mal te sienta una competición sana de nada...

—¿Sana? ¿Desde cuándo leches hay competiciones sanas?

—Ha habido un giro dramático de los acontecimientos, ¿y qué? ¿Vas a elegir a uno o vas a seguir con los dos?

—Sinceramente no lo sé. No puedo decidirme, cada uno me hace sentir... cosas.

—Dios... acabas de sonar como una lagarta. Y qué vas a hacer, ¿eh?

¿Aferrarte a los dos hasta que la cosa estalle?

—¡No sé qué demonios voy a hacer! Voy a darme un baño, a respirar profundo y a sopesar todo esto. No quiero que dos tíos se peleen por mí. No quiero tirarme a uno por la mañana y a otro por la noche. No quiero... bueno, sí que quiero, ¿vale? Pero no está bien. Nada de esto está bien.

—Ay mi dulce chica de verano...

—Soy lo peor, ¿verdad?

—No, cariño. Estás confundida. Solo eso.

—Y esa confusión acaba conmigo más sola que la una, ¿me equivoco?

—Pi, pi, pi, pi... —dice para hacerme creer que ha cortado la llamada.

—Me tomaré eso como un clarísimo sí. ¿Tan inverosímil es que en vez de dos seamos tres?

—No seas tonta, Nicky. Los sentimientos no te tocan a la puerta y te preguntan qué quieres hacer tú. Ellos vienen, te desarman y siguen su camino. Algunos se quedan, otros desaparecen... Lo que de verdad importa es que hagas lo que realmente quieres hacer en cada momento. Da igual si estás sola o si es uno o dos o tres los que quieren formar parte de tu vida. ¿Ahora qué te pide el cuerpo?

—Sexo hasta caer inconsciente.

—¿La cabeza?

—Que quede con Héctor y le explique lo que ha pasado con Eliot.

—¿Y el corazón?

—Está mudo.

—Pues ya está. Llama a Héctor, queda con él, habla las cosas y tíratelo. Yo no veo otra salida —se echa a reír.

—Eres idiota, ¿sabes? Esto es algo serio.

—Te lo he dicho completamente en serio.

—Que te jo...

Pi, pi, pi, pi.

Esta vez sí me ha colgado.

—Serás cabronazo... —digo en voz alta.

Vuelvo a dejar el móvil encima de la mesa y me quedo acostada en el sofá, aún con los zapatos puestos.

Me pongo el antebrazo encima de los ojos para que la oscuridad me envuelva.

Mala idea, porque Héctor me viene directamente a la mente. Él y esos ojos negros tan profundos que puedes perderte en ellos y no volver a salir nunca.

Maldita imaginación la mía.

Cojo el móvil sin pensarlo un segundo más y lo llamo.

Un tono «*No lo cojas*». Dos tonos «*Mejor cuelgo*». Tres tonos «*Aguanta, Nicky*». Cuatro tonos...

—Me he quedado esperando tu llamada toda la tarde... —dice divertido.

—Tenemos que hablar.

—Lo suponía...

—¿Puedes venir a mi casa?

—¿Otra visita nocturna? No me hago responsable de los daños causados a tu ropa interior si me presento ahí —ríe y yo me enfurruño.

—¿Vienes o no?

—Claro.

Cuelgo la llamada y dejo el móvil bruscamente en la mesa.

Me concentro en respirar. En no pensar. En dejar la mente en blanco.

Extrañamente lo consigo y sonrío al hacerlo.

Me despierta el sonido del timbre de la puerta.

Miro el reloj y son las once y media de la noche. Hace ya una hora que he llamado a Héctor y deduzco que es él quien llama.

Me levanto, me froto los ojos y voy a abrirle.

Cuando sube los escalones que lo separan de mi puerta y lo tengo en frente me doy cuenta de que es una persona totalmente diferente, en apariencia, al ser que me ha puesto esta mañana la vida patas arriba.

Camiseta negra, con el cuello en forma de uve. Chaqueta vaquera que deja entrever claramente la forma de sus fornidos brazos. Vaquero rasgado. Zapatillas negras. Y una sonrisa capaz de derruir un edificio entero.

—Llevo veinte minutos tocando... —sonríe y se apoya en el marco de la puerta.

—Me he quedado dormida. Lo siento.

Me acaricia la mejilla con su pulgar y sonrío más ampliamente.

—Hubiera esperado dos horas si hubiera sido necesario.

—Oh, vamos. Corta el rollo de tío dulce y atento porque no te pega nada y me vas a liar más todavía.

Se ríe y se encoje de hombros.

—¿Me dejas pasar o vamos a hablar aquí fuera?

Me aparto de la puerta y le hago una seña para que entre.

—Ponte cómodo.

Se quita la chaqueta, la deja encima del respaldo del sofá y pone los brazos en jarras.

—Vamos, atácame ya por lo de esta mañana —dice retándome.

—No voy a atacarte.

—Qué pena... —sonríe de manera chulesca y se acerca a mí despacio. — Entonces me has llamado para...

—Para decirte que, cuando desapareciste, pasaron cosas con Eliot.

—¿Qué tipo de cosas?

—Pues que empezamos a vernos... íntimamente hablando. Cuando llevabas días desaparecido en combate, me invito a tomar algo y bueno... surgió sin más.

Sus ojos se convierten en dos platos llanos. Su ceño se frunce y se frota la barbilla con la mano derecha, como si eso fuese a sacar las palabras de su boca.

Me encojo de hombros y me apoyo en la pared más cercana.

Espero su explosión, pero no llega.

—Astuto... —dice y asiente más para sí que para mí.

—¿Astuto? ¿Solo eso?

—¿Pedazo de cabrón te parece un adjetivo mejor? —sus brazos vuelven a estar en jarras y su semblante es serio.

—Me parece más plausible, sí.

—Bien. Bien...

Camina de adelante hacia atrás, nervioso, sin decir una palabra. Como si intentara canalizar lo que siente.

—¿Vas a decir algo? —pregunto con los brazos cruzados.

En realidad, prefiero que no diga nada porque estoy casi segura de que no puede salir nada bueno de esa boca.

—¿Qué quieres que diga, Nicky? —se para en seco y me mira intensamente. —¿Que estoy celoso? ¿Que le rompería la cara? ¿Que me arrepiento de haber desaparecido sin más de tu vida?

—Que no eres mi dueño...

—Nadie podría ser tu dueño, joder. Nadie podría. Tú eres... eres distinta.

—Soy la tía que se lía contigo y con otro. Así de distinta soy —digo en voz baja.

De tres zancadas se posiciona justo enfrente de mí. Coge mi cara con sus manos y me obliga a mirarlo directamente a esos pozos inmensos que tiene por ojos. Esos que dan vértigo cuando los miras tan de cerca.

—No sabes lo que daría por ser suficiente. Por ser digno de ser el único en tu vida, pero sé que no te merezco, que tú eres demasiado como para que yo sea suficiente.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No me preguntes por qué, nunca he sido suficientemente bueno para nada.

—Me gustaría que me explicaras eso.

—Lo haré, pero no hoy. Hoy... hoy voy a ser insensatamente egoísta.

Su boca se une a la mía sin esperar un segundo más. Sus besos me devoran, no solo físicamente, sino toda el alma.

Me desvanezco del mundo.

Solo existe su boca y la mía. Solo él y yo. Nadie más.

Me desespera. Todo él consigue enervarme y derretirme a partes iguales.

Mis manos se agarran a su cuello y un gemido sordo sale sin querer de mi boca.

Él sonrío, orgulloso por hacerme sentir así. Por hacerme perder el control con tan poco.

Y es que ahí está el problema. Que él no es poco.

Él es demasiado.

Sus manos viajan hasta la parte inferior de mi trasero y me obliga a ascender hasta que mis piernas se enroscan a su cintura.

Me pega aún más a la pared mientras deja un rastro de besos húmedos y eróticos a lo largo de mi cuello.

—¿Vamos a la cama o nos quedamos aquí? —pregunta para luego morder mi hombro.

—Espera, espera. Bájame.

Pongo mis manos en sus hombros y lo obligo a separarse de mí.

Está confundido, su expresión lo deja claro.

—¿Qué pasa?

—Bájame —él obedece y deja que mis pies vuelvan a tocar el suelo. — Esto no está bien...

—Nicky...

—No, no. No digas nada —miro al suelo y levanto la mano como gesto para que no hable. —No es que a ti te parezca mejor o peor. Es que no me gusta jugar a dos bandas. Aunque todos tengamos las cartas boca arriba.

—¿Qué te ha dicho él?

—Casi lo mismo que tú. Menos irritado y pasional, pero al fin y al cabo lo mismo. Que soy libre.

—Y entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema soy yo. Que soy imbécil. Que no me siento a gusto haciendo esto contigo y luego... con él.

Noto que se pone tenso. Sus manos están apoyadas en mi cintura y, sin querer, en un acto reflejo, aprieta.

—No dejo de reconocer que todo esto es extraño. Pero cuando estoy contigo... estoy solo contigo. Me importa una mierda lo que haya de esa puerta para fuera, ¿entiendes?

—Lo entiendo, pero no lo comparto.

Sonríe, mira al suelo y luego otra vez a mí. Esta vez más calmado. Más tranquilo.

Su mano viaja hasta mi mejilla y su pulgar me acaricia lentamente.

—Sin duda eres especial, Nicky.

—Soy idiota. Habla con propiedad —se ríe y yo también.

Me da un suave y dulce beso en los labios.

Solo dura un instante, pero juro que ha sido el más intenso que me ha dado. El más... mágico.

—Eres única. Esa es la palabra que buscas —me besa la frente y suspira antes de volver a mirarme. —No voy a presionarte más. Ahogaré mis instintos animales como pueda.

—Ya... permíteme que lo dude —se ríe a carcajadas y yo sonrío.

«*Tú también eres especial. También eres único*».

—Lo prometo.

Vuelve a besarme en los labios. Más despacio que antes. No es agresivo. No es instinto básico. Es... especial.

—Mal empiezas...

—Deja que me despida de ti, Nicky. Por lo menos hasta que tú decidas volver a mí.

Vuelve a besarme e inspira todo mi aroma a la vez que yo inspiro el suyo. Es intenso y dulce. Como él.

Cierro los ojos e intento grabar en mi memoria, en mi piel, cada sensación. Cada sentimiento que él es capaz de despertar en mí, pero son demasiados como para contabilizarlos siquiera.

Se separa más rápido de lo que yo desearía y frunzo el ceño sin quererlo.

—¿Te vas? —pregunto.

Él sonrío a medio lado, un tanto triste, y me besa la mejilla.

—Sí.

Yo asiento a regañadientes. No quiero que se vaya, pero tampoco quiero ser egoísta.

Quiero hacer las cosas bien y, la verdad, creo que estoy consiguiendo todo lo contrario.

Al fin y al cabo, ¿quién decide qué está bien o qué está mal?

¿Qué demonios es el bien y el mal? ¿Dónde está la línea que los separa?

Él se aleja de mí y una sensación de vacío me atraviesa el pecho.

Se va y no es conmigo. Por extraño que parezca, duele.

—Héctor — consigo decir antes de que salga por la puerta. Él se gira. — ¿Llamarás?

—Qué bonito suena mi nombre salido de tus labios —sonríe y se va.

Me siento en el suelo, cruzo los brazos encima de mis rodillas y luego apoyo la frente en ellos.

No. No llamaré.

Héctor

Ya es algo más habitual de lo que me gustaría bajar estas malditas escaleras de dos en dos como si alguien estuviera corriendo detrás de mí para darme un hachazo en la espalda.

La sensación no debía ser muy distinta a esta.

Ella no va a llamar. Yo lo sé.

Yo no voy a llamar. Ella lo sabe también.

Necesito refrescar la mente. Desconectar del instinto animal que me sale cada vez que pienso en que ha estado con otro. Que ha estado con él.

«Cabrón».

El sentimiento de culpa me llena sin remedio.

«Yo hice lo mismo, joder. Yo hice lo mismo con otros cuerpos mientras pensaba en ella. Mientras intentaba borrarla.»

Me subo en el coche y acelero.

La oscuridad me envuelve y llamo a Kevin a ver si está dispuesto a salir a tomar unas copas.

No quiero nada más. Solo hablar con él y desahogarme un poco.

Deshacer este nudo que me aprieta la garganta.

—Donde siempre en diez minutos.

—Bien —contesta.

Cuelgo la llamada y me dirijo al *Garden*.

Aparco y salgo del coche como si de verdad alguien me estuviera persiguiendo.

Sus palabras rebotan en mi cabeza cada vez más fuerte.

«*Me gustas*».

Pero yo no soy suficiente. No para ella.

Kevin se une a mí con una cerveza ya en la mano. Yo le choco la mía cuando se sienta justo en frente.

—Bueno, ¿cuál es el problema?

—Hay otro tío —contesto.

—¿Y qué?

Abro los ojos de par en par y arqueo una ceja.

—¿Y qué?

—Saltar obstáculos, ¿recuerdas? Joder, no vas a ser tan imbécil de frenarte ahora porque haya otro tío. Habrá mil más, idiota, pero tú puedes marcar la diferencia.

—Ella es demasiado para mí. Cuanto antes lo asimile mejor para todos. Debería volver a hablar con mi padre y volver a la empresa. Trabajar me despejará y...

—¡Y una mierda! ¿Tú te estás oyendo? —da un golpe con la botella encima de la mesa. —El trabajo te hunde. Volverás allí por encima de mi cadáver.

—¿Ahora eres tú quien pone orden en mi vida? —pregunto con el ceño fruncido.

—Para eso me has llamado, ¿no? No creerías que me iba a quedar aquí callado escuchando tus lloriqueos. Sé un hombre, joder. Levántate y lucha por ella si crees que vale la pena. Da igual cuántos haya. Si tú crees que es la mujer perfecta, lucha. No vas a conseguir ninguna puta respuesta al final de esa botella ni de ninguna otra que pienses beberte.

Asiento. No respondo, pero asiento.

—Si llego a saber que te pondrías así te hubiera contado esto mucho antes.

—Fallo tuyo, colega.

Se ríe y no puedo evitar reírme yo también.

—Creo que ella lo vale, pero no quiero agobiarla. Fliparías con lo

especial que es. Ella... ella te gustaría.

—Tendré el honor de conocerla como Dios manda algún día, ¿o también vas a quitarme eso?

—Sea como sea vas a conocerla. Merece la pena conocer a alguien como ella, aunque no se quede en tu vida. Es de esas personas que te enseñan cosas, ¿sabes? Cosas que ni siquiera sabías que existían.

Él sonrío y asiente.

—Estás jodido, hermano.

—Muy jodido.

No nos quedamos aquí mucho tiempo. Él se va por donde vino, porque tiene otros asuntos que atender que requieren no llevar ropa y yo... ya no estoy para eso.

Vuelvo a casa y me doy cuenta de cuánto se me echan estas malditas paredes encima cada vez que entro por la puerta.

Miro la flor que me guardé de aquel ramo que ella hizo.

Está seca, sobre la mesa, pero sigue siendo igual de bonita que el primer día.

Me siento en el sofá y la cojo.

La acaricio con los dedos como hace un rato hice con ella.

Sonrío.

Ella vale la pena.

Sacudo la cabeza y me levanto.

No voy a rendirme. No voy a perder. No voy a parar de intentarlo.

Cojo el chándal, una camiseta y me largo a correr.

Eso me despeja. Me evade. Aplaca la furia.

Solo hay calma después.



Nicky

No he pegado ojo en toda la noche. Sus nombres han bailado sin parar en mi cabeza. No me han dado tregua ni un segundo. Mis ojeras son un claro ejemplo de ello.

Desayuno poco. El estómago se me ha cerrado.

No me preocupa llegar tarde a la floristería. Lo que realmente me mantiene intranquila es que Eliot vendrá y que no sé cómo voy a reaccionar al verlo.

Héctor me había dejado un mal sabor de boca, aunque sus besos fuesen de lo más dulce.

Se había ido y, a no ser que yo llame, él no va a hacerlo. No quiere agobiarme.

A mí me hubiese encantado poder decirle que él nunca me ha agobiado. Que es todo lo contrario. Que me falta cuando no está, pero supongo que no estoy preparada para decirlo en voz alta. Ni siquiera para asumirlo dentro de mi cabeza.

Abro la tienda después de atarme un cordón rebelde de la zapatilla.

Nadie espera en la puerta y, calle abajo, no hay rastro de Eliot.

Bien. Quizá esto esté bien.

Entro y dejo mi bolso encima del mostrador. Suspiro al mirar a mi

alrededor. Por primera vez esta pequeña extensión de bosque me parece pequeña. Mínima, en realidad.

Media hora después, Eliot entra mientras yo me pongo el delantal y recuerdo cómo sus manos han acariciado todo de mí.

—Buenos días —dice él menos sonriente que de costumbre.

—Buenos días —digo terminando de atarme el delantal.

Se mantiene distante y yo lo agradezco.

Hoy no soy capaz de ofrecerle una sonrisa amplia y sincera porque realmente lo que me apetece es chillar hasta deshacerme y luego volver a reconstruirlo todo.

—¿Cómo estás? —pregunta con las manos metidas en los bolsillos traseros del vaquero.

—Bien, a punto de empezar a mover todos los baldes de flores cortadas hacia ese ventanal de ahí para que se vean mejor desde la calle.

—Me refería a cómo estás por dentro.

Sus palabras me hacen parar en seco. Lo miro. Lo observo.

Escudriño cada detalle de su rostro, de sus facciones, tan angelicales y, a la vez, tan varoniles.

No me apetece hablar de esto. No ahora. No aquí.

Pero él se lo merece. Igual que Héctor se lo merece.

—Jodidamente confundida. Con las ganas y las fuerzas suficientes para derruir la ciudad entera gritando —le sonrío irónica y él se echa la mano al cuello.

Da un paso hacia mí, luego otro y se detiene.

—Siempre que quieras puedes hablar conmigo. No voy a juzgarte.

—¿Es lógico que me moleste que seas tan...? Es que no encuentro ni una palabra para describirte.

—Piensa...

—Tan poco temperamental. Tan pasivo. Tan jodidamente sensato.

—Supongo que sí. Puede molestarte que no actúe como un machito violento. No lo entiendo, pero sí.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo entiendo, pero me molesta esa velocidad crucero tuya.

Él solamente sonrío.

—Desahógate si quieres. Soy todo oídos —se cruza de brazos.

—Anoche vi a Héctor —asiente. —Puedes expresar tus sentimientos cuando quieras.

—Me hierve la sangre, ¿te consuela eso? —arquea una ceja.

Yo asiento y me cruzo de brazos, como él.

—Lo llamé para hablar. Vino a mi casa y, después de decirle que habíamos estado juntos...

—Déjame adivinar... —se frota la barbilla con el pulgar y el índice. —¿Rompió un jarrón? ¿Varios?

Arqueo una ceja y bufo.

—No. Me dijo que soy libre. Igual que tú. Me besó después y casi... —desvió la mirada. —Pero no.

—Y eso te cabrea porque.... —se encoje de hombros.

—¿Porque ustedes son los tíos más raros con los que me he topado en la vida! Porque lo lógico sería que me mandaran a tomar viento los dos o, yo qué sé. Cualquier cosa menos la comprensión más sincera y absoluta.

—Deberías sentirte afortunada en vez de frustrada, ¿no crees? —se cruza de brazos de nuevo.

—¿Te crees que no lo sé? Y eso aún me frustra más.

Se ríe y se frota las sienes con una mano.

—Vamos a ver, Nicky, ¿puedes por un segundo dejar el drama a un lado? Por desgracia, no todo el mundo tiene esta jodida oportunidad de probar con quién se siente mejor y decidir libremente —dice enfadado.

—Tienes razón —dejo caer los brazos.

—Pues ¡aprovéchala, joder!

Sus palabras me atraviesan como puñales voladores. Tal vez tiene razón y, por el hecho de que no sea lo convencional, no significa que sea malo. Que yo estoy haciendo algo malo.

Ric, él y Héctor tienen razón, así que yo me rindo.

—¡Pues muy bien! —digo elevando el tono de voz.

Llego a él en dos zancadas, le paso los brazos alrededor del cuello y lo beso como si esa fuera la respuesta a todos mis problemas.

Él no se aleja. No se aparta. Sus brazos rodean mi cintura y me devuelve el beso con toda la pasión contenida. Con todo el cabreo del momento.

Disfruto de él. Lo hago sintiéndome libre. Viva.

Avanzamos hasta que me topo con el mostrador. Él me levanta del suelo con sus brazos y yo quedo sentada encima de la madera.

«¡Que alguien cierre la maldita puerta!».

Sus manos viajan por debajo de mi camisa. El contacto de sus palmas con mi espalda es apoteósico.

Ahogo un gemido en su boca y él se entrega aún más a mí.

Mis uñas arañan su espalda mientras me hundo en lo más hondo del infierno.

La única cosa que tengo clara ahora mismo es que me encanta este calor.

Eliot

La rabia que me da que tenga ojos para otro es la que me impulsa ahora a besarla tan fuerte.

Nada tiene lógica en este asunto, pero a mí no me hace falta que la tenga.

Me basta con estos momentos. Con esta pasión tangible que somos capaces de crear de la nada.

Ella sí que es temperamental.

Besa. Siente. Sonríe. Se deshace... todo con una fuerza brutal capaz de echar abajo a cualquiera. Incluso a mí.

Sus uñas se hunden en mi piel y eso hace que yo me caliente más todavía.

Si sigue un poco más, solo un poco, va a conseguir que me importe una mierda el lugar y le quite la ropa a mordiscos.

Me da rabia pensar en que él, hace unas horas, estaba haciendo lo mismo que yo. Claro que me jode, pero me conformo con el hecho de tenerla aquí y ahora. Entregada a mí.

No me importa una mierda lo que pasó ayer o pase mañana. Lo único que mi cabeza es capaz de soportar es este instante.

Este es el que ella se apasiona y se enciende hasta convertirse en una llama capaz de arrasarlo todo.

¿Cómo voy a contenerla? Nadie puede contener semejante fuerza.

Se separa de mí un instante y me mira. Yo le devuelvo la mirada y, esta vez, ella no sonríe.

Me acerca de nuevo, como si quisiera sentirme, como si no quisiera soltarme y a mí me vale con eso.

Este momento es mío. Nuestro. Y nadie será capaz de arrebatárnoslo.

Al fin y al cabo, la vida son instantes, ¿qué sería de nosotros si no disfrutáramos de cada uno?

Que mañana se acabe el mundo si quiere. Que se vaya con él si le apetece. Yo disfrutaré de hoy.

—No voy a poder retenerme mucho más, Nicky —le digo en un suspiro.

—Claro que sí —asegura ella.

Se pega a mí todo lo posible y noto su pecho libre contra mí.

Esta debe ser la sensación más jodidamente excitante del mundo.



Nicky

Mi mente se ha enredado en la pasión que genera su cuerpo contra el mío. En el ardiente deseo de necesitarlo. Preferiblemente sin ropa.

Mis manos viajan hasta el botón de su pantalón y lo desabrocho lo más rápido que puedo.

Bajo la cremallera mientras él sonrío y me besa. Desesperado. En la misma media en la que lo estoy yo.

Mis piernas, que permanecen alrededor de su cintura, aprietan para que él se acerque más.

La necesidad de sentirlo es abrumadora. Las ganas que tengo de arrancarle la ropa, también.

La campanilla de la puerta nos saca de súbito de situación. Eliot da un salto hacia atrás y yo cruzo las piernas en un acto reflejo y me coloco el pelo.

La señora, a la que casi se le cae la bolsa del pan de la impresión, nos mira sin decir nada con los ojos bien abiertos.

—¿Puedo... ayudarla en algo? —pregunto avergonzada.

Después de una larga e incómoda pausa, abre la boca.

—Girasoles. Dos girasoles, por favor —pronuncia como si fuese un robot.

Eliot va al cubo de las flores cortadas, saca dos girasoles, coge un trozo

de papel marrón de debajo del mostrador, donde yo sigo sentada, las envuelve y se las da a la señora con una gran sonrisa.

Puedo jurar que ella se sonroja cuando su mano entra en contacto con la de Eliot al coger el ramo.

Me encantaría decirle que no se preocupe, que ese es el efecto que él suele causar. Y, si no, que me lo pregunten a mí.

«*Y a mis partes bajas*».

—Disculpe por el numerito, señora —dice Eliot tan encantador como siempre.

Yo me tapo la cara.

—Gracias, joven. Nada de disculpas, ojalá mi marido fuese así de... hábil.

Eliot le ofrece una risa y yo intento no mirarla.

—Buen día —digo cuando ya casi llega a la puerta de salida.

Ella se gira y me guiña un ojo con una sonrisa de lo más amplia.

Yo miro a Eliot y los dos nos morimos de risa como si no hubiese un mañana.

Se acerca a mí y vuelve a posicionarse en medio de mis piernas.

Esta vez sus manos empiezan desde ahí, desde mis muslos. Ascenden despacio. Condenadamente despacio.

Cierro los ojos por inercia. No lo detengo. No quiero hacerlo.

Sus manos viajan por dentro de mi camisa y acarician mi espalda con delicadeza.

—Creo que no es lugar para terminar con esto... —dice susurrando cerca de mi oído.

—Por desgracia no...

Vuelvo a abrir los ojos y él se separa de mí.

Me bajo del mostrador, me coloco la camisa y lo miro. Lo observo como si ya no fuese él, como si fuese una persona completamente diferente. Como

si también hubiese cambiado yo.

—Te siento más libre. Menos... agobiada.

—Esta noche puedo demostrarte lo libre que me siento... si quieres.

No filtro. No me avergüenzo.

Él abre los ojos como platos y sonrío.

—Ah, ¿sí? —sonrío de manera chulesca y se acerca a mí de nuevo.

Yo asiento, me agarro a su cuello a la vez que él abraza mi cintura y lo beso.

Esta vez es dulce, suave, tierno. Aunque mi cuerpo pide otra cosa totalmente distinta.

La tarde en la floristería se hace más lenta de lo habitual. Cosa completamente lógica puesto que ansío el encuentro con Eliot de esta noche.

Él se ha ido a hacer algunos trabajos eventuales y yo me he quedado más sola que la una.

Sola y ardiendo. Seamos claros.

Cierro la tienda como si, de repente, el espíritu de *flash* me hubiese poseído.

Llego a casa en tiempo récord.

No recuerdo haber corrido tantísimo para quitarme la ropa.

Me doy una ducha rápida, me bebo una copa de vino tinto y espero caminando de atrás hacia delante.

Me río. Me carcajeo sin motivos y con todos a la vez.

—Esto es una maldita locura —digo en voz alta.

Vuelvo a reír y pienso en lo surrealista de la situación.

En el hecho de que me sienta libre teniéndolos a los dos. Que me sienta libre de poder hablar sin tapujos, sin mentiras, sin secretos sobre ellos y con ellos.

No sé si a la que se le han cruzado los cables es a mí o son realmente los dos hombres más extraños que han habitado la Tierra, pero me siento bien.

Ahora mismo me siento jodidamente bien conmigo misma. Con ellos. Con todo este despropósito.

Lo que no sé si es normal estar tan excesivamente nerviosa.

Me levanto, me siento y me vuelvo a levantar. Recorro todas las habitaciones y vuelvo al mismo sitio una y otra vez.

Cojo el móvil con la intención de llamar a Héctor. Hablar con él siempre me tranquiliza, no entiendo por qué, pero lo hace.

Aunque no es buena idea llamarlo para que me dé calma justo antes de que Eliot llegue, ¿no?

Aun con todo, siento que debo llamarlo. Que debo hablar con él.

Necesita saber la decisión que he tomado. Esa de que voy a hacer lo que me pida el corazón, la cabeza y el cuerpo. Aunque esto acabe por inmolar el mundo tal y como lo conozco. A cómo lo conoce el resto.

Marco su número y sacudo la cabeza después de beber un trago de vino.

Un tono. *«Esto no está bien»*. Dos tonos. *«Esto es una mala idea»*. Tres tonos. *«Esto me apetece mucho»*.

—Tenía la esperanza de que llamas.

—No seas dramático. Han pasado horas desde que bajaste el telón del primer acto.

Él se ríe y yo lo acompaño.

«Qué bonito escucharte reír otra vez».

—Entonces doy por sentado que hemos levantado el telón otra vez, ¿no?

—Hay términos que me gustaría aclarar primero.

«No tengo ni idea de cuales, pero ya se me ocurrirán. Supongo».

—Me parece correcto. Yo también tengo algunos. Deduzco que esta noche estarás ocupada, ¿verdad?

Estoy a punto de mentir, pero a estas alturas ya es una estupidez hacerlo.

—Sí.

—Bien. Si te apetece, mañana pasaré a recogerte por la floristería.

—El primer punto del contrato más extraño de la historia es que no se admiten peleas en mi tienda —sentencio. —Y sí, me apetece mucho.

—No tengo intención de mancharme las manos, puedes estar tranquila.

—¿A qué hora vendrás? —pregunto y lleno otra vez mi copa.

—Al cierre del mediodía.

—¿Soy yo la única que se da cuenta de lo inverosímil que suena todo esto?

—Considérate alguien de lo más especial.

—No sé si especial es la palabra acertada para esto...

—Especial es la palabra. No todos los días dos tíos compiten conscientes por una mujer tan sincera como tú, Nicky.

—Si yo no fuera así, como soy, esto no estaría pasando, ¿es lo que quieres decir? —doy un trago de vino.

«Esto es culpa mía».

—En un plano totalmente simplificado... sí.

—No haces que me sienta muy bien, ¿sabes?

—Tendrías que sentirte mucho mejor que la mayoría. Esto sucede tres veces por minuto en la Tierra. La diferencia es la sinceridad. El noventa y ocho por ciento de esa gente nunca llega a enterarse de que la persona que les gusta, o que quieren, está flirteando con dos más a la vez. Incluso que la persona con la que están casadas, o prometidas, se está viendo con otra persona.

—Odio decir que eso sí que me deja más tranquila.

—Tú estás hecha de otra pasta, Nicky. Tú has puesto tus cartas encima de la mesa. Los hombres que quieren estar contigo saben a qué atenerse. Si siguen luchando es porque realmente el premio vale la pena.

—Te echaba de menos.

—Lo sé...

—Eres idiota —río y pongo los ojos en blanco.

Bebo. A este paso, cuando llegue Eliot, estaré borracha y no podré ni mantenerme en pie el tiempo suficiente como para quitarle o quitarme la camisa.

—También lo sé —ríe. Con esa risa tan bonita que tiene.

—¿Hasta mañana? —pregunto con una sonrisa y los ojos ligeramente cerrados.

—Hasta mañana y, odio decirlo, pero... disfruta, pelirroja. Y evita pensar en mí.

—Definitivamente sí, eres idiota.

Los dos reímos y colgamos después sin decir una palabra más.

Me cruzo de piernas en el sofá y miro a mi alrededor.

La verdad es que nunca me he sentido tan cerca del abismo. Tan... viva.

Héctor

Me alegra tanto saber que sigue en pie lo que sea que tengamos nosotros, como me enfurece que vaya a verse con ese otro tío esta noche.

Los puñetazos al saco de boxeo son cada vez más rápidos y los gruñidos cada vez más roncós.

«Ella merece esto. Ella merece cualquier cosa».

Otra repetición más y acabaré inconsciente, pero no paro. No quiero hacerlo.

Me deshago en golpes y en gritos hasta que caigo al suelo exhausto.

Apoyo la espalda en la pared y la cabeza en las rodillas.

—Voy a morirme después de esto.

Me levanto un buen rato después de dejar la mente en blanco.

Antes de meterme en la ducha bebo agua fría. Eso calmará mi sed por ahora.

Mientras el agua me recorre y relaja todos los músculos de mi cuerpo pienso en cómo podrían salirle mal las cosas a ese tío.

Podría no llegar a su casa. Podría arrepentirse de ir.

Me carcajeo.

¿Quién demonios desperdiciaría la semejante oportunidad de compartir su cama?

Nadie con dos dedos de frente lo haría.

Salgo de la ducha, me tomo una pastilla para el dolor de cabeza y me voy a la cama.

No quiero pensar más en esto. He aceptado que ella haga lo que le plazca porque creo que es lo justo y, ahora, tengo que joderme y lidiar con las consecuencias.

Mañana será otro día.

Mañana la veré y seremos solo nosotros dos por un rato.

Eso me consuela bastante antes de quedarme completamente dormido.



Nicky

Eliot no parece querer venir. Ya llega una hora tarde y no respondió a la llamada que le hice hace unos veinte minutos.

Dejo la copa de vino en el fregadero y guardo la botella en la nevera.

Me voy al sofá y me siento a la vez que bufo.

Miro el móvil. Las doce y diez de la noche. Está claro que no va a venir. La cuestión es por qué y, sobre todo, por qué no me ha avisado.

Me froto las sienes con una mano a la vez que cierro los ojos y respiro con calma.

Vuelvo a coger el móvil para hacer otro intento.

Un tono. Dos tonos. Tres. Cuatro.

—Lo siento muchísimo. Vas a matarme —dice su voz al otro lado del auricular.

—Ese es el plan, sí.

—Me salió un trabajo de última hora y, aquí sigo, cargando muebles en una mudanza —dice ahogado.

—Pues, aquí seguía yo, esperándote —contesto seriamente.

—Joder, lo siento. Debería haberte llamado.

—Nada, no te preocupes. Que te sea leve.

—Entiendo que estés cabreada, pero sabes que necesito el dinero, al fin y al cabo, a eso he venido aquí, Nicky. Prometo compensártelo.

—Tranquilo, no pasa nada. Lo entiendo.

«A ver cómo le explico yo a mis ganas que no van a saciarse hoy».

—¿Almorzamos mañana?

—Mañana no puedo, pero no te preocupes, de verdad. Ya quedaremos otro día.

—Me apetece mucho.

—Y a mí... —digo con mala gana.

—Hasta mañana y, de nuevo, perdona por el plantón.

—No te preocupes.

Cuelgo antes de que responda.

—Pues qué bien —digo en voz alta antes de echarme las manos a la cara.

Me voy a la cama unos minutos después. Con una sensación de vacío que, antes de hablar con Eliot, no estaba ahí.

La ignoro, claro. No seguiría en pie cada día si me parase por las emociones internas que crea mi cuerpo de la nada.

Me deslizo entre las sábanas con cara de pocos amigos y pongo el móvil en la mesita de noche.

La cabeza me da vueltas. No sé si por el vino, por las ganas inmensas que experimenta mi zona equis en este momento o por la vida, que a veces me sobrepasa.

Héctor da vueltas en mi cabeza y, haciendo total alarde de la poca cordura de la que dispongo en este momento, cojo el móvil y le escribo.

Mis planes se han ido a la mierda. 00:45

Buenas noches (para quien las tenga) 00:45

No espero a que conteste. Dejo el móvil encima de la mesita de noche y me doy la vuelta en la cama.

Pienso en cuando hice esto mismo y, al girarme, estaba su espalda.

La cosa se tensa entre nosotros. Es imposible no verlo.

Que seguramente acabará fatal tampoco es fácil de ignorar, pero lo que hagamos hasta entonces será lo que marque la diferencia.

O, al menos, eso es lo que me repito a mí misma una y otra vez.

«Si el camino está plagado de cosas bonitas, el final no podrá ser tan malo».

Al menos, si todo se va a la mierda, nos quedarán los buenos recuerdos.

Héctor

Se me va la vida en cada zancada que doy. No me queda aire en los pulmones ni fuerza en las piernas para seguir corriendo. Me paro en seco, pongo las manos en las rodillas e intento recuperar el aliento.

—Sin duda voy a morir después de esto —digo en voz alta.

La calle está desierta. Nadie va a escucharme.

Después de unos minutos con los ojos cerrados vuelvo a erguirme y camino con la intención de volver a casa.

Estoy tan lejos que casi me vale la pena pillar un taxi, pero prefiero caminar y respirar aire fresco antes que meterme en casa y pensar en lo que estará haciendo ella.

En lo que me hizo a mí y en si se lo estará haciendo a él también. En las manos de ese tío tocándola...

—Joder —gruño y vuelvo a correr.

Tengo ganas de gritar hasta sacarme la rabia de dentro, pero no me queda aire.

El móvil me vibra en el bolsillo y me paro para ver quién es.

Su nombre aparece en mi pantalla y abro su mensaje.

O Dios existe y me ha escuchado rezar para que ese imbécil no vaya a su casa o es pura casualidad. Me vale cualquiera de las dos opciones.

Me río a carcajadas y me llevo la mano a la cara. Me froto las sienes y, con una sonrisa gigante, le contesto.

Quizá puedo arreglar su noche. Quizá ella pueda arreglar la mía.

Camino hasta casa con el móvil en la mano, pero ella no vuelve a responder.

Me la imagino enrabiada en la cama. Cabreada con la situación y sonrío.

No puedo decir que no me alegre de esto. Que no me alegre de que se hayan jodido sus planes.

Soy egoísta, sí. Me importa una mierda serlo.

Le he dicho que es libre, porque lo es. Que puede hacer con su cuerpo lo que le venga en gana, porque realmente nadie puede dominar a nadie en ese sentido. Pero no le he dicho que me alegre que se pierda en el cuerpo de otro tío. Eso no sería capaz de decirlo nunca, porque no lo siento.

Porque me jode de una manera exagerada imaginarla con otro. Porque aumentan más las ganas de sentirla conmigo. Que se entregue a mí, aunque haya mil más esperándola.

Nicky

Amanece demasiado pronto para mi gusto. Me levanto de la cama, perezosa, sin ganas. Voy hacia el cuarto de baño y veo que anoche no me quité el rímel y que hoy soy algo así como un oso panda resacoso.

Me duele la cabeza horrores.

Me meto en la ducha sin que el agua esté del todo caliente y el grito que suelto al mojarme el pecho con el agua fría resuena en cada esquina del edificio.

Al menos, ya estoy despierta.

El agua no se calienta, debe haber una avería y yo río irónica.

«*En un futuro, no muy lejano, vas a obligarme a que te quemé, casa de M*».

Me lavo el pelo y el cuerpo mientras doy saltitos y tiritito tanto que los dientes amenazan con romperse.

Salgo lo más aprisa que puedo, enchufo el secador y lo uso a modo de estufa.

La sangre vuelve a correr por mis venas después de que se me congelase y pareciese más la reina del hielo que yo misma.

Desayuno después de vestirme. Vaqueros pitillo, zapatillas, cinturón negro y camisa verde.

Debo reconocer que no me apetece nada ir a trabajar hoy. Esté Eliot allí o no.

Es uno de esos días extraños donde lo único apetecible es una terraza, una cerveza y un sol radiante que me queme la piel.

Media hora después ya estoy abriendo la puerta roja con un café cargado que me he pedido en el bar Valerio antes de venir.

Ni Ric ni él estaban allí.

Dejo el bolso encima del mostrador y saco el móvil, donde me encuentro el nombre de Héctor en la pantalla.

No pensé que contestaría. No volví a coger el móvil hasta ahora.

¿Quieres que vaya? **00:48**

Sin querer aprieto el vaso y un poco de café se derrama encima de mi bolso.

—Mierda.

Intento sacudirlo con la mano antes de que cale, pero no lo consigo.

—Buenos días —dice su voz desde mi espalda.

Me giro y él está tan sonriente como siempre.

Aunque intento sonreírle yo también, el resquemor me lo impide.

—Tienes cara de cansado.

—Hasta las cuatro de la mañana me han tenido del tingo al tango cargando muebles y ordenadores —pone los brazos en jarras.

—Vaya. Deberías haberte quedado en casa descansando. Yo no necesito ayuda hoy —digo sin apartar la vista de su torso.

«Si te quedas cerraré la puerta con llave y no te aseguro que salgas vivo de aquí».

—Quería hablar contigo sobre lo de anoche.

—Ya te dije que no había ningún problema —sonrío.

—Lo sé, lo sé. Pero quería asegurarme.

—Bueno, pues ya lo has hecho —le doy un beso en la mejilla. —Vete a casa. Descansa y recarga pilas.

Él agarra mis brazos antes de que me separe y sus ojos se clavan en mis pupilas.

Siento el frío acero de su mirada atravesándome sin esfuerzo.

Sus manos dejan de apretar mis brazos y acarician mi piel mientras asciende hasta llegar a mi cuello.

Un terremoto parece crearse bajo nuestros pies cuando él empieza a aproximar su rostro al mío.

—Tenía tantas ganas de estar contigo... —susurra cerca de mi oído.

Cierro los ojos por inercia. Siento cada una de sus palabras clavarse en mi piel.

Tiemblo. Como si una sacudida brutal se hubiese apoderado de mí.

Me besa la mejilla. Luego la comisura de los labios y se separa de mí para sonreírme pícaro antes de besarme con todas las ganas contenidas que lleva

dentro. Con todas las que llevo yo.

Me agarro a su espalda y siento cómo el calor emana de su cuerpo. Cómo se tensa cuando mi piel entra en contacto con la suya.

Se separa de mí después de que todo mi interior de inmore sin remedio.

Yo lo miro extrañada. No quiero que se vaya. No quiero que termine.

—¿Podemos vernos esta noche? —asiento. —Bien. Voy a casa a descansar. Quiero estar al cien por cien después.

Sonrío y vuelvo a asentir.

Una persona carraspea justo detrás de nosotros.

Nuestras miradas se cruzan con la suya y Eliot me besa la mejilla antes de separarse de mí.

—No quiero interrumpir —dice él sin moverse un milímetro.

—Yo ya me iba —le contesta Eliot.

Luego me mira y me guiña un ojo antes de encaminarse hacia la puerta.

Su hombro casi roza el de Héctor al pasar a su lado. No se miran. La mirada de Héctor sigue clavada en mí y Eliot camina recto hacia la salida.

—Tú y yo deberíamos tener una conversación un día de estos —dice Héctor dirigiéndose a Eliot, pero sin dejar de mirarme a mí.

—Será interesante —contesta Eliot antes de irse.

«Tierra, trágame y escúpeme en Marte».



Nicky

Ha sido una ardua tarea mantenerme en pie. Tres meses han pasado desde que tomé la decisión de seguir adelante con esta historia de tres. Ha sido todo pasión, risas, abrazos y caricias, sexo desenfrenado y, sobre todo, ha sido vida. Pero no una vida cualquiera, no. Una vida increíblemente excitante. Una que gracias a ellos he podido vivir. Una que gracias a mí he podido disfrutar.

Héctor no ha quedado aún para hablar con Eliot, supongo que eso quedó en el aire y yo me alegro.

Sí ha quedado conmigo, por supuesto, casi todos los días desde que le dije que me iba a lanzar de cabeza a la piscina y que ya averiguaría si ahí abajo había agua o si me iba a estrellar contra un suelo macizo.

Aún no lo sé. Aún caigo al vacío y, mientras, vuelo. Vuelo como nunca he volado antes. Vuelo como si de verdad tuviese alas y no me hiciera falta tocar el suelo.

Ha valido la pena, para qué mentir. Ha valido la pena porque he conocido más a fondo a Eliot. Él, su espíritu aventurero, la potencia de esa mirada oceánica y yo lo pasamos genial.

Héctor, la calidad de su risa, la electricidad que creamos cada vez que estamos juntos, esos ojos en los que estaría dispuesta a quedarme a vivir y yo hacemos magia.

Y sí, algunos sentimientos se han intensificado muchísimo más que otros, tampoco voy a engañarme...

La campanita de la puerta suena y entra él. Radiante y sonriente.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —digo sorprendida.

—Hola, preciosa.

Hoy no lleva traje. Hoy es el chico sencillo y atractivo que conocí en aquel bar.

Su camiseta con cuello de pico de color gris se adapta a cada músculo de su cuerpo. El pantalón azul marino que lleva le queda como un guante y esas zapatillas blancas conforman un estilo de lo más sensual.

Se acerca a mí con esa sonrisa de pantera y esos ojos negros son capaces de desnudarme el cuerpo y el alma con un maldito pestañeo.

—Habíamos quedado para comer... —digo a la vez que me recojo un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Lo sé, pero se me ha ocurrido algo y he venido a ver qué te parece a ti —sonríe ampliamente.

—Miedo me das...

Mira a su alrededor antes de acercarse a mí.

—Así que... Hoy estás sola, ¿eh?

Sus hipnóticos ojos negros atraviesan los míos y me encanta esta sensación. Esta de sentir que el suelo tiembla. Esta de querer que no deje de mirarme así nunca.

—Le surgió un trabajo y yo me apaño bien sola, ¿recuerdas? —le respondo seria a la vez que me cruzo de brazos.

Él se carcajea y me acaricia la mejilla con su pulgar.

—Escápate conmigo.

—¿Qué? —frunzo el ceño.

—Cierra y vámonos. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Estás loco? No puedo irme, así como así. Lo que sea que me vayas a dar, dámelo en el almuerzo.

—No es tiempo suficiente.

—Oh, claro que lo es, fiera.

Él echa a reír y yo sigo cruzada de brazos.

—Vamos. Hagamos una locura. Déjate llevar.

«*Di que sí, idiota*».

—¿Una locura?

—Prometo que va a encantarte. Confía en mí.

—¿Podré abrir esto por la tarde? —pregunto relajando mi expresión.

Cedo a su petición sin decir del todo que sí.

—No hoy. No mañana. Y el fin de semana tampoco estaremos para nadie...

—Tanta ansia tienes que me vas a dejar en silla de ruedas, ¿o qué?

Se carcajea alto y yo no puedo evitar reírme también.

—No es eso, joder. Serán solo cuatro días. Vamos, haz una locura conmigo.

—Se te ha ido la olla —me río.

—Claro que sí. Tú tienes la culpa. ¡Vamos, Nicky!

Sopeso la situación unos instantes.

Más de unos instantes en realidad.

No puedo cerrar la tienda hoy y mañana. A mi cuenta bancaria le dará un ictus instantáneo.

Pero quiero dejarme llevar. Claro que quiero.

Su sonrisa y esos ojos profundos son lo único que necesito para cometer cualquier locura.

—Sabes que no puedo cerrar la tienda cuando me dé la gana, Héctor.

—Yo corro con todos los gastos. No tienes excusa —sonríe satisfecho.

—No quiero que hagas eso. Sabes que odio eso.

—Vale. Empecemos de nuevo —carraspea. —Nicky, coge una maleta, mete ropa como para pasar cuatro días fuera y escápate conmigo.

—Me estás vacilando... —digo sin esconder la sorpresa.

—Vamos, sé que quieres.

—¿Cómo no voy a querer? Iría a cualquier maldito rincón del mundo contigo...

Durante unos instantes me mira en silencio, con una sonrisa que encandila y mordiéndose el labio inferior.

No sé en qué está pensando, pero juro que me encantaría entrar en su mente y averiguarlo.

—No hay más que hablar. Te recojo a la una en tu piso.

Me besa la frente y se va por donde vino.

Yo me quedo inmóvil. Con una risa tonta y la cabeza dando vueltas.

—Increíble —digo en voz alta y me río.

Él vuelve a asomar la cabeza por la puerta y me saca de mi ensoñación.

—No te olvides del bikini —sonríe, me guiña un ojo y se pone esas gafas de sol tan sexys antes de irse.

Yo vuelvo a estallar de risa.

Increíble. Él es increíble.

Héctor

Aún no me creo del todo lo que acaba de pasar. Ella ha dicho que sí y podré llevármela a pasar unos días a la casa de la playa.

Solo nosotros dos, unos mojitos y el mar.

¿Hay algo más perfecto que eso? ¿Hay algo más perfecto que escucharla

decir que se iría a cualquier parte conmigo? ¡Conmigo! Dios... juro que esa frase resuena en bucle dentro de mi cabeza una y otra vez. Juro que no quiero que ese eco desaparezca jamás.

Me encantaría ver la cara de ese imbécil cuando le diga que se va conmigo. Que no va a poder tocarla en cuatro días.

Yo sí que podré y me encargaré de grabar cada milímetro de su piel en mi mente. De aprenderme de memoria sus lunares. De llenarme de ella. De que ella se impregne de mí. De que me sienta tal y como soy.

Joder, le haré el amor hasta morir si ella quiere.

—Que me largo, Kevin. ¡Ha dicho que sí y me voy a Cádiz cuatro días!

—¡Eso es genial, tío! ¿Quieres que te lleve al aeropuerto?

—No hace falta. Cojo un taxi.

—Eso es que no quieres que la conozca todavía, ¿no? ¡Llevas meses con esa chica! Es lo más serio que has tenido, joder. ¿En serio no vas a dejar que me presente?

—A la vuelta prometo presentártela, pero no quiero que la asustes antes.

Él se muere de risa al otro lado de la línea y yo hago lo mismo.

—Te da miedo que se fije en mí, ¿no? Es eso... ¡Vamos, admite que es eso!

—Está bien... me da miedo que la asustes con tu careto de mandril salido.

—A ver a dónde vas a pedir ayuda la próxima vez, colega. Este mandril salido ha cerrado el gabinete de crisis.

—Qué dramático eres... Alégrate por mí, joder.

—¡Me alegraba hasta que me has llamado mandril, gilipollas!

Volvemos a reírnos.

Me siento bien. Completamente bien. Hacía demasiado tiempo que no me sentía tan a gusto conmigo mismo. Tan... vivo. Tan ansioso de vivir.

—Me largo a hacer la maleta. Ya te contaré...

—Oye, Héctor... ¿Has hablado con tu padre desde la pelea? —me pregunta con un tono de voz más serio.

—No.

—Me ha estado llamando. Dice que no le coges el teléfono...

—¿A ese viejo se le ha ido la cabeza? ¿Qué coño hace llamándote a ti? Ni que yo tuviera dieciséis años.

—No sé, tío. Yo cumplo con decírtelo. Tú haz lo que quieras.

—Lo llamaré para que te deje en paz, ¿de acuerdo?

—Bien, pero oye... No vuelvas a meterte en la mierda ahora que parece que estás saliendo a flote.

—Tranquilo y oye... gracias, Kevin, de verdad.

—Anda, anda, ve a hacer la maleta, lárgate y disfruta. Cuéntamelo todo cuando vuelvas...

—Hecho.

Colgamos después.

Inmediatamente llamo a mi padre. No puede seguir tratándome y controlándome como si fuera un niño.

No tarda en cogerlo.

—Héctor.

—Que sea la última vez que llamas a Kevin para saber de mí. Sabes dónde vivo y, si no te cojo el móvil, es porque no quiero hablar.

—Tenemos que solucionar esta situación. Llevas meses sin pasar por la oficina, sin venir a casa...

—No hay nada que solucionar, padre. Quédate con tu empresa, con tus negocios y con tu dinero. No quiero nada.

—No voy a dejarte sin nada —dice tajante.

—No voy a seguir trabajando para ti.

—Bien. Móntate tu propia empresa, haz lo que quieras, Héctor. Pero con todo lo que has hecho por la familia, por mí... no voy a dejarte sin nada, hijo.

Por primera vez sus palabras parecen sinceras. Parece que habla en serio. Parece que ha recapacitado y que la cordura ha vuelto a esa cabeza dura que tiene.

—Si eso es lo que quieres...

—Lo que quiero es que vuelvas y que sigas ayudándome, pero sé que eso no es lo que quieres tú.

—No, no es lo que quiero.

—Pues tómate un tiempo de descanso, pon en orden tu vida y luego haz lo que quieras. Tienes una cuenta abierta a tu nombre con el dinero que necesites. Si quieres podemos almorzar hoy y...

—Me voy cuatro días a la casa de la playa.

—Oh, bien, bien. Eso está bien. Bueno... tengo que colgar, hablaremos cuando vuelvas.

Su voz se entrecorta. Como si le ahogasen las palabras.

Lo entiendo. Yo siento lo mismo ahora.

—Papá...

—Dime.

—Gracias.

—No, hijo. Gracias a ti. Siempre gracias a ti.

Cuelga inmediatamente después.

Una sensación extraña se apodera de mi cuerpo, de mi mente. Me siento como nunca.

Me siento jodidamente libre.



Nicky

Cuando termino de hacer la maleta, bajo los escalones que me separan del taxi donde me espera Héctor para ir al aeropuerto y, después, a Dios sabe dónde.

No me siento mal por irme, aunque aún no he puesto a Eliot al día.

—¿Preparada? —dice Héctor mientras me abre la puerta del taxi.

—No, pero eso poco importa —río y entro en el taxi.

Él sube después de mí y me pone la mano encima del muslo.

Esta vez sus gafas esconden esos ojos que hacen que yo pierda la concentración, pero puedo imaginarlos.

Brillantes, como su sonrisa. Como todo él. Como toda yo cada vez que él está cerca.

—Tengo que hacer una llamada...

Él asiente, como si ya supiese a quién voy a llamar.

Tarda tres tonos y medio en contestar con la voz entrecortada.

—Dime, guapísima.

—Perdona por interrumpirte. Tenía que decirte que me voy unos días — la mano de Héctor aprieta instintivamente mi rodilla. —No abriré la tienda hasta el lunes. Prometo llamarte cuando esté de vuelta y... bueno. Ponernos

al día.

Un eco de mi voz es lo único que resuena al otro lado de la línea y, después, silencio.

Miro a Héctor, pero él mantiene la vista al frente.

—¿Te vas con él? —pregunta con la voz más firme.

—Sí.

No miento. No me escondo.

—¿Está contigo ahora?

—Sí.

—¿Puedes pasarle el móvil?

—No creo que sea buena idea —digo sincera.

—Por favor.

Yo no respondo, le cedo el teléfono a Héctor y este sonrío con autosuficiencia antes de llevárselo a la oreja sin dirigirme una palabra.

—¿Qué tal? —dice a modo de saludo.

Mis ojos se clavan en él y casi no pestañeo para no perderme ni uno de sus movimientos.

Se limita a asentir y a sonreír a medio lado de manera chulesca.

—Gracias —dice al fin. —No la culpes si la notas cansada al volver. Será solo culpa mía.

Mis ojos se abren al máximo y mi boca los acompaña. Estoy a punto de quitarle el móvil de la mano, pero, no sé por qué, me contengo.

—Bien. Hasta entonces —dice antes de colgar.

Héctor me cede el móvil y yo pierdo la fuerza al intentar cogerlo. Se cae al suelo del coche y Héctor me mira con una sonrisa que no soy capaz de descifrar.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto antes de que él coja el móvil y me lo ceda.

—¿A parte de que soy un cabrón? Nada bonito.

—Lo veo lógico —digo a la vez que asiento.

No sonrío, él lo hace por los dos y se echa una carcajada antes de hablarme.

—Me ha dicho que juego sucio por llevarte lejos. Que disfrute mientras pueda y que, cuando volvamos, quiere mantener una charla conmigo —dice mientras me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Genial. Empieza bien la escapada.

Mi móvil vuelve a sonar y su nombre parpadea en la pantalla.

Héctor sonrío, mira al frente y deja de tocarme.

Yo respondo sin esperar un segundo más.

—Dime... —digo bajito.

—No me he despedido.

—Bueno... es comprensible.

—Supongo que ya te ha soplado lo que le he dicho, ¿no?

—Sí...

—Bien. Quiero que sepas que puede llevarte al fin del mundo si quiere, pero yo voy a estar aquí cuando vuelvas.

«Puedes sentirte mal, Nicky. Lo mereces».

—¿Merece la pena?

Héctor me mira con el ceño fruncido, como si pensase que Eliot está diciéndome algo malo. Yo le hago un gesto para que se calme.

—Si no lo merecieras no seguiría aquí, Nicky. Disfruta de tu viaje. Hablaremos largo y tendido cuando vuelvas.

—Sí, vale.

—Eh.

—¿Qué?

—Ni se te ocurra poner la cara larga que imagino que tienes ahora. Tu

sonrisa es demasiado bonita como para no compartirla con el mundo.

Sonrío sin remedio. Héctor mira al frente.

—Y todo lo demás de mí es puro egoísmo, ¿no?

—Todo lo contrario. Yo soy egoísta. Él es egoísta. Tú eres simplemente tú.

Río y noto cómo Héctor se tensa.

—Haces que suene tan bonito... Llamaré cuando llegue, ¿vale?

Sonrío e imagino que él hace lo mismo.

—Esperaré ansioso.

Cuelgo después de eso.

Héctor sigue mirando al frente hasta que llegamos al aeropuerto. Yo evito decir una palabra más.

Al fin y al cabo, supongo que está todo dicho.

Él, Eliot y yo somos el cúmulo de circunstancias más extraño que puebla la Tierra en este momento y, siendo sincera, sé que no va a funcionar.

Supongo que, tarde o temprano, todo esto explotará y el impacto nos destruirá a los tres.

Tal vez nada vuelva a ser igual. No entre nosotros, sino en nuestro interior.

Cambiaremos. No volveremos a ser los mismos. Pero, mientras, disfrutaremos de las personas que somos ahora. De lo que hacemos, de lo que sentimos.

Nos dejaremos llevar.

Héctor

Todo lo que me ha dicho ese imbécil cuando Nicky me ha pasado su móvil me entra por un oído y me sale por el otro.

Yo estoy con ella y él no. Ese es el único motivo para reírme así.

Creo que me ha llamado cabrón, hijo de mi madre y alguna perlita más que se ahora se me escapa.

No lo culpo, claro. Yo he jugado mejor mis cartas. Me la llevo lejos, justo donde él no puede acercarse.

Disfrutaré de ella como si el mundo se fuese a acabar en el vuelo de vuelta.

Hemos quedado en vernos el martes para tener esa conversación que no sería, ni de lejos, amena.

Lo estoy deseando. ¿Para qué mentir?

Quiero que me mire a la cara, quiero mirarlo yo. Quiero decirle que se vaya haciendo a la idea de que no voy a apartarme. De que voy a estar al pie del cañón hasta que ella quiera.

Supongo que él me dirá lo mismo.

«*Ella lo vale. Ella lo vale todo*». Frase que se repite en bucle dentro de mi cabeza.

—¿Por qué sonrías así? —me pregunta con esa sonrisa tan brillante que tiene.

—Porque estás conmigo. Porque vamos a ser solo tú y yo durante cuatro días enteros y porque sí, joder. Porque estoy feliz.

Se sorprende y abre los ojos más de la cuenta.

Es tan expresiva que no hace falta que diga nada. Yo ya sé lo que piensa.

—Vaya... con qué poco se te hace feliz.

—¿Poco? Tú eres de todo menos poco —le acaricio la mejilla y le sonrío a la vez.

—Me dices tantas cosas que al final voy a acabar creyéndomelo todo —se sonroja.

—Deberías creértelo. Yo no miento, Nicky. Es algo que he aprendido de ti, ¿sabes?

—Así que antes de conocerme eras un mentiroso compulsivo, ¿no?

Me carcajeo y ella se cruza de brazos. Sonríe.

—No, claro que no. Pero me callaba muchas cosas. Ahora estoy más...
suelto.

—¡Suelto! —el taxista la mira. —Ya lo creo que estás más suelto...

—Culpa tuya —me encojo de hombros.

—Bien, pues... vamos a jugar. A partir de este momento tienes que decirme absolutamente todo lo que se te pase por la cabeza, ¿entendido? Todo. No puedes dejarte nada.

—Eso es... —me carcajeo. —No voy a salir bien parado de eso.

—Lo sé y eso me encanta.

«Mala. Me encanta que seas mala».

—O sea que voy a ser tú por unos días, ¿no?

—¡Sí! Yo seré así siempre, si eso te sirve de consuelo. Prometo no callarme nada. Aunque... he de confesar, ya que hemos empezado a jugar, que también me he guardado cosas desde que te conozco.

—¿Cosas buenas? —pregunto con una sonrisa de medio lado.

—Cosas jodidamente malas —se carcajea y yo hago lo mismo.

—Eres perfecta —digo y ella me sonrío sincera. —Si así lo quieres... entonces que empiece el juego.

«Estoy jodidamente enamorado de ti».

Es el último pensamiento que me guardo para mí.



Eliot

Por poco me agarro a puñetazos contra la pared. Sin embargo, boca arriba en el sofá, me río.

«Hijo de perra. Cómo me la has jugado...».

Me froto la cara con las manos y me levanto de un salto.

Cojo mi móvil y la llamo.

Suenan cuatro tonos antes de que su voz, que es más dulce que un bote de miel, suene al otro lado.

—¿Eliot? —pregunta en un susurro.

—¿Cómo estás?

—Pues... no sé. Estoy y ya.

—Ya, bueno... quería pedirte perdón —le digo cerrando los ojos e imaginándola.

Su pelo corto, rubio como el trigo, huele a menta. Siempre huele a menta. Ella es dulce, tierna. Nada que ver conmigo. Nada que ver con la basura de tío que soy.

—¿Perdón? No sé cuántas veces me has pedido perdón, Eliot.

—¿Quieres volver a venir a la ciudad este fin de semana? No tengo mucho trabajo. La última vez lo pasamos bien y... no sé, ¿te apetece?

«*Di que sí*».

—¿Para qué? Para pasar unos días genial y que luego me echés de tu vida como siempre, ¿no? Estoy cansada...

—Elena... Sabes que nuestra relación es... extraña.

—Ya... extraña.

—Lo pasamos bien juntos, ¿no es eso suficiente?

—Para mí no.

En el fondo la entiendo. Sé que no todo el mundo puede quererse sin más. Hay relaciones que nada tienen que ver con la normalidad establecida y ella no es capaz de comprender eso.

Nuestra relación, por ejemplo. Es bonita, cariñosa, tiene un cuerpo de escándalo y, sin embargo, no me llena. Pero cuando no estoy con ella la echo de menos.

—No puedo darte más que esto.

—¿Has estado ya con alguna desde la última vez que estuve ahí?

—Sí.

No le miento. A estas alturas, ¿para qué?

—Esto no nos lleva a ninguna parte, Eliot. Me gusta estar contigo, pero yo busco algo más... Algo serio.

—Lo sé. No te culpo, ¿vale? Si te apetece venir... ya sabes.

—Ya te llamaré.

No deja que me despida.

Supongo que nada bueno pudo salir de esto nunca. Que nada bueno puede salir ahora.

No sé por qué no la dejo ir. Es un sentimiento extraño.

«*Ni contigo ni sin ti, Elena*».

Hemos estado tantas veces juntos y tantas veces con otros que ya hace tiempo que perdí la cuenta.

Cualquier día ella dará un golpe encima de la mesa y me mandará a la mierda.

Cualquier día me armaré de valor y la dejaré ir. Aunque ella no quiera irse.

Pero hoy no es ese día.

Volverá a llamar, la conozco bien. Vendrá, lo pasaremos bien y luego volveremos a tener la misma conversación de siempre. La misma que tuvimos hace tres semanas, cuando vino a verme sin avisar. Esa que acaba con sus llantos y mis «*no es para tanto, Elena*».

Nicky

Llegamos al aeropuerto de Sevilla a las cuatro de la tarde. Un sol radiante nos da la bienvenida y hace que me quite la chaqueta vaquera al bajarme del avión.

Héctor se ríe cada vez que me mira. Creo que aún no se cree que estemos en la península. Creo que lo que no se cree, en realidad, es que estemos aquí juntos.

Yo me río también, ¡qué le voy a hacer! Este chico no me deja estar seria ni un segundo.

Después de arrastrar las maletas hasta el coche de alquiler, Héctor se sienta al volante y se acomoda mientras yo me paro a observarlo.

Tengo que ser sincera conmigo misma. Yo tampoco me creo que estemos aquí juntos. Los dos solos.

No me ve observarlo porque está muy ocupado poniendo a punto los retrovisores y el sillón a su altura.

Lleva un jersey fino azul marino que deja ver el cuello del polo gris que lleva debajo. Va tan ceñido que me apetece morderle.

El pantalón azul marino de tela deja a la vista la perfección de su trasero. Yo intento ir siempre un paso por detrás suyo. No todos los días se te pone

semejante manzana delante y yo no voy a desaprovecharla.

Su pelo siempre está cuidadosamente despeinado. Las gafas de sol que lleva es un accesorio que activa algo aún más sexy en él. Y, joder, esa sonrisa ya hace que quiera parar el tiempo aquí y ahora.

—¿Qué miras? —me pregunta mientras se quita las gafas para observarme.

«Eso no se hace, maldita sea».

Me quedo muda. Perdida entre sus pestañas. Caigo por el precipicio que hay al otro lado de sus ojos y, cuando me sonrío, vuelvo en mí.

—A ti —me encojo de hombros.

—Creo que el juegucito de la sinceridad absoluta va a acabar conmigo, pero... ¿qué miras de mí exactamente?

Pongo los ojos en blanco y luego me echo la mano a la cara.

«Toma. Tu propia medicina, bonita».

—Pues... me estaba fijando en tu ropa —se ríe. —En los músculos de tus brazos... pensaba en lo perfecto que tienes el trasero —me encojo de hombros y me pongo el cinturón sin que él deje de mirarme. —En tu pelo... me encanta ¿sabes? Y, joder... pensaba que cuando sonrías se para el tiempo.

Se enseria de repente y yo arqueo una ceja.

—¿Tú también lo notas? Quizá estamos parando el tiempo de verdad. A mí me pasa lo mismo cuando tú sonrías...

Me río y él se acerca para besarme.

—Estos días van a ser una montaña rusa. Lo sabes, ¿no?

—Y eso me encanta... —sonríe.

Se pone las gafas de sol y arranca el coche.

—Héctor —me mira súbitamente.

—¿Qué pasa?

—Gracias por traerme.

—Gracias por venir... —sonríe un segundo y fija su vista al frente.

Un revoltijo de emociones se instala en mi estómago. Yo me pongo la mano encima y sonrío.

«*Gracias por hacerme sentir tanto*». Pensamiento que guardo para mí.

Sí. Hago trampa. Pero prometo decírselo antes de volver a casa.

Héctor

Llegamos a la casa de los Caños de Meca una hora y cuarenta y cinco minutos después.

Tengo un hambre feroz, en todos los sentidos.

Ella está en la terraza, mirando la playa desde el balcón. No ha parado de correr de atrás delante de la casa desde que llegamos.

Se ríe, me besa, sale a la terraza, grita, flipa con la piscina y vuelve a besarme.

Podría verla así de feliz toda mi vida.

Apago el móvil y lo dejo en el cajón del primer mueble que veo.

No quiero interrupciones. No quiero molestias de ningún tipo. Ya me encargaré de todo el lunes.

Ese vestido blanco que lleva se le levanta un poco con la brisa. Su pelo se mueve a la vez y yo me cubro la sonrisa de idiota que debo tener con una de mis manos.

Estoy sentado en el sofá del salón mirándola a través de la puerta de cristal por la que ha salido.

Es preciosa. Al natural lo es.

Me levanto después de grabar en mi mente la manera que tiene de andar descalza. Camina de puntillas, como si sus talones no quisieran rozar el césped. Como si estuviese saltando charcos y no quisiera mojarse más de la cuenta.

Me apoyo en el marco de la puerta y la miro casi sin pestañear. El vestido

deja a la vista dos de los planetas que tiene tatuados en la espalda. Automáticamente vuelvo a uno de esos momentos en los que ella, agachada delante de mí, me devora y yo deslizo mis dedos por cada uno de esos dibujos.

Me muerdo el nudillo del dedo gordo para calmar el ansia.

—¿Qué te parece? —consigo preguntar por fin.

Ella se da la vuelta y deja de estar apoyada en la barandilla de madera que nos separa del camino que desciende hacia la playa.

—¡Es una auténtica pasada! Las vistas son una pasada. La casa es ostentosamente grande y ¡el agua de la piscina está caliente! —grita y yo me río.

Camina hacia mí, otra vez de puntillas. Yo le extiendo una mano que ella coge sin dudar.

Mira mi pecho y luego fija su vista en el fondo de mis ojos.

—No me mires así...

—¿Por qué? —sonríe traviesa.

—Porque me pones nervioso.

—¡Ajá! Al magnate de las joyerías lo pone nervioso una miradita de nada, ¿eh? —dice y me pasa su dedo índice por el pecho.

—Oficialmente, ya no soy magnate de nada. —sonrío a medio lado.

Ella frunce el ceño. Se extraña. Normal...

—¿Cómo?

—Que lo he dejado... Me asfixiaba estar al frente de todo eso. Demasiadas cosas que no me gustan. Mi padre es... —me callo.

—¿Es...?

—¿De verdad quieres que te cuente la historia de mi vida?

—¡Claro que quiero! Todo lo que te pase me importa.

—Ah, ¿sí?

—Me importas, Héctor. Mucho. Quiero saberlo todo de ti.

Me acerco a ella y la beso. Suave y a la vez intenso.

Ella me responde y se aprieta contra mí todo lo que puede.

La jodida perfección nos rodea en este instante.

—Pues necesitamos algunas horas y vino...

—No tengo ninguna prisa...

Ella me abraza. Apoya su mejilla en mi pecho y me aprieta fuerte. Yo la correspondo y le doy un beso en la cabeza.

—Puedes desahogarte conmigo siempre que quieras —me dice.

Yo miro al cielo y doy gracias a lo que quiera que esté ahí arriba por ponerla en mi camino.

—He hecho cosas... Cosas de las que no me enorgullezco, Nicky.

—Todos hemos hecho cosas que no nos enorgullecen.

—Ya, bueno... Yo bastantes más que la media. No quiero que salgas corriendo después de que abra el cajón de mierda.

—¿A dónde voy a ir? Tú tienes mi pasaje de vuelta, ¿recuerdas?

Me echo a reír y ella también.

—Vamos... siéntate en el sofá. Voy a ver si hay vino.

Ella asiente. Me besa fugazmente en los labios y se va al sofá.

Yo entro en la cocina con el estómago descompuesto.

Ella no va a quedarse conmigo después de que le diga las cosas malas que he hecho por la empresa. Mucho menos cuando sepa lo del pequeño asunto de mis fiestas sexuales en grupo.



Nicky

Comprendo ahora por qué apareció aquella madrugada en mi casa como si su alma se hubiese partido en dos. Realmente se había roto en mil pedazos.

Escupe cada palabra como si llevasen tanto tiempo preparadas para salir que, ahora, lo hacen a propulsión.

Una frase detrás de otra. Sin miramientos. Sin pensarlo.

Yo guardo silencio hasta que termina. Ahora está callado, con la mirada perdida.

Yo me limito a poner mi mano encima de la suya. Noto que se sobresalta y me mira con el ceño fruncido. Como si esperase que dijese algo cuanto antes.

Yo no tengo muy claro qué debo decir.

Al fin y al cabo, es su vida. Todos hemos cometido locuras. Hemos hecho cosas mal y nos hemos arrepentido después. Todos tenemos un pasado.

Su cara es un poema. La mía debe ser exactamente la misma.

—Entonces... —él aguanta la respiración. —Yo te habré parecido súper aburrida, ¿no? En la cama, digo...

Le sonrío. Intento rebajar la tensión con una broma. Él no se ríe.

—¿Aburrida?

—Joder... después de pegarte esas orgías, estar con una sola persona tiene que ser... soso, ¿no?

Se ríe y se pone la mano en la cara.

No quiere mirarme. Yo no aparto los ojos de él.

—Disfruto más contigo que en cualquier quedada de esas.

—¡Anda ya!

—Puedo jurarlo...

—No te parezco... ¿poco? —le pregunto y él se escandaliza.

Se levanta y camina unos pasos adelante y otros atrás.

—¿Poco?! Mira, Nicky... tú... tú...

—Dilo de una vez —le reto.

—Tú eres lo más alucinante que me ha pasado en la vida. En todos los aspectos. En la cama eres...joder —se echa las dos manos a la cabeza. —Eres una diosa y en todo lo demás... —suspira. —En todo lo demás eres como un maldito animal mitológico. Eres casi irreal. Eres... eres perfecta.

Me quedo muda.

Lo miro con los ojos bien abiertos y él hace lo mismo conmigo.

Sé que espera una respuesta, sé que necesita que apruebe su pasado.

Yo recuerdo cada vez que hemos estado juntos. Cada ocasión en la que me hizo convertirme en puro fuego. Cada vez que nos quemamos los dos.

Un cosquilleo debajo del ombligo hace que me levante del sofá y me ponga a su altura.

Me mira. No se mueve. No respira. Yo tampoco.

—Me has hecho volar desde que te quitaste esa jodida corbata y me presentase al Héctor que eras.

—¿Que era?

—Sí, porque hoy no eres ese. Ya no —digo seria.

Él está serio también. Su ceño está fruncido y espera con ansia a que yo

continúe.

—Dilo. Di ya lo que tengas que decir.

Sigue en su sitio. Yo en el mío. No pestañea. Yo no puedo.

—Escúchame. Habrás hecho las suficientes cosas como para arder en el infierno. No me importa. Siempre me han gustado los sitios cálidos.

—Pero...

—Ni peros ni peras. Quiero que vengas aquí, me beses, me arranques este maldito vestido y me hagas arder como si ya estuviésemos ahí abajo.

De una zancada se pega a mí, pone sus dos manos a cada lado de mi rostro y me besa como si estuviera absorbiéndome el alma.

Sus dedos pasan a enredarse en mi pelo y yo me aferro a su espalda con el miedo de caer al vacío si me suelto.

Héctor

Se me va la vida en el beso que le doy. No he sentido tanto con un beso nunca.

Por suerte se agarra con fuerza a mi espalda. Sus uñas hundiéndose en mi piel me aseguran que no estoy soñando. Que ella está aquí. Que yo lo estoy. Que todo esto es real. Que ella realmente es perfecta.

Sus piernas se enroscan en mi cintura y mis manos se colocan en la suya.

Parece tan delicada y, sin embargo, es tan brutal como un huracán.

Exterior en calma. Interior en llamas.

La siento en la mesa del comedor sin dejar de besarla.

Me acepta con todos mis demonios y esa es la declaración de intenciones más increíble que me han hecho nunca.

«*Ardamos como si ya estuviéramos ahí abajo*». Su frase resuena en mi cabeza y hace que me encienda aún más.

Ella vendría conmigo al mismísimo infierno y eso... Joder, eso hace que me reviente el corazón dentro del pecho.

Necesito hacerla mía. Necesito sentirme dentro de ella y hacerla gemir tan alto que reviente los cristales de toda la casa.

Le levanto el vestido y, mientras ella se aferra a mi cuello, yo le doy un tirón al tanga de hilo que lleva y lo rompo sin esfuerzo.

Me desabrocho el botón del pantalón y me bajo la cremallera.

Necesito hacérselo ya. Las ganas me explotan dentro.

Me separo de ella un instante. Porque sí, porque soy masoquista. Porque necesito observarla.

Ella me derrumba con esa mirada felina y esa boca que pide más a gritos mudos.

—Dime qué quieres que te haga.

Ella se sorprende. Sus ojos y su boca se abren ligeramente. Luego se ríe y echa la cabeza hacia atrás.

Yo le muerdo el cuello, no me reprimo. No podría, aunque quisiera.

Se acerca a mi oído y pasa su lengua por mi lóbulo.

La piel se me eriza.

—Quiero que me hagas gritar, Héctor —dice con la voz más sensual que he escuchado nunca.

Me separo unos centímetros de ella hasta que sus ojos y los míos se devoran mutuamente.

Pongo mis manos a cada lado de sus caderas y la acerco a mí.

Ella termina de bajarme los pantalones y los calzoncillos tan rápido que entiendo que está tan ansiosa como yo.

—¿Vas a gritar mi nombre? —le pregunto aguantando las ganas.

—Voy a gritarlo tan alto que va a temblar la Tierra.

No espero ni un segundo más y me hundo en ella.

Y grita. Joder, si grita.

A cada embestida sus gemidos son más altos. Más potentes. Más intensos.

Yo me deshago en cada movimiento. La siento. Siento todo de ella.

Sus uñas se clavan en mi espalda hasta dejar marca.

Ahoga un gemido en mi boca mientras me besa y mis manos aprietan más fuerte sus muslos.

Morir de placer nunca fue tan tentador. Tan tangible.

Me besa el cuello y yo cierro los ojos para intensificar la experiencia.

Ella me coge la cara con las dos manos y noto cómo acerca su boca a la mía.

—Mírame, Héctor —susurra.

Obedezco. Obedecería cada orden suya el resto de mi vida.

—Joder, Nicky. No aguantaré si te miro. Me pone demasiado tu cara cuando gimes.

Sonríe de manera chulesca y me devora.

Puro fuego.

Sin que yo pare de embestirla, ella se echa hacia atrás hasta quedar acostada encima de la mesa.

No he visto banquete más increíble que este.

Gime tan alto como me ha asegurado que lo haría. Yo gruño sin poder evitarlo.

Clava sus codos en la mesa, me mira a mí y luego al punto de conexión que hay entre nosotros.

Me hace seña con su dedo índice para que me acerque a ella y vuelvo a obedecerla.

—¿Yo sola soy suficiente para ti? —me pregunta con una sonrisa.

—Eres demasiado para mí. Para cualquiera.

Vuelve a devorarme con esos besos que matarían a más de un débil. Que harían débil a más de un hombre fuerte.

No soy capaz de aguantar un segundo más y me deshago dentro de ella.

Cada vez que su cuerpo y el mío conectan descubro algo nuevo.

Hoy, por ejemplo, entiendo que ella es indomable. Que le gusta serlo. Que disfruta haciéndomelo saber.

Le encanta ser salvaje. Sacar a esa fiera con garras de acero y mirada felina. Le gusta verme deshecho. Le encanta que no sea capaz de contenerme si la tengo delante. Si ella me toca. Si ella me obliga a que la mire.

También descubro cosas de mí mismo cuando ella y yo ardemos.

Hoy, por ejemplo, descubro que muero y renazco cada vez que entro y salgo de ella. Que mataría por quedarme a vivir entre sus piernas. Que soy y seré capaz de cualquier cosa para que ella grite mi nombre otra vez.

Para que lo grite siempre.

Y sobre todo descubro que lo nuestro no es solamente sexo. Que ella es capaz de hacerme volar con una mirada. Que es capaz de hacerme soñar despierto si sonrío. Que el amor es real y que ella y yo lo somos también.

Quizá algún día me atreva a decírselo.

Quizá algún día ella tenga ojos solo para mí.



Nicky

Exhausta es la palabra más concreta para definirme ahora mismo.

La fuerza de Héctor, el ansia y su capacidad para extasiarme llega a límites insospechados.

Después de hacerlo encima de la mesa, nos trasladamos al sofá. De ahí a la hamaca que hay en la terraza y, al terminar, nos quedamos aquí. Desnudos y abrazados.

Por suerte no hay nadie que pueda vernos y, si lo hubiera, no me importaría lo más mínimo.

Si la felicidad son instantes, y lo son, este es uno de esos que se te clavan a fuego en la memoria y en la piel.

Feliz. Me siento feliz.

Sonrío mientras mi mejilla está apoyada en su pecho y mi dedo índice dibuja círculos alrededor de su ombligo.

Creo que se quedó dormido hace unos minutos. Su respiración es ronca y suave a la vez. Acompasada. Nada que ver con la de hace un rato.

Le gustó saber que acepto su pasado, pero yo me pregunto que, ¿cómo no iba a hacerlo?

Yo también tengo un pasado. Todos lo tenemos. Cada uno lo carga a las espaldas como mejor puede. Yo cargo el mío también.

Lo único que me importa de él es el aquí y ahora. Al fin y al cabo, es lo único que nos pertenece a ambos.

Lo abrazo y miro al frente. La extensión del mar llega más allá de lo que alcanza mi vista. El aire es cálido, su piel suave, mi sonrisa inmensa y, para resumir, la perfección más absoluta nos envuelve.

Su brazo se mueve y su mano llega hasta mi cara. Acaricia mi mejilla con su pulgar y noto que deja un beso suave en mi cabeza.

—Pensé que estabas dormido.

—Por un momento sí, pero no puedo desaprovechar el tiempo durmiendo...

—Vamos, no seas tonto. Duerme, podemos pasear luego por la playa.

Me abraza y me besa la frente.

—Dime en qué piensas... —dice mientras se levanta.

«Joder, estás para comerte, hijo de mi vida».

Él sonrío ampliamente y arquea una ceja.

—Vale... pensaba en que estás como un maldito queso suizo, ¿contento?

—Tú propusiste el juego, ¿recuerdas?

Asiento y me levanto. Él me mira de arriba abajo y se muerde el labio inferior.

—Te toca...

—Pensaba en que... —ladea la cabeza. —No puedes ser real.

Cojo su mano y la coloco en mi vientre. Lo guío para que me acaricie y lo obligo a ascender hasta que roza mi pecho.

—¿Esto despeja tus dudas?

Asiente y traga saliva. Yo sonrío.

—Vamos, entra. Necesitamos un rato de relax después de... bueno, o no. No sé. Ya lo vamos viendo.

Me carcajeo y él me guía dentro.

Subimos todos y cada uno de los escalones con nuestras manos entrelazadas hasta llegar al piso de arriba.

Los pasillos tienen poca decoración y las paredes son de un blanco tan impoluto que deslumbran.

Él abre la tercera puerta que nos encontramos y, cuando estoy dentro, me doy cuenta de que este cuarto de baño tiene el tamaño de mi salón.

Hay una bañera redonda que triplica el tamaño de la mía, un lavamanos que parece un trono de cristal y el suelo es de baldosas blancas y negras.

Paraíso terrenal.

Héctor abre el grifo de la bañera y luego abre la puerta de un armario de madera maciza que hay en el otro extremo.

Saca una bomba de baño y echa un líquido incoloro al lado de donde sale el agua caliente e, inmediatamente, la bañera se llena de espuma

«El maldito cielo en la Tierra».

Yo no dejo de observarlo. A él, a su cuerpo, a su manera de moverse.

Todo él me excita. Todo él me despierta, me mantiene alerta. Me hace sentir mucho más que el simple deseo carnal.

—¿Vamos? —me tiende una mano y yo asiento antes de cogerla.

Él espera a que yo me meta dentro.

Metó una pierna en esa agua hirviendo que desprende olor a menta y todos los poros de mi piel despiertan al instante. Metó la otra y suspiro sin querer.

Héctor sonrío al mirarme. Yo me recuesto en un extremo con las piernas totalmente estiradas.

Esta bañera es tan grande que podría nadar en ella.

Héctor se mete y se posiciona enfrente de mí.

Sus piernas se entrelazan con las mías por debajo del agua y esa mirada oscura se clava en mis ojos.

Sus manos atrapan uno de mis pies y lo masajea con tanto acierto que no puedo evitar gemir. Esta vez en voz baja.

Cierro los ojos y abandono mi cuerpo para convertirme en una masa incorpórea de placer.

Sus manos dejan mi pie suavemente y atrapan el otro para volverme a llevar al éxtasis más absoluto.

El agua arde. Yo también.

Sus manos se colocan en cada uno de mis tobillos y asciende poco a poco. Sin prisa. Sin pausa.

Es cuando llegan al interior de mis muslos cuando abro los ojos de par en par y me encuentro a una pantera ansiosa delante de mí. La versión zen de Héctor ha desaparecido. Ahora es la tentación encarnada.

Una de sus manos roza mi centro y yo me muerdo el labio inferior sin apartarle la mirada.

Su sonrisa chulesca aparece de repente y yo me incendio cuando él introduce sus dedos en mí.

«Moriré de placer antes de que acabe el día».

Héctor

Siempre está tan dispuesta a entregarse a mí que me resulta imposible dejarla en paz por mucho tiempo.

Necesito aprovechar cada minuto, cada segundo.

Beso su cuello empapado mientras le doy el placer que ella necesita. Lo que necesito yo es escucharla gemir.

Mueve las caderas sin parar, me pide más sin hablar y yo le daría mi vida si me la pidiese.

Tiene los ojos cerrados ahora y yo me entretengo en mirar la manera en la que se transforma su cara cuando alguna parte de mí está dentro de ella.

Tiene una expresión tan jodidamente sexy que ni siquiera hace falta que me toque para acabar yo.

Abre los ojos de par en par y los clava en mí. Esos marrones que te absorben la vida sin esfuerzo.

Sus manos se agarran a mi cuello y me acerca a ella para devorar mi boca. Yo siento que me devora el alma.

Una de sus manos viaja por mi brazo y me obliga a que salga de ella. La otra acerca mi cadera a la suya.

No voy a poder satisfacerla esta vez. Estoy demasiado excitado ahora mismo como para aguantar más de un minuto si volvemos a conectar.

—Espera, Nicky...

—Vamos, Héctor. Por favor...

Suplica que me hunda en ella. Joder, me suplica que lo haga y yo no soy capaz de negarle nada.

Lo hago y no soy capaz de medir la fuerza. No soy capaz de contenerme. Ella grita y tarda menos de cuatro investidas en deshacerse.

Me fascina notar cómo su interior se contrae al hacerlo.

Yo me separo enseguida. No he terminado y no quiero hacerlo aún.

Ella me mira con el ceño fruncido y me gruñe antes de empujarme hasta que mi espalda queda apoyada en el mármol de la bañera.

Se sube encima de mí tan rápido que no me doy cuenta de que ahora es ella la que lleva el ritmo. La que me obliga a entrar y salir de ella mientras me coge las manos y me las pone en su pecho.

—Joder, Nicky...

No habla. No dice una palabra. Cierra los ojos y gime. Solo gime y yo no puedo dejar de observar la boca que es capaz de crear el sonido más increíble del mundo.

Intento que se detenga. Intento que se baje de mí porque no me veo capaz de seguir.

Me mira intensamente y sonrío mientras se niega a parar.

Coge mis manos y las pone a cada lado de su trasero. Yo cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

Noto su aliento en mi oído y su lengua en el lóbulo de mi oreja.

—Ahora disfruta tú —dice antes de morderme.

Dejo de resistirme y la siento.

Siento cómo acelera, cómo gime adrede en mi oído. Siento cómo la electricidad que ella genera me envuelve y me deshago dentro de ella.

Gruño, más alto de lo que lo había hecho jamás y ella me besa para intentar atraparlo.

No se separa de mí y yo, segundos después de reventar de placer, la miro.

Sonríe. Como si estuviera orgullosa de esto. Como si le gustase matarme de placer. Arrancarme gemidos de dentro. Ver que no soy capaz de contenerme.

—Es como si tuvieras un mapa de mí. Sabes perfectamente qué botones pulsar para que estalle de placer... —sonríe y me clava esa mirada lobuna que tiene.

Sonrío y la abrazo.

—Pues tú debes tener mi mapa, porque yo me siento exactamente igual.

—Creo que eso, viniendo de ti y de tu dilatada experiencia, es un cumplido titánico —me susurra.

Me carcajeo.

¿Cómo pude pensar que ella saldría corriendo después de confesarle mis asuntos?

Ella se ha quedado aquí y se atreve a bromear sobre el tema. Ella quiere ser suficiente para mí y eso... Eso me parece increíble. Totalmente irreal.

—Tú le das mil vueltas a toda mi experiencia.

Me besa tan intensamente que mi cuerpo se prepara para otro asalto.

Segundos después se separa de mí, me mira fijamente y me sonríe.

—Me vuelves loca, Héctor.

Ahora soy yo el que la devoro sin poder remediarlo. Lo hago con tanta pasión que no me doy cuenta de que ahora es ella quien tiene la espalda sobre

el mármol y soy yo el que estoy sobre su cuerpo.

—Me descontrolas —digo antes de volver a hundirme en ella.



Eliot

Estoy en el aeropuerto esperando a que su vuelo aterrice. Ya lleva una hora de retraso y yo sigo aquí, con la tercera cerveza y esperando por ella.

Sonrío porque es inevitable no hacerlo. Sonrío porque será un fin de semana increíble si ella está aquí.

Mi móvil suena y su nombre aparece en la pantalla.

—Por fin...

—Vaya vuelo nos han dado...

—Bueno, pero ya estás aquí.

—Anda que la próxima vez vuelas tú a casa y yo te espero en el aeropuerto, listo.

Río y salgo del bar dejando la cerveza a medias.

Llego hasta la puerta por la que no tardará en salir.

—Prometo compensártelo.

—A eso he venido... Cuelgo, que ya voy saliendo.

La gente se agolpa en la puerta de salida y ninguna de las personas que alcanzo a ver es ella.

No tardará en salir. Su aroma me envolverá y haremos de todo antes de separarnos otra vez.

Siempre es igual.

Por un período de tiempo estamos juntos, lo pasamos bien, nos reímos, hacemos todo lo sexualmente imaginable en cualquier sitio que pillemos y luego... esa sensación de no sentirme lleno con ella.

Lo jodido es que sin ella tampoco lo estoy.

Su pelo rubio me espabila y fijo mis ojos en su cuerpo.

Esa falda corta vaquera y ese top no van a estar mucho tiempo más sobre su cuerpo.

Su sonrisa me da una bofetada en la cara y esos ojos verdes hacen que me encienda enseguida.

Me abraza y me envuelve ese olor a menta. El olor de su pelo.

—Si me sigues abrazando así vamos a montar un espectáculo aquí mismo.

—Vamos, Eliot. ¿No puedes tenerla dentro de los calzoncillos un rato? — se ríe.

—No si tú me tocas...

Me besa y yo la levanto hasta que sus pies dejan de tocar el suelo.

Lo hacemos con ganas, como si el resto de la gente no nos mirase. Como si estuviésemos solos aquí.

—Vamos, fiero. La gente nos mira...

—¿Cuándo ha sido eso un problema, Elena?

Ella se ríe tan alto que me hace reír a mí también.

La dejo en el suelo y coge su maleta a la vez que me mira embelesada.

Conozco esa mirada. Quiere más de mí, aunque sabe que no puedo dárselo.

—Deja de toquetearme el culo, Eliot...

—Lo echaba de menos, ¿eso es malo? —pregunto mientras mi mano asciende

caderas arriba.

—Claro que no... ¿Vamos a tu piso?

Una melena pelirroja se balancea justo enfrente de nosotros y yo pierdo el hilo de la conversación.

Afino la vista para saber si es Nicky. Puede que esté aquí, al fin y al cabo, ese tío podría llevársela al fin del mundo en un avión.

«Cabrón. Juegas sucio» «Yo también».

No es ella y lo agradezco. Sería un encontronazo de lo más incómodo y, ahora mismo, solo me apetece quitarle la ropa a Elena, aunque sea a ella, y olvidarme de todo.

Un pellizco en el brazo me saca de mi ensoñación.

—¿Qué? —pregunto sin mirarla.

—Que si vamos a tu piso.

—Claro. No vamos a salir de ahí en todo el fin de semana —vuelve a reírse.

Yo sonrío y evito pensar en que soy un maldito egoísta. En que soy más cabrón que el que se ha llevado a Nicky lejos. En que algún día el karma me lo hará pagar caro.

Nicky

Si lo que se crea cuando convergen la calma más absoluta y el caos más ensordecedor tuviera nombre de hombre, ese sería el de Héctor.

Es capaz de volverme loca con una sonrisa y más aún de llenarme de paz con una caricia.

Ahora duerme. Después del esfuerzo que ha hecho desde que llegamos ayer, me resulta un milagro que no esté en coma. Me resulta increíble no estarlo yo.

Sin embargo, estoy en la hamaca mirando el mar.

La noche se cernió sobre mí hace mucho y no soy capaz de levantarme de

aquí.

El sonido de las olas, la brisa con olor a cítricos y sal, la temperatura cálida y mi respiración se acompañan a la perfección.

No podría querer estar en otro sitio más que en este.

Escucho mi móvil sonar en el salón y mi cuerpo da un respingo hasta que me descubro entrando en la casa y cogiéndolo del bolso.

Definitivamente llevo el piloto automático puesto.

Ric parpadea en la pantalla y yo descuelgo la llamada antes de volver a mi hamaca.

—Hola, cariño.

—¿Qué cariño ni qué leches? ¿Dónde estás? He ido a la floristería, a tu casa y estás desaparecida en combate.

—Estoy en Cádiz...

—Perdona. ¡¿Qué?!

—Con Héctor... —río bajito.

—¡Con Héctor!

—Pasó todo muy deprisa, ¿vale? Me propuso hacer una locura y... ¡la he hecho!

—Joder, Nicky... ¡Cómo te lo montas!

—Ya ves...

—Y ¿cómo va la cosa? —pregunta riéndose.

—Tengo agujetas hasta en el cielo de la boca, Ric...

La carcajada titánica de mi amigo suena al otro lado de la línea y yo intento contener la mía.

—¡Serás zorrón! Me alegro mucho por ti y muero de envidia a la vez...

—¡Tú tienes a Valerio, idiota!

—¡Lo sé! Déjame fantasear un poco, anda...

Los dos nos reímos ahora muy alto y yo miro a mi espalda por si Héctor

se ha despertado, pero sigue inmóvil en el sofá. Yo vuelvo a acomodarme en la hamaca.

—Es genial, Ric. Él es genial.

—Y ¿qué pasa con Eliot?

Un fogonazo azul oceánico hace que mi cuerpo se tense y me encojo automáticamente en la hamaca.

—Pues...

—Tienes dudas.

—Es una bonita manera de decirlo, sí.

—Bueno, Nicky, ya hablamos de esto. Ellos saben dónde están metidos. Saben

que hay otra persona en tu vida y lo han aceptado abiertamente. Tú no te precipites, ¿de acuerdo?

—Ya... suena tan lógico dicho así y sin embargo sigue siendo tan inverosímil en mi cabeza...

—Chica, disfruta. Olvídate de Eliot cuando estás con Héctor y viceversa. Cuando

estés sola en casa, el primero en el que pienses, el primero que eches en falta será el definitivo.

—Qué ganas de complicarme la vida, Ric.

—Calla, idiota. Eres una privilegiada. Disfrútalo todo, Nicky. Ya habrá tiempo de

tomar decisiones. El amor es de todo menos lógica, cariño.

—Supongo que tienes razón —unas manos que se apoyan en mis hombros me

sobresaltan. —Me vas a matar de un infarto, Héctor —me río.

Él me da un suave beso en la mejilla y me rodea hasta sentarse a mi lado en la hamaca.

—Uy, toro despierto y con ganas de guerra. Cambio y corto, Nicky.

Cuelga sin dejar que me despida y yo me carcajeo mientras Héctor me mira con esa sonrisa blanca y perfecta que tiene.

—¿Tu amigo? —pregunta.

—Sí... Ric es bastante cotilla. Al no encontrarme en casa me puso en busca y captura...

Veo el alivio sin esfuerzo en la cara de Héctor. Él pensaba que era otro amigo quien me llamaba.

—Vaya, me encantará conocerlo. Yo tengo que presentarte a los chicos al llegar,

si no Kevin es capaz de matarme.

—A los chicos con los que... —arqueo una ceja y sonrío a la vez.

—Sí... a esos.

—¿Vas a hacerme un rito de iniciación sexual con ellos?

La cara de Héctor se desarma y da paso a una totalmente descompuesta.

—Eso no va a suceder nunca. Ni de coña. No puedo... no podría...

Yo pongo una mano en su muslo y lo miro fijamente.

—Era una broma...

Su cara retorna en alivio y el color normal de su piel vuelve.

—Joder, Nicky... no me hagas estas cosas.

—¿Tan terrible sería?

—Que acepte que seas libre y estés con... —traga saliva —otros tíos, no significa

que quiera verlo. Yo no podría jamás compartirte con otro. Solo imaginarlo me... joder, me hierve la sangre, ¿sabes?

—Y ¿qué haces cuando estoy con Eliot? —pregunto sin apartarle la mirada.

—Darle puñetazos al saco de boxeo y salir a correr hasta casi morir

asfixiado.

Me incorporo en la hamaca, le pongo mis dos manos a cada lado de su cara y lo beso tan fuerte, tan intensamente que siento la impotencia que mastica.

—Supongo que yo también actuaría así si supiera que estás con otra. O con otro,

no sé cómo te lo montas...

Su carcajada resuena en cada rincón de la casa y yo me río también.

—No lo he hecho nunca con ningún tío. Lo hacemos con varias chicas a la vez,

sí, pero no nos rozamos entre nosotros —dice riéndose.

—Pues, tranquilo. Siempre que tú y yo nos quitemos la ropa, estaremos solo tú y

yo —sonrío y vuelvo a besarle.

—¿Aquí también? —pregunta señalando mi cabeza.

—No podría pensar en nadie más mientras tú me tocas... Ya no.

Sonríe satisfecho y ahora es él quien me besa.

Aunque quisiera, mi cuerpo no podría soportar otro asalto sin morir, pero disfruto del tacto cálido de sus manos en mis caderas.

Héctor

Sus dedos entrelazados con los míos son la expresión más sincera que puedo darle. La unión de mi cuerpo con el suyo es el placer más absoluto y, esa declaración disfrazada suya, esa de que solo piensa en mí cuando está conmigo, aún me taladra la cabeza.

Paseamos por la orilla de la playa, aunque la madrugada hace tiempo que nos pilló besándonos en la terraza.

Dormí como un tronco después de que lo hiciéramos tres veces más. Ella

es una maldita máquina incansable y yo apenas soy capaz de seguirle el ritmo.

—Una duda que me asalta... —dice sacándome de mis pensamientos.

—Dispara.

—Si tu madre es una bruja... ¿para quién leches eran los ramos que me compraste?

Yo me río porque pensaba que nunca tendría que dar esta explicación.

Me echo la mano en la cara antes de confesar.

—¿A qué viene esa pregunta? Ha llovido mucho desde eso...

—Se me ha encendido la luz ahora... Curiosidad...

—Uno se lo di a un hombre que miraba tu escaparate y el otro se quedó en mi casa...

Ella se ríe más alto de lo que me gustaría y yo me avergüenzo bastante.

—¡Venga ya! Mientes...

—Sigo teniendo guardado uno de los girasoles en casa... te lo enseñaré cuando volvamos.

Vuelve a carcajearse y yo le doy un empujón.

—Cuando lo vea, lo creeré. Entonces... no le saqué una sonrisa a tu madre, ¿no? Me mentiste para que aceptara cenar contigo... —dice cayendo en la cuenta.

Yo me pongo serio de repente. No sé si ella se lo está tomando a mal o es otro chiste.

—Lo siento... fue una mentira piadosa...

—Quiero que me prometas algo, ¿vale? Por muy absurdo que suene, no quiero que vuelvas a mentirme nunca. Ni aunque sea una mentirijilla piadosa. Yo prometo no mentirte jamás.

—Tienes mi palabra.

—Ahora sí... vaya trucos más manidos que tienes para ligar, Don dinero...

Ella se ríe, pero a mí el mote me chirría en los oídos.

—Prefiero que no vuelvas a llamarme así...

Nicky abre la boca y se hace la escandalizada, ahora sí me río.

—Tienes mi palabra de que, a no ser que te lo ganes a pulso, no volveré a usar ese mote contra ti.

Le beso la frente antes de que una ola nos moje los tobillos.

—¡Qué fría está, leches! —dice saltando y alejándose de la orilla.

—¡Vamos, ven aquí! No seas quejica...

Se sienta en la arena y levanta las manos.

—¡Ni lo sueñes!

Me acerco a ella a pasos ligeros y, al llegar, la obligo a tumbarse en la arena a la vez que la beso.

—Oye... entonces me he quedado sin el trabajo de decorar las joyerías, ¿no? Madre mía, mis planes al traste...

—Claro que no. Mi padre ya está al tanto de eso y, aunque yo ya no me encargue de esa empresa, el trabajo es tuyo. No te preocupes.

Ella suspira aliviada y yo sonrío mientras mi mano se coloca en su muslo y asciende a la vez que le retiro el vestido.

No sé por qué, al tocarla, se activa automáticamente mi compañero, pero aquí estamos. Con más ganas de ella.

—Eh, eh, para —me detengo y la miro con el ceño fruncido. —Por muy erótico festivo que sea hacerlo aquí, ni de coña voy a llenarme el culo de arena. Vamos a tu casa.

No puedo evitar partirme de risa y acostarme en la arena boca arriba.

—Eres increíble...

Ella se encoje de hombros, se sube encima de mí y me besa intensamente.

—Creo que no voy a llegar viva al lunes... —me muerde el labio inferior.

—Creo que ninguno de los dos vamos a salir vivos de esta.

Mis manos, que viajan por su espalda, la obligan a girarse hasta que ella vuelve a estar debajo de mí.

El deseo se vuelve más intenso y dudo que pueda aguantar hasta llegar a mi casa.

Creo que ella opina lo mismo.

Siento sus manos buscar el botón de mi pantalón, desabrocharlo y bajarlo a duras penas mientras yo le subo el vestido.

La arena arderá bajo nosotros esta noche.

Cuando caminamos de vuelta a la casa, ya casi empieza a salir el sol. Estoy reventado y ella sonrío como si se acabara de despertar de la más reparadora de las siestas. Tararea incluso. Yo casi no soy capaz de pestañear.

—¿Te puedo hacer una pregunta íntima? —le pregunto mientras ella camina de puntillas por la arena mojada.

—Será lo único íntimo que no me hayas hecho ya...

—Pues ahí va... ¿Cuánto hace que no te acuestas con...?

Sus ojos se clavan en mí. Yo desvío la mirada, no soy capaz de mirarla cuando responde.

—Pues hace un rato me he acostado con uno que está como un tren, ¿por qué?

Yo me río y la miro por fin.

—Vamos, es curiosidad.

—Pues... no sé, no llevo la cuenta...—yo asiento y ella me aprieta la mano. —¿Por qué lo preguntas?

—Pues porque me parece increíble el aguante que tienes. Cada vez que te desnudo es como si algo te explotara dentro. Siempre lo haces con la misma intensidad...

—Y... ¿eso es malo? —pregunta y yo me asombro.

—¿Malo? Es una puta pasada.

En realidad, me alegro de que no me especifique cuándo fue la última vez que se desnudó con Eliot. En realidad, no quiero saberlo.

Ya bastante tengo con imaginármelo como para que ella me confirme fechas y posturas. Ni siquiera sé porqué le he hecho esa pregunta.

Supongo que, al final, la curiosidad sí que mató al gato y amenaza con matarme a mí también.

Ahora se ríe con ganas y yo me sobresalto cuando una ola nos moja los tobillos.

Está tan fría que no sé cómo no sale vapor cuando impacta con nuestra piel.

—Y... ¿qué me dices de ti?

Ahora me obligo a decirle la verdad. Esa de que me he acostado con más chicas de las que me gustaría ahora mismo.

—No mucho antes de conocerte.

—Concreta.

—La noche antes.

Ella asiente y me aparta la mirada.

—Y ¿después?

—El día después de conocerte y durante la mayor parte del tiempo en el que desaparecí. Después de eso... solo contigo.

Vuelve a asentir y reanuda la marcha dejándome atrás.

Yo no camino, me resulta imposible seguirla ahora, mirarla ahora.

Sé que no soy culpable de nada, que no tenemos una relación al uso, pero, aun así, me siento culpable. Me doy bastante asco a mí mismo mientras todas esas chicas de las que ni siquiera sé el nombre desfilan por mi mente.

Y es ilógico, lo sé, porque sé perfectamente que ella trasnocha con otro que no soy yo, pero no puedo evitar que se me haga un nudo en el estómago.

—¿Vas a quedarte ahí? —pregunta con un hilo de voz apenas audible.

Yo camino sin dar órdenes a mi cuerpo para que lo haga. Supongo que

hasta el último milímetro de mí quiere estar con ella.

—¿Vas a pronunciarte o...?

—No tienes que sentirte mal, Héctor. No estamos comprometidos ni nada por el estilo. Tenemos... bueno, lo que quiera que tengamos. Si yo soy libre para estar con cualquier otro, tú... —cierra los ojos un segundo e inspira —tú también lo eres.

Por extraño que parezca, sus palabras se clavan en mi garganta como cuchillos.

No sé por qué esperaba que ella se encolerizara, que le jodiera que yo hubiese tocado otros cuerpos sin ser el suyo, que me gritara, que hiciera cualquier cosa que me demostrara que siente algo más por mí. Sin embargo, la comprensión y la indiferencia más absoluta me dan un puñetazo en lo más hondo del estómago.

Asiento y seguimos caminando en silencio.

Su mano no vuelve a tocar la mía. Mis dedos no vuelven a buscar los suyos.

Su respiración es un poco más fuerte ahora y yo evito mirarla.

No sé por qué, pero me duele más su silencio que cualquier otro que haya experimentado antes.

—Oye...

—Me jode, sí. Me hiere la maldita sangre si te imagino tocando a otra... a otras. Tengo ganas de romper algo, de romperte la cara a ti, ¿sabes? ¡Como si eso tuviera alguna lógica, joder! Si nada de esto la tiene. Tú y yo... ¡Tú y yo no tenemos lógica! —se ríe y se echa las manos a la cabeza. —Siento lo que debes sentir tú cuando me ves con Eliot o cuando imaginas lo que hago con él. ¿También te duele así? ¿También te arden las entrañas cuando estoy con él?

Mi expresión no deja duda. Me deja totalmente descolocado. Totalmente ido. No sé qué contestar, así que solo asiento.

Ella gruñe y se da la vuelta hasta darme la espalda. Se lleva las manos a la cabeza y luego la deja caer.

Yo me acerco a su espalda y alargo mi mano hasta que mis dedos rozan los suyos, pero ella se aleja unos pasos y me mira desde ahí.

Sus ojos marrones son dos canicas de fuego ahora. No recuerdo haberla visto así nunca.

La rabia parece desbordarla y yo, que quiero decirle que la entiendo, me quedo callado.

—Sé que soy una hipócrita, pero necesito saberlo. ¿No te molesta esto?

—Qué te crees, ¿eh? ¿Crees que me gusta saber que te follas a otro cuando yo no estoy? ¿Que te toca? ¿Que tú lo tocas y que disfrutas con eso? ¡¡Pues claro que no, Nicole!! ¿Cómo coño voy a ignorar todo eso? Me hierve la maldita sangre cada vez que sé que está cerca de ti. No te haces una maldita idea... Y sí, he estado con otras porque necesitaba sacarte de mi cabeza.

—Y entonces, ¿por qué coño aguantas esta mierda? ¿Por qué sigues buscándome?

—¡Porque no me interesa nadie más! Porque solo vivo por los momentos en los que estoy contigo. Porque me engaño diciéndome que algún día seré... suficiente para ti.

«¡¡Porque estoy enamorado de ti, joder!!», grita mi voz interna.

Exploto por dentro. Quiero gritárselo a pleno pulmón, pero, por alguna extraña razón, no soy capaz.

Ella está inmóvil ahora. La rabia la envuelve y luego a mí.

El caos nos atrapa en esta maldita playa desierta y creo que ninguno de los dos va a hacer el camino de vuelta siendo el mismo.



Eliot

No tardamos más de dos minutos en desnudarnos cuando llegamos a este cubículo de dos por dos que tengo alquilado.

La cama, el sofá, la encimera de la cocina y la ducha fueron algunos de los sitios que visitamos mientras ella gritaba y yo concentraba toda mi energía en su cuerpo.

Ahora duerme y yo miro el techo mientras me fumo un cigarrillo.

Juré dejarlo hace años, pero también he jurado dejar a Elena en paz muchas veces.

Exhalo el humo y deduzco de mí mismo que, al fin y al cabo, no soy un hombre de palabra.

Miro la espalda de Elena y me levanto de la cama un segundo después. Necesito aire.

Apago el cigarrillo contra la mesa de noche y lo dejo ahí.

Salgo al salón y escribo una nota por si ella se despierta.

«He salido a por la cena, volveré enseguida».

La dejo encima de la mesa del salón y voy hacia el dormitorio sin hacer ruido.

Me visto con lo primero que encuentro, cojo el móvil, las llaves, la cartera y salgo de casa.

Bajo los escalones mientras intento no ahogarme.

Algún día, con suerte no muy lejano, dejaré toda esta mierda de vida atrás y podré concentrarme solo en mí. Ahora soy débil, su carne me hace débil.

Cojo el móvil y busco el número de Nicky en la agenda.

Como he dicho, soy débil y, por ahora, no quiero dejar de serlo.

Suenan varios tonos antes de que su voz suene al otro lado. No pensé que lo cogería y me quedo callado unos segundos.

—¿Eliot?

—¡Sí! Esto... ¡Hola! ¿Qué tal estás? —pregunto con la voz entrecortada.

—Bien... ¿tú qué tal?

Su voz parece un calco de la mía. Supongo que no se esperaba que explotase con una llamada mía su burbuja de sexo y desconexión.

—Pues... bien, bien. ¿Te trata él... bien?

En realidad, no quiero saberlo. Me importa una mierda saber lo que le hace ese imbécil. Lo único que realmente quiero es escucharla, tenerla para mí.

—Sí. Muy bien, la verdad. Oye... ¿te pasa algo? Te noto raro.

«*Nos ha jodido que si me pasa...*».

—Lo normal en estos casos, ¿no? Celos, instintos asesinos...

El eco de mi voz es lo único que suena al otro lado de la línea hasta que la voz de ese capullo se escucha de fondo.

—¿Vienes, Nicky?

Gruño sin poder evitarlo y ella reacciona.

—¿Necesitas hablar? —pregunta con la voz suave.

Ignora a ese tío o le hace una seña, no sé. Prefiero pensar que lo ignora y se centra en mí.

—No quiero molestar...

—No molestas, Eliot. Si necesitas hablar, solo hazlo.

—No te preocupes, Nicky. Hablaremos cuando no estés ocupada.

—No estoy ocupada ahora mismo.

«*Jódete, imbécil*».

—La envidia, que es muy mala.

—Ya... no creo que esto siga funcionando por mucho más tiempo, ¿sabes?

Sincera. Brutalmente sincera, como siempre.

Sus palabras me dan una patada en el fondo del orgullo y yo no puedo hacer otra cosa que reírme.

Al fin y al cabo, ¿qué más me da a mí si funciona o no? Si yo lo único que quiero es comprobar, seguir demostrándome a mí mismo que soy capaz de conseguir todo lo que desee.

—Supongo que no. No voy a mentirte, ya lo sabes. Aun así, te repito que ese tío no te pega.

—¿Tú sí?

—Yo... posiblemente no podré darte lo que te mereces tampoco. Creo que ningún hombre podrá darte nunca lo que realmente se merece una chica como tú.

—Tendré que conformarme entonces. Eso o quedarme más sola que la una, ¿no? —se ríe.

Quitando el hecho de que yo soy una basura de tío, de que ese otro tío tampoco está a su altura y de que toda esta situación se va a ir de madre de un momento a otro... Ella es la jodida perfección encerrada en un cuerpo de mujer.

Juro que intento sacármela de la cabeza. No quiero que ella sea otra Elena en mi vida. No quiero hacerle daño, no quiero hacérmelo yo, pero...

Escucharla reír es adictivo.

—¿Nos veremos el lunes? —pregunto con una sonrisa de idiota en la cara.

—Por supuesto. El lunes sin falta abro la tienda por la mañana.

—Por la tarde, Nicky... El vuelo sale a las nueve de la mañana —dice la voz lejana de Héctor.

—¡Ostras! Pues por la tarde, Eliot. ¿Estarás ocupado?

—Si tú necesitas que vaya a la floristería, me las apañaré.

—No lo necesito, pero me gustaría que fueses.

Una carcajada que no expreso en voz alta me llena por pensar que Héctor estará escuchándola decir que quiere verme.

—Tus deseos son órdenes.

—¡Bien! Pues tengo que dejarte ahora, ¿vale? Se me enfría la cena.

—Claro. Saluda a Héctor de mi parte.

No se inmuta. Como si mi saludo no fuese un *“recuérdale que sigo aquí, que vas a verme el lunes y que voy a follarte hasta que él te escuche gritar”* en cubierta.

Cuelgo después.

Me guardo el móvil en el bolsillo y entro al restaurante chino que tengo a la derecha.

Mientras el lunes llega, tengo otros asuntos que atender.

Otro cuerpo que saciar.

Nicky

Héctor me ha traído a un chiringuito de esos con sombrillas enormes hechas de palmas, donde nuestros pies no hace falta que traigan zapatos y donde la brisa marina es el mejor complemento de la comida.

Guardo el móvil en el bolso y miro la cara de póker que lleva puesta.

No combina nada con esa camisa de lino blanco de manga corta y esas bermudas vaqueras que lo hacen tan tremendamente sexy.

Sus pies están descalzos, como los míos. La diferencia es que él parece

enterrarlos en la arena para buscar algo de frío o, quizá, es que busca un suelo firme donde mantenerse.

—¿Estás bien? —se me ocurre preguntar.

Él se limita a asentir.

Supongo que la impotencia del asunto lo atraganta.

Yo pongo una mano encima de su muslo y él, automáticamente, me mira.

—Estoy bien, Nicky —dice como un robot.

Esta vez la que asiente soy yo.

Miro hacia el mar. Está tan oscuro allá abajo que parece reflejar perfectamente la mirada de Héctor. Lejana y oscura ahora.

Pasan unos momentos en los que ninguno de los dos dice nada.

No es uno de esos silencios cómodos, es más, es uno de esos en los que supongo que él busca, tanto como yo, algo que decir. Algo que nos saque de esta ausencia de palabras tan incómoda.

—Si ya no estás a gusto con este asunto solo tienes que decirlo —es lo único que acierto a decir.

Él me mira y me inunda con esa negrura que lleva en los ojos.

Son diferentes ahora, como si estuvieran vacíos, como si nada de calor hubiera al otro lado.

—Nunca estuve cómodo con esto, Nicky.

Mis ojos se clavan en los suyos buscando algo de cordura al otro lado. Algo que me diga que hay algún motivo por el que seguir con este despropósito.

No lo encuentro. Realmente no encuentro nada.

—Puede acabarse aquí y ahora.

«Pero ¿qué demonios dices? ¡Loca! ¡Más que loca!».

Él asiente y a mí se me parte la vida en dos.

La vida, el alma, el corazón, el aire... Todo se parte.

No me atrevo a mirarle, a tocarle ni a decir nada más.

El camarero llega y nuestra aplastante burbuja de tensión y silencio parece absorberlo, tanto que la sonrisa que traía se ha esfumado por completo.

Nos deja dos botellines de cerveza y un plato con fritura de pescado para compartir.

Creo que nosotros, lo único que vamos a poder compartir hoy va a ser el silencio de todas las palabras que se agolpan en nuestras gargantas y retroceden por miedo a ser dichas en voz alta.

Héctor

Comemos sin intercambiar ninguna palabra relevante. Solo las plastificadas.

«¿Qué tal la comida? Bien ¿Quieres algo más? No ¿Nos vamos? Sí.»

No sé por qué ahora me comporto así si fui yo quien la empujé a esto. Si fui yo quien insistió para que ella diese el paso de liberarse y estar conmigo y con cualquier otro que le diese la real gana.

Imbécil. Palabra que no paro de repetirme una y otra vez.

Quiero decirle que ella no tiene culpa de nada. Que ella es lo mejor que me ha pasado. Que es la chispa que le da sentido a toda esta mierda que me rodea. Que ella es el motivo por el que hoy sigo sonriendo. Sin embargo, callo. Como un gilipollas callo.

Llegamos a la casa de la playa entre sus suspiros y mi más absoluto silencio.

De puertas para afuera, claro. En mi cabeza todo es ruido. Uno ensordecedor que amenaza con hacerme gritar hasta cansarme o hasta quedarme sin voz.

Nicky entra en el cuarto de baño, supongo que para alejarse de mí un rato y no sentirse incómoda.

Yo me siento en el sofá y miro a través del ventanal.

Todo está oscuro. Dentro y fuera de mí todo parece estar destinado a oscurecerse.

Me niego a seguir con este asunto. Me niego a arrastrarla conmigo a esta mierda. Quiero que ella brille. Que brille como lo hizo cuando la conocí, como lo hacía hasta hace un rato.

Yo, que quise verla libre, sentirla libre y, con esa misma libertad, parecía haberla encadenado.

Me levanto sin esperar más y toco a la puerta del cuarto de baño.

—Ocupado.

—Quiero hablar, Nicky.

—No es el mejor momento.

—Nunca es un buen momento para nada.

La puerta se abre una rendija y yo termino de abrirla de par en par.

Ella está cruzada de brazos y me mira con el ceño fruncido. No de rabia, sino de tristeza.

No pensé nunca verla así y eso me rompe.

—Debes entender algo que no sé si yo soy capaz de explicar ahora mismo.

—Inténtalo.

—Bien. ¿Podemos hacerlo en el salón o vamos a hacerlo aquí?

—Tus palabras van a significar lo mismo aquí, en el salón o en Pekín, así que deja de irte por las ramas y suéltalo.

—Nunca me gustó que estuvieras viéndote con otro. Me gusta verte libre, feliz y haciendo lo que te apetezca en cada momento. Aunque eso signifique que yo tenga que salir de la ecuación a veces. A veces me basta con tener un pedazo de tu vida, con que tú formes parte de la mía porque quieras hacerlo. A veces... como antes, me dan ganas de romperle la cara y tenerte solo para mí.

Asiente y no dice nada más.

Yo estoy a punto de hablar otra vez, pero entiendo que ni siquiera le he explicado bien lo que siento. Entiendo que no voy a ser capaz de explicárselo nunca.

—Héctor...

—No me he explicado bien ¿vale? Son sentimientos... contradictorios, por decirlo de alguna manera. Quiero estar contigo, vivo por estos momentos. Algunos días seré capaz de llevarlo mejor y otros peor. Pero no voy a dejar de intentarlo. No voy a darme por vencido.

—Héctor...

—Perdona, ¿vale? Soy yo quien te ha empujado a esto. Tú no querías, yo insistí y...

Sus labios, ahora unidos a los míos, me interrumpen y no soy capaz de hacer otra cosa que abrazarla.

Me besa y me abraza ella también. Tan fuerte que todos los pedazos en los que me había roto vuelven a unirse.

Ojalá pudiera sentirme así de vivo, así de completo, cada día del resto de mi vida. Ojalá ella sintiera esto mismo cuando yo la beso.

Nicky

No encuentro mejor forma de hacerlo callar, de hacerlo entender que yo sí comprendo todo eso que él no es capaz de explicar, que besándole.

Se agarra tan fuerte a mí que me hace saber que lo que siente es demasiado grande. Que necesita salir, pero que no sabe cómo hacerlo.

Su pulgar acaricia mi cara y yo vuelvo a mirar unos ojos confusos, pero que albergan algo más de calor.

—Entiendo cómo te sientes. Entiendo lo que es no saber explicar nada de lo que llevas dentro. Yo me siento así todo el tiempo, por eso no queda espacio para nada más aquí dentro —me señalo la cabeza. —Por eso todo lo que pienso sale disparado sin más. Si se quedara ahí dentro explotaría...

Héctor sonrío y yo lo hago también.

Lo noto más aliviado. Sus hombros han dejado de estar tensos, su mirada ya no es fría y sus manos no dejan de agarrarme.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar, Nicky. No quería hacer esto tan pronto, pero supongo que no soy capaz de aguantar más.

Asiento y él vuelve a tensarse.

—Pase lo que pase cuando volvamos quiero que sepas que tú no eres suficiente. Siempre fuiste más que eso —le digo y, a la vez, se me encoge el alma.

Agacha la cabeza y yo frunzo el ceño. Busco su mirada, pero me esquivo.

Creo que yo tampoco soy capaz de expresarme con claridad.

Héctor

Mastico la despedida como si fueran cristales. Porque eso es esto. Porque a eso saben sus palabras. A un adiós disfrazado. A un “*esto se acabó y fue bonito mientras duró*”.

No puedo mirarla, no ahora. En realidad, no es que no pueda, es que no quiero hacerlo.

No puede ser que la haya traído aquí para enamorarla y que, contra todo pronóstico, volvamos siendo la más absoluta de las *nadas*.

—Héctor.

—Qué —digo aún sin encontrarme con sus ojos.

Ella me busca, lo sé. Yo no quiero dejarme encontrar.

—No me estoy despidiendo de ti, ¿me oyes? Esto no se acaba aquí. Por mis ovarios que no.

Levanto la vista, atónito, y veo que sus ojos brillan más que nunca. Me hace sonreír, aunque no quiero hacerlo, y ella sonrío también.

—¿Cómo?

—Pues que no me sale a mí de la vagina que esto se acabe así. Que no, que nosotros tenemos que ser más que esto. Que somos más que el resto. Que, aunque seamos lo más extraño imaginable, aunque nada de esto tenga lógica, tú me haces sentir viva. Me haces sentir más de lo que pensé. Que soy libre y eso está muy bien, pero que me gusta ser libre contigo. Me gusta que me mires así, como ahora, con esa mirada brillante, con esos ojos que me dicen que ahí dentro, en esas cápsulas negras que tienes detrás de las pestañas, hay de todo menos miedo. Que no lo tengas ahora, que no me dejes a mí tenerlo. Que vamos, con todo, hacia delante. Que sea lo que tenga que ser. Que, si nos tenemos que inmolar, lo hagamos. Que, si nos tenemos que destruir, pues destruyémonos. Que valdrá la pena porque sí. Porque lo que vale de verdad son estos momentos que pasamos juntos o en los que nos pensamos y sonreímos. Porque tú me haces grande, porque te veo crecer a ti cuando estoy contigo. Que somos gigantes, Héctor. Que nada de esto tiene sentido y lo tiene todo a la vez. Mírame así, como ahora, el resto de tu maldita vida. Que todo vale la pena si te veo sonreír, si tú me haces sonreír a mí, joder.

—Joder, Nicole... —digo con la voz entrecortada.

Aún rebota dentro de mi cabeza cada palabra suya, cada fruncida de ceño que ha hecho, cada mirada intensa. Toda la fuerza de las palabras que han salido de su boca derriba toda la oscuridad que llevo dentro.

Su luz me arrasa.

Lo sabía antes y lo sé ahora. Ella es indomable. Ella es... infinita. Sencillamente es ELLA, así, en mayúsculas.

—No tenemos ni la más remota idea de qué va a ser de nosotros mañana, pero el hoy es nuestro. La mayor declaración de intenciones que puedo hacerte ahora mismo es esta... ¿Quieres ser libre conmigo?

La beso hasta sacarme de dentro todo rastro de miedo, todo rastro de tristeza, de rabia.

Sé que esto significa que va a seguir adelante con lo que sea que tengamos los tres, pero también significa que no quiere que lo nuestro, lo de los dos, se acabe aquí.

Lucho hoy y lucharé el resto de mi vida para tenerla conmigo.

Porque ahora sé que no es que yo no sea suficiente para ella. Es que yo soy especial por tenerla en mi vida y eso ya es un maldito privilegio.



Eliot

El fin de semana pasa más rápido de lo que esperaba. Ya es domingo por la noche y Elena sigue aquí mientras yo busco una manera educada de preguntarle cuándo va a volver a casa.

Su maleta me parece demasiado grande para un fin de semana y, la verdad, me agobia un poco el hecho de que se quede aquí más tiempo.

La última vez me costó bastante que ella y Nicky no coincidieran por casualidad en cualquier esquina y, la verdad, no me gustaría que esta vez se me fuese de las manos.

Y sí, Nicole es la persona más sincera que me he topado en la vida y yo, por mucho que ella piense lo contrario, tengo demasiado que esconder.

Miro a Elena desde el sofá hacer algo de cenar que huele que alimenta. Tararea vete tú a saber qué canción y baila.

Lleva puesta una camisa mía que le cubre unos centímetros por debajo de esa perfección de trasero que tiene.

Ahora canta. Mal, pero contenta. Yo no soy capaz de dejar de mirarla.

—¿Quieres un huevo duro?

—No, gracias.

Ríe y vuelve a darme la espalda.

«Piensa, joder, piensa».

—¿Tienes hambre? Creo que me he pasado un poco con las cantidades...
—vuelve a reírse.

La noto feliz. Ella siempre ha sido de felicidad fácil.

—No mucha. Oye, Elena...

—¿Sí?

Se gira hacia a mí y pone los brazos en jarras. Sus ojos verdes me traspasan y yo me quedo mudo unos instantes.

«Sé un hombre y pregúntale ya».

—¿Cuándo vuelves a casa? —escupo sin más.

La sonrisa no se borra de su rostro y se pone el dedo índice y el pulgar en la barbilla. Como si estuviera pensando hasta cuándo va a quedarse o, peor, como si ya lo supiera y estuviese buscando la manera de decírmelo.

—Pues... el jueves. ¿Hay algún problema? No quiero ser una molestia...

—El jueves... Sabes que yo tengo que trabajar y que no tendré tiempo para...

—¡Ya, ya! No te preocupes, pasearé. Me vendrá bien desconectar de mi trabajo unos días. Prometo no ser una molestia —pone ojos de cachorrito desahuciado.

—De acuerdo... —digo a regañadientes.

Ella se lanza a mis brazos y me besa repetidas veces la mejilla.

Acabo riéndome. Tanto por ella como por la ironía de que esta semana tendré que volver a jugar al escondite con las dos.

La verdad es que no sé si a Nicky le molestaría el hecho de que yo también tuviese a alguien más calentándome la cama, pero tampoco estoy dispuesto a averiguarlo. Al menos, aún no.

Nicky

Odio hacer la maleta, sobre todo si es para volver a casa. Me quedaría

aquí siempre. Al lado del mar, de la brisa con olor a cítricos y paz. Con Héctor al lado mirándome como lo hace ahora. Como si el universo empezara y terminase conmigo.

Para ser más concisa, me quedaría a vivir en un orgasmo suyo. Tan ronco, tan intenso, tan... increíble. En una de sus sonrisas... en su tacto, en ese pequeño lunar de su espalda.

Para ser totalmente sincera me quedaría a vivir en cada instante en los que él y yo coincidimos en el mismo espacio tiempo.

Metó la última camisa en la maleta y luego cierró la cremallera.

Me siento en la cama y bufo a la vez que me cruzo de brazos.

—¿Qué pasa? —me pregunta divertido a la vez que da un mordisco a una manzana.

«Muérdeme a mí y deja de una vez esa maldita manzana».

—No quiero volver a la realidad.

—¿Esto es un sueño?

—Lo más parecido a un sueño que he visto, sí. ¿Sabes lo que es llegar allí, trabajar como una mula y tener cero vida social?

—Tú tienes una interesante vida social sin siquiera salir de esa floristería...

Sé que hace referencia a Eliot y lo ignoro.

—Prefiero esta —me encojo de hombros.

Él se ríe y vuelve a prestar atención a su fruta.

Yo maldigo, claro. Quiero ser el centro de su atención y eso me hace sentir... extraña.

Lo hemos pasado genial. Después de nuestra conversación del viernes el resto ha sido todo nubes de algodón rosa y sexo intenso. El paraíso, en resumidas cuentas.

—Siempre podemos quedarnos aquí, ¿sabes?

—Qué bonito lo ves todo dentro de tu burbuja de pasta, Don... —abre mucho los ojos y yo me retracto. —Héctor.

Sonríe de medio lado y se encoje de hombros.

Lleva el torso al aire. Aire que, al mirarlo, a mí me falta. Un pantalón de tela blanco bastante suelto y que, aun así, marca el semejante atributo que tiene entre las piernas y que es el culpable directo de que me tenga que sentar a cámara lenta.

—Yo solo doy ideas... tú ya haces lo que quieras.

Mi móvil suena y Ric parpadea en la pantalla cuando lo cojo de la mesita de noche.

—Es Ric, relaja los hombros —le digo a Héctor y él se ríe.

Sé que odia cada vez que suena este aparato y es Eliot quien llama.

—Tengo una pregunta.

—Dispara.

—Tú... en tu nube de amor, sexo y felicidad, ¿te acordaste en algún momento de dejar a alguien a cargo de la floristería? Porque, corrígeme si me equivoco, creo que los cubos de flores estarán ya para tirar, ¿no?

—¡Me cago en la mar salada, Ric! —Héctor se sobresalta y yo sigo maldiciendo. —¡No se puede ser más idiota en esta vida! ¡Dime... dime que no tengo que tirar la mitad del género, por Dios!

—¿Qué pasa, Nicky? —me pregunta Héctor ya de pie.

—Pues que soy gilipollas y no he dejado a nadie a cargo de la floristería. Tendré que tirar todas las flores cortadas y ni hablemos de las que van en maceta y son delicadas. Joder... qué puta catástrofe de persona que soy.

Héctor se acerca y me abraza.

—Lo siento, es culpa mía.

—¿Culpa tuya? Tú solo me obnubilaste, yo hice el resto.

—¡Eh! ¡Tortolitos! Que sigo aquí —grita Ric al otro lado de la línea.

—Perdona, Ric. Es que, joder... la que tendré que liar mañana en esa maldita tienda.

—No vas a hacer nada, idiota. Yo he ido, he regado, he vendido las flores cortadas a mitad de precio y me he vuelto a casa.

—¿Qué dices?

—Un *gracias* no estaría mal, ¿sabes?

—Joder, Ric ¡Gracias! ¡Gracias, gracias, gracias! Eres... ¡Eres...!

—La leche. Lo sé. No me mereces...

—No, no te merezco... Ric ha ido a la tienda y me ha salvado el género y el culo —le digo a Héctor.

Él me quita el móvil de la mano y se lo lleva a la oreja.

—¿Ric? Soy Héctor... Oye que muchísimas gracias por echarle un cable a Nicky. Le metí prisas y ni siquiera pensé en la floristería... Ya, eso es cierto —ríe. —Me gustaría que vinieras a almorzar con nosotros, ¿el jueves te va bien?... Genial, genial. Te la devuelvo y, de nuevo, muchas gracias por pensar por nosotros.

Me cede el teléfono de nuevo y yo, con la boca entreabierta y el alma palpitante, me quedo pensando en ese *nosotros* más de la cuenta.

—Ric...

—Puf... cada vez que me habla me pone cachondo, ¿su voz es normal?

—Sí... suele causar ese efecto en la gente. Aquí una que te habla desde la experiencia...

Héctor arquea una ceja y se ríe mientras se sienta en la cama y recupera su manzana.

—Joder... Cuando quedemos el jueves me babearé todo...

Me carcajeo alto y Héctor niega con la cabeza a la vez que sonrío. Algo se imaginará...

—No vas a ser el único, tranquilo. Pues, como ya me han organizado la agenda sin preguntar, nos vemos el jueves, ¿no? Lleva a Valerio. Quiero que vea que he ocupado la silla de al lado.

—¿Es definitivo? ¡Le vas a dar una alegría enorme!

—Alegría la mía. Te quiero.

—Y yo, cariño. Y a él. Joder que si lo quiero... Lo quiero poner mirando a Cuenca y...

Cuelgo la llamada.

—¿Me he pasado con lo del almuerzo?

—No, tranquilo. Alguna vez se tendrían que conocer formalmente, ¿no? Y ¡qué coño! Me encanta que quedemos los cuatro.

—A mí también me apetece. ¿Qué te ha dicho?

—¿Aparte de que lo has puesto cachondo con tu voz, que quería ponerte mirando a Cuenca y que iba a babear mucho en el almuerzo? Nada destacable —me encojo de hombros mientras Héctor se atraganta con la manzana y estalla de risa hasta echarse boca abajo en la cama.

—¡Madre mía!

—Ah sí, Ric es así. Mejor que lo asimiles ya. Valerio es más tranquilo.

—¿Su novio?

—¡Marido!

—Y ¿qué era eso de la silla de al lado?

—Si Valerio lo menciona en el almuerzo... te lo contaré. Si no, te quedarás con la duda.

—¿Qué ha sido de nuestro juego de la sinceridad, Nicky? —se ríe.

—Ni tú has sido totalmente sincero todo el tiempo, ni yo tampoco. Así que...

—Puedes preguntarme lo que sea ahora mismo.

—¿Qué vas a decirle a Eliot? —escupo.

Se enseria y yo me doy cuenta de que, con el millar de preguntas que tengo en la punta de la lengua, ha salido la menos indicada.

Héctor

Su nombre me sienta como una bala en la cabeza cada vez que sale de su boca. Supongo que es normal, pero no deja de dolerme.

Con lo fuerte y lo impenetrable que he sido y ahora, con cada palabra suya, es capaz de atravesarme sin esfuerzo.

Supongo que Kevin tendrá algún nombre concreto para todo esto que me pasa.

—Pues varios puntos que respetar si queremos que esto no se nos vaya de madre

antes de tiempo.

Ella asiente y yo respiro un poco. Sé que no va a dejarlo ahí. Ella es demasiado curiosa como para dejarlo pasar.

—Concreta.

—Que si yo quedo contigo no me pise el plan. Que no te llame cuando estés

conmigo. Que, si tú dices que no, no insista.

—¿Tú vas a cumplir todo eso a la inversa? —se cruza de brazos.

—Si él acepta mis condiciones y esas son las tuyas, sí.

—Ajá... —asiente y hace una mueca que no soy capaz de descifrar.

—¿Algo que decir?

—Tú has pisado sus planes, me has llamado cuando estoy con él y has insistido

cuando te he dicho que no. No tiene mucha lógica que ahora pidas ese tipo de respeto, ¿no?

Se sienta en la cama justo a mi lado. Yo no soy capaz de moverme, ni para acercarme ni para alejarme de ella.

—Lo sé, pero si los dos vamos a seguir por ese camino, al final acabaremos rompiéndonos la cara y no quiero que estés en medio de algo así.

—En todo esto siempre voy a estar en medio, Héctor.

—Algún día me gustaría que no fuese así.

Noto que se tensa y que su mirada se intensifica. Mi sinceridad la atraganta tanto como a mí.

—En un caso hipotético, si en esa ecuación que dices, dejaras de estar tú... ¿te apartarías?

Mis ojos se abren de par en par imaginando eso. Imaginando sus palabras diciéndome que ya no quiere estar conmigo más. Que quiere estar con él o con cualquier otro, sin mí.

Intento que no se oiga el sonido de mi alma romperse en pedazos. Es como uno de esos vasos de cristal que se hace añicos al impactar contra el suelo.

Dentro de mí se ha roto un pack de doce.

—Sí.

—¿Crees que tú y Eliot podrían llevarse bien?

—¿En qué sentido?

—Bien en el sentido de estar los tres juntos. No sé, es solo una pregunta. No es una proposición.

—¿Juntos y revueltos?

«*Ni de coña*».

—Sí. Estar juntos los tres. Salir juntos, vivir juntos...

—No.

No me planteo mentirle, ni adornar mi respuesta. Un no rotundo sale de mi boca antes siquiera de que ella termine de hablar.

Contra todo pronóstico, ella se ríe y se echa la mano a la cara.

—Yo tampoco podría.

Una sensación de alivio me refresca por dentro y relajo mi expresión al instante.

—Pues eso solo me deja tres opciones...

—Estar conmigo, sin mí o conmigo y con él, ¿no? —asiento. —Pues, si te parece bien, vamos a dejar de hablar de futuro y vamos a vivir esto.

—De acuerdo.

Me lanzo sobre ella y la devoro antes de que podamos decir nada más.

No quiero irme aún de esta casa. No quiero irme, a secas, pero tenemos que hacerlo. Tenemos que seguir.

Ella hunde las uñas en mi espalda y yo enredo mis dedos en su pelo.

Sus bucles pelirrojos no dejan de volverme loco. Me encienden cada vez que juego con ellos y creo que ella lo sabe.

Ahora sonrío.

Yo le quito el vestido amarillo que lleva y lo lanzo lejos.

No va a recuperarlo en toda la noche.

Su pecho me recibe al aire. Adoro que no use sujetador. Su cuerpo pide ser libre y ella no se lo niega. Yo me alegro, me es más fácil llegar a ella si lleva menos ropa.

Beso su cuello y desciendo despacio hacia el punto central de su cuerpo. Necesito devorarla entera y escucharla gritar mientras lo hago.

No se reprime, ella nunca lo hace.

Me agarra la cabeza y me obliga a que empiece de una vez.

Me encanta la decisión que tiene. La poca vergüenza. La intensidad con la que lo hace todo.

Devoro todo de ella hasta que su respiración está al límite, sus gritos son más que sonoros y sé que está al borde del orgasmo. Me detengo entonces.

Ella me mira desconcertada, cabreada, a decir verdad. Yo me río y me encojo de hombros.

Me limpio la boca con el antebrazo y ella se lanza a por mí antes de que me levante de la cama.

Me arranca la ropa tan rápido que casi no me doy cuenta.

Me obliga a acostarme boca arriba en la cama y ahora es ella la que me devora a mí.

«Joder, Nicky, no pares».

Y, aunque no digo nada, ella no para y tampoco tiene previsión de hacerlo.

Mis manos agarran su pelo y las suyas aprietan mis muslos.

No he sentido el placer así jamás. Es como si con cada roce de su boca, de su lengua, yo explotase.

El Big Bang no tiene nada que envidiarle a ella. A lo que ella es capaz de hacerme sentir.

—Nicky... para... —me arriesgo a decir.

Estoy a punto de acabar y ella parece no querer parar.

Sus ojos impactan en los míos y yo no soy capaz de mirarla más. Echo la cabeza hacia atrás y, cuando creo que voy a terminar, ella para.

Levanto la cabeza enseguida y la veo riéndose.

«*Maldita seas, preciosa*».

Me lanzo encima de ella y no hago más espera. Me hundo en ella y el resto enmudece. Todo menos sus gritos.

Va a ser una noche deliciosamente larga.



Nicky

Si pudiese desmembrar un momento de felicidad en apartados más pequeños, serían: la paz que me da una caricia de Héctor. Las cosquillas en la garganta que me nacen cuando él me mira. El temblor de debajo de mis pies cuando él se acerca. El rayo que me atraviesa cada vez que su cuerpo y el mío conectan o el tsunami de emociones que se crea de la nada en mi interior cuando deja un suave beso en mis labios. El olor del mar y el suyo inalados a la vez. La sonrisa que me ofrece y que me hace pensar que el mundo gira un poco más deprisa entonces...

Quiero decirle tantas cosas y, sin embargo, me limito a mirar cómo saca sus gafas de vista, se las coloca con un arte imposible de describir y lee el periódico que nos han ofrecido en el avión.

Debo parecer idiota mirándolo así, con la boca entreabierta, con los ojos dándome vueltas en las cuencas y con la baba colgando, pero no me importa.

Quiero retener todo esto. Su manera de respirar, de sonreír, de fruncir el ceño, de mirarme de reajo como lo hace ahora...

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara? —pregunta divertido.

«*Lo tienes todo, eso es lo que pasa*».

Se quita las gafas y las pone encima del periódico. Yo sonrío y las mejillas se me pintan de un tono rojo cereza.

—No, nada... —sonrío y le quito la vista de encima.

Él atrapa mi barbilla con dos de sus dedos y me obliga a mirarlo.

—Me gusta que me mires así, ¿sabes? —sonríe.

Joder, si él supiera que cuando sonrío, cuando lo hace así, me parte la vida en dos y en tres y en cuatro... y cada parte en la que me divido es más feliz que la anterior.

Me di cuenta de lo doloroso que sería dejar de compartir mi vida con él cuando tuvimos esa conversación tan incómoda en el chiringuito de la playa. Me di cuenta de que yo no quería que saliera de mi vida, de que no quería perderlo.

Coge de nuevo sus gafas y fija la vista en el periódico con una sonrisa de lo más perversamente encantadora.

Yo vuelvo a observarlo. La camiseta gris de cuello de pico que casi no le dejo ponerse antes de salir de casa porque me negaba a que se vistiera. La chaqueta vaquera que cubre sus brazos. Esos a los que me agarré como si mi vida dependiera de ello. El pantalón vaquero impoluto y esos zapatos que calzan unos pies que jamás vi cubrirse en todo el fin de semana.

Sé que me mira de reojo, que no está leyendo nada en el periódico, pero yo no aparto la vista de él.

No es que no quiera, es que no puedo.

Él siempre ha despertado cosas sin nombre en mí. Ahora empiezo a ponérselo y eso es algo que me asusta.

¿Qué hago? ¿Se lo cuento o no se lo cuento? ¿Le planteo las cosas que me cruzan la mente o no lo hago?

Nunca he tenido ningún problema con expresar lo que me pasa por la mente y, sin embargo, ahora todo son preguntas y más preguntas.

—Tengo muchas dudas, Héctor.

Su sonrisa se esfuma y yo deseo haberme callado. Por primera vez en la historia maldigo mi sinceridad.

—Bueno... es normal, Nicky. Cuéntame —se quita las gafas y dobla el periódico por la mitad.

—Tengo tantas cosas que me gustaría decirte que todas quieren salir a la

vez.

—Cuando estés preparada me gustaría escucharlas todas —sonríe y me besa la mejilla.

Yo asiento y le sonrío también.

Es una cualidad tan bonita esa de no presionar... Esa de dejar que todo fluya a su ritmo, que yo lo haga también.

—Gracias.

—No tienes que darlas.

Me acaricia la mejilla con el pulgar.

Yo me concentro en retener esa caricia. En retener la sensación dulce que me deja.

Apoyo mi cabeza en su hombro y él se acomoda en el asiento.

Aún nos queda hora y media para llegar a casa y para dejar este fin de semana intenso y maravilloso atrás.

¿Nos aplastará la realidad al volver?

Eliot

Por fin es lunes y ya solo quedan tres días más para que Elena se vaya y yo pueda disfrutar de Nicky sin tener que preocuparme por nadie más. Averiguaré de una vez si puedo sentir algo más con ella, si es capaz de borrar el resto.

El camión de bloques llega y me saca de mis pensamientos.

—¡Eliot! Este es el último —me grita el capataz de la obra.

Yo asiento y me pongo los guantes.

Llevo toda la mañana cargando bloques y mi cuerpo no para de segregar endorfinas.

Estoy cargado de energía hasta las pestañas y lo único que quiero hacer es

descargarla en ella.

En Nicole, no en Elena.

Estar tantos días juntos ha borrado el placer al hacerlo con ella. Ya es un acto mecánico más que algo que se hace con gusto.

Ella sigue en sus trece. Se ríe, canta, baila, me abraza, me absorbe...

—¡Vamos, chicos! Que ya no queda nada —vuelve a gritar el capataz.

—Claro, cabrón. Como tú no has movido ni un bloque... —dice en voz baja uno de los chicos de la obra mientras se quita el sudor de la frente.

—¿Una birra después, Eliot? —me pregunta otro.

—Necesitaré un barril después de esto.

Los dos se ríen y yo los acompaño antes de ponernos manos a la obra.

Mi móvil vibra en el bolsillo, pero lo ignoro.

Ella va a preguntar si tengo la tarde libre. Sabe la respuesta, pero preguntará de todas formas.

Tengo que sacarla de mi casa.

Tengo que sacarla de mi vida de una vez por todas.

—¡Eliot! Ven un segundo, muchacho —me dice el capataz.

Yo dejo el bloque donde toca, me quito los guantes, el sudor de la frente y voy hacia allí.

—Dígame.

—Verás, tenemos una obra mayor en Playa Blanca y me gustaría que fueses a partir del jueves a echar una mano. Pago bien —me dice mientras me pone una mano en el hombro.

Jueves. Elena se va. Vía libre con Nicky. Jueves. Joder...

—Claro —sonrío sin ganas y él asiente.

«*Me cago en la puta*».

Vuelvo a donde están los chicos y sigo con mi trabajo. Descargo bloques del camión más rápido que antes.

Necesito descargar la rabia contenida y casi estoy a punto de lanzarlos directamente al suelo sin medir la fuerza.

El móvil vuelve a sonar y yo gruño antes de coger más bloques del camión.

Maldito sea el karma y su capacidad para joderme los planes.

Héctor

Me cuesta parte de la vida dejarla en su casa. Me mira con esos ojos brillantes y tentadores y me sonrío de esa manera que me hace sentir que ve un poco más en mí que la última vez que estuvimos frente a su portal.

La abrazo. Necesito sentir su cuerpo junto al mío un poco más antes de que se vaya y vuelva a ser del resto del mundo.

El fin de semana que fue solo mía queda en la memoria de mi piel.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco quiero que te vayas —me dice aún con su cara pegada a mi pecho.

—No es una despedida...

—Claro que no. Hemos quedado el jueves para almorzar, ¿recuerdas?
Se separa de mí y me sonrío ampliamente.

—Eso quiere decir que es la última vez que te veo hasta entonces, ¿no?

Ella se carcajea y me da un golpe con la mano abierta en el pecho.

—¿Aguantarás?

—Sabes de sobra que no —me encojo de hombros.

—Sabes dónde vivo, dónde trabajo, tienes mi número de teléfono...

—Huelo a declaración de intenciones o...

Ella inspira y cierra los ojos.

—Huele a eso, sí —luego ríe y vuelve a abrazarme.

—Prométeme algo, ¿de acuerdo? —ella se separa de mí y asiente. —Cada vez que pienses en mí o quieras verme, estar conmigo... házmelo saber.

Asiente de nuevo.

—Lo mismo digo.

—Va a explotarte el móvil...

Los dos nos reímos y nos besamos con cariño antes de separarnos.

Ella va con el tiempo justo de subir, comer y salir disparada para la floristería.

Yo tengo que poner mis asuntos en orden.

Me subo al coche después de que ella cierre el portón y pienso automáticamente en el otro tío.

Él va a verla esta tarde y descargará las ganas contenidas en ella.

Gruño antes de acelerar y perderme entre los coches que pueblan esta maldita ciudad.

Tengo mil llamadas perdidas en el móvil y cientos de mensajes.

Cientes, familia, amigos... No devuelvo ni una sola llamada.

Después de unos minutos conduciendo, Kevin empieza a parpadear en la pantalla.

—¿Qué pasa?

—¡Joder! ¡Has vuelto a la vida, hermano!

Me carcajeo sin remedio.

—Vivito y coleando.

—Así que, coleando ¿eh? Vamos, larga por esa boca, ¿qué tal la escapada?

—Mm... intensa.

—¡Qué perro eres! —se muere de risa.

—Te lo confirmo. Es ella.

—Pues a por todas, compadre.

—Seguimos con nuestro acuerdo de que ella puede estar con quien quiera.

—Eres el tío más imbécil que he conocido en mi vida.

—Si tú la conocieras, me entenderías. Ella es... joder, solo con tener una parte.

Solo con sentir una parte de ella tienes para vivir feliz el resto de tu mierda de vida.

—O sea, que vas a quedarte en casa, tranquilo, mientras ella se pasa por la piedra a la ciudad entera si le apetece —gruño y él lo nota. —Perdón. No quise ser tan... gráfico.

—No te digo que sea normal. Que sea lógico o que sea lo más adecuado, ¿te enteras? Pero si para tener algo de ella tengo que acatar eso, lo haré.

—Estas jodidamente enamorado, lo sabes, ¿no?

—Eso parece... —sonrío.

—¿Se lo has dicho?

Aparco el coche en el parking del edificio y apoyo la frente en el volante.

—No...

—Y ¿a qué esperas?

—No sé, tío. No sé qué va a decirme. Cuando estoy con ella todo me importa una mierda y no quiero que se acabe porque yo me precipite, ¿entiendes?

—Claro que te entiendo ¿Has llegado ya a tu casa? —me pregunta en tono serio.

—Sí.

—Voy para allá y hablamos.

Cuelga la llamada sin despedirse y yo bufo sin levantar la frente del volante.

Lo peor de todo es que ahora tengo que subir ahí arriba y enfrentarme a la devastadora realidad de que ella no va a dormir conmigo esta noche.

47



Nicky

Abro la floristería y, para mi sorpresa, está todo como si hubiese abierto esta mañana.

Le debo la vida a Ric.

Dejo mi bolso debajo del mostrador y miro a mi alrededor.

Suspiro.

—Pues ya estoy de vuelta... —me cruzo de brazos.

Pienso en Héctor antes de sonreír y me acuerdo de sus palabras.

«*Si piensas en mí, házmelo saber*».

Cojo el móvil sin dudarle un segundo más y le escribo.

Justo ahora pienso en ti. 15:02

En que podríamos estar tumbados en esa hamaca... 15:03

Y en que estar en esta floristería más sola que la una es una puta mierda. 15:04

Sonrío antes de dejar el móvil encima del mostrador.

Inspiro profundo antes de comenzar con mis labores.

Voy al cuarto de baño a llenar la regadera y escucho la campanilla sonar.

Salgo y veo su camiseta verde de manga larga que marca cada músculo. Sus bermudas vaqueras que dejan a la vista sus gemelos marcados. Una sonrisa que incita al adulterio y unos ojos azules que fueron capaces de bañarme como si fuesen el mismísimo océano.

—Por fin —dice antes de acercarse a mí a zancadas.

Coge mi rostro y me besa como si hubiese estado esperando este momento mucho antes.

Yo me quedo inmóvil.

Mi boca lo besa, claro. Pero mi mente no lo disfruta, mi cuerpo no parece querer hacerlo.

La regadera sigue en una de mis manos y la otra se agarra fuerte a su brazo.

Por muy extraño que parezca, el suelo no se mueve. No esta vez.

—Hola a ti también.

Se ríe y vuelve a besarme. Más intenso, más feroz.

Sus manos viajan hasta meterse por debajo de mi camisa y rozarme la espalda como si todas sus ganas fueran esas.

Besa bien. Joder que sí. Pero mi mente está concentrada en alejar a Héctor de esta tienda. En desear que no entre. Que no vea esto.

Se separa de mí y yo respiro aliviada después de mirar en dirección a la puerta y ver que no hay nadie.

—Se me ha hecho eterno el fin de semana —dice.

—A mí muy corto —escupo.

—Normal... —vuelve a reír. —Te invito a cenar esta noche, ¿de acuerdo?

—Pues...

—Vamos, Nicky... —vuelve a sonreírme y yo me obligo a dejarme llevar.

Su sonrisa, esa que me encandiló una vez hasta casi cegarme, parece haberse ido difuminando.

—Venga, va. ¿A las nueve?

—¡Perfecto! Y, oye... estás preciosa. ¿Lo has... lo has pasado bien? — me pregunta con un trasfondo de rabia, pero con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mucho...

Sonríó como una idiota al recordar todo el viaje.

—Algo puedo imaginarme...

Él se enseria de repente y yo, que lo intento, no puedo esconder la sonrisa.

—Y tú... ¿qué tal tu fin de semana? ¿Algo interesante?

Mira a los lados rápidamente, entrecierra un poco los ojos y luego sonrío. Otra vez ese maldito gesto que le dice a mi sexto sentido que tiene algo que ocultar.

Yo frunzo el ceño un segundo y luego vuelvo a mi expresión facial anterior.

—Nada destacable... Rutinas, más bien.

—Ajá... Bueno, pues... ¿manos a la obra?

Las yemas de sus dedos acarician mi brazo en dirección ascendente y mis ojos se cierran sin querer.

Siento el cosquilleo que me transmite, pero no es a él a quien veo en mi imaginación.

Cuando vuelvo a abrirlos, él me besa de nuevo. Esta vez más suave, más tierno.

Yo intento sentirlo, pero no lo consigo del todo.

Me zafo como puedo de unas manos que no quieren que me aleje y justamente mi móvil emite un pitido.

Voy a por él enseguida bajo la atenta mirada de Eliot.

Yo no he parado de pensar en ti. 15:23

Todo mi tiempo es tuyo si lo quieres. 15:23

Sonrío como una idiota y le contesto sin que Eliot me quite la vista de encima.

Eso suena tan tentador... 15:24

Dejo el móvil de nuevo encima del mostrador y me dirijo hacia donde está Eliot.

—¿Es él? —se pronuncia por fin.

—Sí.

Él asiente, se ríe mirando al techo y pone los brazos en jarras.

—Ya veo...

—¿Pasa algo? —pregunto enarcando una ceja.

—No, no. Nada...

—¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar después de que le sonrías así a una maldita pantalla.

Su voz es seca, tosca incluso, y eso me sorprende.

—A ver, Eliot, tienes que entender que...

—¿Qué? ¿Qué tengo que entender, Nicky? Mira, vamos a dejarlo, ¿de acuerdo? Siento haberte contestado así.

—Vale... no pasa nada, supongo.

La sensación que puebla ahora mi cuerpo es extraña. Ni siquiera puedo describirla. Ni siquiera sé qué decirle ahora.

Recupero mi regadera y vuelvo a mis labores mientras el tono de su voz resuena en mi cabeza.

Él, sin mediar palabra, empieza a cambiarle el agua a las plaganas de las flores cortadas.

—Eliot... —él me mira sin decir nada. —No quiero...

—Tranquila —vuelve a sonreír. —He sido yo, que he reaccionado mal. No pasa nada. Me encanta verte sonreír.

Yo asiento sin estar convencida del todo y vuelvo a mi ficus mientras mi mente se convierte en una oscura masa de confusión. Mi estómago se queja. Es como si me diesen calambres y, por primera vez en esta historia, no son placenteros.

Intento recordar cada sensación que me hizo sentir Eliot. Cada sonrisa que supo sacarme. Cada pensamiento ardiente. Cada sentimiento sincero que consiguió hacerme soñar.

Ahora, mientras salgo de la ducha, pienso en dónde quedó todo eso. En si aún existe dentro de mí. Pienso en cómo ha sido posible que todo se haya difuminado tanto y, también, en que seguramente estoy dándole más vueltas de las necesarias.

Salgo de casa con el móvil en la mano cuando son las nueve y cinco. Hemos quedado en el *Magnum*. El primer sitio donde él y yo dejamos de ser solo compañeros de trabajo.

Estoy de camino, ¿cómo vas? 21:05

Guardo el móvil en el bolso sin esperar a que conteste. Supongo que él ya estará allí.

Inspiro y expiro lo más lenta y profundamente que puedo.

Estoy nerviosa, sí. Para qué negarlo. Lo estoy porque no sé con qué me voy a encontrar. Cómo voy a reaccionar yo ante él. Cómo va a hacerme sentir.

Mi móvil emite un pitido y yo lo saco del bolso sin dejar de caminar.

Mi cerveza y yo te esperamos. 21:07

—Bien, Nicky. Afronta la situación y deshazte de una vez de esta maldita sensación —susurro.

Llego al bar y lo veo sentado en la misma mesa de siempre.

Como si fuera una premonición de que todo va a salir mal, un camarero se tropieza conmigo.

—¡Perdona, bonita! —me dice mientras apoya su mano en mi hombro.

—No te preocupes —le sonrío y me encamino hacia donde Eliot está sentado.

—¿Estás bien?

Si él supiera que esa pregunta tiene mil respuestas dentro de mi cabeza...

—Eso creo...

—Estás preciosa, Nicole —me sonrío y pone su mano encima de la mía.

El mismo camarero que se ha tropezado conmigo me trae una cerveza que no he pedido y me dice algo que no soy capaz de escuchar.

Mis ojos están concentrados en los de Eliot. Esos que un día fueron océanos inmensos, hoy me parecen dos charcos que no llegan a cubrirme los tobillos.

—Tenemos que hablar, Eliot...

Él sonrío sin ganas, mira hacia abajo y su mano deja de tocar la mía.

—Sorpréndeme...

Clava la vista en mí y yo comienzo a hiperventilar.

Todos los pensamientos confusos truenan en mi cabeza y el ruido que nos rodea se desvanece.

Aquí solo quedamos mis demonios, mis dudas y yo.

—No me siento cómoda. Necesito... unos días para mí. Para poner en orden mis ideas, para...

Asiente y se frota la cara con las manos para después clavar la vista en mí.

Sigue siendo el mismo chico sexy de la primera vez. Ese que fue capaz de moverme el suelo y de casi hacerme caer de bruces solo con mirarme. Sin embargo, ahora, yo estoy más firme que nunca y él más desconcertado. El suelo sigue en su sitio y nadie tiene previsión de moverse.

—¿Vas a decir algo? —pregunto al fin.

—Pensé que después de un fin de semana follándotelo como si se fuera a acabar el mundo ya te habrías cansado de él —se cruza de brazos.

Su ceño está fruncido y su mirada arde. No de pasión esta vez, sino de rabia.

No me sienta nada bien ese comentario. Me hace sentir como si fuese yo quien estuviera usando a dos personas a mi antojo cuando que fue él justamente quien me dijo que lo hiciera, que disfrutara, que estuviera con quien me diese la gana.

—A ver, Eliot...

—No intentes ahora echarle un balde de agua fría a la situación, Nicole. Me toca ya un poquito los cojones, ¿sabes? Habla claro. Yo pensé que ya te habrías cansado de él. Pero no... ¡Claro que no! Te lo hace mejor que yo, ¿es eso? —se ríe. —¡Vamos! Dime que te folla mejor que yo.

—Te estás pasando de la raya, Eliot —digo con la sangre a punto de hervir.

—¿Yo? ¿Yo me estoy pasando? Y tú qué, ¿eh? Al final le has pillado el gusto a esto de tirarte a todo lo que se mueve, ¿no? Tal vez hay más. ¿Somos más de dos, Nicky? No me extrañaría...

—¡¿Perdona?! ¿Estás mal de la maldita cabeza o qué demonios te pasa?

La gente nos mira, pero a mí me importa una soberana mierda. Lo único en lo que se concentra mi cabeza ahora mismo es en la rabia que emana de Eliot. La que emana de mí.

—Claro... ahora el culpable de que seas una zorra es mío, ¿no? —se ríe.

Exploto. Como si hubiese pulsado un detonador interno en mí. Como si

fuese una maldita bomba atómica.

—¡Vete a la mierda! —chillo.

Me levanto y me encamino hacia la salida, pero su mano atrapa mi brazo y hace que me frene en seco.

Su cara de asombro no pisa la mía de furia.

—No quise decir eso, Nicky. Joder, perdona...

—Sí. Sí querías decirlo y sí, me has tocado los ovarios a dos manos. ¡¿Cómo te atreves a echarme en cara a quién me tiro o me dejo de tirar si fuiste tú quien me empujó a esto?! ¿Te has olvidado ya? ¡Suéltame, Eliot!

Mi cara de furia se intensifica y su cara de asombro también.

—Me he explicado mal. Solo has hecho lo que yo te pedí que hicieras, pero entiéndeme, quiero estar contigo y la presión que tengo encima aumenta cada vez que estás con él. Se me ha ido la olla, perdóname. No quise llamarte zorra.

—Zorra suena bastante concreto.

—Joder... —se echa las manos a la cara. —Llevo un fin de semana entero pensando en lo que estarías haciendo con él. Estoy un poco... desquiciado. Eso es todo.

—Pues ya no tienes que sufrir más, Eliot. Esta gilipollez se acaba aquí. No le permito ni a ti ni a nadie que me insulte, ¿entiendes? Te metiste tú solito en esta mierda, ¡es más! Yo ni siquiera quería, pero tú insististe.

—Pero, Nicky...

—¡Nadie que me llame zorra sobrevive para contarlo!

La rabia y la impotencia que mastico son como astillas en mi boca.

—Lo siento —dice antes de que yo salga del bar.

—Y una mierda —digo cabreada.

Las lágrimas recorren mis mejillas mientras camino lo más rápido que puedo hasta mi casa. No son de tristeza, no. Son de rabia. De furia.

¿Cómo se atreve?

La confusión que hace un rato se hacía palpable dentro de mi cabeza, ahora mismo se unifica en un solo pensamiento.

Se acabó.

Eliot

La patada que le doy a la primera papelería que me encuentro hace que esta se vaya rodando calle abajo y que yo gane un esguince de tobillo.

Mis puños están cerrados y, de lo único que tengo ganas, es de reventar lo que sea que se me ponga por delante.

«¿Qué mierda he hecho?».

Supongo que es lo que me merezco, pero, aun así, no me planteo darme por vencido.

El móvil me vibra en el bolsillo. Lo saco y respondo con toda la rabia que tengo dentro.

«¿Cómo mierda se me ocurre llamarla zorra?».

—¿Qué?!

—Ostras... vale —dice la voz de Elena al otro lado.

—No estoy de humor. ¿Qué pasa?

—Pues que te llamaba para ver si querías cenar por ahí, pero ya veo que no es el

momento...

—Tengo trabajo, Elena. Llegaré tarde. No me esperes despierta.

—Entendido.

—Bien.

Cuelgo.

No me siento mal por mentirle. Nunca me he sentido mal por eso.

«Tengo lo que merezco».

Me meto en el siguiente bar que encuentro y pido un ron con hielo.

Lo bebo de un trago y pido otro.

Si ahogo a la basura de tío que llevo dentro, quizá salga de aquí limpio.

O tal vez salga borracho y haga cualquier otra estupidez, que es lo más probable.

Me acomodo en la barra y ella vuelve a mi mente.

Su cara de odio. Su rabia. Sus ganas de partirme la cara.

Me río.

Porque ese es el tipo de sentimientos que suelo despertar en Elena cuando le digo que no quiero verla más.

Por primera vez, Nicky y ella parecen solo una en mi mente.

Las horas pasan por delante de mí. Los recuerdos se desdibujan con cada vaso que vacío. Los sentimientos se mezclan con el ron en mi estómago. Las ganas de tenerla, de hacerla mía, crecen.

Las ganas de que un agujero negro me trague, también.



Nicky

La noche ha sido de todo menos tranquila. Al llegar a casa he dado un portazo que ha resonado en todo el edificio. He tirado el bolso lejos, los zapatos también y he chillado toda la rabia que se me ha acumulado dentro.

Sin poder evitarlo, pienso en Héctor. En que él no sería capaz de hablarme así, en que él es diferente a todo lo que he conocido. En que, aún estando en esta situación, es capaz de hacerme sonreír sin estar cerca.

Cuando me tiro en el sofá boca abajo, pienso en que esto ha servido para aclararme del todo. Si ya dudaba de que lo que sentía por Eliot era más carnal que sentimental, él se ha encargado de confirmármelo.

Abrazo el cojín e intento callar a todas las voces de mi cabeza que me gritan que merezco esto. Que yo sabía dónde me metía y que sabía de sobra que algún día explotaría y la onda expansiva nos destruiría a los tres.

Pues supongo que hoy es el día.

Hoy, que me siento más desnuda de lo que me he sentido en estos últimos meses. Hoy, que echo de menos el calor de Héctor y de más las marcas invisibles de Eliot en mi piel.

Los recuerdos de todo lo que hemos vivido se han desdibujado con la noche y el alma se me ha desgarrado de un extremo a otro. La luz del día es la que se encarga de despertarme.

No sé en qué momento me quedé dormida en el sofá y prefiero no saberlo. Intento borrar todo lo ocurrido.

Limpio con mi antebrazo las lágrimas invisibles de mis ojos y me levanto. Más seria, pero más fuerte, más decidida. Menos desorientada.

Voy en busca de mi móvil y veo una llamada perdida de Héctor e, inmediatamente, todo lo demás desaparece.

Lo llamo enseguida.

—¡Buenos días, preciosa! —contesta su voz risueña al otro lado de la línea.

—Ahora sí —sonrío.

—¿Qué pasa, Nicky? —pregunta preocupado.

—Ha... bueno, ha pasado algo. ¿Podemos cenar esta noche? Me apetece verte.

—¿Qué ha pasado? ¿Tú estás bien?

—Sí, sí. Tranquilo.

Su voz es como un bálsamo para mis heridas abiertas. Su voz las cicatriza y hace que todo desaparezca. Su voz, ahora intranquila, me acaricia por dentro.

—¿Quieres que vaya ahora?

—No te preocupes, de verdad. ¿Nos vemos esta noche?

—Claro que sí, preciosa. Cuando tú quieras, ya lo sabes.

Y sonrío más amplia, más sincera.

—¿A las nueve en el Veggie?

—Perfecto, me aguantaré hasta entonces.

—Qué tonto eres... —río y me siento de nuevo en el sofá.

—Culpa tuya...

Y este es el único sentimiento de culpa que me hace tremendamente feliz.

Héctor

Últimamente las conversaciones con Kevin se alargan más de la cuenta. Tanto, que hoy se nos ha hecho de noche.

Salimos los dos a la vez de mi piso. Él dándome ánimos y fuerzas para que le proponga a Nicky ser solo nosotros dos. Yo mandándolo a tomar por saco y abrochándome el último botón de la camisa antes de ir hacia el restaurante donde he quedado con ella.

—¡Ten cojones! —me grita desde su coche.

—Vete a la mierda —me río y él también.

Salgo del parking detrás de él.

Una vez en el restaurante, me siento en cualquier mesa y la espero. Ella aún no ha llegado y un tipo alto, bastante sonriente, se me acerca.

—¿Te pongo algo? —me pregunta.

Yo lo miro y le sonrío también.

—Vino tinto, por favor.

Él asiente y yo no puedo evitar sonreír.

Supongo que ella hace que extienda mi felicidad al resto del mundo.

No tarda en volver con su bandeja. Me sirve la copa de vino y yo le doy las gracias.

—Héctor, ¿verdad?

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Solo de hablar por teléfono...

Me río y me levanto cuando me doy cuenta de que debe ser Ric.

—¿Ric? —pregunto.

Él asiente y me tiende la mano. Yo se la estrecho con gusto.

—Encantado de conocerte —me dice.

—¡El gusto es mío!

—No sabe nada Nicky, ¿eh? Estás como un tren —ríe.

—Uf, otro de sinceridad bruta...

Se carcajea y yo también.

—Se me ha pegado de ella...

—Justamente estoy esperándola para cenar. Llega un poco tarde.

—Tranquilo. Ella no es de las que te dejan plantado. Y menos con lo loca que la tienes... —me guiña un ojo.

—¿Tú crees?

Siento que la mirada se me ilumina sin poder evitarlo. Ric se ríe e intuyo que se ha dado cuenta sin esforzarse.

—Ahí viene —miro hacia la puerta y ella nos saluda agitando una mano —Yo no te he dicho nada, ¿eh? Pero sea lo que sea lo que estés haciendo... no pares —vuelve a guiñarme un ojo.

—Gracias —le sonrío sincero antes de que ella nos alcance.

—¡Buenas noches! Así que ya se han presentado formalmente, ¿no?

—Yo me voy yendo, que el resto de las mesas van a lincharme si no las atienden.

Disfruta, cielo —le da un beso en la mejilla a Nicky y vuela a mirarme. —Y tú también —me sonrío.

Nos sentamos en la mesa a la vez mientras Nicky me mira con una sonrisa que encandila.

—¿Te ha dicho algo fuera de lugar?

—Para nada. Me cae bien tu amigo. Es muy simpático.

—¿A qué sí? Realmente no lo merezco, pero no se te ocurra decírselo o me lo

recordará el resto de mi vida.

Me río y ella me acompaña.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? Me dejaste preocupado, Nicky.

—Han pasado... cosas, Héctor, pero no sé cómo empezar a soltarlo todo.

Asiento, aunque no sé cómo tomármelo. Está intranquila, puedo notarlo, pero creo que no está preparada para decir nada aún.

—No quiero presionarte, así que puedes contarme lo que sea cuando sea, ¿de acuerdo?

—¿Te morderás las uñas de los nervios hasta entonces?

—Voy a morderme hasta los codos.

Los dos nos reímos y yo intento dejar a un lado el tema.

Lo único que quiero hacer ahora mismo es intentar que vuelva a ser ella. Sin nervios, sin palabras de más, sin terceras personas.

Quiero verla sonreír de verdad.



Nicky

La cena fue genial. Nos reímos, nos tocamos, nos besamos, nos volvimos a reír y nos callamos cosas.

Hubo un par de veces en las que noté que él quería decirme algo y que, en vez de eso, se tragaba las palabras como si fuesen espinas.

Yo me callé todo lo ocurrido con Eliot. No quería que él se cabrease también y que fuésemos los dos a romperle la cara. Lo único que necesitaba era estar con él, solos él y yo, tanto dentro como fuera de mi mente.

Me tomo la última copa con Ric en el bar, Héctor tuvo que irse hace un rato por una llamada urgente de Kevin.

—Entonces... ¿le has pasado la itv? —le pregunto.

—Aún no le he hecho una revisión completa, pero pinta muy bien... Es simpático, muy atento contigo, está cañón...

Me río y golpeo con mi hombro el brazo de Ric.

Los dos estamos sentados en la barra, él terminó su turno hace media hora y el restaurante está a punto de cerrar. El bar será nuestro hasta el amanecer si queremos. Ventajas de que su marido sea el dueño.

—Me planteo cosas, ¿sabes?

—Uf. Cabeza loca en funcionamiento. Catástrofe inminente. Houston, tenemos un problema...

—Imbécil, ¡pues ya no te cuento nada! —le grito y me bebo de un trago el vino que queda en mi copa.

Ya estoy algo mareada, no sé cuánto he bebido, pero me siento bien.

—Vamos, suéltalo. Como si no lo supiera yo ya...

—Creo que me estoy enamo... —sale un pitido de mi móvil y dejo de hablar.

Lo cojo y veo que es un mensaje de Eliot.

—¿A qué viene esa cara?

—Es Eliot, no sé qué coño quiere ahora. Me envía una foto.

La abro sin más espera y, no es que la vida se me pare, es que me arrojó de ella sin que el mundo deje de girar.

Todo mi interior cae hecho pedazos, añicos, y un escalofrío recorre mi cuerpo de arriba abajo una y otra vez.

Las lágrimas salen de mis ojos sin quererlo y Ric me quita el móvil de la mano sin pedir permiso.

La imagen me atraviesa el cerebro y el corazón desaparece de mi pecho.

Supongo que esto es lo que se siente, ¿no? Supongo que así se rompe un corazón de verdad. Así es como suena cuando estalla en mil pedazos.

—¡Será hijo de la gran puta! —grita Ric antes de ponerse de pie.

—Dios... —apoyo los codos en la barra y escondo mi cara detrás de mis manos.

—Ven aquí anda...

—¿Eso es de verdad?

No reacciono, no hago más que ver esa foto delante de mis ojos, aunque Ric haya alejado el móvil de mí.

—¿Cómo se puede ser tan cabrón? —pregunta mientras me abraza y me mece.

—No lo sé, no lo sé.

—Nicky, mírame —lo hago obligada por sus manos. —Vamos a

bebemos los charcos. Mañana será otro día y ya veremos cómo asesinarlo entre terribles sufrimientos.

—Joder...

—¡Armando! Tráeme la botella de tequila, la sal y limones. ¡Ya!

En mi cabeza todo es un eco. Todo el ruido, hasta la voz de Ric, se vuelve nada. Todo menos las palabras que acompañan a esa foto y que aún rebotan en mi mente.

«Parece que tu amiguito no pierde el tiempo, ¿eh? Se le ve muy a gusto».

—Nicky, bebe —me dice Ric mientras me cede un vaso de chupito con un líquido dentro.

Yo obedezco. Necesito anestesia.

—Ric...

—Joder, Nicky. Chupa la sal, cariño. Así a palo seco no...

Yo lo ignoro y me sirvo otro chupito sin mirarlo.

—Parecía tan real lo que él me decía... Tan real... —repito en susurros antes de beberme otro vaso.

—La realidad es que es un mentiroso de mierda.

—Anestesia —digo sin mirar a ningún lugar en concreto.

Ric ya sabe lo que eso significa.

Mi vaso no vuelve a quedar vacío más de un segundo.

Bebo. Hasta anesthesiarme bebo.

Ric bebe conmigo.

Necesito borrar de mi mente todo esto. Necesito que se desvanezca. Que no duela. Necesito que la bebida arda más en mi garganta de lo que lo hace la rabia.

Necesito borrar a esa rubia. Esa sentada a horcajadas sobre él. Esa que besa tan apasionadamente a Héctor. Esa que no soy yo.

Eliot

Espero la contestación de Nicky, pero no llega nunca. Me largo del bar con la sonrisa más grande que he sabido sacar desde hace meses. Él no me ha visto, por lo que juego con ventaja.

Quizá esto arregle un poco o, por lo menos, empañe nuestra discusión de anoche.

Llamo a Nicky, pero ella no coge el teléfono.

Camino sin rumbo y sin tino por la calle. He bebido demasiado y no soy capaz de ver con mucha claridad.

A él sí. Joder que sí. Lo vi según entró en el bar, solo. Lo vi sentarse con su amigo y con esas chicas. La vi a ella montársele encima y comerle la boca.

Ahí estaba la prueba de que, si él le había dicho a Nicky que era especial, no debía creérselo. Que no debía creerle a él.

Borrando el hecho de que yo también tengo a alguien en mi piso esperándome, seré su mejor opción esta noche.

Camino en dirección a su casa mientras vuelvo a llamarla.

Sigue sin responder.

Río mientras vuelvo a mirar la foto.

A lo mejor ella no le dio coba esta noche y él buscó otro agujero donde meterla.

Vuelvo a llamar a Nicky y, como si fuera cierto eso de que a la tercera va la vencida, ella suena al otro lado.

—¡¡¿Qué?!!

—Nicky... ¿Estás bien? —pregunto todo lo acertadamente que puedo.

—¿Bien? ¿Bien? —ríe. —Si borracha es bien, sí. Estoy la mar de bien. ¡Bien, bien, bien!

Tiene pinta de estar más colocada que yo.

¿Habrá visto la foto y se habrá emborrachado por eso?

—¿Dónde estás, Nicky?

—¡Bebiendo! ¿Dónde estamos? —le pregunta a alguien que no soy yo.

—En el bar, Nicky. No nos hemos movido, ¿no? —responde una voz masculina.

—¿Con quién estás? —pregunto.

Como si eso fuera lo más importante en todo este asunto.

—Con el único que no me va a romper nunca, ¿verdad, Ric? Tú no me vas a romper, ¿verdad? Tú eres bueno... Bueno, bueno, bueno... —susurra.

—¿Qué bar, Nicky? ¿En qué bar estás?

—¡Veeeeeeeeeggie! ¡Veggie! Uy, no. Espera. Ah, sí, sí. ¡Veggie! —estalla de risa.

«Dios, vaya pedo lleva encima».

—Voy a buscarte.

—¡No! No vas a encontrarme.

—¿Por qué?

—Porque estoy rota... rota, rota, rota. Estoy en todas partes. ¡Mira! Un trozo de Nicky ahí... otro ahí... otro ahí...

—Deja de beber, Nicky. Voy a buscarte.

Me deja en shock escucharla tan ida que el alcohol que he estado metiéndome toda la tarde parece desaparecer por completo de mi cuerpo.

—Vas a tardar mucho en encontrarme ¡mucho, mucho! ¡Mira! Otro pedazo de Nicky ahí.

—Recogeré todos los trozos si hace falta, ¿me oyes?

—Oh, tan atento él... Muchas molestias te tomas por una... ¿Cómo era? ¡Ah, sí! Una zorra.

—Joder. No te muevas de ahí.

Cuelgo la llamada y corro hasta el restaurante.

Hacerlo me refresca la mente y el mareo desaparece del todo.

La rabia crece.

No hay que tener un máster para saber que le ha dolido tanto ver al gilipollas de Héctor con otra tía que se ha propuesto morir ahogada en alcohol.

Creo que ella está enamorada de él. No es difícil verlo. Aun así, siento la inmensa necesidad de estar con ella. No para tirármela y largarme, sino para abrazarla.

Llego al restaurante no mucho después y veo la mayor parte de las luces apagadas.

Ya no hay nadie ahí dentro, excepto Nicky y su amigo Ric sentados encima de la barra.

Yo no toco antes de entrar. Abro la puerta de par en par y los dos me miran al instante.

—Mira quién está aquí ¡Mira, mira, Ric! Es... ¡Eliot! ¡Eliot al rescate! — grita y después se bebe un chupito.

Da un golpe en la barra con el vaso después de vaciarlo.

—Baja de ahí, Nicky. Vas a caerte.

Me acerco unos pasos y Ric se baja ágilmente de la barra.

Le tiende una mano a Nicky para que baje también y ella obedece.

—Qué mareo, Ric... —se lleva las manos a la cabeza y cierra los ojos.

Yo llego hasta ella y pongo mis manos a cada lado de su cintura.

—Te llevo a casa.

—Sí, Nicky, vete a casa, anda. No quedan más charcos que beber... — dice Ric poniéndole una mano en la espalda.

—¡Qué no quiero irme, joder!

Tanto Ric como yo quitamos las manos de su cuerpo.

—Nicky... —Ric la mira y no dice nada.

Ella asiente, como si entendiera algo que no le ha dicho. Como si hablasen sin decir ni una palabra.

—Joder, vaya ganas de enjaularme. Quiero salir a bailar ¡Sí, eso! Vamos a bailar. ¿Quieres bailar, Eliot? —dice antes de cogerme la mano.

—Quiero llevarte a casa, darte una ducha de agua fría y acostarte. Eso es lo que quiero.

—Ric... creo que se me está insinuando —dice poniéndose una mano delante de la boca.

Como si así yo no pudiera oírla.

—Tiene pinta, Nicky... Yo lo apoyo —dice Ric haciendo el mismo gesto que ella.

«Vaya pedal llevan estos dos».

—Oh, joder... el dos gana al uno, ¿no? He perdido... —hace un mohín.
—Pues nada... me rindo. Llévame a casa —se cruza de brazos.

—¿Te acompañamos a tu casa, Ric?

—¡No, tranquilo! Llamaré a Valerio y vendrá a recogerme.

Ric le da un beso en la mejilla a Nicky y la abraza.

—Sigue en pie, preciosa. Siempre en pie.

—¡Moriré de pie! —grita Nicky.

Le pongo una mano alrededor de su cintura y con la otra le sujeto el brazo, que ella pasa por encima de mis hombros. Salimos del restaurante a trompicones y caminamos calle abajo.

No puede ni andar, dudo que fuese a llegar muy lejos sin mi ayuda.

—¿Por qué has venido? —balbucea.

—Pues porque me importas, Nicky. Supuse que no te habría sentado bien lo del capullo ese.

—La ignorancia es bonita, ¿sabes? No sé cómo, si yo te gusto, porque yo te gusto, ¿no? No sé cómo aguantas verme con ese. Bueno... verme... —se ríe. —Haberme visto, porque no voy a dejar que me toque ni con un palo. Ni con uno muy largo.

—Cuando te gusta mucho alguien aguantas muchas cosas.

—Pues yo soy egoísta. ¡Egoísta! A la mierda él y el mundo y tú si te pones tonto. A la mierda todo.

Convulsiona y echa todo el alcohol que ha ingerido, que no es poco, a propulsión por la boca.

Vomita como si el mundo fuese a acabarse esta noche o como si su mundo se hubiese acabado ya.

—Tranquila —digo agarrándola y sujetándole el pelo.

—Mátame ahora y evita todo este sufrimiento de mierda —dice antes de volver a vomitar.

Después de un buen rato, ella parece haberse vaciado y llego casi arrastrándola hasta su portal.

Busco en su bolso las llaves y abro a duras penas.

La cargo escaleras arriba mientras ella cae inconsciente.

Necesita descansar, pero no pienso dejar que se duerma antes de que se dé una ducha fría.

Entramos en el cuarto de baño y, sin quitarle la ropa, la meto en la bañera.

Ella no me responde, así que abro la llave del agua fría sin esperar más y le mojo la cabeza.

—¡Me cago en tus muertos! —grita y fija su mirada en mí.

Yo sonrío. Me alegra verla de vuelta.

—¿Mejor?

—¿Mejor? Si salgo viva de aquí te mataré.

Tirita debajo del agua mientras su ropa se empapa.

—Bebiste mucho.

—No lo suficiente. No deberías estar aquí. Yo no debería estar aquí ¿Cómo coño he llegado a casa?

Cierro la llave del agua y la ayudo a salir.

Ella se quita la ropa sin importarle que yo esté mirándola. Yo, por mucho que me cueste, la envuelvo en una toalla.

—Fui a buscarte al bar y te traje. Siento haberte estropeado la fiesta...

—¿Fiesta? Funeral, mejor dicho. Dios... qué frío, joder.

La abrazo antes de que ella sea capaz de escabullirse. Evito que se me note ninguna reacción más. Aunque eso sea casi imposible.

Tenerla tan cerca hace que mi cuerpo se prepare automáticamente para perderme en el suyo.

Nicky

La realidad me da un puñetazo en el fondo del estómago. El dolor es tan intenso, tan insoportable, que no soy capaz de separarme de Eliot.

Su calor corporal se acompasa con el ardor de mi furia.

—Me estoy mareando... —digo antes de que él me agarre con sus manos fuertes y ásperas.

—Vamos, te llevaré a la cama.

«Eso era justamente lo que querías de mí esta noche».

Me limito a asentir y me dejo llevar.

Como si flotase, me veo yendo hacia mi habitación. Él sabe muy bien dónde está.

—Gracias por traerme, supongo.

—No hay de qué. Y oye... siento lo de anoche. De verdad que lo menos que quería era decir eso.

—Ya, bueno... ahora mismo mi cabeza no está ni para perdonar ni para nada.

Él asiente y me ayuda a tumbarme en la cama.

Héctor. Maldito Héctor.

Él y esa rubia no dejan de darme vueltas en la cabeza y las ganas de beber hasta perder el sentido regresan a mí.

—Voy a quedarme aquí contigo, ¿de acuerdo? No voy a dejarte sola.

—No quiero sentir, Eliot. Necesito anestesia... —digo sin pretender que él me entienda.

Al fin y al cabo, el único que entiende a la perfección mis necesidades es Ric.

Eliot me besa y destruye el hilo de alma que queda unido a mi cuerpo. El único que parece haber quedado intacto después de haberme destruido por dentro.

Todo se inmola en este beso. Todos los pedazos, rotos en el fondo de mi cuerpo, se rompen en pedazos más pequeños aún.

Las manos de Héctor, tocándome. Los ojos más negros del mundo, mirándome. Esa sonrisa tan suya, tan perversa, tan sincera. Su cuerpo, esculpido por algún Dios con aficiones artísticas. Todas y cada una de sus palabras... todo pasa por mi mente como si fuese una película a cámara rápida.

Mi móvil empieza a sonar y yo doy un respingo. Eliot intensifica el beso. No sé si es porque no quiere oírlo él o porque no quiere que yo mire la pantalla.

Los dos sabemos quién parpadea ahí.

La llamada se cuelga mientras Eliot acaricia mi muslo en dirección ascendente.

Un escalofrío me recorre. No sé si es por su contacto con mi piel o por los recuerdos que, a modo de fogonazos, se proyectan en mi mente.

La rabia aumenta a sobremanera cuando la última de las imágenes vuelve a ser la de Héctor con esa rubia montada encima.

«Qué ilusa soy...».

La rabia da paso a la tristeza mientras Eliot intenta delicadamente deshacerse de la toalla que me cubre el cuerpo.

Frases que Héctor me había dedicado se entrelazan con mis instintos asesinos.

«Tú eres lo más alucinante que me ha pasado en la vida». *«Vivo por los*

momentos en los que estoy contigo». «Eres demasiado para mí, para cualquiera». «Eres perfecta».

Me agarro a Eliot como si fuera un salvavidas. Como si en sus brazos fuese a encontrar el silencio que le falta a mi mente. Como si él fuera capaz de borrar a Héctor de mi piel.

Sin embargo, él se separa de mí de repente.

—Oye, Nicky... no quiero hacer esto porque estés cabreada por lo de Héctor... —se echa la mano a la cabeza.

Yo me levanto de la cama y salgo de la habitación. Él tarda, pero me sigue hasta la cocina.

Abro uno de los armaritos y saco una botella de ron miel.

Si él no va a darme la anestesia que necesito, puedo proporcionármela yo sola.

—¿Quieres? —le pregunto mientras cojo dos vasos de cristal y los pongo en la encimera.

Lleno los dos y le cedo uno, aunque él no ha dicho que sí.

Lo acepta, se lo bebe de un trago y hace una mueca.

—Aún a riesgo de que me lances la botella a la cabeza... ¿no crees que, en el fondo, él no hace nada malo? Tú y yo hemos hecho lo mismo hace un rato... Él nos ha visto hacerlo. En el fondo, tú...

Yo frunzo el ceño y me río.

—Sí, yo he hecho lo mismo y claro que no hace nada malo. ¡Se lo está pasando de miedo!

—¿Entonces?

—El problema no está en lo que él haga o deje de hacer con otra. El problema está en que me duele no ser... suficiente para él.

Bebo directamente de la botella mientras Eliot me mira.

—¿No se te ha ocurrido hablar con él y decirle lo que sientes?

—Claro que sí. Un millón de veces.

—Y ¿por qué no lo has hecho?

La comprensión de Eliot es algo que me desarma. En vez de estar quitándome la ropa y aprovechando la ocasión aquí está. Hablándome de Héctor.

—Porque está claro que soy imbécil. Él me dijo cosas, ¿sabes? Cosas que se ha pasado por la piedra. Igual que a esa rubia.

Me acerca su vaso, yo lo lleno y él se lo bebe de un trago.

Yo vuelvo a beber directamente de la botella.

—Oye, Nicky... me gustas. Me gustas mucho —vuelvo a beber.

El estómago me arde. La cabeza vuelve a girar a su libre albedrío. La garganta sigue seca.

—¿Por qué? Soy una hipócrita. Aquí me ves. Bebiendo para borrarlo todo porque él haya besado a alguien. ¡Yo te he besado muchas veces a ti y él no ha dicho nada!

—Entonces, a lo mejor, es que a él no le gustas demasiado —sentencia y da un paso

hacia mí.

Y, joder, no voy a callarme.

—Eso, aunque te joda, no tiene lógica. Él me gusta demasiado a mí y yo he vuelto a besarte —me encojo de hombros.

Vuelvo a llenar su vaso y luego mi boca.

Trago ese líquido infernal y gruño después.

Eliot

Miro a Nicky mientras ella bebe a morro de la botella. Nunca ese gesto fue tan excitante como ahora. Tan... sensual.

Me agarro al vaso con tanta fuerza que, en el momento menos esperado, voy a romperlo en pedazos.

Joder, está desnuda delante de mí. Solo me separa de su piel esa maldita toalla que sigue rodeando su cuerpo.

Su pelo está mojado y enredado. Nunca una visión suya fue tan salvaje y devastadora como esta. Tan inmensamente erótica.

Me retengo a duras penas. No creo que pueda hacerlo por mucho más tiempo.

—Tú también me gustas, ¿sabes? De perdidos al río, o al ron —dice levantando la botella.

—¿Sí? —pregunto yo.

Como si no lo supiera. Como si no viera el deseo en sus ojos. Como si sus ganas no fueran palpables ahora.

Sé que quiere que me acerque. Que la toque. Que le haga todo lo que se me pasa por la cabeza cada vez que la veo. Que volvamos a hacer arder cada superficie que toquen nuestros cuerpos. Que volvamos a hacerlo como animales en celo.

También sé que lo quiere para borrar a ese imbécil de Héctor.

—Sí. En un plano carnal. Sexo desenfrenado, nada serio. Aquí, por ejemplo —dice antes de sentarse encima de la mesa.

Yo aprieto más fuerte el vaso y no aparto los ojos de ella.

Apoya una de sus piernas en una silla y la separa de la otra lo suficiente como para que yo deje el vaso a un lado y me lance a por ella.

—Joder, Nicole. No sabes las ganas que tengo de...

Levanta un dedo en mi dirección para frenarme. Yo me detengo a un paso de ella.

Vuelve a beber directamente de la botella y yo me siento reventar por dentro.

«Necesito hacerlo ya, joder».

—Tenemos toda la noche por delante, ¿sabes?

Ahora es mi móvil el que suena y nos distrae a ambos.

—Mierda.

Lo saco del bolsillo y cuelgo la llamada.

—¿Te reclaman?

—Nada que no pueda esperar.

«*Maldita Elena*».

—Bien —sentencia ella y bebe de nuevo.

—Deja de beber ya, Nicky. No vas a encontrar ninguna solución en el fondo de esa botella.

A lo tonto se ha bebido más de la mitad y parece seguir completamente consciente.

Dura. Ella es dura como una pared de diamante.

Me jode bastante el hecho de que él haya conseguido romperla con un simple gesto.

—Esto, Eliot, se llama anestesia. Cuando algo duele hay que ahogarlo, ¿sabes? Deja de doler cuando esto se vacía —dice señalando la botella.

—Nena... si quieres dejar de sentir dolor yo puedo solucionarlo —termino de acercarme a ella y me coloco entre sus piernas.

Le quito la botella de la mano y la dejo en la mesa.

—¿Cómo?

Mis manos se colocan en sus muslos y ascienden hasta llegar a su cadera. La toalla asciende también.

Ella no se opone. Cierra los ojos y echa la cabeza un poco hacia atrás.

Mis manos siguen ascendiendo sin impedimentos. Las suyas arañan la madera de la mesa.

Asciendo por su vientre y llego a su pecho. No me detengo. Me deshago de la toalla y admiro la belleza de su piel.

Tersa, suave, majestuosa...

Beso el espacio entre su cuello y su hombro. Lo hago con ganas. Con todas las que llevo contenidas dentro.

Ella se encoge y se agarra a mis brazos.

Sin esperas me quito la camisa. Quiero que me vea. Que sepa que soy yo quien va a perderse en su piel esta noche.

Me desabrocho el pantalón y me lo quito también.

El alcohol parece estar haciendo efecto ahora y no quiero dejar pasar esta oportunidad.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Parece mareada.

—Cuando termines de quitarte eso —dice señalando mis calzoncillos — estaré bien.

Yo obedezco al instante.

Ella coge mi cara, me acerca a ella todo lo posible y me besa como si todas sus ganas explotaran ahora.

Me hundo en ella cuando enrosca sus piernas alrededor de mi cintura.

Lo hago rápido, sin esperas, sin miramientos.

Necesito hacerla gritar ya. Llevo demasiados días sin hacérselo a ella.

Mi móvil vuelve a sonar, pero los gritos de Nicky son más altos.

Hunde las uñas en mi espalda y yo gruño a la vez que ella gime.

Mis manos aprietan su cadera y ella hace lo mismo con sus piernas en mi cintura.

—No pares —dice con la voz entrecortada.

Yo no podría parar, aunque quisiera.

Intensifico el ritmo y ella parece querer aún más.

La levanto de la mesa de la cocina y llego hasta la pared más cercana.

La estampo contra ella sin medir la fuerza y ella se ríe.

«*Joder, es tan intensa...*».

—Nicky... —beso su cuello y gime de nuevo. —No voy a aguantar mucho más, nena.

—¿Ya? Qué poco... —la embisto más fuerte. —¡Aguante!

Me río y la bajo al suelo.

Ella me coge la mano y camina hacia el dormitorio. Yo la sigo.

Joder... seguiría a su cuerpo al fin del mundo.

Se tambalea un poco, pero llega entera a la cama.

Me obliga a tumbarme. Con gusto lo hago.

Se coloca encima de mí. Lo hace despacio, como si quisiera sacarme de quicio. Como si quisiera retrasar la unión de nuestros cuerpos un poco más.

Yo agarro su cadera con mis manos y ella se acopla encima de mí.

No puedo evitar mirarla. Ella lleva el ritmo ahora y parece que ha nacido para esto.

No para, no ralentiza sus movimientos.

Mis manos aprietan sus muslos y sus uñas se clavan en mi abdomen.

Es una fiera. Es salvaje. Es la maldita perfección encerrada en un cuerpo de mujer.

La noche es eterna y brutal.

Es incansable, indomable. Yo, hacia el final, apenas puedo seguirle el ritmo, pero no paro.

Parece querer reconstruir cada pedazo de su interior a golpe de orgasmo.

Cae rendida cuando el sol ya está en lo alto. Yo me quedo a su lado, mirando al techo mientras ella duerme.

Puede ser la primera vez que durmamos juntos y eso me hace sonreír por un instante. Sería especial si no fuera porque ella ni siquiera va a darse cuenta. Si no fuera porque, que yo esté aquí, es culpa del desliz de Héctor.

Fijo mi vista en ella y le retiro de la cara un mechón de pelo. Ella se estremece un poco y sonrío.

—Héctor...

Susurra su nombre en sueños y yo comprendo que ya no pinto nada aquí.



Héctor

La noche fue más larga de lo que me hubiese gustado. Por suerte ya ha amanecido y no me duele demasiado la cabeza.

«*Maldito Kevin*».

El agua fría me recorre la espalda mientras cierro los ojos y apoyo la frente en el azulejo.

Escucho mi móvil sonar y salgo todo lo rápido que puedo de la ducha.

Es Kevin quien parpadea en la pantalla y yo gruño antes de colgar la llamada.

Vuelvo a meterme debajo del agua y el móvil vuelve a sonar.

Sé que no va a parar de llamar hasta que lo coja.

—¿Qué quieres, Kevin?

—Darte las gracias.

—¿Las gracias?

El suelo se empapa con las gotas que caen de mi cuerpo.

No me importa una mierda. Lo único que me importa es que Nicky no respondió mis llamadas anoche. Ninguna de las tres que le hice.

—Sí... oye que siento haberte metido en un compromiso, tío. Esa chica me gusta y Laila apareció de repente. No sabía cómo quitármela de encima.

Ya sabes cómo es...

—Ya, ya... No vuelvas a enredarme en tus asuntos. Por tu culpa dejé a Nicky plantada en el restaurante, ¿sabes? Si llego a saber que era para eso no hubiese ido.

—Lo siento, tío.

—La próxima vez me aseguraré de preguntar de qué se trata antes de salir pitando a salvarte el culo.

Él se ríe y yo, aunque me cabrea, me río también.

—Pide disculpas a Nicky de mi parte.

—No me coge el teléfono...

—¿Cómo?

—Anoche... la llamé tres veces cuando llegué a casa y no me respondió —digo apretando el puño.

—Joder... la que te he liado, colega. Lo siento.

—¿La que me has liado? Te arrastraré hasta su puerta para que le expliques tú mismo por qué la dejé tirada, ¿te enteras?

—A ver, a ver. No dramaticemos. Seguramente estaría durmiendo. Te llamará cuando se levante.

—Más te vale.

—Oye, hoy te ves con el tercero en discordia, ¿no?

—Ni me lo recuerdes... pero sí. Quedamos en el *Garden* a la una.

—¿Quieres que me pase por allí por si la cosa se va de madre?

—No necesito un guardaespaldas, Kevin.

—Bueno... pero intenta no armarla. Quiero volver allí de vez en cuando.

—No voy a liarme a puñetazos con nadie.

—Hombre, si se pone tonto... un guantazo de aviso no estaría del todo mal.

Me río antes de colgar la llamada.

Vuelvo a meterme en la ducha después de revisar que Nicky no me ha mandado ningún mensaje ni ha llamado mientras hablaba con Kevin.

Miento si digo que no volvería a salvarle el culo. Aunque ese culo esté en peligro por una soberana estupidez, yo iré siempre.

Decido pasarme por la floristería de camino al *Garden*. Quiero ver a Nicky y explicarle todo lo que pasó anoche.

Kevin me debe una muy gorda por eso.

Cuando llego, descubro que la tienda está cerrada. Me asomo por uno de los ventanales y veo que no hay nadie dentro.

Es extraño. Todavía no es la una. Ella debería estar aquí.

Cojo mi móvil y vuelvo a llamarla.

Sigue sin responder.

Llego al bar con una sensación de lo más extraña. Sé que ella normalmente no está atenta al móvil. No lo lleva encima siempre y eso me tranquiliza un poco.

«*Seguramente se habrá ido a comer temprano, no dramatices*».

Me siento en una de las mesas y pido una cerveza.

Eliot no tarda en unirse a mí con una sonrisa amplia que engrandece mis ganas de partirle la cara.

—¿Qué tal? —pregunto.

—Mejor que tú, eso seguro —se ríe.

Yo frunzo el ceño. No entiendo nada y eso me cabrea.

—Bueno, vamos a dejar de irnos por las ramas. A lo que vamos.

Él vuelve a reírse, fija su vista en el camarero y señala mi cerveza.

El camarero se la trae antes de que él vuelva pronunciarse.

—Creo que ya no tiene sentido que hablemos, ¿sabes? —da un trago a su cerveza.

—Explícate —digo serio.

—¿Has hablado con Nicole?

—Anoche.

—¿Antes o después de esto?

Saca su móvil del bolsillo, busca algo en él y me lo cede segundos después.

Él debe ver la descomposición de mi cara porque no para de reírse.

Yo trago saliva antes de apartar la vista de esa imagen.

Me levanto sin que a él le dé tiempo de hacerlo y lo agarro por la pechera de la camisa.

—¿Qué coño es esto? —pregunto amenazante.

El camarero se nos acerca y yo levanto un dedo en su dirección para que no se le ocurra dar un paso más. Mis ojos no se apartan de los de Eliot.

—Tú debes saberlo mejor que yo, ¿no?

—¿Ella ha visto esto?

—Claro que sí, no podía guardármelo para mí solo. Sería... egoísta.

—Esta mierda no es lo que parece y tú lo sabes.

—¿Yo? —se carcajea. —Yo lo único que sé es que ella es una diosa en la cama...

Mi puño impacta con su cara y él cae de espaldas al suelo.

Se ríe desde ahí abajo y yo me retengo. No quiero matarlo a golpes, pero podría.

—¿Te has aprovechado de ella, hijo de puta?

—¿Aprovecharme de ella? ¡Ella quería tanto como yo! —grita.

Los dos camareros y el cocinero del bar nos miran desde la barra. La pareja que había en otra de las mesas se ha largado.

Yo agarro su camisa y lo obligo a levantarse del suelo.

Él se limpia el hilo de sangre que le resbala por el labio y sigue riendo.

—¿Dónde está?

—Cuando salí de su casa aún dormía. Fue una noche larga... tú ya me entiendes.

Gruño y lo empujo hasta que queda a una distancia de dos pasos de mí.

Una chica entra de repente en el bar y nos mira escandalizada.

—¡Eliot! —grita y corre hasta llegar a él. —¿Qué te ha pasado? —lo abraza.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

—¿Tú le has hecho esto? ¡¿Pero qué coño te pasa?!

Se gira de nuevo hacia él y lo besa.

Ahora el que se ríe soy yo.

—¿Nos presentas? —pregunto.

—¿Qué haces aquí, Elena? —le pregunta él.

—Como anoche no viniste a dormir a tu piso salí a pasear... iba a tomarme algo por aquí cuando escuché jaleo y te vi por la ventana.

Eliot la aparta y me mira.

—Esto no cambia nada —dice.

—¡Claro que no! ¿Cómo va a cambiar nada esta chica tan guapa? Nada va a cambiar que te follaras a traición a Nicky anoche, ¿no?

Noto cómo se tensa. La cara de Elena se queda blanca y yo me río.

«*Trágate tu propia medicina, cabrón*».

—¡¿Cómo?! —grita ella. —Me dijiste que trabajarías hasta tarde.

—Elena, escucha...

—¡Eres un cabrón, Eliot! —grita y se sale corriendo del bar después de darle una bofetada.

Él no la retiene. No quiere hacerlo. Yo solo puedo pensar en Nicky y en qué pensará de mí después de ver esa foto. En qué habrá hecho anoche con este tío por mi culpa.

—En paz, colega —le doy una palmada en el brazo y me encamino hacia

la puerta. —Disculpen el espectáculo —le digo a los camareros.

Ellos asienten y yo salgo a la calle.

Vuelvo a llamar a Nicky, pero ella sigue sin responder.

Tengo que verla. Que explicarle. Necesito que entienda que no pasó nada entre Laila y yo.

Joder, no va a creerme. Ni yo mismo me lo creería si viera una foto así de ella con otro tío.

Nicky

Me levanto de la cama con la vida dando tumbos. Y yo. Yo doy tumbos también.

Me ayudo de las paredes para llegar hasta el cuarto de baño.

La sensación es como si estuviesen intentando escacharme la cabeza. Como si alguien presionara lo suficientemente fuerte como para destruirla.

No recuerdo nada.

No sé cómo llegué aquí. No sé dónde estuve. No sé cuánto o qué bebí.

Me siento en la taza del baño y me alivio.

«Dios, creo que me bebí hasta los floreros».

Me pongo las manos en la cabeza y aprieto. Como si eso fuese a disipar el dolor. Como si esa fuera la solución a todos mis problemas.

—Nicole... mal. Muy mal —me susurro a mí misma.

En un total alarde de mi falta de riego sanguíneo, me levanto de la taza y me meto directamente en la bañera.

Abro la llave del agua fría y, al mojarme, un *déjà vu* me atraviesa el cerebro.

Unos ojos azules que me miran fijamente mientras mi ropa se empapa.

Me miro a mí misma y veo que ahora no llevo nada encima.

—Dios... ¿qué coño hago desnuda?

Otro recuerdo. El estómago me arde y una botella se posa en mis labios. Bebo como si me fuese la vida en ello.

Me echo agua fría en la cara y veo un cuerpo encima del mío.

Abro los ojos de par en par y recuerdo cómo Eliot se mordía el labio inferior cada vez que se hundía en mí. Recuerdo el placer. El mareo. La rabia.

Cierro los ojos una vez más y dejo que el agua fría me recorra mientras mi espalda se pega al azulejo.

Veo vasos de tequila. A Ric brindando conmigo. A Eliot tirando de mi pelo. A mí encima de él. A esa rubia encima de Héctor.

Abro los ojos de nuevo, suelto la alcachofa y me alongo hasta que mi cabeza llega a la taza del váter.

Vomito la rabia, la vergüenza, la decepción y el alcohol que alberga mi cuerpo.

Más recuerdos me sobrepasan mientras echo hasta la primera de mis papillas por la boca.

Héctor besándola. Yo rota. Ric maldiciendo. Eliot entre mis piernas. Tequila. Ron. Pedazos de mí esparcidos por el suelo. Ric bebiendo. Esa rubia encima de Héctor. Eliot embistiéndome con ansia. Mi móvil sonando. Yo gimiendo. Eliot también. Su móvil sonando...

Una espiral borrosa me sacude hasta que mi estómago está completamente vacío. Hasta que yo estoy vacía también.

Luego todo se detiene.

Todo se vuelve nada cuando me siento en la bañera y el agua fría me recorre entera.

Todo se vuelve negro ahora. Negro como sus ojos. Negro como mi interior.

No sé cuánto tiempo paso dentro de la bañera, dejando que todo lo malo se lo lleve el agua sumidero abajo.

No sé cuánto tiempo más estaré aquí dentro.

La bañera se convierte en una capsula que me aleja de todo. Que deja todo lo malo fuera. Aquí, yo y mi miseria, estamos en paz.

Aquí nada duele.

Y es que en realidad no sé por qué tendría que doler fuera de este mármol. No sé por qué tanta angustia. Por qué tanta decepción.

«Claro que lo sé, joder».

La voz de Héctor suena en el fondo de mi cabeza. «*Nunca estuve cómodo con esto, Nicky*».

Supongo que ahora entiendo de verdad todo lo que él sentía cuando me veía con Eliot.

La realidad golpea hasta romper todos mis escudos. Golpea tan fuerte que todo se derrumba alrededor.

Supongo que está claro. Que quizá yo, que no quería nada más allá de lo que teníamos, al final me dejé envolver por su aura de sensualidad, caricias y atenciones.

Que yo, que no me iba a enamorar, me perdí por el camino y lo hice. Que, incluso ahora, lo estoy.

Que estoy enamorada de Héctor y de nadie más. Que Eliot nunca significó nada más allá que un cuerpo bonito y unas ganas locas de practicar el *Kamasutra*.

Que Héctor siempre fue más que eso. Que incluso ahora, que me duele más el alma que el cuerpo, sigue significando más que eso.



Héctor

Doy golpes a su puerta cada vez más fuertes. Aunque sé que, aunque ella esté al otro lado, no va a abrir.

De todas mis crisis, de todas las veces que me he sentido más mierda que persona, esta, sin duda, es la peor.

Aunque me mande a la mierda, necesito explicárselo todo. Necesito oír su voz.

Mi móvil suena y yo lo cojo enseguida, aunque no es ella quien llama.

—No es un buen momento, Kevin.

—Intuyo que la quedada con ese tío no fue bien, ¿no?

—¿Bien? ¡¿Bien?! Le he partido el labio a él y, cuando consiga hablar con Nicky y arreglar toda esta mierda, iré y te mataré a ti.

—¡Eh! ¿Qué culpa tengo yo ahora?

—Que el gilipollas de Eliot nos vio anoche en el bar. Me sacó una foto cuando Laila se me subió encima y se la enseñó a Nicky, imbécil —le escupo mientras sigo llamando a la puerta.

—¡Será hijo de perra!

—Nicky no me coge el teléfono. No me abre la puerta. No ha ido a trabajar hoy. ¿Sabes las ganas de matar que tengo? ¿Sabes la impotencia que tengo encima?

—Vale, hermano, tranquilízate.

—¿Qué me tranquilice?! Si no vuelvo a verla, te mato, Kevin.

—Dime dónde estás, te ayudo a buscarla.

—Estoy en su casa, no abre. No va a abrir, aunque esté ahí dentro.

La impotencia me hace un nudo en la garganta.

—Vale, a ver, ¿ella no tenía un amigo en no sé qué bar?

—¡Ric! Claro, voy al *Veggie*, tal vez él sepa dónde está Nicky.

—Te veo allí.

Cuelga antes de que le diga que no. Que no quiero que vaya. Que tengo que arreglar esto por mí mismo.

Bajo los escalones de dos en dos todo lo rápido que puedo.

No cojo el coche, el restaurante solo está a un par de calles. Llegaré allí en dos minutos si voy corriendo.

Al llegar, miro por todos los rincones del restaurante y no veo a Ric por ninguna parte.

Le pregunto a un tío moreno con una camisa negra que hace cuentas encima de la barra.

—Perdona... ¿Ric no está trabajando hoy?

Él me mira de arriba abajo con una mueca y la ceja un tanto arqueada.

Me la suda, solo quiero encontrar a Ric y averiguar dónde demonios está Nicky.

—¿Ric? Es ese bulto resacoso que ves ahí —señala a una de las mesas.

—Muchas gracias —digo antes de dar un paso en su dirección.

Tiene la cabeza hundida entre las manos y los codos encima de la mesa.

—¿De qué conoces a mi marido? —pregunta.

—Joder, ¿eres Valerio? —él asiente sin cambiar su expresión. —Soy Héctor, necesito hablar con él, no encuentro a Nicky.

Como si mi voz, o mi nombre, hicieran un cortocircuito en Ric, se levanta

y camina hacia mí con la furia palpable en la cara.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Valerio se cruza de brazos y Ric aprieta los puños.

Ignoro todo eso. Solo quiero verla.

—Necesito ver a Nicky. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Aunque lo supiera, no te lo diría, cabrón desalmado.

—Vale, intuyo que tú también viste la foto. No es lo que parece, Ric.

—¿No es lo que parece? Joder, qué original.

—No quiero follones en mi restaurante. Vete antes de que te saquemos nosotros —me dice Valerio irguiéndose todo lo posible.

—No quiero armar follón, Valerio. Solo quiero saber dónde está ella. Necesito hablarle, explicarle que no pasó nada.

—Pues muy entregadito se te veía en la foto, colega —me dice Ric.

Noto que alguien se posiciona a mi lado y descubro a Kevin con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Solo dime dónde está, por favor.

—Mira, Héctor... Lo que te mereces es que te partan la cara, ¿sabes? Estoy al tanto del rollito que se traían Nicky, tú y Eliot, pero, si tenías una posibilidad de ser el único en su vida, anoche te encargaste de pisotearla.

Kevin me pone una mano en el hombro y me anima a irme sin decir nada.

—¿Se fue con ella? —pregunto casi en un susurro.

Mi mente aún se niega a asimilar que sea cierto.

—Se la llevó de aquí casi a rastras. Ella... —Valerio le coge la mano — Ella se bebió la mitad del bar anoche. Él vino a buscarla y la llevó a casa. Al menos eso es lo que recuerdo. No he conseguido que me coja el móvil en toda la mañana.

—Vamos a ver. Tranquilidad todo el mundo —dice Kevin. —Si bebió tanto seguro que está durmiendo aún. Vamos a relajarnos todos. Llamaré de un momento a otro.

Todos lo miramos y asentimos a la vez.

—Te agradecería que no la rompieras más de lo que está, Héctor —me dice Ric.

—Te aseguro que lo último que querría yo en mi vida sería hacerle daño.

—¡Tarde! —dice Valerio.

Yo asiento y agacho la cabeza.

Sé que tiene razón y, por muy inverosímil que parezca ahora mismo pensar en esto, sé que ella siente más por mí de lo que me ha dicho.

Eso consigue romperme aún más. La posibilidad de ser el único en su vida estaba ahí, al alcance de mi mano y yo, como muy bien había dicho Ric, la había pisoteado.

Un móvil suena y, automáticamente, Ric y yo nos llevamos la mano al bolsillo.

No es mi turno de hablar.

—¡Nicky, cariño! ¡Estás viva! Llevo llamándote toda la mañana... ¿Estás bien?... No tienes que sentir nada. Tranquila... Sí, se lo diré. Ahora mismo está haciendo inventario de todo lo que nos bebimos anoche... No fue poco, no... ¿Quieres que nos veamos? Iré enseguida... Joder, Nicky. Entraré con mi llave, no hace falta que te muevas de ahí. Te quiero.

Ric cuelga la llamada y se guarda el móvil en el bolsillo.

Nosotros tres no apartamos la vista de él.

Mi cuerpo no puede estar más rígido, más tenso. Sé que no va a dejar que vaya, pero tengo que intentarlo.

—Puedo...

—Ni de coña —contesta sin dejarme terminar.

—Vamos, Héctor. Deja que él vaya y hable con ella. Necesitará respirar y tú también —me dice Kevin poniendo su mano de nuevo en mi hombro.

—Lo que necesito es verla y explicarle qué coño pasó anoche.

—Héctor... deja que mi marido vaya y hable con Nicky. No va a estar receptiva hoy. Deja que las cosas se calmen —dice Valerio y me da una

palmada en el brazo.

Ric lo mira extrañado, yo también. Pensé que saldría de aquí con un puñetazo suyo en la cara.

Asiento y él vuelve a palmearme el brazo.

—Ric, por favor, dile a Nicole que lo siento. Que quiero hablar con ella, que necesito explicárselo. No pasó nada con esa chica.

—Eso es cierto, yo estaba allí —dice Kevin.

—Nos ha jodido, eres su amigo, ¿qué vas a decir?

—Si supiera que miente no estaría aquí, eso te lo aseguro.

—Bien. Ahora escúchame —se dirige a mí. —No llames a Nicky, no le mandes mensajes, no vayas a su casa. No te quiero cerca de ella. ¿Sabes cómo está ahora? Está vomitando como si no hubiera un mañana y ni siquiera puede salir del cuarto de baño. No necesita que la alteres más.

—Ric, es culpa mía. Dile a Nicky que yo soy el responsable de todo esto, por favor —le dice Kevin.

—Esto es solo culpa suya. Él dejó que esa tía se le subiera encima después de dejar a Nicky aquí plantada.

—Déjalo, Kevin. Tiene razón —le palmeo la espalda. —Ric, por favor, cuida de ella. Yo no voy a molestarla, pero tú cuida de ella.

Ric asiente con el ceño fruncido.

—Es mi deber.

—Solo te pido una cosa... ¿puedes informarme de cómo está? Me voy a volver loco si no sé nada de ella.

Él asiente y yo me asombro. Creí sinceramente que diría que no.

Le escribo mi número de teléfono en uno de los papeles que tiene Valerio encima de la barra y se lo cedo a Ric.

—La protegería con mi vida si fuese necesario y, si eso implica protegerla de ti, lo haré.

—Lo sé —le respondo.

Me dispongo a salir del restaurante y Kevin me sigue sin despedirse de ellos.

La vida se me derrumba justo antes de pasar por debajo del marco de la puerta.

—¡Héctor! —me grita Valerio. Yo me giro. —¿Estás enamorado de ella?

—Hasta las trancas —respondo antes de irme.

Nicky

Estoy de rodillas en el suelo, la taza del váter me mira con intriga. Supongo que se estará preguntando si voy a escupir dentro una vez más o si ya habré llegado al fondo.

Me levanto del suelo y, a duras penas, voy dando tumbos hasta mi habitación.

Me pongo una camisa ancha y unas bragas antes de echarme en la cama boca arriba.

Inspiro y Eliot vuelve a mi mente. Él y toda la noche que pasamos juntos.

Mi cuerpo se encoje porque, por primera vez en mi historia, repele cada recuerdo de cómo se nos hizo de día sin parar de revolcarnos por todas las superficies de mi casa.

«Me mudaré después de esto».

Cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco.

Necesito dejar de pensar, necesito dejar de sentir.

Pierdo la noción del tiempo y no sé si han pasado dos minutos o dos horas cuando escucho pasos acercándose a mí.

Una mano se posa en mi hombro y yo me obligo a abrir los ojos.

Ric está arrodillado en el suelo y me mira con esa cara de angustia y pena que odio.

—Quita esa maldita cara —le digo sin moverme.

Sonríe antes de volver a ponerla.

La odio porque sé que significa que le da pena verme así. Que le duele verme tan deshecha.

Yo quiero decirle que no durará, que me recompondré. Que no hay nada en el mundo que pueda derruirme por completo. Que sí. Que me he hecho añicos, pero que me reconstruiré, como siempre y volveré a volar.

Libre.

Libre de miedos, de ataduras, de rabia...

Libre de todo.

—¿Cómo te encuentras?

—Agonizando. He vomitado hasta una compota de manzana que no recuerdo haber comido... No se te ocurra dejarme beber en lo que me quede de vida, ¿me oyes?

—Tú pediste anestesia...

—Y tú asesinato y no veo ninguna esquela en el periódico.

Se ríe y se sienta a mi lado en la cama.

—Él ha venido a buscarte. Dice que...

—Casi echa la puerta abajo. No he podido abrirle. Estaba demasiado ocupada intentando no echar el hígado por la boca.

—Ha ido al bar...

Mi cara de asombro no pasa inadvertida. Ric lo nota y me acaricia el brazo.

—¿Al bar?

—Está desesperado por hablar contigo. Dice que no es lo que parece.

—Qué original, ¿no?

—Eso mismo le he dicho yo, pero...

—Mira Ric —intento sentarme en la cama, pero mi cuerpo está demasiado débil para hacerlo —, entiendo perfectamente que él es libre de hacer lo que le venga en gana. Él me repitió eso a mí muchas veces. El

problema no es ese, joder. El problema es que soy una maldita egoísta. Que lo quería solo para mí y al verlo así con otra... Se me partió el mundo.

—Lo sé, cariño.

—No debería ser tan dramática, ¿no? Él me vio hacer eso mismo con Eliot y no se ahogó en alcohol como intenté hacer yo anoche.

—Bueno, eso no lo sabemos...

—Me revienta pensar en que me dejó en el restaurante para irse con otra, Ric. Eso es lo único que puedo echarle en cara.

—Como tú bien dices, Nicky, tú estuviste con Eliot también y él siguió al pie del cañón.

—Es absurdo lo que siento, ¿dices eso?

—No. Digo que cuando el amor entra por la puerta, la cordura sale por la ventana...

—Eso sí que parece tener sentido —sonrío.

—Él está loco por ti y tú por él, joder. Díselo y deja que te explique qué pasó anoche.

—¿Crees que soy idiota?

—Sí.

—Adoro tu sinceridad...

—Te voy a decir esto sin paños calientes —asiento y, esta vez sí, me siento en la cama y lo miro fijamente. —Tú te metiste en este lío. Nadie te obligó. Fue intenso y divertido mientras fue un juego en el que a nadie le dolía, ¿vale? Pero da la casualidad de que te has enamorado de uno de ellos. Da la casualidad de que ese uno está... Bueno, que él te dio la libertad de estar con quien quisieras y tú, por mucho que te duela, le diste a él eso mismo.

—Lo sé.

—Entonces deja de regodearte en tu propio vómito y dile lo que sientes de una jodida vez. Esto no es un maldito cuento de hadas. Has jugado con tus reglas y te has enamorado limpia y libremente.

—Escuece.

—El amor de verdad lo hace.

—Creo que no estoy preparada para darme de morros contra un muro.

—No hace falta que sea hoy, ni mañana. Estoy seguro de que él esperará.

—Veo esa foto, Ric, y me ahoga la rabia. ¿Crees que él sentía eso?

Ric bufa y niega con la cabeza.

—Si no lo sentía es que está muerto.

—¿Crees que él está... enamorado de mí?

—Eso tendrás que averiguarlo tú misma, cariño.

—Siempre he sido valiente, no voy a dejar de serlo ahora.

Ric sonrío y asiente.

—Esta es mi chica.

Lo abrazo y me levanto de la cama como puedo.

Cojo un pantalón vaquero, una camiseta mostaza y las primeras zapatillas que veo.

Me lo pongo todo a la velocidad de un caracol, porque no soy capaz de moverme más deprisa.

Ric y yo nos sobresaltamos cuando escuchamos dos toquecitos en la puerta.

—¿Vas a abrir? Cuando yo llegue ya se habrá ido —le digo.

Ric asiente y sale disparado de la habitación.

Una voz masculina acompaña a la de Ric y yo me acerco a la puerta para ver de quién se trata.

—Hola, Nicole —me dice él.

El chico rubio de ojos azules que acompañaba a Héctor en la discoteca aquella noche me mira desde una distancia prudencial mientras yo intento averiguar qué demonios hace en mi casa y, sobre todo, cómo sabe dónde vivo.

—¿Tú eres...?

—Soy Kevin, amigo de Héctor.

—Y ¿qué haces en mi casa?

No quiero sonar borde, pero es la única voz que me sale.

—Él no sabe que he venido. Tu marido me ha dado la dirección —dice mirando a Ric.

—¿Me he perdido algo? —pregunto mientras miro a Ric con una ceja arqueada.

—Oye, Nicole... lo siento. Héctor me matará si se entera de que he venido, pero tenía que hablar contigo.

Yo asiento y vuelvo a entrar en mi dormitorio para sentarme en la cama.

Aunque quiera escucharlo me duele demasiado el cuerpo como para seguir de pie.

—Pasa —le digo y él entra segundos después. —Perdona, pero no me tengo en pie.

—Escucha... Héctor y yo nos conocemos desde siempre. Lo hemos hecho todo juntos desde niños y...

—Me sé la historia, vuelve al presente.

—Bien. Llamé a Héctor anoche para que me salvara el culo. He quedado varias veces con una chica. Me gusta y... bueno. Tengo un pasado movidito. Supongo que Héctor te ha puesto al día de los detalles —yo asiento. —Pues estaba en el *Garden* con Mireia cuando Laila, la chica rubia de la foto, apareció y se puso a darme la vara. Se suponía que Héctor tenía que distraerla y sacarla del bar, pero ella se encaprichó con él y, bueno... Se le subió encima y lo besó a traición. Él se la quitó de encima tan rápido como pudo. Vamos, que no duró la cosa ni dos segundos. Te lo juro por mi pito. Él no quiere nada con ella. Bueno, ni con ella ni con ninguna otra que no seas tú, claro. Me tiene la cabeza loca contigo y, ya que lo decimos todo, me moría por conocerte como es debido.

Yo sonrío y él se destensa.

Desde que entró, ha estado más rígido que el palo de mi fregona.

—Ya puedes respirar —le digo. —Yo también me moría de ganas por conocerte.

Él se ríe y se echa la mano a la cabeza.

—Siento que te haya dejado tirada por mi culpa y siento lo de Laila. Esa tía es como un pulpo.

—Nada de esto es culpa tuya, Kevin. Puedes estar tranquilo.

Él asiente, pero sigue nervioso.

Me encantaría decirle tantas cosas y que me contara otras tantas... Supongo que en un futuro podremos charlar, tomar una cerveza (sin alcohol) y reírnos de las vivencias que ha tenido con Héctor.

—No quiero presionarte, pero... Héctor está fuera de sí. Vino a verte, te llamó mil veces para explicártelo.

Le tiendo la mano sin decir nada y él me la coge. Yo me valgo de su fuerza para levantarme y le sonrío a la vez.

—¿Alguien que se ofrezca a llevarme a casa de ese imbécil? Tengo la urgente necesidad de lanzarme a su cuello —sonrío mirando a Kevin.

Él se ríe y me hace seña con la palma de su mano hacia arriba para que salga de la habitación.

—Eres tal como te describió, ¿sabes?

—Con cara de muerta, ojeras como panes y una boca de lo más sucia, ¿no?

—Perfecta, es la palabra que usó él —sonríe mirándome.



Eliot

Supongo que ya está. Que esto es lo que realmente me merezco. Que todas las cosas que he hecho en mi vida, todas las palabras que he dicho, todos los pensamientos han hecho que hoy esté así. Con una bolsa de hielo para mantener a raya el dolor de cabeza y con el labio roto por el puñetazo de Héctor.

Supongo que él se la merece. En el fondo, creo que él sí que podrá hacerla feliz. No porque yo lo conozca, sino por la manera en la que ella habla de él. Por la capacidad que tiene de vivir en su pensamiento sin estar cerca.

Está enamorada de él. No hay que tener un máster para entenderlo.

Yo siempre fui algo carnal. Algo que se solucionaría después de un par de polvos.

Pues bien, eso habíamos hecho y ahora me veo en la obligación de decirle adiós.

Por mí, por ella, por lo que quizá, si yo no fuera como soy, hubiésemos sido nosotros.

Aprovecho ahora que el silencio me acompaña. Ahora que los gritos de Elena han desaparecido y que el portazo que dio al irse ya no me retumba en la cabeza.

Me lo gritó todo. Todo lo que debió decirme desde la primera vez que

intenté dejarla. Todo lo que realmente siente por mí. Todo lo que, sin duda, me merezco.

Juró no volver a verme y esta vez sí que la creo.

Esta vez ha sido diferente a todas las demás. He conseguido romperla por completo y, ahora, irá a reconstruirse en otro lugar. En otro cuerpo.

Ya no habrá más un nosotros. Ya no.

Y me apena, claro que sí. Ni siquiera todo esto con Nicky me afecta tanto como lo que me jode que ella haya conseguido, con mi ayuda, sacarme de su interior.

Al fin y al cabo, Elena y yo tenemos una historia larga y tormentosa. Mucho más intensa que la que he tenido con Nicole.

Si viera ahora a Héctor por la calle le daría la enhorabuena. Se llevará una joya.

Lo sé porque seguramente ella no tardará mucho en darse cuenta de lo que siente por él. No tardará en ir a buscarlo o en dejar que él la encuentre.

Ella será feliz. Aunque ninguno de nosotros dos la retenga en su vida. Ella será feliz.

Cojo un papel y un bolígrafo y lo apoyo en la mesa. Dejo la bolsa de hielo a un lado y empiezo a escribir.

“Supongo que el hecho de que te escriba algo no va a cambiar nada y, para ser sincero, tampoco pretendo hacerlo.

Solo quiero que sepas que ha estado bien. Más que bien. Que he destrozado mi vida y que era necesario hacerlo. Tengo que ser alguien mejor mañana.

Gracias por llamar aquella vez. Gracias porque he entendido lo grande que puede ser una persona. Lo brutal que puede ser que alguien te derribe con una sonrisa.

Vales muchísimo. Que nunca nadie te diga lo contrario. Que nadie te quite esa manera de ser, de ver el mundo, de sentir.

Supongo que es lógico que te diga que no voy a poder seguir

ayudándote en la floristería. No creo que sea buena idea seguir. La distancia nos vendrá bien a los dos.

Sé feliz, Nicky. Te lo mereces todo.

Saluda a Héctor de mi parte. Dile que no sea imbécil. Que no desaproveche la oportunidad de estar contigo por ninguna otra.

Y que nadie te quite nunca esa cualidad tan bonita de no tener ni un maldito pelo en la lengua”.

Eliot.

Héctor

No he podido hacer otra cosa al llegar a mi casa que quitarme la camiseta y desahogar toda la furia contenida en el saco de boxeo. ¡Bendito Oliver!

Kevin me dijo que prefería dejarme un poco de espacio para que me tranquilizara y prometió que vendría luego para asegurarse de que seguía en pie.

Pienso en ella. En todos los momentos que hemos pasado juntos, en todas sus palabras sin filtrar, en todas sus sonrisas cálidas y sinceras, en sus ojos intensos. En esa fuerza interna que solo ella tiene.

Lo jodido es que el último recuerdo que tengo de ella es esa maldita puerta cerrada. Esa que se ha negado a abrir.

No puedo culpar a Kevin por nada de lo sucedido, al fin y al cabo, el que estaba debajo de Laila era yo.

Supongo que, al fin y al cabo, si simplifico todo este asunto de mierda, tendría que sentirme bien. Tendría que sentirme agradecido.

Ella no se pondría así si no sintiese nada por mí. Si lo nuestro solo fuese sexo. Si lo nuestro no fuese nada más.

Río irónicamente antes de darle otro puñetazo al saco, mientras pienso en

que, al final, sí que fui capaz de hacerla sentir algo verdadero hacia mí. De hacer que, quizá...

«*No voy a enamorarme de ti, aunque quiera*».

Sus palabras vuelven a resonar en mí y yo apoyo la frente en la tela.

—Claro que no... —digo en voz alta.

Salgo de la habitación. Despacio. Como si no hubiera prisa por ir a ningún lugar. Como si el mundo se hubiese acabado ahí fuera.

Me siento en el sofá y cierro los ojos a la vez que me pongo el antebrazo encima de los ojos.

Intento pensar en qué haré ahora. En si volveré a verla. En si las cosas volverán a ser iguales entre nosotros.

Pienso en ella entregándose a Eliot. Pienso en su estado de ánimo después.

Ella jamás bebió para estar conmigo... Supongo que eso es algo que tengo a mi favor.

No tengo muy claro cuánto tiempo ha pasado, pero debo haberme quedado dormido en el sofá.

—Héctor... —dice una voz lejana.

Se parece a la suya. Joder, se parece tanto que no quiero abrir los ojos y descubrir que es mi imaginación la que genera su sonido.

—Despierta... —vuelve a decir.

Aprieto los ojos, aún más fuerte. Su voz es calma. Su voz es paz. Su voz es tan real ahora...

—¿Quieres abrir los malditos ojos de una jodida vez?

Kevin.

Yo abro los ojos de par en par y veo a Nicky sentada, en el suelo, delante de mí. A Kevin cruzado de brazos con una sonrisa socarrona en la cara y a Ric intentando reprimir la suya.

—Dios... Nicky, yo... yo... —me quedo sentado en el sofá al instante.

Mis manos acarician su cara. Ella cierra los ojos y sonríe.

—Tranquilo...

— Qu e haces aqu e? —le pregunto a ella. — Qu e haces tú aqu e? —le pregunto más serio a Kevin.

—Encima que te la traigo,  me tratas as e? Que te jodan... —se echa a reír.

Yo lo hago también.

—Fui a tu casa, no abriste, yo... yo...

—Estaba demasiado ocupada intentando no morirme. Intenté salir del baño, pero no pude —sonríe.

Joder, sonríe y es la sonrisa más auténtica que le he visto jams .

—Lo siento. Lo siento de verdad, no hice nada con ella. Te prometo que no.

—No puedo reprocharte nada, Héctor.

—Lo sé, lo sé, pero...

—Ni peros ni...

— Peras? —pregunto y ella se ríe.

Dios. Su risa. Joder, no me hacía una idea de lo gratificante que es en realidad escucharla reír. Ver cómo se cierran ligeramente sus ojos cuando lo hace. Cómo hace un poco de fuerza con los puños cuando lo hace de verdad, sin reprimirse, sin querer hacerlo.

—Ni peras... Todo está bien.

—Oye, Ric, te invito a una copa —le dice Kevin.

—Me puedes invitar a lo que quieras, campeon —le responde Ric.

Kevin le da una palmada en la espalda y los dos se van riéndose.

—Quedé con Eliot hoy y me lo contó todo...

Ella se tensa. Aprieta los labios y abre los ojos de par en par. No me aparta la mirada. Yo a ella tampoco.

—Es mi turno de dar explicaciones, ¿no?

—Podemos poner un punto y aparte aquí. No necesito que me cuentes nada, que te excuses, no me hace falta nada más que esto. Que estés aquí conmigo.

Le acaricio la mejilla y ella vuelve a cerrar los ojos.

Sonríe y pone la palma de su mano encima de la mía.

Su tacto es tan cálido y sus ojeras tan evidentes que lo único que me apetece hacer es abrazarla hasta que todo este dolor desaparezca.

—Necesito hablar de esto.

Yo asiento y ella lo hace también.

—Levántate de ahí, anda. Ven, siéntate conmigo.

La ayudo a levantarse. Está débil y yo no puedo evitar sentirme culpable.

—Se me fue la mano con los tequilas anoche. Bueno, la verdad es que se me fue la mano y la cabeza...

—Lo siento...

—Héctor, mírame —lo hago. —Tú no tienes que sentir nada, ¿de acuerdo? Kevin me ha contado lo que pasó y, aunque hubiese habido algo más, yo no tendría por qué molestarme. Teníamos un trato.

—Aún así... aún así necesito que sepas que no me atrae nadie más.

—Siempre fuiste demasiado, aunque yo me negara a aceptarlo —me acaricia la mejilla y sonríe sin apartarme la mirada.

—No te haces una idea de la alegría que me das estando aquí, de verdad.

—Tal vez ahora, cuando te diga que me acosté con Eliot anoche, esa alegría desaparezca.

—Sé lo que hiciste, Nicky. Ya se encargó él de dejármelo claro.

—Y, aún así, fuiste a buscarme...

—Te iría a buscar al fin del mundo si fuese necesario.

Aparta la mirada, cierra los ojos, niega con la cabeza y luego sonríe.

—Solo quería borrar esa imagen de mi cabeza. Solo quería olvidar que estabas con otra. Fue tan... no sé. Escuché cómo se me rompía todo por dentro, ¿sabes? Fue... —agacha la cabeza unos segundos y luego clava la mirada en mí. —Fue lo más doloroso que he sentido nunca.

Siento como si me hubiesen disparado con una ballesta en el centro del pecho. Ver su ceño fruncido. Escuchar el temblor de su voz en cada palabra... Lo poco que queda entero en mí se resquebraja con cada sílaba que sale de su boca.

—Yo...

—Deja que termine —asiento y agarro su mano. —Pensé que si bebía hasta perder el sentido dejaría de doler. Pensé que si me abandonaba a él dejaría de pensar en ti. Y no fue así... siguió doliendo. Seguí pensando en ti. No había manera de sacarte de aquí dentro. —se señala el pecho. —Tú...

—Nicky, yo no quiero atarte. Nunca quise atarte.

—¿Cómo vas a atarme tú? Si lo único que has hecho desde que te conozco es darme alas. Me has hecho sentir cosas que ni siquiera sabía que existían, Héctor. Me has enseñado tanto... Tanto sobre mí misma... Me has hecho sentir tan grande que no miento si digo que contigo me siento infinita.

Sonrío con cada palabra. Mi mano aprieta aún más la suya y mi mundo entero se detiene cuando una lágrima sale de sus ojos. Solo una.

Es rápida, tanto, que desaparece mejilla abajo en segundos, sin embargo, es tan brutal que mi cuerpo se tensa de inmediato.

—No quiero que...

—Deja, deja que sienta esto —sonríe y ella misma se limpia la mejilla. — Siempre has sido especial y me haces sentir que yo lo soy. Joder, si es que haces que el mundo se detenga cuando me sonríes. Puedo ser yo misma todo el tiempo contigo y no quiero perder eso. No quiero perder esto porque creo que no hay nada más brutalmente sincero que sentirte libre con alguien.

—Eres lo más especial que me ha pasado en la vida, Nicky. Nada de lo que te he dicho ha sido por decir. He sentido cada palabra que ha salido de mi boca y me han desgarrado la garganta las que no he dicho.

—Tienes toda la vida para decirme todas esas cosas.

Me envuelve un temblor de repente, como si un calambre se hubiese apoderado de mí. Como si hubiese sido tan estúpido de meter los dedos en un enchufe.

Intento no malinterpretar sus palabras y hacerme ideas equivocadas en la cabeza. Tampoco quiero preguntarle si siente que seré suficiente para ella. Para ser el único en su vida.

—Prometo que seré totalmente sincero contigo siempre.

«*Siempre...*». Qué palabra tan corta para expresar la inmensidad del tiempo.

—Empieza ahora. Di lo que sea.

—Estoy jodidamente enamorado de ti —digo al fin.

Noto como mi pecho se libera de todo el peso que llevo arrastrando todo este tiempo.

Ella cierra los ojos, se ríe y se tapa la cara con una mano.

Su risa, angelical y con una fuerza bruta capaz de derrumbarme, me llena los oídos y yo sonrío sin poder evitarlo.

Mi cuerpo se relaja, contra todo pronóstico lo hace, y me atrevo a acariciar sus dedos.

Esos que un día me recorrieron sin descanso. Esos que me hicieron tocar el cielo.

—Necesito decirte algo, Héctor. Probablemente sea lo más sincero que ha salido de mi boca jamás...

—Vale, deja que me agarre a algo, porque esto tiene pinta de que va a matarme.

Ella vuelve a reírse. Más alto, más fuerte. Agarra mis manos con las suyas y las aprieta. Yo, por inercia, hago lo mismo.

Sus ojos se clavan intensamente en los míos y yo no puedo, no quiero, dejar de mirarla.

—Estoy jodidamente enamorada de ti.

Y el mundo y la vida y todo lo que nos rodea desaparece sin más.

Aquí ya solo queda ella. Su grandeza, su sonrisa, la más sincera que le he visto a nadie, la más bonita. Sus alas, las más amplias y preciosas que he tenido el privilegio de descubrir. Esas que son capaces de hacerme volar a mí también.

Y quedo yo. El hombre más feliz de la Tierra.

Seis meses después



Nicky

En qué momento se me habrá ocurrido a mí meterme en todo este jaleo. Y no meterme, sino emocionarme y querer hacerlo todo yo misma.

Con lo tranquila que estaba yo en mi tienda... con mis plantitas... y aquí estoy ahora, con los nervios de punta, el sudor corriéndome frente abajo y un cansancio que casi estoy a punto de que me dé una embolia.

Mi mente y yo intentamos centrarnos en lo que nos queda por hacer. Enumeramos todas las tareas pendientes y nos intentamos convencer de que no nos queda nada para terminar. De que, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaré en la cama o en esa bañera preciosa con espuma y una copa de vino blanco en la mano.

—Quién me mandaría a mí, Dios... —digo en voz alta.

Cierro otra caja con celo y la cargo hasta la entrada de mi piso. Ya no soy capaz de llevarla escaleras abajo y la posibilidad de lanzarla rodando es bastante tentadora.

Lo hago con una. Porque sí, porque me lo pide el cuerpo y porque dentro solo están las sábanas y no van a romperse.

—¡Qué haces, Nicky! ¿Intentas matarme?

—¡Mierda, lo siento, lo siento! Es que no puedo más... —hago un mohín.
—Pensé que así la caja llegaría abajo más rápido...

—Lo único que vas a conseguir así es que yo salga rodando escaleras

abajo también... —se ríe, salta la caja y sube los peldaños que le separan de mí.

—Mátame ya, por favor y acaba con esta tortura...

Mis manos rodean su cuello y las suyas se acomodan alrededor de mi cintura.

—Fuiste tú la que insististe en hacer esto. Yo te repetí mil veces que podíamos contratar a alguien que se encargara de todo...

—Lo sé, soy una cabezota y merezco que me guillotinen por esto...

Se ríe alto y yo hundo mi cara en su pecho.

—Vamos, preciosa, ya casi hemos terminado —me besa la cabeza y yo lo aprieto todo lo fuerte que mi cuerpo me permite.

Levanto la vista, lo veo sonreír y no puedo hacer otra cosa que reafirmarme en que él es la absurda casualidad más bonita que ha tenido el placer de trastornar mi vida.

—Ya les vale... nosotros aquí cargando y ustedes, tortolitos, dándose el lote sin pegar un palo al agua...

—Si quieres seguir con vida, Kevin, cierra esa maldita boca... —le digo y él se ríe.

—Oh, vamos... merezco algo más que una amenaza, ¿no crees?

—¡Claro que sí!

Me separo de Héctor, rápidamente bajo los escalones y me lanzo hacia Kevin.

Mis piernas quedan enroscadas alrededor de su cintura y le beso las mejillas y la frente repetidamente mientras él me abraza y se ríe.

—Voy a ponerme celoso... —dice Héctor y Kevin me aprieta más fuerte.

—¡A la mierda! Voy a robártela —dice Kevin.

Se echa a correr escaleras abajo conmigo enganchada a su cintura como si fuera un koala y yo me parto el alma a carcajadas.

—Así que ustedes jugando y nosotros cargando cajas, ¿no? ¡Me niego! —dice Ric haciéndose el enfadado.

—Está claro, cariño. Estos tres idiotas se han pensado que somos los chicos de la mudanza. ¡Pues hala! Ya no les invito a cenar... —nos grita Valerio.

—Oh, ¡vamos! ¿Ustedes también quieren mimitos? ¿Es eso? ¡A mis brazos!

Me separo de Kevin y me lanzo a abrazarlos a ellos.

—Sí, sí... ahora vienes y lo arreglas, ¿no? —me espeta Ric.

—No puedes enfadarte conmigo ¡No puedes!

—No, no puede, ya te lo digo yo... —dice Valerio mientras se ríe y me abraza.

—Sí, eso. Tú encima haz que se lo crea... —le dice Ric.

Los cinco nos reímos a la vez.

Esto. Este momento. Estas personas son la perfección absoluta. Toda mi vida lo es ahora.

—Por favor, ¿podemos terminar con esta maldita mudanza de una vez? Necesito una cerveza... —nos dice Kevin.

—Vamos, chicos, el último esfuerzo —dice Valerio mientras da un par de palmadas.

—No me mires con esa cara, Nicky. Aún no puedo creerme que te vayas...

—Vendré a menudo, cariño. Sabes de sobra que no puedo estar mucho tiempo sin tenerte cerca —le cojo una mano a Ric. —Sin tenerlos cerca —miro a Valerio.

—Lo sé, lo sé. Pero se me hará extraño no verte cada vez que me apetezca... —su pulgar acaricia mis dedos y él me sonrío.

—Vamos, cielo, mira lo feliz que está. Mira esa maldita sonrisa que tiene, ¿la has visto alguna vez así? —le pregunta Valerio.

—Nunca...

—Pues eso es lo único que importa. Ha ocupado la silla de al lado, con todo lo que eso conlleva. Además... te recuerdo que nos vamos una semana

con ellos a disfrutar de la playa, no me seas tan dramático.

—¡Dios, sí! ¡Viva la playa, los chiringuitos y las chicas en bikini! —grita Kevin y nosotros nos reímos.

—Te quiero. Te quiero muchísimo —le digo a Ric antes de abrazarlo como si me fuese la vida en ello.

—Yo sí que te quiero, Nicky. Yo sí que te quiero...

Nos separamos después de un rato disfrutando del calor que crea su cuerpo y el mío ahora.

Yo sonrío mientras veo como ellos dos y Kevin ascienden de nuevo por la que hoy dejará de ser mi casa.

Héctor consiguió venderla, tiene un gran poder de persuasión, lo que no es un secreto para mí, claro. También traspasó la floristería a una señora con mucho tiempo libre y con una gran pasión por las plantas.

Me detengo un segundo y me permito observarlo. Ese vaquero es como un guante en su piel. La camiseta roja que se pega a su torso lo hace aún más irresistible y esa sonrisa... vaya. Esa sonrisa es lo único que me gustaría que llevara puesto el resto de nuestras vidas.

—Me arriesgaré a preguntar por décima vez... ¿estás segura de esto?

Llega hasta mí y sus manos vuelven a abrazar mi cintura. Las mías se colocan alrededor de su cuello y yo siento que no me he sentido más plena en ningún otro lugar.

—No he estado más segura de nada en toda mi vida.

—¿Echarás de menos esto?

—¿Estás loco? Nada tiene este cuartucho que ver con la casa de los Caños.

—Seremos felices allí, Nicky.

—Si estoy contigo, puedo ser feliz en cualquier rincón de la Tierra.

—Te quiero tantísimo...

Otro beso más. Será imposible que me canse de esto. De besarle, de mirarle, de tenerle...

Él, que me había sacudido el polvo de las alas, que me había recordado lo alto que podía volar, ahora lo hace conmigo.

Es nuestro turno.

Es nuestro momento de ser libres.

De ser libres juntos.

~ Agradecimientos ~

A la vida, por hacerme fuerte.

A las malas experiencias. Porque gracias a ellas me doy cuenta de que la felicidad no es un destino, sino un camino.

A mis alas. Que un día decidieron no dejarse atar por nadie y que se despliegan y vuelan cada vez que al resto de mi cuerpo le fallan las fuerzas.

A mi familia. Porque sin ellos no sería quien soy. Por caminar conmigo. Por empujarme a veces.

A Lorena porque no puedes faltar, ni aquí ni en mi vida. Porque eres el sinónimo más exacto de amistad que conozco.

A Judith, porque tu fortaleza tendría que servir de inspiración al resto del mundo. Porque me has hecho reír cuando más lo necesitaba y porque el infierno ha sido divertido solo porque tú estabas conmigo.

A Raquel, porque sin ti no sé qué sería de mis historias. Por estar siempre al otro lado de la pantalla. Por existir, encontrarme y quedarte conmigo.

A Miguel, por esa cualidad tan bonita, tan tuya. Esa de hacerme reír siempre.

A Jose, Ric en esta historia. Porque a pesar del tiempo nuestra amistad sigue y seguirá intacta.

A Rocío. Porque, a veces, la amistad se encuentra donde menos te lo esperas. Gracias por ser tan natural y por formar parte de esta locura.

Y a ti, que me lees, aparte de las gracias te doy un consejo:

***“Que nadie te haga creer nunca que eres pequeña/o. Tú eres grande.
Gigante. Eres infinita/o. Tú tienes alas.
No dejes a nadie que las ate. Así que vuela.*”**

Alto y lejos. Ahora y siempre”.